

DANIEL MUÑOZ SÁNCHEZ

VALIDUS

EPISODIO
II

EL FIN DEL MUNDO CONOCIDO

DANIEL MUÑOZ SÁNCHEZ

Validus

EL FIN DEL MUNDO CONOCIDO

INDICE

SIGLO XVI CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

SIGLO XXI CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

ANALEPSIS

CAPÍTULO XI

EPÍLOGO

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros medios, sin permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

©Daniel Muñoz Sánchez, 2024

Primera edición para Amazon: Enero 2024
Registro Propiedad Intelectual: 2401226731484
Primera corrección: Aitor Aráez Pérez
Ilustración portada: Beatriz Galiano Montesinos

Diseño portada: Emilio Aguilar Lastras
Ilustraciones: Daniel Muñoz Sánchez
Digitalización ilustraciones: Emilio Aguilar Lastras

Nota del autor

Como muchos de vosotros sabéis, éste capítulo de la saga Validus, es una adaptación de un guión cinematográfico que escribí años atrás y que durante la maldita pandemia la convertí a novela creando EL FIN EL MUNDO CONOCIDO.

La primera parte de la saga: LA LEYENDA DEL BASTÓN, es una introducción que necesitaba la trama que en éste libro cuento.

Para el guión tenía muy presente dónde realizar la mayor parte de la historia y era en el municipio de Liétor (Albacete) y para sus habitantes está dedicada ésta obra y muy especialmente a mis amigas Ana Sáez, que me abrió muchas puertas para las diversas localizaciones del film, y a Maite Jiménez, a quién respeto cómo artista y más como persona.

Daniel Muñoz Sánchez

CAPÍTULO I

Macizo Central, España
12 de julio de 1608

En el interior del hogar de la bruja hace un frío inusual y la humedad provoca un hedor insoportable para cualquier mortal.

Su malvada dueña permanece en trance, con los ojos vueltos hacia atrás y las manos posadas en la mesa con su libro abierto. Su aspecto ha cambiado. Está deteriorada. Vieja. Su pelo cano y la piel arrugada. Su colgante, prácticamente consumido, la avisa de que su poder está a punto de agotarse.

Un golpe de aire la desestabiliza un instante. De repente, Belcebú aparece frente a ella. Momento seguido, Ava vuelve a la realidad y cierra el libro malhumorada.

—¡Malditos seáis! —grita desesperada.

La bruja acaricia su colgante, pensativa. Belcebú gruñe repetidamente. Parece comunicarse. Su maza afilada se transforma en su bastón original con las tres calaveras en lo más alto.

—¡Lo sé! —exclama esta—. ¡Te he sacado de allí por varios motivos! —Ava se mueve lentamente rodeando la mesa para llegar frente al demonio, sin dejar de tocar el reloj de arena—. El primero: ¡habrían acabado contigo! No quiero que nuestro acuerdo se rompa y, por ello, adelantemos la misión. He perdido mucho poder preparando la batalla y más aún sacándote de allí.

Se mueve por la estancia en dirección a una zona donde crece unos hongos de color negro, coge uno y se dirige de nuevo a la mesa. Pasa varias páginas del libro hasta que llega a una en la cual aparece un símbolo con una piedra y, bajo esta, una especie de raíces que sobresalen de la misma. Posa el hongo sobre el dibujo y lee la cita escrita bajo el dibujo a los pies de página. Segundos después, alza la vista.

—Mientras permanecía concentrada, he tenido una revelación. He visto el futuro y sé que vendrán a por mí y les estaré esperando —expone cuando el demonio vuelve a gruñir—. No te preocupes. Sé lo qué tengo que hacer —informa sonriente—. Mi cuerpo se consume, pero sé que habrá otro, lo he visto, y cuando sea mío, me llevará hasta el final de mis propósitos. Hasta entonces, tendrás lo que quieres. Tú y tu poder de extracción plagareis este mundo de temor y muerte. —Del dibujo aparece una diminuta mano esquelética ensangrentada. Agarra el hongo y, en un instante, este cambia su forma y tono, pero siempre con el aspecto de una seta. La mano vuelve a abrirse y Ava coge el alimento para posteriormente acercarse al demonio—. Encuentra los bastones y destrúyelos, al igual que sus portadores, pero debes de esperar a que tengan descendientes. Uno de ellos engendrará al huésped definitivo y será el inicio del fin de la humanidad. No tendrán más futuro del que merecen —dice con rabia—. Yo volveré llegado el momento. Ahora debes transformarte. ¡Ten! —Le hace entrega del hongo resultante—. ¡Come!

Belcebú obedece y se lo lleva a la boca.

—Encuentra un lugar y vuelve como humano. —El demonio vuelve a gruñir—. ¿Por qué esperar? —Sonríe con ironía—. ¿No me ves? Estoy en las últimas. Estoy cansada de jugar con esa familia de perdedores. Siempre es lo mismo: nos enfrentamos un día y me

recupero para volver a pelear otra vez. Esto se acabará cuando yo vuelva, y espero que hayas hecho tu parte. ¡Ahora ve! —ordena severa.

El señor de los demonios aparta la roca con su mano libre, demostrando su fuerza.

—¡Una cosa más! —exclama Ava interrumpiendo la marcha de la bestia—. No puedes tocar a ninguna bruja. Haz lo que quieras con el resto de la muchedumbre —concluye moviendo la mano de forma despectiva.

Belcebú entiende que ha terminado su discurso y sale de la cueva. Ava se dirige a la chimenea, donde las llamas de color azul la calientan e iluminan su rostro deteriorado. En ese momento, resuenan los gruñidos provenientes del exterior. La planicie yerma que rodea la cueva está repleta por cientos y cientos de guerreros sin vida, esperando a ser comandados, todos pendientes de la oscuridad que cubre la entrada al hogar de su ama. Antes o después, recibirán la visita de los nuevos cazadores. Con un chasquido, la roca vuelve a ocupar su posición sellando la cueva.

CAPÍTULO II

Macizo Central, España
15 de julio de 1608

El sol comienza a caer en las tierras de los antiguos hombres del norte. La disolución de los guardianes obligó a sus miembros a buscar un futuro para sus familias lejos de aquel lugar que tiempo atrás les sirvió para iniciar un nuevo comienzo. Los custodios partieron y con ellos, todo lo necesario para levantar un nuevo hogar. Su respeto por la naturaleza les obligaba a cargar con todas sus cosas, incluyendo la madera de sus casas para ser reutilizadas. Un largo viaje afrontaron, aunque la alegría de volver junto a sus familias, para no separarse jamás, les daba fuerza para la travesía.

Solo un edificio se mantiene en pie, manteniendo el lustre de antaño: la casa de Viggo y Genoveva. Su actual propietaria es Ilora, de casi setenta años de edad. Su pelo cano y gruesa porte atisban una mujer fuerte y resolutiva. Mientras recoge la ropa tendida horas antes en el exterior de su hogar, el sonido de los cascos de varios caballos anuncia la presencia de forasteros. Aparta una gran sábana blanca para descubrir sus caras y allí están, los hermanos Zenón y Saturno, con rostros que denotan fatiga por el largo viaje, pero ilusionados por llegar al final de su primera encomienda. Tras ellos, Sancho, con la mirada clavada en la descomunal construcción que tiene ante sus ojos.

En el lugar donde se erguía el fuerte, conteniendo a las fuerzas del mal, se alza una edificación majestuosa. Colosal. De nombre: el Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial. Un lugar que solo unos pocos sabían de su verdadero propósito. Como adelantó Ulises, la orden cristiana cumplió su promesa, y con la ayuda del rey Felipe II, la puerta del infierno quedó sellada.

Ilora sonríe orgullosa y emocionada al ver, sin conocerles, que eran los descendientes de Odón.

—¡Tenéis el valor de vuestro abuelo! —exclama convencida mientras sale a su encuentro—. ¡Si estáis aquí es porque él está en un lugar mejor! —Las palabras de la mujer vuelven a la realidad al joven herrero, que cruza miradas con sus primos—. ¡Aunque para vosotros, el viaje comienza hoy y deberéis saber que lo peor está por llegar!

—¿Qué tiene para nosotros? —pregunta dispuesto el mayor del grupo.

—Amarrad vuestros animales y entrad —ordena Ilora dirigiéndose a la puerta de la vivienda.

Los jóvenes descienden de sus monturas y amarran las riendas a las columnas que soportan el techado del porche. Lanzan miradas a su espalda contemplando el monasterio y, lentamente, se introducen en la casa.

La estancia es una sencilla sala con una mesa dispuesta en su centro acompañada de una silla. Al fondo, una alacena a modo de despensa, una pequeña ventana y una palangana con agua para lavar los platos.

A la derecha, una pequeña chimenea con un caldero humeante.

—¿Tenéis hambre? —pregunta sin dejar de moverse por la estancia.

—No, gracias. Venimos servidos —informa Zenón.

Los primos se detienen junto a la mesa mientras observan a la mujer guardando los platos

que sacaba de la despensa.

—¿Vive sola? —pregunta el menor de los hermanos.

—Sí, no me queda familia y mis vecinos se marcharon hace tiempo —responde gesticulando hacia su puerta mientras se coloca junto a ellos.

—¿Por qué se fueron? ¿Por qué no se fue con ellos? —pregunta Sancho.

—Se fueron en busca de nuevos horizontes. Aquí ya no tenían obligaciones y decidieron marchar. La mayoría se dirigieron al sur, a Toledo concretamente. El resto cogieron otros caminos —informa melancólica—. Yo me quedé porque esperaba este momento —aclarar—. Le debo mucho a vuestro abuelo y no me pude negar al favor que me pidió, y hoy lo voy a cumplir. —Los jóvenes se miran expectantes—. Tengo mucho que contaros y también mostraros. —Desplaza la mesa con maña y se arrodilla en el suelo. Comienza a golpear una de las tablas y consigue que se desmonte sacándola de su lugar. A continuación, otra y después otra más, dejando a la vista una caja de madera de grandes dimensiones con imágenes de varias runas incrustadas a fuego. Se incorpora y mira a los chicos, que están impacientes—. ¡Vamos, no creeréis que lo voy a hacer yo todo! ¡Subidla!

Sancho es el primero en reaccionar y se agacha para extraer la caja. Saturno le ayuda alejándola de su escondite y Zenón se dispone a reponer las tablas. Ilora vuelve a colocar la mesa en su sitio y colocan la caja sobre esta. Posa sus manos al borde del cofre y mira al mayor de los hermanos.

—¿Qué os ha contado Odón sobre los custodios?

—La verdad es que no tuvimos mucho tiempo para parlamentar y lo poco que nos contó fue sobre cuestiones familiares —responde nostálgico.

—Comprendo —exclama Ilora.

—¡No tenemos tiempo para historias! ¡Le pido que sea breve, tenemos que ir tras la bruja! —dice Zenón con algo de nerviosismo por hablarle de mala manera.

—¡Has salido a tu abuelo! —exclama sonriente—. Siempre iba con prisas. —Eleva la tapa del cofre y extrae un libro. El mismo que utilizó Ulises para otorgar el poder de las runas tatuadas de Odón. Tras el libro, se conservaban cientos de medallas con la S grabada, junto con el molde de hierro para ello. Coge unas pocas y las entrega a sus invitados. Los jóvenes las observan con detenimiento—. Estos objetos están creados expresamente por vuestro abuelo.

—¿Cuál es su cometido? —pregunta Saturno.

—Esta madera, combinada con vuestra sangre, acabará con cualquier mal al cual os enfrentéis.

Los hermanos se miran al unísono tras escuchar la revelación de Ilora.

—¿Y el libro? —pregunta Sancho con curiosidad.

—En su interior se encuentran las citas necesarias para conjurar estas medallas y otras cosas que mi pueblo utilizaba desde su nacimiento.

—¿Está diciendo que podemos acabar con Ava? —pregunta Zenón.

—¡Por desgracia no! Pero son una ayuda para los seres que la acompañan u otra bruja de menor nivel —responde convencida—. Os ayudarán ahora y en el mañana que depare a vuestras familias. Son un arma poderosa solo para unos privilegiados como vosotros —concluye dirigiéndose a los hermanos.

—Y cuando se acaben, ¿qué?

—Cualquiera que sepa leer podrá conjurar las que se creen. El requisito es que la madera esté grabada. Da igual el tipo de madera. Ese es otra de las condiciones de Odón para la

creación y conjuración de las medallas —informa nostálgica por nombrar de nuevo al cazador—. Los custodios utilizaban la madera de un árbol sagrado escondido en una cueva de estas montañas. Y vuestro abuelo quiso que cambiaran la citas para utilizar el que mejor os venga. —Sancho asiente conforme—. La página está marcada y traducida.

Los hermanos asienten también, comprendiendo lo que se debe hacer.

—¿Tiene algo más para nosotros? —pregunta Zenón mientras echa de nuevo las medallas al baúl, acto que copian los demás.

—Solo daros mi apoyo —responde sonriente.

—¡Gracias! —exclama Saturno.

—¡Vayámonos! —ordena su hermano cogiendo el cofre.

—¡No! —dice Saturno enérgico—. No volveremos a verla. Necesito saber del abuelo para conocerle mejor, para que no olvidemos a quién le debemos la vida. Ella puede hablarnos de él y será aquí y ahora.

Ilora le sonríe cómplice. Zenón agacha la cabeza sumiso y Sancho le posa una mano en el hombro de su primo mayor.

—Vuestro abuelo era un luchador. Un hombre de honor. Solo tengo buenos recuerdos —suspira—. Me visitaba con asiduidad. Mi padre era su mejor amigo y creo que me veía como alguien de su familia.

—Su padre era un custodio, ¿verdad? —pregunta Sancho.

La mujer asiente sentándose en la silla.

—De mi padre solo tengo tres recuerdos: uno cuando vino al entierro de mi hermano, otro cuando acompañó a vuestro abuelo para absorber el poder de los custodios, y el último en su mismo entierro. —Ilora se emociona—. Fue asesinado por el ser que custodiaba. —Los primos se miran consternados—. Gracias a Odón que acabó con él... —Llora desconsolada—. En aquel envite perdió lo que más apreciaba, que era su corcel. Lo llamaba Príncipe. —Saturno le acaricia su hombro. Ella agradece el gesto cogiendo la mano del joven—. Ocurrió poco después de que se convirtiera en un cazador custodio —relata entre lágrimas—. Un grupo de bandidos se cruzó con mi padre mientras huían tras robar a un terrateniente. Le obligaron a abrir la puerta y desencadenar al nigromante. —El cruce de miradas entre los primos denota asombro—. Este les prometió riquezas si le liberaban y fueron los primeros en morir. Después, después acabó con mi padre. —El silencio se adueña de la estancia, roto a cada llanto de Ilora—. Se llamaba Viggo —dice recuperando la compostura—. Si os preguntáis cómo acabó con su asesino, Uriel os lo contará. —Se levanta de su silla mirando a Zenón—. Aquí termina mi encomienda, ahora os toca a vosotros —concluye cruzando miradas con los tres.

—¡Gracias por sus palabras! —exclama Saturno—. Gracias por ser fiel a nuestro abuelo y sentimos lo de su familia. Ha sido un honor conocerla.

—¡El honor ha sido mío!

Los jóvenes sonríen. A continuación, Zenón se dirige a la salida.

—¡Tenemos un largo viaje! —dice este en el umbral mirando al horizonte.

—Si conocéis el lugar donde queréis llegar, lo podéis hacer en un instante —informa Ilora levantándose de la silla.

—¡Es cierto! —exclama Saturno.

El jefe del grupo se dirige al exterior de la vivienda y se detiene a unos pasos de los caballos, tras él, su hermano y Sancho. Posan estos sus manos sobre los hombros de Zenón mientras Ilora sale de su hogar.

—¡Os estarán esperando! —informa la mujer. Los jóvenes asienten—. ¡Recordad a vuestros padres y a los míos! —La mujer comienza a emocionarse gesticulando con el puño cerrado—. ¡Por vuestro abuelo! ¡Por mí y por vosotros! —La arenga provoca que a los espectadores del discurso se les erice la piel y sus ojos se humedezcan—. ¡Por la gente de bien y los indefensos de este reino! ¡Haced que esa maldita bruja sufra! —concluye gritando con rabia y emoción.

Tras un cruce de miradas entre ellos, desaparecen.



En el interior del bosque huele a muerte. Los guerreros sin vida siguen en sus posiciones, pero no dejan de gesticular con el que tienen al lado como si estuvieran compitiendo entre ellos por ser el primero en atacar. Son marionetas de Ava, pero tienen el conocimiento de saber qué hacen allí y desean que llegue el momento. Varias runas se mantienen activas desde el último encuentro con Odón y las arpías, pero no afectan a los muertos. Siguen a la espera de que alguna bruja o quizás la propia Ava las pise. De repente, los hermanos aparecen entre la multitud apoyados espalda contra espalda. Con sus manos desarmadas y ensangrentadas sujetan un puñado de medallas, en la otra, sujetan los bastones que golpean el suelo al unísono. La fuerza desatada calcina a la turba de la planicie sin omisión ni respuesta. Quienes se salvaron del primer envite por protegerse con el cuerpo del compañero son alcanzados por las medallas lanzadas a propósito consumiendo sus cuerpos. Una primera oleada llega desde todas partes. El bosque entero parece ocultar a un ejército de guerreros mayor de lo imaginado. Zenón mira a su hermano y asienten cómplices. Agarran con ambas manos sus báculos y cierran sus ojos. Sus cuerpos comienzan a levitar. A cierta altura, abren de nuevo sus ojos dorados como el sol. Sueltan los bastones y estos caen a la vez clavándose en la tierra yerma, provocando una ola de energía que avanza a gran velocidad por todo su alrededor. Al igual que sucediera en el Jardín, barre a todo ser muerto que se encuentra. Agotados, se posan sobre el suelo. Zenón, portando su bastón, desaparece y, al instante, reaparece con Sancho apoyado en su hombro.

—¡Lo has hecho bien, Saturno!

—¡Lo mismo digo, hermano!

—¿Qué ha pasado? —pregunta Sancho con inocencia.

—¡Hemos hecho limpieza! —responde su primo más joven.

—¡Tenemos que estar atentos! No sabemos si vendrán más.

—Habéis sido muy hábiles —La voz de Ava suena frente a ellos. Los chicos se ponen en guardia. Sancho sostiene una espada entre sus manos—. La verdad es que me lo esperaba. Habéis salido a vuestro abuelo. Él se las ingeniaba para salir siempre victorioso. Tenía un talento innato. —La roca que sellaba la puerta se mueve y aparece la bruja sonriente frente a ellos, que aprovechan para dirigir sus bastones lanzando sendos rayos de energía de color blanco, pero errando, dado que Ava, realizando un gesto con una mano, cubre su cuerpo con un manto de protección—. ¡No, amigos míos, no! —exclama sonriente—. ¡No podéis hacer mucho! ¡Os faltan muchos encuentros conmigo para saber qué puede y qué no hacerme cosquillas!

Tras estas palabras burlonas, vuelven al ataque lanzando rayos una y otra vez. Sancho contempla atónito el choque. La sonrisa de la bruja acariciando su colgante le provoca escalofríos. Por otro lado, los cazadores sufren una dolorosa nostalgia al ver la imagen de su madre envejecida.

—¡Podemos seguir hasta que tu poder se agote! —exclama Zenón.

—¡No sé a quién se le acabará antes, si a mí o a vosotros! —replica la bruja.

—¡Lo averiguaremos! —dice de nuevo el mayor de los hermanos mientras Ava comienza a reír.

—¡La verdad es que tienes razón! —exclama—. Mi poder se agota y debo unirme a esta roca. —Señala a una gran piedra tras ella—. Voy a revelaros una cosa —dice mientras se posiciona junto al lugar dónde hibernará—. ¡Hoy no morirá nadie!

—¡Menos mal! —exclama Sancho entre dientes.

El ataque se detiene y los jóvenes se miran entre sí.

—¡Desapareceré durante mucho, mucho tiempo! Vosotros..., vosotros viviréis una larga vida. Tendréis hijos, y ellos a otros, eso sí, todos varones. Hasta que un día nazca una hermosa niña, y cuando sea mayor de edad, yo volveré. Ella será la causa de mi despertar y cuando la encuentre, terminaré mi encomienda.

—¿Y cuál es esa? —se atreve Saturno a preguntar—. ¿Por qué le haces esto a mi familia?

—¡Llevo mucho tiempo, más del que imagináis, queriendo acabar con el mundo de los hombres!

—¿Por qué? ¿Qué te hemos hecho? —pregunta Sancho inquieto.

—¡La respuesta me la guardo para mí! —Ava, con las manos en la espalda y moviéndose de un lado a otro, pero sin perder la perspectiva de la roca, mantiene sus manos a la espalda. Sin que se den cuenta, mueve dos dedos formando un círculo, de repente, una mamba negra aparece de una grieta en la piedra y, deslizándose, se pierde entre la ceniza y ramas caídas sin que los primos se percaten—. ¿Por dónde iba? ¡Ah! Por qué elegí a vuestra familia... —Respira tranquilamente—. Vuestra abuela, Luzia, se presentó sin más. Eran tiempos difíciles para mí. Había perdido poder y sabía que ese cazador rondaba mis dominios. Sebastián era perseverante, mira, como Odón —explica con sorna—. Tuve que actuar con rapidez y allí estaba ella. Sabía que tras Luzia otro hombre buscaría venganza, pero no tuve opción. —La bruja continúa su exposición sin dejar de moverse frente a la gran roca—. Además, cuando descubrí la existencia de vuestra madre entre aquellas telas de lino, tan frágil, tan hermosa, supe que era especial y quise que fuera mía, solo que vuestro abuelo se interpuso. Su tozudez y coraje provocó que esta historia se alargara más de la cuenta. Tanto que sus nietos siguen su encomienda hoy y vuestros hijos lo harán el día de mañana —concluye señalando a sus interlocutores.

—¿Y qué pasa si uno de nosotros pierde la vida? —pregunta Saturno sonriente.

Zenón mira a su hermano tras escuchar su pregunta y se queda inmóvil. Petrificado. Saturno está cortando su cuello con una daga. Sancho reacciona tarde y solo ayuda a su primo para que no caiga de bruces contra el suelo.

—¡No! —grita Ava estirando su brazo.

Zenón continúa sin dar crédito a lo que acaba de suceder.

—¡Saturno! —grita Sancho—. ¡Saturno! —Intenta desesperado cortar la hemorragia sujetándole el cuello con ambas manos—. ¡Está muerto, Zenón! ¡Está muerto!

—¡No! ¡No es verdad! —Se arrodilla a sus pies—. ¿Qué has hecho, hermano? ¿Cómo has...? ¿Por qué? —pregunta incrédulo y desconcertado.

—¡Si quieres que tu encomienda llegue a su fin, tráelo de la muerte! —ordena Sancho ante la mirada inerte de la bruja.

—¡Apartaos de él! —ordena ahora Ava severa.

Los chicos se apartan cruzando miradas.

—Él era quien traería a este mundo el fruto que tanto ansiaba. ¡Tú! —Mirando a Zenón—. Sin embargo, no puedes tener hijos. Lo sé, lo huelo.

Zenón permanece atónito.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Sancho, que parece el más entero.

—¡Años de vida! —responde sacando de su vestido una avellana para posteriormente tirársela al herrero—. ¡Cómetela! —ordena Ava.

—¿Qué es esto? ¿Por qué debo hacerte caso? —pregunta enérgico.

—¡Porque estás enfermo! —informa Ava.

—¿Y a ti qué te importa? Yo no soy como ellos.

—No llegarás a los cuarenta y ellos te necesitan y, a colación, yo también. —Se coloca junto a la piedra y mueve un brazo en dirección al cuerpo de Saturno desangrado—. Vosotros también podéis resucitar un cadáver. Me llegaron noticias de que Odón lo hizo, vosotros no seréis menos. Hoy me encargo yo. —Su cuerpo comienza a unirse con la roca cuando Sancho come el fruto—. ¡Bien hecho, jovencito! —dice sonriente—. ¡No hagáis más locuras como esta! —Con la mano que señala a Saturno, sale un rayo impactando en el corte mortal del joven a la par que Ava se une a la piedra. El rayo cose el corte hasta que el cuerpo de la bruja parece un dibujo pintado. La herida de Saturno está cerrada. Zenón aprovecha para lanzar proyectiles con su bastón a la zona donde ahora descansa Ava, pero un aura de fuerza protege la roca.

—¡Es imposible! —exclama Sancho—. ¡No malgastes tus fuerzas, primo!

Zenón desiste de su intento por acabar con la bruja y se agacha de nuevo junto a Saturno, que reacciona tosiendo.

—¡Hermano! ¡Estás vivo! —exclama Zenón abrazando su cuerpo.

Saturno vuelve a toser y se sienta con dificultad.

—¿Qué ha pasado? ¿Y la bruja? —pregunta desorientado.

—¡Ya ha pasado todo! —informa su hermano.

—¡No lo vuelvas a hacer! ¿Entendido? —interviene Sancho severo.

—¿Por qué respiro de nuevo? —se pregunta en voz alta.

—Ella te necesita con vida —explica Zenón—. Y aunque no me guste lo que voy a decir, se lo agradezco.

—¡Siento lo que hice, hermano! Me nubló la mente con tanta palabrería —aclara Saturno—. Por lo que veo, soy demasiado importante para ella.

—¡Sí, pero más para mí! —dice Zenón emocionado. Ayuda a su hermano a ponerse de pie mientras mira la piedra—. Creo que aquí hemos terminado. Volvamos al Monasterio Blanco, allí descansaremos. Tenemos que pensar que hacer a partir de ahora.

Se miran entre ellos y asienten unos a otros. Apoyan las manos entre sí y se desvanecen.

CAPÍTULO III

Macizo Central, España
17 de julio de 1608

En lo más profundo de un bosque de abetos, Belcebú sigue con la búsqueda de un lugar donde poder transformarse. Con inteligencia, evita los caminos y grandes claros para no ser descubierto. Su travesía la realiza a pie, escondiéndose entre árboles y rocas cuando siente la presencia humana. Algún jabato y varias liebres le sirven de sustento en el viaje que le lleva por lugares desconocidos para él. Con las alas recogidas y el báculo en una mano, camina y camina hasta que divisa el humo provocado por una chimenea. Alertado, se agacha. Un murmullo en la lejanía le avisa de vida enemiga. Se incorpora fijando su mirada entre los árboles, esperando descubrir el origen del humo y la fuente del sonido. Unos metros más adelante aparece un gran claro, donde un edificio emerge en su centro. Una cabaña de madera de grandes dimensiones con un cercado próximo y varias cabezas de ganado en su interior.

Afina su sentido auditivo y capta el llanto de una mujer adulta tras la casa. Belcebú da un rodeo sin salir de la protección de la vegetación y descubre a una pareja de unos treinta años. Ella vistiendo el típico vestido de la época. Largo y ceñido en su cintura, con la falda pomposa. Él, con su pantalón oscuro, blusa y chaleco. Ambos miran una tumba recién cubierta. El hombre se mantiene en pie apoyado en una pala clavada en el suelo. Ella, de rodillas. Él posa una mano sobre el hombro de la afectada mujer, pero le rechaza con un gesto brusco.

—¡Es culpa tuya! —exclama enrabietada sin dejar de mirar la tumba—. ¡Sabes de los peligros que abundan en el bosque! —Se incorpora con el rostro desencajado y lo mira a los ojos—. ¡Aun así, le dejaste ir! ¡Maldito seas! —El hombre agacha la cabeza, sumiso, aceptando la culpa—. ¡No me vuelvas a tocar! ¿Lo has entendido? —La mujer se coloca el vestido y se marcha secándose las lágrimas hacia la casa.

El varón cae de rodillas sobre la tierra blanda y rompe a llorar destrozado.

—¿Por qué nuestro Dios permite que pasen estas cosas? Solo era una niña.

—¡Quizás hayas rezado al dios equivocado!

Una voz suena en la cabeza del hombre que, mirando a su alrededor, se incorpora sujetando la pala como arma. Por su parte, Belcebú se mantiene oculto, pero desconcertado. Su pensamiento parece haber hecho el efecto en el humano, al igual que él controla a los demonios del infierno.

—¿Quién va? —pregunta alterado.

—¡No temas! ¡No voy a haceros daño! —Los efectos del fruto que le entregó Ava están haciendo su cometido.

Belcebú ha comenzado a transformarse.

—¡Muéstrese! —ordena el varón—. ¡Salga de su escondite!

—¿Cuánto tiempo hace que pereció su hija? —pregunta el demonio.

El hombre sigue mirando a su alrededor con nerviosismo. La voz de demonio suena como si estuviera junto a él.

—¿Por qué quiere saberlo? ¿Usted quién es?

—¡Solo dígame el tiempo que ha pasado! —insiste autoritario.

—Esta mañana —responde dolido y temeroso. Unos segundos de silencio llenan de soledad el lugar. El padre vuelve a llorar sin consuelo—. Quiso dar una sorpresa a su madre recolectando unos frutos y se cruzó con un jabalí qué la embistió contra una roca —expone descompuesto.

—¿Qué daría si pudiera volver a ver a su hija caminar?

—¡Daría mi vida! —exclama—. ¡Está enterrada por mi culpa! ¡Cometí un error y no dudaría en cambiarme por ella!

Belcebú sonríe con malicia. Sabe que acaba de dar comienzo su encomienda en la tierra de los vivos y tiene a su primer discípulo. Se mueve despacio y muestra su escondite. El padre cae de culo atormentado por la impactante estampa del demonio.

—¡No se mueva! —grita el hombre armado con la pala y arrastrando su cuerpo huyendo de la bestia.

—Voy a darle lo que pide —informa Belcebú con naturalidad y a viva voz.

—¡El demonio habla! ¡Me hablaba él! —dice sorprendido mientras el señor de la muerte asiente—. ¿Cómo puede devolverme a mi hija?

—Ya lo he hecho.

El brazo de la niña aparece con un gesto brusco entre la tierra húmeda. Su padre se incorpora y se tira de rodillas para apartar la tierra y ayudar a su hija a emerger de su entierro. Su ropa está sucia, al igual que las partes de piel que han tocado la tierra. De pelo moreno y vestido azul, descalza y sujetando una improvisada muñeca hecha de ramas. Muestra su rostro a su salvador y sonriente se descubren sus ojos de color negro.

—¡Hija! —exclama el padre. Esta le mira, pero no dice nada. De un impulso, la niña salta sobre su padre cayendo junto a la puerta de entrada a su hogar—. ¿Qué le pasa? —pregunta al demonio.

—¡Es su hija y mi sierva! —responde mirando a la joven—. ¡Al igual que lo serás tú y tu mujer!

—¿Qué quieres que haga? —pregunta sumiso.

—¡Solo tienes que serme fiel!

—¡Que así sea!

Belcebú se agacha y extiende un brazo posando su mano en el suelo. Vuelve a incorporarse y la zona donde permanece su huella se hunde provocando un pozo sin fondo de un metro de circunferencia. Su nuevo lacayo se arrastra desde su posición y asoma la cabeza a la oscuridad infinita. Un rugido le sorprende, haciéndole caer de nuevo. El sonido resuena por la cavidad y parece provenir de las entrañas de la tierra. Cada segundo que pasa, el rugido es más cercano. Un ser demoníaco asciende escalando a gran velocidad por la pared. Rojizo como el de su amo, pero sin alas y de menor envergadura. Al llegar a la base de la tierra de los vivos, su cuerpo se consume en polvo, que se mantiene en suspensión unos instantes hasta que Belcebú agarra del cuello a su nuevo siervo, acercándole a la masa arenosa, provocando que sea inhalada por él. Una vez introducida en su cuerpo, el demonio le suelta y comienza a convulsionar. Un grito se oye tras ellos. La mujer ha perdido la conciencia al ver el cuerpo con vida de su hija. En ese preciso instante, el hombre se incorpora sonriente y con los ojos del mismo color que su hija.

Al caer la tarde, la unidad familiar sale del interior de la casa. La mujer también está poseída. Se abren paso como centinelas cubriendo visualmente la totalidad de la propiedad que dejan a su espalda. En el interior de la cabaña, Belcebú mira el fuego de la chimenea

esperando la transformación total.

CAPÍTULO IV

Macizo Central, España
10 de enero de 1617

Los años han pasado desde el último encuentro de los primos con Ava. Es invierno y las chimeneas de las viviendas en la aldea donde nació Sancho expulsan el humo del fuego provocado para calentarse o para cocinar, como es el caso en el hogar del ya no tan joven herrero. Sancho se casó con la hija del panadero y tienen dos hijos. Una niña de seis años y su hermano algo más pequeño. Saturno, por su parte, se unió en matrimonio con Valentina, la joven doncella del Monasterio Blanco. Ellos tuvieron dos niños, Odón, de siete años, y Alvar, de tan solo cinco. Saturno y su familia viven en una casa cercana, pero siempre comen con la familia de Sancho. No hay día que no jueguen entre los primos, como así se denominan entre los más pequeños. Saturno guardó el bastón al nacer su primer hijo y se dedicó al cultivo. Estaba desentrenado, pero mantenía la misma juventud que tenía cuando cogió el báculo por primera vez.

La relación entre los varones no es del todo sana. El herrero estaba enamorado de Valentina, pero ella amaba a Saturno. Por otra parte, no podían separar sus caminos. Tenían que escribirlo juntos, ya que Zenón partió para continuar con la labor de su abuelo: acabar con todo mal. A sabiendas que no podría tener descendencia y ver que su hermano pequeño era quien traería la estirpe de un futuro próximo, no quiso que peligrara su integridad y casi le obligó a quedarse junto con Sancho hasta el fin de sus días. Este último era quien conjuraba los medallones que le hacían falta para sus encuentros, pero habían pasado muchos meses de su última visita y no tenían noticias de él. Los niños vivían felices con el desconocimiento de tiempos pasados. Sus padres soportaban el peso del miedo e incertidumbre por el futuro incierto y por el estado de salud de Zenón.

En el interior del hogar, las familias comparten mesa celebrando el día de nacimiento de la hija del herrero.

—¿Vino? —pregunta Saturno sujetando la jarra en el aire.

—¡Sí! —responde Sancho acercándole el vaso. Su primo llena el recipiente y se lo devuelve—. ¡Gracias!

Saturno asiente sonriente y, alzando su vaso, mira a los ojos del herrero.

—¡Por la familia! —exclaman al unísono.

Junto a los varones, los respectivos niños sentados en ambos lados de la mesa, Odón y Alvar, pelean entre ellos al lado de su padre, mientras sus primos ocupan el lado opuesto observando la lucha. Sancho preside la mesa, a la que llegan su mujer, con una olla humeante, y Valentina, con una pequeña cesta con pan recién horneado. Ella mantiene su belleza y su bonita sonrisa, de la cual su esposo es preso. Sonriente, se dispone a sentarse cuando su rostro cambia de repente. Frente a ella, Zenón aparece sujetando su bastón. Viste como siempre, aunque su rostro muestra muchas cicatrices contando con la que le atraviesa la cara.

—¡Hermano! —exclama el cazador con angustia.

Saturno se gira sobre sí y se levanta raudo.

—¡Zenón! ¿Qué pasa? —pregunta alterado.

—¿Qué menos que un «buenos días»! —dice Sancho con enfado.

—¿Lo siento, primo! —responde con sumisión—. ¡Perdonadme todos! No era mi intención asustaros. —Los integrantes de la mesa cruzan miradas y los niños no quitan ojo de su tío—. Debo hablar contigo —concluye mirando a Saturno. Este mira a su esposa, que asiente y señala al exterior del hogar—. Os pido disculpas —dice Zenón antes de salir por la puerta.

—¿Pasa algo padre? —pregunta el joven Odón.

—No pasa nada, hijo —responde acariciando los rostros de sus vástagos—. Ahora vuelvo.

Saturno sale de la estancia y su hermano no espera ni a que cierre la puerta para adelantarse a su paso.

—Van a asediar el Monasterio Blanco —informa acelerado—. Quizás haya empezado mientras hablamos... ¡Tienes que venir conmigo, Saturno! —exclama posando una mano en su hombro—. ¡Somos los únicos que podemos detenerlos!

—Pero... ¿cómo han dado con el monasterio? ¡Está oculto a la vista de cualquier mortal! —Hace un inciso mientras piensa.

—¿No lo sé! Recibí un mensaje de Uriel diciendo que habían avistado un grupo ingente de personas que se dirigían armadas por el acantilado —informa Zenón.

—¡Demonios! —apremia a decir Saturno—. ¡Son demonios!

—¿Eso pienso yo! —exclama Zenón—. Pero ¿de dónde han salido? No pueden pisar la tierra que pisamos los vivos y Ava sigue en la piedra.

Saturno siempre se ha destacado sobre su hermano por tener una inteligencia inusual. Camina unos pasos y vuelve sobre los mismos.

—¡Belcebú! —exclama convencido—. En el Jardín desapareció. Tuvo que ser la bruja. Sabía que le venceríamos y por eso le rescató. —Zenón asiente ante la explicación de su hermano—. Todo tiene que ser parte del plan de Ava. Seguro que es él quien los comanda.

—¡Mayor motivo para que vengas conmigo! —dice Zenón con desesperación.

—Hace años que no cojo el bastón —aclara Saturno—. He perdido la práctica.

—¡Hazlo con ellos! —exclama—. No tenemos tiempo. Tiene que ser ahora.

Valentina hace acto de aparición con el báculo de su esposo.

—¡Ve, amor mío! —interviene entregándole la vara—. Tu hermano te necesita, ¡este reino os necesita a los dos! —Ella le coge el rostro con ambas manos sin dejar de mirarle a los ojos—. Ve y acaba con todos —concluye enrabiada.

—Padre, ¿vas a la guerra? —se atreve a preguntar el pequeño Alvar agarrado al vestido de su madre.

Saturno le mira y cruza miradas con Odón, que se mantiene en la puerta junto con Sancho, ambos con lágrimas en los ojos.

—Volveré.

—Lo sabemos —exclama Valentina sonriente y orgullosa.

Zenón asiente a su cuñada y posa la mano libre sobre el hombro de su hermano y ambos desaparecen.



Varios minutos después de que Uriel enviara la paloma con el mensaje para Zenón, las puertas del Monasterio Blanco son bloqueadas desde el interior. El arcángel se mantiene apostado en una ventana situada en lo más alto del edificio, donde divisa el puente con

ambas columnas como vigías, la gran runa a los pies de estas y la explanada de nieve y hielo que preside el lugar a los pies de la gran montaña.

Uriel no puede pisar los exteriores del edificio y nadie hay en su interior para defenderlos; mucho menos los ángeles, que, aun diezmados, tampoco pueden ir más allá de la vidriera.

El guardián del Jardín mira hacia el único acceso al monasterio: el final del acantilado que bordea la montaña sobre el río. El eco de rugidos y pisadas se entremezcla y advierte de la inminente llegada de la turba. La corriente humana ocupa el ancho del camino que descienden a paso ligero, ocupando por completo la explanada y la senda hasta llegar a ella. Se detienen sobre la runa esperando la orden, momento que aprovecha el arcángel para localizar una piedra marcada con la imagen del puente. La pieza forma parte de los bloques que conforman la pared, pero esta, en concreto, sobresale unos centímetros sobre la ventana. La oprime como si buscara igualarla como las demás, no sin resistencia y dificultad, aunque tenga la fuerza de cien hombres. Una vez conseguida con éxito su intención, el sonido de una roca desquebrajándose suena en el exterior. Las estatuas que custodian el puente toman vida. Separan sus pies de las bases donde permanecían erguidas y saltan sobre el puente. Ocho gigantescas figuras están en guardia en dirección a la multitud maldita. Tres son caballeros, dos de ellos arqueros y un infante. Tres ángeles con sendas lanzas y, para acabar y más atrasados, dos custodios.

—¡Aguantad hasta que vengan los refuerzos! —exclama Uriel orgulloso cuando los ángeles se elevan.

En cabeza de la defensa, el caballero con su mandoble posado sobre el suelo del puente. Eleva su espada con una mano y, como si de una orden se tratase, los arqueros que están tras él comienzan a lanzar flechas de piedra. Cada impacto acaba con cuatro demonios, alcanzando a uno y, por la fuerza de la flecha, impactando a los que hay tras él. Por su parte, los ángeles sobrevuelan sujetando con fuerza su lanza y arrastran varios cuerpos, a la vez que desmiembran otros con sus alas. Los custodios esperan a los pies de la puerta y el infante inicia su ataque sin resistencia. El mandoble va y viene derrotando a los que se encuentra en el camino. Las armas de los demonios, que a vista de cualquiera nadie diría que no son campesinos, son inútiles ante la impenetrable capa de piedra de los guardianes. Espadas oxidadas, horcas, hachas y guadañas. Útiles de labranza que no provocan ningún rasguño a sus oponentes.

Uriel asiente victorioso hasta que ve la desintegración en mil pedazos de uno de los ángeles. Intenta localizar al causante cuando descubre el arma de Belcebú volviendo a su dueño.

—¡No puede ser! —exclama aterrorizado—. Solo Belcebú puede alzar esa arma... —Medita unos instantes—. ¡Es él! —Un hombre de unos cuarenta años. De aspecto formal y de constitución seria. Moreno de cabello y piel, camina esquivando cuerpos y con su mazo apoyado en el hombro—. ¿Como puede caminar entre los vivos? —Uriel se aparta de la ventana intentando comprender lo que está presenciando—. Tuvo que ser Ava, eso es —razona el arcángel en voz alta—. Estas gentes tienen que ser campesinos y ladrones que ha estado transformando desde desapareció en la batalla —concluye convencido.

En el exterior, los supervivientes del ejército del mal despejan la explanada dejando a su señor obrar su poder. Este lanza de nuevo su arma alcanzando al resto de ángeles, que sin tiempo de reacción se deshacen en polvo. Los arqueros disparan sobre él, pero las flechas no le hacen daño. El caballero infante vuelve a alzar su espada y, esta vez, los custodios

adelantan su posición hasta llegar al inicio del puente y acto seguido los demonios cubren la explanada ocultando a su líder desapareciendo entre ellos. La cantidad ingente de lacayos es sobrecogedora. Los guardianes se despojan de sus atuendos rocosos mostrando las runas talladas en sus cuerpos. Levantan sus brazos y los símbolos se elevan comenzando una serie de lanzamientos a discreción. Los demonios son víctimas de los golpes de destrucción que generan al mínimo contacto. Nuevamente, Belcebú se hace cargo de la situación. Su maza sobrevuela la cabeza de sus secuaces previo lanzamiento desde algún lugar entre ellos. La parte de la espada atraviesa la cabeza de un custodio y se dirige a la cabeza del segundo guardián provocando la misma herida. Antes de deshacer sus cuerpos, el señor de la muerte salta desde su escondite entre la multitud y, en el aire, recibe su arma cayendo al suelo sujetándola. Acto seguido, los guardianes se convierten en cientos de piedras. Solo quedan los tres caballeros.

—¡Zenón, date prisa! —exclama Uriel con preocupación.

Los arqueros sueltan sus arcos rompiéndose en la caída. Desenvainan sus espadas y se unen al infante. Juntos y a paso lento se dirigen a prestar su servicio final. Sin contemplaciones. Sin temor. Cruzan el límite del puente y comienzan a blandir sus armas acabando con el enemigo. Un gruñido alerta a la turba demoníaca y parece ser una orden, dado que retroceden varios metros dejando a Belcebú aparecer inmóvil en el centro de la explanada. Sereno y sonriente. Parece convencido de sus posibilidades y espera el asalto por parte de los caballeros, que separan sus caminos posicionándose en ángulos distintos. El demonio sujeta con fuerza su maza mirando de reojo cualquier movimiento de sus oponentes. El ataque es feroz. Los guardianes se abalanzan simultáneamente sobre Belcebú dirigiendo sus espadas sobre su cabeza. Este se agacha y se cubre con su arma, siendo esta quien recibe el fuerte golpe provocado por las tres armas.

—¿Y ahora qué? —pregunta Uriel al ver que las espadas se deshacen en polvo.

El señor del infierno se incorpora y con un violento movimiento circular separa las cabezas de sus oponentes ante la mirada perdida del arcángel y los gruñidos de sus lacayos. Estos vuelven a ocupar el ancho y largo de la explanada, pero esta vez, Belcebú encabeza la multitud.

Uriel teme lo peor. No hay defensa alguna y los descendientes de Odón no dan señales de vida. Mira a los ojos de su mayor enemigo, que no le evita la mirada. Al contrario, le sonrío victorioso.

—¿Vendrán? —pregunta este.

—¡Puede hablar! —exclama Uriel sorprendido.

—¡Esperaremos lo que haga falta! —anuncia—. Hoy es el día en el que cumpliré mi encomienda. —Camina unos pasos colocándose entre las columnas que dan acceso al puente—. ¡Hoy caerás! Y el monasterio arderá. —Uriel se aparta de la ventana, apoyando su espalda contra la pared y terminando por sentarse en el suelo. Nervioso. Contrariado—. ¡Y ellos no verán el atardecer! —grita Belcebú para que el arcángel le oiga y los demonios gruñan alentados.

De momento, el griterío cesa. Uriel no es consciente de ello hasta pasados unos segundos. Reacciona asomándose de nuevo. Primero dirige su mirada a la turba demoníaca. Inmóvil. En silencio. Posteriormente se fija en el demonio jefe que apunta con su maza en dirección al edificio. Sigue la orientación del arma y ve a Zenón junto a su hermano a los pies de la puerta.

—¡Gracias a Dios! —exclama aliviado—. ¡Zenón!

—Este eleva su mirada y descubre el escondite del arcángel—. ¡Es Belcebú! —informa señalando.

Zenón mira a su hermano, reconociendo su sabiduría por adivinar el culpable de aquella situación.

—¿Qué hace un demonio en tierras de los vivos? —pregunta volviendo su mirada al frente.

—¡Tengo una misión encomendada y hoy es el día que la llevaré a cabo! —responde convencido.

—¿Cuál es esa encomienda? —pregunta ahora Saturno.

—¡La de acabar con todo lo que ven mis ojos! —informa elevando su arma.

Acto seguido, su ejército comienza la carrera superándole y dirigiendo su rabia contra los cazadores.

—¡Recuerda que el bastón nos obedece! —informa Zenón mirando a su hermano.

—¡Acabemos con esto!

El mayor de los hermanos se adelanta y camina en dirección a la turba empuñando su bastón. Su mirada al frente. Decidido. Convencido. Golpea una vez su báculo contra el suelo generando una fuerza que sale disparada contra los demonios más próximos, calcinándolos al instante. La corriente inacabable de los guerreros de Belcebú inunda de nuevo el puente. Saturno se propina sendos cortes en ambas manos con un cuchillo que guarda en su espalda. Sostiene su bastón y se concentra cerrando los ojos. Su cuerpo comienza a levitar llegando a la altura de la ventana, donde Uriel es el espectador y se apremia a clausurarla. Zenón continúa avanzando y golpeando el suelo, derrotando a los demonios entre gruñidos. Por su parte, Saturno detiene el vuelo y abre los ojos transformados en un azul resplandeciente.

—¡Zenón! —grita su hermano—. ¡Cúbrete!

Este obedece y detiene el paso. Golpea de nuevo la vara y un aura le cubre por completo. Belcebú, sabedor del poder destructivo en ciernes, toma impulso y salta de su escondite alejándose montaña arriba. Saturno se deja caer contra el suelo clavando su bastón en el suelo y apoyando una rodilla. La fuerza desprendida es devastadora. Calcina a todos y cada uno de los demonios del puente y la explanada. Destruye la parte del puente que se unía con la tierra inclusive alcanzando parte de la montaña, obligando a Belcebú a huir de nuevo. Saturno apoya la segunda rodilla contra el suelo y, soltando su vara, se deja llevar por el cansancio y yace sin sentido sobre el suelo. Zenón corre ya desprotegido hacia su hermano mientras el señor de la guerra se posa en la explanada con los últimos demonios. Los supervivientes más alejados. No más de cien guerreros.

—¡Es mi turno! —anuncia la bestia.

Zenón, alertado, se levanta y camina unos pasos separándose de su hermano para clavar el bastón en el suelo y provocar el alzamiento de un manto de energía que se eleva cientos de metros, expandiéndose a su vez por el lago, cubriendo la totalidad del monasterio mientras vuelve junto a Saturno.

—¡Tienes que entrar! —exclama ayudando a su hermano a incorporarse—. ¡No sé qué es lo que nos tiene preparado! El manto es resistente, pero no conozco el poder de ese maldito demonio —explica mientras se abren las puertas del monasterio—. ¡Vamos!

Uriel cierra las puertas y ayuda a Zenón a sentar a su hermano en el suelo y apoyarlo en una pared.

—¡Lo habéis hecho bien! ¡Vuestro abuelo estaría orgulloso! —dice el arcángel—. Casi

tanto como lo estoy yo.

—¡No hay tiempo de confesiones! —exclama Zenón dirigiendo su paso a las puertas.

—¡Ve con cuidado! —consigue decir Saturno.

Su hermano abre la puerta y la mano de Uriel le sujeta un brazo hasta cruzar miradas.

—Belcebú es muy peligroso, pero su arma le hace letal —informa el arcángel—. Si consigues quitársela, tendrás alguna opción.

Zenón asiente y cierra las puertas por fuera, dando la espalda a su enemigo. Este golpea la barrera de protección sujetando con ambas manos su maza. Un golpe tras otro, con una violencia inusitada, hasta que consigue agrietar una parte y, tras recibir un último impacto, se derrumba. El bastón vuelve a las manos ensangrentadas de su dueño, cortes realizados mientras el demonio realizaba el golpe final. Belcebú salta sobre él lanzando un golpe. Zenón retiene el primer envite con su bastón provocando una fuerza terrible por el choque y lanzando a sendos contrincantes varios metros atrás. Sus manos y rostro han sufrido heridas por quemaduras. Doloridos permanecen en suelo cuando el resto de la horda demoníaca saltan al puente sedientos de muerte. Corren aprovechando la debilidad de Zenón.

—¡Lanzad! —gritan enérgicamente desde una orilla del lago. Decenas de flechas alcanzan a los demonios más adelantados—. ¡Lanzad! —De nuevo la orden y otra ráfaga acaba por completo con el resto del ejército de la muerte.

Un grupo de personas provistas de arcos y espadas aparecen tras quien daba las órdenes. Uriel abre las puertas al dejar de escuchar el bullicioso sonido de los gruñidos demoníacos. Mira a su alrededor y divisa a sus salvadores.

—¡Los guardianes! —exclama Uriel orgulloso.

—¡Mi hermano les avisó antes de ir en mi búsqueda! —aclara Saturno.

Uriel alza su brazo saludándoles y estos responde asintiendo sonrientes. Zenón sigue echado en el suelo retorciéndose de dolor y sin fuerzas para otra cosa que no sea gritar. Por el contrario, Belcebú consigue alzarse. El miedo y la incertidumbre se apodera de nuevo del arcángel. Los cazadores malheridos, sin protección por parte de los bastones y con el señor de los demonios en pie y armado con su maza.

Una lluvia de flechas cae sobre el demonio mientras unos pocos hombres se dirigen a él armados con espadas que tuvieron una vida mejor. Belcebú sufre heridas severas y, aunque consigue esquivar con su arma varias flechas, es alcanzado en el hombro y la pierna. Heridas que serían insignificantes si tuviera la totalidad de sus fuerzas.

—¡Esto no acaba aquí! —informa a Uriel dolorido.

Coge su arma con ambas manos y las separa en dos. Una espada y el mazo. Se adelanta al avance de los guardianes y los derrota sin omisión con varios movimientos de sus brazos. Las flechas siguen cayendo y el demonio se cubre con los cuerpos caídos. En el instante que los arqueros cargan sus arcos, Belcebú lanza su espada sobre ellos seccionando sus cuellos y volviendo el arma a las manos de su dueño.

—¡Santo cielo! —exclama el arcángel impactado.

Uriel dirige su mirada al demonio jefe que le mira fijamente.

—¡Nos volveremos a ver!

La amenaza hiela la sangre del arcángel. Poco después, Belcebú se encamina cojeando por la senda que sube al acantilado, alejándose del Monasterio Blanco. Uriel reacciona unos segundos después del mal trago vivido y se dirige en búsqueda de Saturno.

—¡Saturno! ¡Saturno! —Este parece que ha perdido el conocimiento—. ¡Despierta, Saturno! —Lo zarandea varias veces intentando que recupere el sentido—. ¡Tienes que

ayudar a tu hermano, está malherido! —El joven cazador abre los ojos con dificultad mientras Uriel le estira de los brazos para incorporarlo. Este apenas camina dos pasos y vuelve a caer rendido.

—¡No se preocupe! —exclama Zenón anunciando su presencia, apoyado en una de las puertas del monasterio—. ¡Yo estoy bien!

—¡Zenón! —Uriel lo abraza con fuerza y lo introduce en el interior dejando que se siente con dificultad.

—¡Solo tenemos que descansar! ¡Saturno me curará entonces!

Uriel asiente resignado.

—¡Belcebú volverá! —anuncia el arcángel—. ¡Formará otro ejército y volverá!

—¡No si antes le encontramos nosotros! —replica Zenón—. De momento a descansar, ya hablaremos después.

Tras su intervención, pierde el conocimiento ante la mirada llena de miedo del propio arcángel.

En una de las alcobas del Monasterio Blanco, un candil posado sobre una mesita alumbraba los catres donde descansan los hermanos. Han transcurrido varias horas desde la última batalla y ambos siguen sin consciencia. Zenón tiene varias gasas cubriéndole las manos y un ungüento restregado en su rostro. Uriel practicó los primeros auxilios, pero necesita la sabiduría de un curandero por la severidad de las heridas. Ese es Saturno, que, desde su vuelta a la vida, parece poseer parte de los poderes de Ava y es capaz de sanar cualquier herida.

El arcángel contempla el anochecer en el Jardín desde la vidriera, pero en su mente, las últimas palabras de Belcebú se repiten sin cesar.

El golpe de aire producido por las alas de Miguel, le extraen de su pesar.

—¡Hermano! —dice el jefe de los ejércitos celestiales—. ¿Cómo están?

—Descansan —responde Uriel—, pero como Saturno tarde en despertar, su hermano sufrirá una infección de la que no podrá librarse jamás.

Miguel asiente con preocupación cuando posa una mano sobre el hombro de su hermano.

—¿Y tú cómo estás?

—No sé si aguantaremos un segundo envite —responde reconociendo el poder del demonio—. El monasterio no tiene defensas y serían ellos —señalando al interior del edificio— contra todo lo demás; siempre y cuando no caiga uno de los dos antes.

—¡Daniel y Arael están preparados! ¡Estamos preparados, Uriel! —informa el señor de la guerra—. Si atraviesan estos muros, les estaremos esperando.

—Ava es muy inteligente y su malicia supera su inteligencia —dice Uriel caminando unos pasos y dirigiendo su mirada al centro del Jardín—. Tiene un plan y le está dando resultado aun sin estar de carne y hueso. Me siento un inútil entre estas paredes.

—¡No es tu encomienda, hermano! —aclara Miguel—. Eres el guardián del Jardín. Esa es tu misión. —Se acerca a él señalando a la inmensidad—. Aquí sí eres poderoso. Espera tu momento. Mientras tanto, puedes curar sus heridas y darles consejo. —Señala esta vez al interior del monasterio—. También eres inteligente y sabrás qué hacer o qué deben hacer.

—¿Qué tenemos que hacer?

La voz proviene del interior de la biblioteca donde hacen su aparición los hermanos prestos nuevamente. Zenón no muestra ninguna de las quemaduras que padecía y Saturno está sereno y sonriente.

—¡Mi señor! —Zenón realiza una reverencia ante la presencia del arcángel Miguel, su

hermano hace lo propio.

El señor de la guerra responde asintiendo mientras Uriel sonríe al verlos recuperados.

— Os veo como siempre! —exclama Uriel.

Los hermanos sonríen.

— Hablaban de nosotros? —pregunta el más joven.

— No, querido amigo! —responde Uriel—. Comentamos la nueva situación generada al ver a Belcebú caminar por la tierra de los vivos.

— Daremos con él y después le destruiremos! —informa Zenón convencido.

— No lo creo! —dice de nuevo el arcángel—. Ha estado oculto por años y volver  a esconderse.

— Qu  es lo que propone? —pregunta Saturno sabedor de que Uriel tiene un plan.

Miguel mira a su hermano esperando una respuesta sensata.

—Zenón ir  a Toledo y buscará al líder de los custodios. —Mira directamente al mayor de los hermanos—. Tr elo ante mí. Tienen que volver a sus inicios y crear de nuevo a los guardianes.

— Y qué debo hacer yo? —pregunta Saturno.

Uriel le mira con cariño.

— T  vuelve con tu familia! Zenón te dar  la orden llegado el momento.

— Anda, ve!  No hagas que sufran más tu partida! —exclama Zenón sonriente mientras le propina un golpe en la espalda a modo de complicidad.

Saturno asiente y, realizando una reverencia a los arcángeles, se desvanece. Zenón mira también a los allí presentes y cambia su talante.

— Qu  nos oculta? —pregunta consciente de que algo esconde la mirada de Uriel.

Miguel sonríe ante las palabras del cazador.

— Est s curtido en mil batallas!  Como lo estaba tu abuelo!

Zenón sonríe también tras escuchar la intervención del arcángel guerrero.

—En tus innumerables viajes habrás descubierto muchos lugares —dice fijando su mirada en el cazador—. Necesitamos un lugar donde pase desapercibido al mundo, pero cerca de un lugar poblado.  Hay alguno que se le parezca?

— Conozco un lugar! —responde Zenón—. Hay una pequeña villa sobre una gran cueva.  Por qué lo dice?

—En esa villa se deberá de instalar tu familia, con Sancho a la cabeza. —Miguel mira a su hermano y posteriormente encuentra la mirada de Zenón clavada en él—. T  te quedarás en la cueva hasta que Ava vuelva.

— C mo dice? —pregunta perturbado—.  Yo?

—Piensa en lo que dijo la bruja, yo no dejo de hacerlo —dice Uriel—. No puedes tener descendencia por lo que el daño es menor.

— Para eso quiere a los custodios? —pregunta de nuevo.

—Ellos pueden conjurar un objeto que, atado a ti, te conserve hasta el fin de los tiempos, o en este caso, hasta que ella vuelva. —Uriel se acerca a Zenón hasta colocarse frente a él—. S  que es difícil, pero es la única manera. Entiende que no podemos dejar a la humanidad sin protección.

— Y qué hay de mi hermano? —pregunta angustiado masticando la revelación del arcángel.

—Tu hermano vivir  la vida que no pudo vuestro abuelo —explica—.  l, junto al guardián custodio, te protegerán.

—¿Y los bastones? —interviene Miguel.

—El de Zenón permanecerá a su lado mientras que Saturno unirá a uno de sus hijos a su báculo llegado el momento y este al que venga después. Su legado no puede interrumpirse.

—¡Pero debe de ser colocado en su posición original! ¡Cada vez que cambie de dueño perderá poder! —informa Miguel.

—¡No puedo unir a Validus hasta que no esté a los pies del manzano! —explica Uriel—. De igual manera, no podemos correr el riesgo de que Belcebú dé con el báculo en su origen. Es preferible que continúen separados. —Uriel camina unos pasos contemplando el horizonte—. ¡Quizás en el mañana que nos espera haya alguien capaz de portar a Validus y aprovechar su poder para acabar con esta pesadilla!

—¿Y qué hacemos con Belcebú? —pregunta el cazador.

—Le pediré al custodio que selle la entrada y todo lo que rodea el lago. No podrá acercarse. Plagarán la fachada de runas y, aunque pueda volar, no podrá posarse ni utilizar su maza.

—¿Y los habitantes de este reino? ¿Qué será de ellos?

—Zenón, consternado, mira a Miguel para posteriormente sujetar de la toga a Uriel—. ¡Morirán muchos inocentes!

—¡Esa es una losa que llevaremos encima mientras tengamos conciencia! —responde mientras Zenón le suelta—. Si no estamos preparados para cuando ella vuelva, será el fin del mundo conocido.

El cazador clava su mirada en el arcángel tras sus últimas palabras. Ninguno de los allí presentes se ha percatado de la presencia de Saturno, que se oculta en una de las escaleras que da acceso a la biblioteca, siendo testigo de la conversación que allí mantienen, sabedor de que algo oculta el guardián del Jardín. Zenón se desvanece y su hermano hace lo mismo.

CAPÍTULO V

Macizo Central, España
11 de enero de 1617

El amanecer deja espacio al sol de la mañana, hecho que agradecen los agricultores de la aldea de Sancho, aunque tengan poco trabajo por la época del año. Este lleva un tiempo golpeando el metal en su herrería con la ayuda de su vástago varón.

En el hogar de Saturno, Valentina se viste en su alcoba para dirigirse, como cada día, a la habitación donde descansan sus hijos. Para su sorpresa, su esposo permanece sentado en uno de los catres observando la dulzura de sus retoños mientras duermen.

—¡Saturno! —exclama la mujer emocionada—. ¿Cuándo has llegado? —Este se levanta y se dan un beso cariñoso. Valentina le coge el rostro con ambas manos para no perderse nada de su mirada—. ¿Va todo bien? —pregunta viendo el talante serio de su esposo—. ¿Conseguisteis vuestro cometido?

Saturno asiente como respuesta.

—¡Logramos rechazarles! —responde—. ¡Pero volverán!

—¡Vamos fuera y me lo cuentas todo!

El cazador obedece y sale de la estancia sujetando la mano de su mujer y dejando apoyado su bastón.

—¡No es necesario que te cuente nada de lo sucedido! —dice con inquietud—. Mi hermano está bien y el monasterio a salvo que es lo importante.

—¿Y esa cara que traes?

—Uriel nos ha dado una nueva misión. Esta vez nos compete a todos nosotros. —Valentina mira la puerta que lleva a la alcoba de sus hijos—. Debemos dejar la aldea e ir con mi hermano. Él se quedará esperando a la bruja y yo me quedaré con vosotros.

—¿Qué quieres decir, Saturno?

—¡Partió en busca de los custodios para que le ayuden a mantenerse con vida! —expone apenado—. Mi hermano conoce un lugar donde esperará al regreso de Ava mientras nosotros hacemos vida normal —continúa su exposición sentándose en un banco de madera.

—¿Su regreso? No se sabe cuándo será.

—¡Ese es el motivo! —exclama Saturno consternado—. Uno de los dos debe de hacerle frente llegado el momento. Zenón es el indicado. Yo debo seguir con mi vida junto a la vuestra, pero ¿qué será de mí cuando ya no os pueda abrazar? —Mira a su mujer y esta se emociona hasta el punto de que se tapa el rostro con sus manos—. ¡Voy a hablar con mi primo! —Le propina un beso en la frente y sale de la estancia dejando a Valentina sentada donde lo hacía él, llorando desconsolada.

La puerta de la herrería se encuentra entreabierta. Saturno tira de ella y se introduce en interior. Sancho está de espaldas, pero al ver que su hijo detiene el proceso de proporcionar aire a las brasas, se gira sobre sí.

—¡Primo! —exclama el cazador.

Sancho percibe por el rostro desencajado de su primo que algo pasa y le pide a su hijo que salga con un gesto con la cabeza. Los adultos siguen con la mirada la salida del joven. Una vez cerrada la puerta, el herrero se acerca a su primo.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Y Zenón? ¿Lo conseguisteis? —preguntas directas del siempre claro y conciso Sancho.

—¡Todo está en orden! ¡No hay de qué preocuparse! —responde seguro—. ¡Vengo a darte una noticia!

—¡Pues tú dirás! —exclama sentándose en un taburete próximo.

—¡Tenemos una nueva encomienda! —dice Saturno—. Para empezar, debemos abandonar este lugar.

La confesión del cazador provoca que su primo se incorpore sonriente.

—¡Eso no va a suceder! —exclama golpeándole el pecho.

—¡Debemos de mantenernos unidos, Sancho! —replica severo—. ¡Y nosotros tenemos que partir!

—Sea quien sea el que te haya metido esa idea en la cabeza, no tiene ni entiende de sentimientos.

—Uriel reconoce que es un horror, pero es lo mejor para nosotros y el resto de los mortales.

Sancho cabecea y se vuelve a sentar echándose las manos a la cabeza.

—¡Maldita sea! ¡Malditos seáis! —Se levanta violentamente hasta juntar sus frentes—. Maldito Odón por meter a mi familia en este embrollo. Por su culpa tuve que abandonar mi hogar y la tumba de mis padres. —expone furioso— Aquí nacieron mis hijos y aquí nacerán los suyos. —A continuación, Sancho se dirige a su fragua y vuelve a coger su martillo.

—Yo tengo la obligación de salvaguardar la vida de mi hermano y también la de mi familia, y vosotros sois mi familia.

—¡No lo somos, Saturno! —responde golpeando con fuerza el metal que estaba trabajando—. Mi sangre no es la misma que corre por tus venas. Así que nosotros nos quedamos —concluye soltando la herramienta y saliendo de la estancia.

Saturno se lamenta por la decisión que ha tomado su primo. Repasa con la mirada el lugar y sale del mismo dirigiéndose a su casa.

CAPÍTULO VI

Villa de Liétor, Albacete
5 de febrero de 1617

La villa de Liétor está situada sobre un risco de más de cien metros de altura sobre el cauce de un río, cuyo cañón está repleto de huertas a modo de terrazas escalonadas, propiedad de los habitantes del pueblo y donde cultivan las frutas y hortalizas según la época del año. Con callejuelas entrelazadas y de empinado trazado. De origen musulmán y enclavado en el conjunto de montañas denominada: Sierra del Segura. Zona fronteriza entre los dominios cristiano y musulmán. Liétor, como otras tantas poblaciones de la serranía, sufrió el azote de diversas batallas para su conquista, paralelismos a la ciudad santa de Jerusalén.

En el siglo XII, fue reconquistada por última vez por los ejércitos de Fernando III, quien, a su vez, entregó la villa a la Orden de Santiago. Una orden religiosa y militar que, desde su creación, protegía a los peregrinos del Camino de Santiago y expulsaba a los musulmanes del reino de España. Estos se paseaban por las estrechas callejuelas empedradas o terrosas con su vestuario parecido al de los Cruzados: la capa como un manto blanco cerrado en el pecho y con la Cruz de Santiago de color rojo bordado. El cuello fruncido y largos cordones hasta los pies. La cruz simula una espada y con forma de una flor de lis en la empuñadura y los brazos.



Simbolo de La Orden de Santiago

El porte de los caballeros es síntoma de admiración por los transeúntes y de temor por parte de los hijos de Saturno, que, subidos a un carruaje, se dirigen a su nuevo hogar en la misma villa. La calle principal es la que utilizan para llegar a una casa de tres alturas: la planta principal con lo necesario para cocinar y hacer vida, completada con un gran patio amurallado de donde emana un manantial de agua que aparece por un lateral de la pared de

piedra desembocando en una balsa de gran tamaño. Una higuera en la esquina opuesta a la balsa dibuja una bonita zona. Junto a la puerta de entrada, otra de menor tamaño da acceso a una bodega donde permanecen tres grandes tinajas para la reserva de aceite, vino o semillas. Para terminar, una segunda planta donde aguardan las celdas para su descanso.

—¡Padre! —exclama Odón cerrando las puertas de su nuevo hogar.

—¡Dime, hijo!

—¡Esos caballeros me dan un poco de miedo!

—¡Míralos como nuestros protectores! —responde Saturno convencido—. Vuestro tío me ha dicho que a la villa de Liétor la llaman «el pueblo de las brujas». Hasta que llegó él —dice orgulloso—. Pero algo tienen estas tierras que les atrae —dice ahora extrañado—. Zenón tuvo varios encuentros hasta que descubrió que en un antiguo asentamiento íbero río abajo lo utilizaban de escondite y allí acabó con ellas. —Se agacha frente a Odón y le acaricia su rostro—. Piensa que con ellos aquí no tienes nada que temer. No más brujas y tampoco enemigos del reino. Aquí es donde empezaremos una nueva vida. —Se incorpora mirando a su alrededor—. ¿Os gusta? —lanza la pregunta mirando a Valentina.

—¡Sí, Saturno!, nos gusta —responde sonriente.

—¿Podemos ir a jugar? —pregunta ahora el pequeño Alvar.

—¡Claro que sí! —responde Valentina.

Los niños parten raudos al gran patio.

—Aquí plantaremos árboles frutales —informa el cabeza de familia—. Pero hay unas tierras a las que llaman Munda, justo donde las brujas cayeron por última vez gracias a Zenón y, según él, es el mejor lugar para el cultivo, y son nuestras —concluye orgulloso acompañando a su mujer hasta la entrada del patio—. Me han dicho que salen unos tomates deliciosos.

Valentina, sin dejar de sonreír desde que puso un pie en la casa, besa a su esposo cogiendo su rostro.

—¡Empecemos a vivir! —exclama—. Lo primero, el carro —concluye realizando un gesto al exterior.



A cierta distancia de la villa, y mientras que la familia de Saturno comienza a extraer bártulos del carruaje, Zenón está a unos pasos del hogar de su primo Sancho buscando en su mente las palabras necesarias para conseguir el propósito que allí le lleva. Un murmullo en el interior de la vivienda le llama la atención. Cada vez, la conversación es más audible por el talante enfadado y autoritario del dueño de esas palabras.

—¡No quiero volver a oír nada que tenga que ver con Saturno y su familia! ¿Queda claro? ¡Los niños podrán crecer sin sus primos y tú sin Valentina! ¡Elegí lo mejor para todos y no cambiaré mi opinión mientras viva!

El herrero sale de su casa cerrando la puerta tras de sí cuando se topa con Zenón, este agacha la mirada realizando una reverencia mientras su primo permanece paralizado. Los segundos se hacen eternos. Ninguno dice nada. Sancho por avergonzarse sabedor de que su primo ha escuchado sus últimas palabras y este por respeto a su decisión y esperando a que sea el herrero quien de voz a aquella angustiosa situación.

—¿Has venido a convencerme? —pregunta severo ocultando su vergüenza—. ¡Si es así, desaparece! ¡Este es mi hogar! —dice señalando a su casa con la voz temblorosa—. El hogar de mis abuelos, de mis padres y el de mis hijos, y será de los que traigan ellos.

—¡He venido a pedirte un favor para posteriormente despedirme por siempre! —informa el cazador con serenidad.

Sancho cierra los ojos deseando no haber oído las intenciones de Zenón.

—¿Qué necesitas?

—Necesito unos grilletes y que los marques con un molde que te entregaré para su acabado —explica su primo.

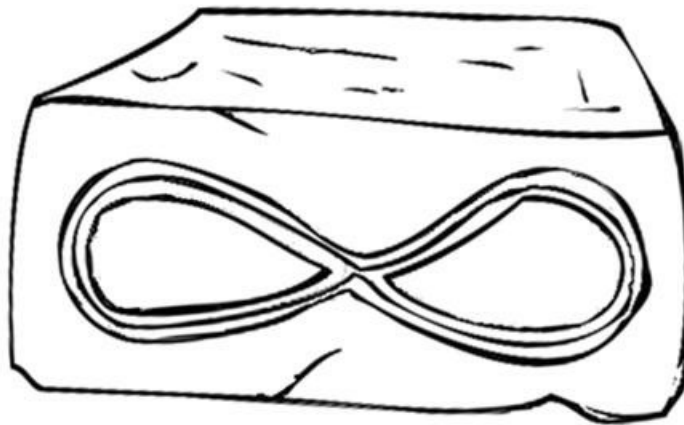
—¡Sígueme!

El herrero se dirige presto a su fragua manteniendo la emoción como buenamente puede. Su primo va tras él con el corazón roto. La situación les obliga a hacer ciertas cosas, pero por muy nobles que sean, el dolor le llega al alma de Zenón.

En el transcurso de la fabricación de las ligaduras de metal no cruzan miradas. Tampoco se dicen nada. Cada golpe de martillo provoca la caída de una lágrima a su portador, por su parte, Zenón siente una puñalada en su corazón. Momentos dolorosos sumados a la ansiedad generada por saber que su encarcelamiento está más cerca.

Pasados unos minutos, Sancho extiende su mano hacia su primo y este comprende que busca el molde. Zenón lo extrae de su viejo zurrón y se lo entrega al herrero. Este mira el símbolo que debe plasmar y mira a su primo durante unos segundos. Busca su martillo y prepara los grilletes para ser marcados.

—¡En ambas manos! —informa Zenón.



Sancho martillea con fuerza el molde dejando grabado el símbolo del infinito.

Una vez introducidos los grilletes en agua para su enfriado, el herrero los envuelve cuidadosamente en un trozo de tela y se los entrega a Zenón con ambas manos. Este lo introduce en su zurrón y, sin esperarlo, Sancho le abraza llorando desconsoladamente. El gesto es compartido por su primo que suelta su bastón para sentir el calor que le ofrece. Se

golpean la espalda descargando la rabia contenida mientras se abrazan con más fuerza.

—¡Lo siento! —consigue decir el herrero entre sollozos.

—¡Nada de esto es culpa tuya! ¡Nada, primo! —aclara Zenón. Tras separarse y sin dejar de cruzar sus miradas, el cazador posa una mano sobre su hombro—. ¡Solo te pido una cosa!

—¡Lo que quieras!

—¡Que a tus hijos no se les borre de la memoria la sonrisa de sus primos!

Sancho asiente mientras ve cómo su primo recoge el bastón y, tras sonreírle, se desvanece dejándole con un llanto inconsolable.

CAPÍTULO VII

Villa de Liétor, Albacete
7 de febrero de 1617

El lugar elegido por Zenón era una antigua iglesia con una torre que servía de atalaya. De estilo gótico y construida sobre los cimientos de un alcázar levantado por los musulmanes al inicio de su dominio en la villa. A su vez, construyeron un pasadizo subterráneo para ocultarse de los cristianos y que conduce a una gran cueva bajo el pueblo. Sin otra salida que la misma entrada. La topografía de la zona está plagada de cuevas subterráneas con nacimientos de agua que aprovechan en el pueblo para su uso, salvo la elegida por el cazador, que permanece seca.

En el interior de la iglesia, Odón y Alvar abrazan a su tío sin entender muy bien qué estaba sucediendo o qué iba a ocurrir.

—¿Por qué nos despedimos, tío? —pregunta Odón con timidez.

Zenón mira a su hermano y a Valentina esperando una respuesta. Estos están tras sus hijos y niegan con la cabeza.

—Voy a emprender una gran aventura y seguramente tarde mucho en volver —dice acariciando el rostro de los pequeños comprendiendo que no les han informado de su última encomienda.

—¿Vas a matar a los malos? —pregunta ahora un ingenuo Alvar.

—¡No! Yo no mato a nadie, solo hago el bien por todo el reino —responde emocionado—. Algún día, tú serás tan fuerte como yo, como tu padre o como lo fueron vuestro abuelo y el nuestro antes que él —dice mientras se incorpora—. Verás cómo hacer lo que yo hago, es lo más importante que uno puede ser en la vida. —Se fija ahora en Odón y le sonríe—. Cuida de tu hermano y de tus padres. ¿Entendido? —El joven asiente—. Sé que lo harás.

Vuelve a agacharse para abrazarles y ve cómo Valentina se seca las lágrimas antes de que sus hijos la descubran mientras camina unos pasos para abrazar a Zenón.

—¡Estoy muy orgullosa de haberte conocido! —le confiesa al oído—. Para tu hermano y para mí, eres un héroe, Zenón. Nuestro héroe. Sé fuerte.

Se separan y el cazador, mirando a Saturno, le hace un gesto afirmativo. Este hace lo propio con Valentina y se lleva a los niños fuera de la iglesia no sin antes cruzar miradas entre ellos.

Junto al acceso secreto en la parte más alejada de la entrada a la iglesia, se encuentra Juan, el custodio que se ofreció voluntario para ser el primer guardián en el confinamiento de Zenón. Alto, rubio y de ojos claros. De pelo corto y pecas en sus mejillas, espera las ordenes de los cazadores portando una antorcha apagada.

—¡Allá vamos! —exclama Zenón.

El custodio prende la antorcha con la vela de un candil cercano y apartando una alfombra descubre un portón de madera desgastada por la humedad y el tiempo. Lo levanta y unos escalones tallados en la roca facilitan el acceso a un estrecho pasadizo que recorre varios metros serpenteando por las entrañas de la montaña y desembocando en una gran cámara. Esta tiene varios metros de altura y una anchura considerable. Allí se encuentra otra puerta custodiada por dos columnas soportando un arco de medio punto, una estructura construida

con la misma piedra que el antiguo alcázar musulmán. El guardián tira de la madera para ver su interior oscuro y húmedo. Mira a los cazadores que también cruzan miradas hasta que Zenón asiente. Otro corredor algo más ancho que el inicial los lleva a una cavidad de dimensiones impactantes. Parece como si el risco que sostiene la villa de Liétor estuviera hueca. La luz que emana de la antorcha es incapaz de iluminarla. Solo el punto donde se realizará el ritual y donde permanecerá Zenón hasta su regreso. Se conforma de una roca plana y cubierta de paja bajo una manta.

—¡Aquí es! —informa Zenón—. ¡No me hará falta comer, pero por lo menos estaré cómodo!

Saturno no ha articulado palabra desde que salió de su hogar. La emoción del momento es embriagadora. Ve con detalle cómo su hermano le entrega los grilletes al guardián y este le ofrece la antorcha para que siga alumbrando. Zenón posa el bastón junto al improvisado camastro y alza sus manos a media altura para que el custodio le coloque sus ataduras.

—¡Espera! —exclama Saturno enérgico.

Zenón y el guardián le miran al unísono. El custodio continúa concentrado en sus obligaciones mientras que Zenón esperaba la reacción de su hermano. Saturno, con la desazón de tener que separarse de él suelta la antorcha y dejando salir sus emociones contenidas se abalanza sobre su hermano para fundirse en un abrazo eterno. Ambos lloran con angustia.

—¡Te quiero, hermano! —consigue decir Saturno.

—¡Yo también, Saturno! ¡Yo también!

—No he tenido la oportunidad de decirte lo mucho que te quiero y cuánto te admiro. —Separan sus cuerpos, pero no sus cabezas. Frente con frente—. Siempre estarás en mí corazón. Nos impusieron una vida que no quisimos y la aceptamos. Ahora nos piden que demos otro paso más y aquí estamos. Si esto es lo que nos depara el destino, que así sea, pero por encima de todos los avatares y contratiempos, estamos nosotros, Zenón, nosotros. Somos hermanos y no hay nada más importante. No lo olvides nunca. Seguro que te mantendrá vivo en tu calvario.

—¡No lo olvidaré! —exclama separándose de su hermano—. ¡No te olvidaré!

Ambos se secan las lágrimas y sin perder de vista el uno del otro, Juan coloca los grilletes en las muñecas de Zenón. Saca el libro donde los custodios guardan toda su sabiduría y lee una hoja marcada en su lengua nórdica. A continuación, los símbolos del infinito se iluminan de un color azul resplandeciente cuando su bastón sale despedido atravesando la pared de roca dejando atónitos a los allí presente.

—¿Pero qué...? —pregunta Zenón desconcertado.

—Al vincularte a las ataduras, el bastón deja de ser útil para ti. Es lo que creo que ha pasado —informa Juan sin tener la respuesta.

—¿Pero adónde ha ido? —pregunta Saturno.

—¡Al manzano! Ha vuelto a su lugar de origen —expone Zenón—. Debes de dejarlo allí, es lo más seguro para todos —ordena a su hermano que asiente.

Unos segundos de silencio acompañan al grupo después del susto por la pérdida del bastón. Cruce de miradas entre los cazadores y Juan que se aleja unos pasos con la antorcha en la mano.

—¡Debemos de irnos! —ordena ahora el custodio.

Zenón asiente y Saturno se aleja emocionado de nuevo.

—¡Hasta siempre, Zenón!

—¡Hasta siempre, Saturno!

Juan inicia la marcha volviendo por sus pasos y escoltado por el cazador, que aprovecha hasta el último resquicio para ver la silueta de su hermano hasta que la pierde de vista. Llegan a la puerta de la caverna y cierran la puerta. El custodio vuelve a pedir a Saturno que le sujete la antorcha y, cuando accede, se remanga los brazos dejando ver las runas tatuadas. Pronunciando las citas necesarias para el uso de estas como confinamiento, las lanza contra la puerta dejando dibujados cuatro sellos que marcan la puerta formando un rombo.

—¿Ya está? —pregunta Saturno—. ¿Nadie podrá hacerle daño?

—¡Nada ni nadie podrá atravesar estas puertas! —responde Juan—. ¡Está a salvo!

—¡Está solo! —concluye Saturno marchándose del lugar enojado.



CAPÍTULO VIII

Villa de Liétor, Albacete
24 de agosto de 1622

En el patio de la casa, los ya no tan niños se bañan en la balsa de agua. Es un día caluroso de agosto y todos los primos disfrutan jugando mientras sus padres les observan bajo la sombra de la higuera. Saturno sirve el vaso vacío de Sancho y este se lo agradece con una sonrisa.

—¡Tengo que preguntártelo, Saturno!

—¡Tú dirás!

—¿Te han preguntado por qué no envejeces? —lanza la pregunta posando su vaso sobre la mesa.

Saturno esboza una sonrisa.

—¡Hace mucho que saben el motivo! —responde— ¡Ahora te toca a ti! —Llena su vaso y se coloca en la silla para quedar sentado frente a él—. ¿Les has contado algo a los tuyos?

—¡Los míos saben que tienen que conservar el libro hasta el fin de los tiempos! —responde orgulloso—. Aunque he de reconocer que no escribo nada desde que... —No termina la exposición al ver la reacción de su primo al saber que iba a referirse al encadenamiento de Zenón—. En otros casos podría cambiar de tema, pero no lo voy a hacer. Todos estamos orgullosos de él y dolidos también. —Bebe un trago y se seca la boca con la mano—. Mis hijos no saben leer ni escribir, pero sí saben lo necesario para forjar cualquier cosa. Diles a tus hijos que pueden contar con ellos.

Saturno asiente agradecido y se termina su vaso intentando sacar a su hermano de su mente.

—¡Por mi parte! —Hace un inciso para mirar a sus hijos—. Voy a unirles al bastón. No sé lo que ocurrirá. No sé qué me pasará, pero tienen la obligación de no dejar de hacer lo mismo con sus hijos y estos con los suyos. —Vuelve la mirada hacia su primo—. Mi hermano debe tener ayuda en el momento que sea necesario. —Coge la jarra de vino y echa en los dos vasos—. Por suerte para mí, puedo vivir en familia. Ellos tienen un padre.

—Hace un gesto con su cabeza señalando a sus hijos—. Y Valentina tiene un marido. —Sancho escucha emocionado las palabras de su primo—. Tenemos mucho por descubrir en esta historia y estaría bien que quedara escrito en tu libro.

El herrero asiente y bebe de su vaso.

—A partir de hoy, les enseñaré a leer y escribir —informa convencido—. Como si tengo que dejar la fragua. Te lo prometo, Saturno.

Le muestra su mano y le responde cogiéndola, estrechando su promesa.

—Tampoco es necesario que empieces hoy. —Ambos ríen—. Pero mañana...

Ahora rompen a carcajadas provocando la mirada de sus hijos mientras las mujeres salen del interior de la vivienda alentadas por la jarana montada y deseando saber el motivo para

unirse a ellos.

Al caer la noche, toda la familia está reunida en la mesa. Ríen y cantan. Juegan, o duermen, como el pequeño Alvar lo hace junto al hogar de la estancia. Ninguno podría imaginar lo que ocurrirá poco después. Aquella sería su última noche juntos.

CAPÍTULO IX

Macizo Central, España
7 de septiembre de 1622

En el interior de la casa de Sancho, este, junto a sus hijos, concluye una clase de escritura. Su mujer le propina un beso y espera a que los niños hagan lo mismo para subir a sus estancias para su descanso. Coge un candil encendido y acompaña escaleras arriba a sus hijos, dejando solo al herrero. Este los ve ascender y abre su libro buscando la última página escrita y acariciarla. Lo cierra dejándolo sobre la mesa y, tras un repentino dolor en el pecho, cae al suelo muerto sin que nadie se percate de ello.

De la sombra generada en un rincón de la sala, aparece la serpiente que liberó Ava en su primer encuentro con los primos. Repta por el suelo y, pasando por encima del cuerpo de Sancho, asciende a la silla y sube a la mesa llegando al libro en el momento que abre su boca para morder el lomo y deshacer su cuerpo introduciéndose por los orificios de sus colmillos. Las páginas sufren un conjuro. Muchas hojas vuelven a estar en blanco, en otras las palabras cambian de lugar y otras tantas con un lenguaje ilegible.

Los hijos de Sancho jamás abrirán el libro y echarán la culpa a Saturno y sus hijos. Lo conservarán porque se lo prometieron a su padre, pero nunca volverán a ver a sus primos y menos aún les proporcionarán ayuda.

La noticia de la muerte de Sancho llega días más tarde al hogar de Saturno, que no da crédito a lo sucedido.

—¡Ava dijo que estaba enfermo, por eso le dio el fruto! —recuerda Saturno apesadumbrado.

—¡Quizás hizo lo contrario! —exclama Valentina—. ¡Lo maldijo!

—¡Maldita bruja! —exclama Saturno con enfado—. Tiene que ser eso. Lo tiene todo planeado. —El varón no deja de andar de un lado a otro de la estancia central de la casa—. ¿No hay manera de que la convenzas para que nos entregue el libro?

—¡No quieren saber nada de la maldición que llevamos auestas y menos de nosotros! —responde su mujer—. ¡No queman el libro por respeto a su padre!

Saturno se detiene frente a Valentina tras entender lo que tiene hacer.

—¡Ha llegado la hora de vincular a los chicos! —informa con seguridad—. ¿Me das tu permiso?

Valentina se sienta en una silla próxima y posa sus manos en la cara. Asiente con la cabeza manteniendo sus ojos tapados.

—¡Está bien! —exclama incorporándose—. Acepto lo que tenga que ser. —Le coge su rostro con ambas manos y le propina un beso—. Si tú mueres, o si lo hacen ellos, yo quise estar a tu lado aceptando tu maldición y a sabiendas que salpicarías a nuestros descendientes, pero quise pagar ese precio por amor. —Le propina otro beso—. Quiero que sepas que estamos contigo hagas lo que hagas.

Saturno se emociona con la revelación de Valentina y la abraza como si fuera la última vez.

Esa misma noche, los cuatro componentes de la familia, se encuentran en la bodega de la

casa. La privacidad que otorga la estancia es la elegida por Saturno. Este sujeta el bastón verticalmente frente a sus hijos, con Valentina tras estos. Los tres pendientes del cazador.

—Como bien sabéis, tenemos un legado que conservar y mantener hasta el día que Ava vuelva y ese día espero que uno de nuestros descendientes ayude a Zenón y acabéis con ella de una vez por siempre —expone Saturno—. Esa es la misión de vuestro tío, esperará hasta que la bruja vuelva a pisar la tierra que nosotros pisamos. —Los chicos se miran sorprendidos y su madre les abraza con cariño—. Lo que va a ocurrir ahora, no sé si saldrá bien. No sé si alguno saldrá herido o morirá, pero no conozco otra manera. —Valentina se seca las lágrimas de emoción y temor sin que sus hijos se den cuenta—. No podemos hacer esto donde corresponde por el peligro que conlleva y no quiero que paséis por ello. —Saturno detiene su exposición tras unos segundos de silencio al ver a su mujer emocionada. Esta asiente y su esposo retoma la charla—. Esto que voy a hacer, lo tenéis que repetir con vuestros hijos y así hasta, y repito de nuevo, que acaben con la bruja. Sabéis muchas cosas, todo lo que yo he aprendido, pero tenéis que aprender vosotros, y seguro que hay mucho por descubrir. Sea lo que sea, contadlo, toda información es importante. Por ejemplo, yo puedo sanar, y seguramente sea gracias a la bruja, pues vosotros quizás también lo podréis hacer, o no, os pido que practiquéis todo cuanto podáis. —Sus hijos se miran sin comprender tanta revelación—. Veo preocupación en vuestros ojos, pero os pongo en alerta por si muero al vincularos con el bastón. Tenéis que ser fuertes y eso ocurre. —Mira a Valentina, que le responde con una sonrisa—. Recordad siempre que sois hermanos, no hay lazo más poderoso. Os tenéis el uno al otro, para todo, para siempre. —Los jóvenes se miran un instante para volver la mirada a su padre—. Estoy orgulloso de vosotros.

—¡Suen a despedida, pero saldrá todo bien! —interviene Valentina quitando tensión al momento.

—¡Extended una mano! —Los hermanos vuelven a mirarse y obedecen entregando sus manos derechas. Saturno saca de su espalda una daga y apoyando el báculo en su pecho, coge la mano de Odón y le propina un corte en la palma de su mano con el consiguiente grito de dolor. Nadie puede escucharlos por la profundidad de la bodega. A continuación, hace lo propio con Alvar, y Valentina abraza a sus hijos mostrando su amor por ellos. Su padre adelanta el bastón con firmeza—. ¡Cogedlo! —Odón es el primero en sujetar la vara y siente un escalofrío que recorre su cuerpo. Alvar, con temor, acerca su mano hasta agarrar el báculo. Siente la misma sensación que su hermano mayor y un aura de color dorado les envuelve.

Valentina observa expectante a su marido, que le sonrío orgulloso.

—¡Ha salido bien! —exclama sonriente—. ¡Ha salido...!

De repente, Saturno desaparece bruscamente.

—¡Nooo! —grita Valentina.

SIGLO XXI

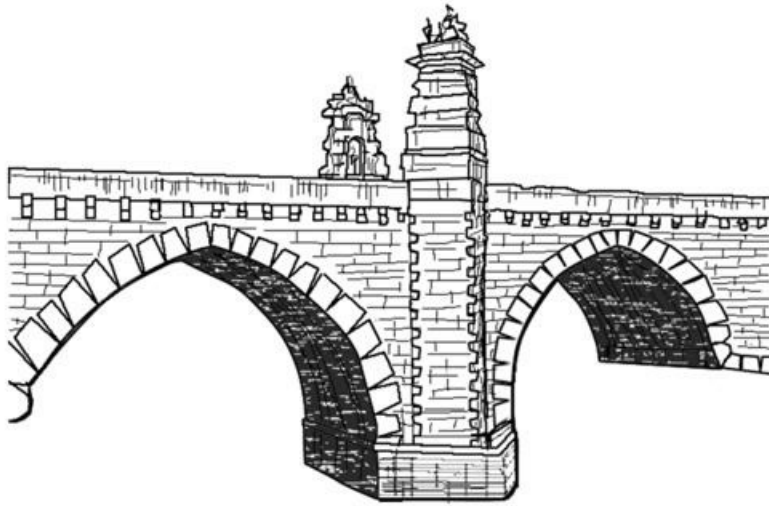
CAPÍTULO I

Santa Pola, Alicante
13 de septiembre de 2015

Los últimos rayos de sol atraviesan los cristales del tercer piso de un edificio del siglo XIX en pleno centro de la ciudad costera de Santa Pola. La luz ilumina un escritorio cubierto de papeles con diversas anotaciones y varios dibujos. Un portátil encendido y varios volúmenes literarios con el título: Historia de España, leyendas y mitos del medievo. Un flexo apoya en la misión de iluminar el trabajo de Cristian Lavett, septuagenario, de pelo blanco y corto, acompañado de una barba bien cuidada. Espigado y elegante. Catedrático en Antropología e Historia. Escribe en un viejo cuaderno donde parece estampar sus descubrimientos y conclusiones. Con dibujos varios, pero uno en especial: el símbolo de Bastian.

Mira su reloj de pulsera y cierra el cuaderno para terminar ocultándolo en una bandolera. A continuación, apaga la luz y sale de su despacho.

A la mañana siguiente, el día transcurre soleado, como es costumbre en Elche. Capital del Bajo Vinalopó, tercera ciudad en importancia en la Comunidad Valenciana y con tres Patrimonios de la Humanidad en su poder. Población situada a trece kilómetros de la vecina Santa Pola. Los transeúntes caminan sobre el puente de la Virgen o el puente de Santa Teresa. De principios del siglo XVIII, es el nexo del antiguo Arrabal con la zona en expansión de la ciudad desde aquellos años. De dos ojos con arcos ojivales y tejamar. En su centro, y donde varios peatones dedican unos segundos a santiguarse, dos casilicios acristalados con las imágenes de San Agatángelo al sur y Nuestra Señora de la Asunción al norte. Ambos, patronos de la ciudad.



Puente de la Virgen o de Santa Teresa

Mientras los peatones van y vienen, el paso del tráfico rodado es escaso. Un taxi se detiene junto al monumento del guardacostas Cantò, que preside el lugar de forma que quienes transitan por allí lo contemplan emocionados. Del vehículo desciende el señor Lavett vistiendo unos chinos de color beige y una camisa blanca. Colgada de su hombro, la bandolera. Tras cerrar la puerta, el taxista retoma la marcha y él clava su mirada observando la figura del guardacostas leyendo a inscripción que acompaña a la figura:

«El 29 de diciembre de 1370, el guardacostas Francesc Cantò descubrió en la playa del Tamarit un arca portadora de la imagen de la Madre de Deu de l'Assumpció junto con el consueta del Misterio siendo desde entonces la Patrona de la ciudad de Elche».

Para Cristian es de obligada lectura por la misteriosa leyenda que envuelve aquel suceso, el cual le tiene intrigado. Pero el motivo de su visita a la ciudad está unos pasos más adelante. Cruza la calle para dirigirse al centro del puente donde se detiene frente a la imagen de la virgen deleitándose con su belleza.

—¡Agradezco su colaboración! ¡Sé que nos ayuda en nuestra misión! ¡Conoce y reconoce el mal que nos rodea y nos protege del mismo con su manto! ¡Solo le pido que no lo deje de tejer! —Sus ojos muestran emoción, la misma que le provoca dejar de hablar. Posa su mano sobre el cristal que protege la escultura y comienza de nuevo a caminar.

Dos hombres cruzan de acera entre el tráfico del puente siguiendo los pasos del señor Lavett. Visten con vaqueros y deportivos. Uno lleva cazadora marrón y camisa clara y el compañero una americana oscura y camisa azul. Ambos con gafas de sol. De mediana edad. De rictus serio y amenazante.

Cristian camina decidido paralelo al río una vez acabado el puente. La vegetación es imponente entre pinos y palmeras. De momento descubre una ardilla merodeando un pino y se detiene disfrutando de las maravillas que otorga la naturaleza. Segundos después, su móvil comienza a vibrar dentro de la bandolera. Lo extrae y confirma la llamada entrante.

—¡Hola! ¿Eres tú? —pregunta Lavett.

—¡Hola, Cristian! ¡Soy yo! —responde—. ¿Cómo va todo?

—¡Todo bien! —responde convencido—. Como sabes, los lunes tengo una visita obligada.

—¡Te dije que cambiaras de rutina! ¡Es muy peligroso! —replica con severidad.

—¡Lo sé, Dante! ¡Lo sé! —dice sumiso—. Esta visita es lo único que no he cambiado. — Deja de contemplar el paisaje y fija su mirada en una sede de Correos que está situada en la acera opuesta de donde salen decenas de niños acompañados por varios padres y profesores.

—¿Y ese alboroto? —pregunta Dante inquieto.

—¡Nada, nada! Parece una excursión escolar.

Junto al local de mensajería hay una zona peatonal con arbolado y bancos donde se agolpa la multitud y comienzan a ocupar los asientos dispuestos a comer su almuerzo.

—¡No puedo estar al teléfono mucho tiempo! —exclama acelerado—. ¿Has descubierto algo?

—¡Nada! —responde contrariado.

Se hace el silencio entre ambos, solo el guirigay de los niños se escucha en la línea.

—¡Ten cuidado, Cristian! —dice con un tono de desesperación.

La llamada finaliza y Lavett mira el móvil.

—¡Tú también! —En el móvil aparecen las palabras «número desconocido»—. ¡Tú también! —concluye guardando de nuevo el teléfono.

Se gira para mirar al río cuando los hombres que le acechaban le asaltan. El que viste con la americana bracea sujetando ambos brazos imposibilitando su movimiento mientras el otro individuo le golpea en el estómago provocando un grito de dolor que alerta a los adultos de la excursión. El asaltante suelta el cuerpo de Lavett que cae al suelo.

—¡Eh! ¿Qué hacéis? —grita uno de los padres.

—¿Estáis locos? —pregunta otro mientras se dirigen a socorrer a Cristian.

Los agresores intentan quitarle la bandolera del hombro cuando reciben empujones por parte de los testigos. Los golpes van y vienen. La algarabía por parte de varias mujeres y niños se mezcla con los quejidos de los hombres doloridos. Finalmente, consiguen alejar a los asaltantes que salen a la carrera entre los coches que circulan por el puente. Las sirenas suenan acercándose y los salvadores, tras recomponerse, ayudan a Cristian a levantarse.

—¿Está usted bien? —pregunta uno.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Gracias! —responde dolorido—. ¡Gracias! —exclama mirando a cada uno de ellos.

Se coloca bien la bandolera y mira en su interior. No le falta nada. Suspira y comienza a andar.

—¿Dónde va? ¡La policía está al caer! —dicen tras él.

—¡Tengo que volver a casa! —responde sin mirar atrás.

A continuación, corre dolorido sin miedo al tráfico. Los testigos se miran sin comprender que, maltrecho, decida irse.

Varios minutos después, Lavett llega a una parada de taxi lanzando miradas a su espalda. Se sube al vehículo prevenido para salir.

—¡A Santa Pola! —dice nervioso—. ¡A la plaza de la Fortaleza!

El coche arranca y Cristian suspira. Sudoroso y tembloroso. Están más cerca de él de lo que se esperaba y recuerda las palabras de Dante. «Cambia de rutinas».

Al llegar a su casa, se dirige raudo a su despacho. Todo está en orden. Medita unos instantes y coge todos los papeles con anotaciones y los introduce en una papelera. De un cajón del escritorio, coge una caja de cerillas y tras prenderle fuego a una de ellas, la deja

caer al recipiente quemando su interior. Abre una de las ventanas para airear la estancia y busca un folio en blanco para posteriormente salir del despacho y dirigirse a su cuarto.

Una hora más tarde, sale del portal de su casa no sin antes mirar a ambos lados de la calle y comenzar a caminar a paso ligero.

CAPÍTULO II

Liétor, Albacete
17 de septiembre de 2015

En la sierra del Segura, en el corazón de la provincia de Albacete y con el mundo a sus pies, Liétor amanece como siempre. El cacareo de los gallos avisa de que un nuevo día comienza, aunque para algunos casi que acaba de terminar, puesto que suben de sus huertos privados provistos de sus cosechas. Hay quien aún lo hace ayudado por sus mulas. Calles adoquinadas de pronunciadas pendientes y tramos de escaleras a cada cual más empinada. Casas de piedra y señoriales. La plaza mayor hace de nexo entre el casco antiguo, el consistorio local y El Pilar, manantial de agua, bajo doble balconada de balaustres torneados que vierte por tres caños a un abrevadero. Todo el conjunto está adornado con azulejos con representaciones del Quijote, que es punto de encuentro de vecinos y turistas. Solo lo sinuoso de sus estrechas callejuelas es lo que se conserva en la villa desde que Saturno y su familia se establecieran allí siglos atrás.

Por el hueco dejado por una contraventana penetran los primeros rayos de sol a una buhardilla encañada en su techo y empedrada en sus paredes, donde un hombre duerme. La estancia, aunque modesta, tiene lo necesario para su uso. Una vieja cama con respaldo de madera maciza y a la que preside un crucifijo. A un lado, una mesilla con dos cajones y, sobre esta, una lámpara y un vaso con agua. Una cómoda y un gran espejo visten el resto del lugar. Una estrecha puerta da acceso a un modesto baño.

Silas, un hombre alto, delgado y de unos cincuenta y cinco años. Su pelo rubio y con ojos azules, despierta plácidamente como cualquier otro día. Se dirige al baño donde se afeita, se lava la cara y vuelve de nuevo al dormitorio, donde comienza a vestirse. Se coloca la camisa de color negro frente a la cómoda, y del primer cajón del viejo mueble extrae un alzacuello colocándolo con maña en su lugar.

Sale de sus aposentos y, por un estrecho pasillo, llega a unas escaleras que desciende en espiral. El suelo de cerámica hidráulica y la barandilla tallada. Al pisar el último escalón, llega a una sala con varias imágenes religiosas y una pequeña ventana que abre por completo dejando entrar la luz natural que regala el nuevo día. Una vez realizado, continúa con su rutina. Se dirige a una puerta que tiene a su izquierda y, cuando la abre, la nave central de una coqueta iglesia aparece frente a él. De estructura barroca y ornamento neoclásico. Planta de cruz latina formada por tres naves de cuatro tramos y una serie de capillas que se abren a las naves laterales.

Silas llega a la altura del altar, el cual escolta un trampantojo del siglo XVII, de belleza imponente. Se santigua y se coloca delante de una de las dos alfombras que acompañan al altar a ambos lados. La desplaza y deja al descubierto un portón de madera vieja. Alza la puerta y unas escaleras le indican el camino a seguir. Iluminado por una hilera de bombillas colgadas en una de las paredes, se dirige sereno y dispuesto por un corredor húmedo. Un túnel natural, como si partiera en dos una montaña. Tras girar un recodo, se encuentra con una sala más grande. Una caverna de grandes dimensiones en altura y no tanto en su anchura. La preside una puerta de madera robusta, pero podrida por la humedad y el paso del tiempo, custodiada por dos columnas de piedra, soportando un arco de medio punto. La

misma puerta que mantiene a Zenón en su cautiverio.

—¡Dios mío!

El párroco, en un principio acostumbrado a ver la puerta cerrada, cambia su estado de ánimo a nerviosismo e inquietud al verla abierta y sin las runas de confinamiento visibles. Mira a su alrededor buscando si hay alguien más, se gira sobre sí mismo y se encuentra de frente con un ser cubierto por una túnica raída. Sus manos esqueléticas y de uñas largas sobresalen de sus harapos. Asustado, permanece inmóvil preso del miedo. Baja la mirada y comienza a rezar entrelazando los dedos. El ser susurra y Silas guarda silencio. Segundos agónicos culminan con el varón abriendo los ojos y encontrándose con la sonrisa maléfica de una mujer. Su rostro demoníaco y sus ojos amarillos provocan el grito del cura.

—¡Bruja!

Silas despierta sobresaltado con la palabra en la boca. Mira a su alrededor y siente un alivio inmenso al ver que se encuentra sobre su cama. Todo era una pesadilla. Sudoroso y con la respiración forzada, aparta el sudor de su cara y bebe agua del vaso que tiene sobre su mesilla. Las primeras luces de la mañana penetran por la ventana de la habitación.

Totalmente acicalado, llega a la altura del altar y mira detalladamente la alfombra. Pasados unos segundos, se dirige a la sacristía ubicada a pocos pasos del portón. Estancia repleta de símbolos eclesiásticos, y una mesa de madera maciza presidiéndola. Abre un cajón de una de las alacenas y coge las llaves de la iglesia, lo cierra y se dispone a cruzar la nave para abrir el recinto. Frente a él, aparece una portada de estilo neoclásico sencillo. En su exterior, dos pilastras toscanas de piedra sostienen un entablamento en cuyo tímpano está representada la Cruz de Santiago. Una pequeña terraza aparece junto a unas escaleras que unen la calle con la iglesia. Mientras el párroco abre la puerta, el perfil de una mujer aparece frente a él.

—Pero ¿qué haces aquí? —pregunta enfadado—. ¿Cómo se te ocurre salir de casa? ¡Te pueden ver! ¡Pasa! ¡Rápido! —La mujer obedece y se coloca apenas a un metro de la misma puerta. Silas se asoma al exterior levemente y retrocede sobre sí mismo volviendo a cerrar la puerta—. ¿No eres consciente del peligro que corres? —pregunta colocándose frente a su visitante inesperado.

La mujer, que hasta ese momento iba cubierta por la capucha de una sudadera oscura, al verse sola frente a él, se descubre. Es Ana, de aproximadamente cincuenta años. Alta, morena y con rasgos duros de mujer fuerte y trabajadora. Completa su vestuario unos vaqueros y deportivos desgastados.

—¡Lo sé! Pero a veces la desesperación hace que hagamos cosas que no debemos —dice la mujer—. Quería ir por la otra puerta, pero he oído los cascos de una mula y me he asustado —aclara con nerviosismo—. Solo quiero saber si sabes algo. Llevo días que no duermo. Tengo un presentimiento, y estoy muy preocupada.

—¡Sí, a mí me pasa lo mismo! Tengo una sensación extraña.

Ambos guardan silencio durante unos segundos inquietantes.

—¡Estoy desesperada, Silas! —exclama Ana.

—Hace semanas que no sé nada. Lo último que sé es que seguía escondido —informa el párroco con sinceridad—. Es él el que se pone en contacto conmigo, ya lo sabes. No tengo su teléfono, nadie lo tiene.

Ana realiza un gesto de resignación y se vuelve a cubrir la cabeza. Abre la puerta de la iglesia y mira al exterior.

—¡Cuando se ponga en contacto contigo, dile que le quiero y que siga vivo! —exclama

sin mirar a su amigo.

A continuación, se marcha con la cabeza agachada y paso ligero. Silas cierra la puerta totalmente emocionado por lo que acaba de escuchar.

CAPÍTULO III

España, lugar desconocido
19 de septiembre de 2015

El sol anuncia el mediodía cuando en la habitación de lo que parece ser un motel se encuentran dos hombres: Dante, de cincuenta y tres años. De pelo largo y rizado. En su rostro, cicatrices faciales, varias de ellas escondidas entre su poblada barba. De aspecto fuerte y resolutivo. Este permanece sentado en una de las dos camas con sus manos ensangrentadas y jugando con una medalla de madera con el símbolo del primer cazador. El otro hombre, tirado en el suelo malherido. Viste con ropa oscura al igual que sus ojos, de color negro.

—¡No podrás con nosotros!, ¡somos legiones!, ¡acabaremos contigo! —En ese momento, su agresor muestra una sonrisa socarrona—. ¡Sabemos dónde está! —Ahora le mira amenazante—. ¿Creías que no lo sabíamos?, lo mejor de todo es que ya no puedes hacer nada. —Ríe viendo el dolor que ha causado a su agresor—. ¡Ahora sí eres hombre muerto!

A continuación, se levanta y deja caer la medalla sobre el cuerpo del demonio, consumiéndose entre llamas.

—¡Malditos seáis todos! —exclama enfadado.

En ese preciso instante, Dante se percata del ruido generado por varios coches estacionados frente a la habitación y corre hasta la ventana. En el exterior, de un par de coches bajan ocho hombres, siete de ellos comienzan a dispersarse formando un semicírculo cubriendo todos los ángulos de escape posibles. Todos ellos vestidos con traje oscuro y corbata a juego. El último hombre es Isaías, de unos treinta y cinco años. Hombre delgado y espigado. De rostro fino, con talante autoritario y sabedor de que lo tiene todo controlado. Todos tienen los ojos negros.

—Dante, sabemos que estás ahí. Sal y no caerán sobre tu conciencia las muertes de todas y cada una de las personas que se encuentran en este lugar —recita el cabecilla como si se tratara de un director de circo.

El cazador se encuentra meditando qué hacer. Revisa la habitación de arriba abajo, no tiene escapatoria. Por último, mira su petate sobre una de las camas de la habitación. Desde el exterior se oye al cautivo.

—¡Está bien, voy a salir!

Isaías esboza una sonrisa mientras los demás no apartan su mirada de la puerta. Esta se abre y aparecen varias medallas lanzadas al vuelo. Isaías reacciona a tiempo y, antes de impactar contra el suelo, realiza un salto imposible, cayendo sobre el capó de uno de los vehículos. Sus acompañantes corren peor suerte y son convertidos en polvo. Dante aprovecha y sale corriendo con la mochila a cuestas. Tras unos segundos, Isaías se recompone.

—¿Cuántas medallas te quedan? —pregunta impotente—. ¡Cuando tengamos el bastón, sufrirás las peores de las muertes! —exclama mientras se limpia el traje. Busca su móvil en un bolsillo de su chaqueta y realiza una llamada—. ¡Señor! ¡Ha escapado! —Tras unos segundos de silencio, responden al otro lado de la línea.

—¡Dejadle en paz! ¡Seguiremos la otra pista! ¡Volved! —concluye autoritario.

Isaías mira a su alrededor viendo la descomposición de sus lugartenientes mientras guarda su móvil.

—¡Me temo que volveré solo!

Tras varios minutos a la carrera, Dante llega exhausto a la esquina de un edificio y, mientras comprueba que no le siguen, coge su teléfono móvil para realizar una llamada.

—¿Sí? —pregunta el receptor de la llamada.

—¿Y Martín? ¿Y su mujer? —pregunta preocupado.

—Los móviles están confiscados como prueba en un caso de asesinato —informa un policía—. ¿Quién es usted? ¿Qué relación tenía con los fallecidos?

—¿Hay un joven de unos veinte años entre las víctimas?

—¡Soy yo quien hace las preguntas! —explica el agente con severidad.

—¡Maldita sea! —grita exaltado mientras corta la llamada—. ¡Le han encontrado!

Medita que hacer y al momento, busca otro número en su móvil. Al otro lado de la línea se encuentra Silas, que está junto a un organista, ayudando a interpretar una pieza en un órgano del siglo XVI situado en una balconada en lo alto de la nave central de la iglesia. Extrae el móvil del bolsillo y comprueba que es un número privado.

—¡Le han encontrado! —exclama Dante atemorizado—. Han matado a Cristina y Martín. Ahora está solo. Perdido. Tengo que encontrarle.

—¡Dios mío! —exclama mientras se separa unos pasos del organista—. ¿Cómo han dado con él?

—¡No lo sé! —responde apoyando su rostro contra la pared—. ¡Necesito a los guardianes, Silas!

—¡Yo me encargo amigo! —Tras una pausa—. ¡Una cosa!

—¡Dime!

—¡Ana estuvo aquí! —Dante, con gestos de rabia e impotencia, golpea la pared con el puño—. ¡Quiere que sepas que te quiere y reza para que sigas con vida!

Un largo silencio es interrumpido por el llanto sin consuelo de su interlocutor.

—¡Está bien! —consigue decir—. Te volveré a llamar. —Mira su teléfono con la intención de colgar y escucha las palabras del párroco—. ¡Ten cuidado! —Cuelga el móvil volviendo a mirar a su alrededor y secándose las lágrimas para centrarse en su cometido. Exhala y corre de nuevo calle abajo.

Silas, por su parte, busca un contacto en su teléfono móvil. Tras varios tonos de llamada, aceptan al otro lado.

—¡Baldo, reúne a los guardianes! —Pasados unos segundos—. ¡A cuantos puedas!



En la séptima planta de un edificio de oficinas situado en la zona financiera de Londres, se encuentra el periódico El Post de España. El bullicio de las conversaciones entre periodistas y otras tantas llamadas telefónicas hacen que la jornada laboral sea más estresante que nunca, por lo que Erik, un joven de veintiséis años y mediana estatura, de pelo castaño y con una barba cuidada, no se percató de un paquete que le han dejado sobre su mesa varios minutos antes. Al terminar con una gestión administrativa, se fija en él mirando a su alrededor buscando al responsable de posarlo en su mesa. Lo coge y descubre que el remitente es su abuelo. Sorprendido y preocupado a la vez, abre el paquete y en su interior aparece el viejo cuaderno de anotaciones que había visto en numerosas ocasiones siendo niño. Acompañándolo, una nota que rezaba:

«Erik, en este cuaderno guardo años de mi vida y esta ha llegado a un punto de no retorno. Guárdalo hasta que nos volvamos a ver. Necesito que tengas la mente abierta ante lo que vas a descubrir y recuerdes uno de los momentos más felices de mi vida y que tú mismo me brindaste. Tu abuelo que te quiere y no te olvida. Lavett».

Erik, al que su preocupación era mayor que su sorpresa después de leer la nota, coge su teléfono móvil, busca entre sus contactos el número de su abuelo, y marca. No contesta. Marca de nuevo.

—¡Vamos, abuelo, cójalo! —exclama el joven con nerviosismo.

Desesperado tras esta última negativa, busca otro número en su móvil y vuelve a marcar. Al otro lado del teléfono una mujer rozando la cincuentena, menuda pero resolutiva, se seca las manos en el delantal que lleva puesto y coge su móvil situado en la mesa de la cocina.

—¿Mamá?, soy yo, Erik.

—Hola, hijo, ¿cómo estás? Qué alegría oírte, ¿qué tal estás? Hace mucho que no sé de ti.

—¡Bien, mamá! Como siempre. Oye, ¿sabes algo del abuelo?

La mujer se sorprende por la pregunta. Parece meditar sobre la respuesta.

—Vive como un ermitaño, y no le gustan las visitas —responde con voz temblorosa—. Hace tiempo que no sé de él —informa nerviosa—. ¿Pasa algo?

El chico lamenta no tener la respuesta que buscaba elevando su preocupación por su abuelo.

—¿Sabes si tenía algún amigo cercano o si solía ir a algún sitio con asiduidad después de jubilarse?

—¡Ya te he dicho que no sé nada! —responde alterada—. Mira, tienes edad para que te confiese algo. Tu abuelo y yo no nos llevábamos bien. Con la muerte de tu padre, él empezó a ocultarse del mundo. Se apartó de mí. Sinceramente, hace meses, por no decir, años, que no sé de él, y, a decir verdad, no me hace falta —concluye con un atisbo de desahogo.

—Bueno, mamá, lo pasado, pasado está —dice quitando hierro al asunto—. Hablamos, te quiero.

—¡Adiós, hijo, cuídate! —Cuelga el teléfono y se emociona sabiendo el daño que le ha provocado.

Erik abre el cuaderno y repasa su contenido. Lee anotaciones y mira los diversos dibujos que allí aparecen. Con decisión, se levanta de la silla, guarda el cuaderno en su bolsa y sale a toda prisa.

CAPÍTULO IV

Santa Pola, Alicante
20 de septiembre de 2015

En el interior del aeropuerto Alicante-Elche Miguel Hernández, la jornada es intensa. Dadas las fechas, lo viajeros y familiares van y vienen. Unos tristes por concluir sus vacaciones y otros felices porque dan comienzo las suyas.

En el primer vuelo de la mañana proveniente de Londres, Erik aparece por la puerta de llegadas cargado con su mochila y una pequeña maleta. Sube a un coche de alquiler que contrató previamente y pone rumbo a Santa Pola.

La jornada fresca pero soleada acompaña al vehículo. En el trayecto revive con nostalgia los recuerdos que mantiene de su tierra natal. Las playas de El Altet, los Arenales del Sol, inclusive la gran pinada bajo el faro de Santa Pola. Ha elegido la ruta más larga para llegar a su destino. Aunque la preocupación por su abuelo le mantiene alerta, su mente y su corazón le pedían a gritos el recorrido costero.

Minutos después, y con suerte, estaciona el vehículo a las puertas del hogar de Lavett. Contempla unos instantes la fachada y se introduce en el bloque que mantiene la puerta de acceso abierta. Unas escaleras en forma de caracol y con barandilla de madera le esperan al final de la entrada. Pasados unos segundos, llega a la altura de la vivienda.

—¿Abuelo?, ¿abuelo?, soy Erik. —Golpea la puerta de nuevo y, al no tener respuesta, saca unas llaves de la mochila que lleva al hombro y abre la puerta—. ¿Abuelo? ¿Está bien? ¿Abuelo? —pregunta mientras deja sus cosas en la entrada y las llaves sobre el recibidor—. ¡Soy yo!, aún conservo las llaves. ¿Abuelo?

El joven continúa preguntando mientras repasa la casa. En principio, está todo como si fuera a volver. Todo ordenado. El salón, dormitorio e incluso comida en la nevera. Termina la ronda en su despacho, donde mira el escritorio volviendo a recordar cuando era niño, sentado sobre el regazo de su abuelo absorto por las historias que allí escuchaba. Recupera la situación y decide preguntar a varios propietarios del edificio. El más próximo le dice que hace varios días que no lo ve cuando acostumbraba a cruzarse con él en el rellano. Otros niegan con la cabeza o ni siquiera abren la puerta. Erik, resignado y con la incertidumbre de no tener ninguna pista, vuelve a entrar en la casa.

Sentado en el sofá del salón, observando el lugar y recordando vivencias infantiles, decide probar con los comercios cercanos. Les muestra una foto que previamente había imprimido. Sí le reconocen, pero nadie sabe de él. Varias horas después, y agotado mentalmente, se sienta en el portal del edificio.

—¿Dónde estás, abuelo? —Saca de la mochila el cuaderno y empieza a pasar hojas. Acaricia el símbolo que se repite varias veces y leyendo en latín las palabras escritas—. Línea de sangre, árbol, demonios, un jardín. ¿En qué estabas metido?

Cierra el cuaderno y cuando lo vuelve a meter en la mochila, ve que un papel sobresale del resto de hojas. Lo coge y comprueba que hay escritas tres columnas con una serie de números.

—¡Es un código! —exclama tras unos segundos de deducción. Guarda la nota junto a la cubierta del cuaderno y lo posa junto a él—. ¡Esto cada vez me gusta menos! —concluye

mirando al horizonte.



En el camposanto de la villa marinera, y no muy lejos de la casa de Lavett, un joven de unos veinte años permanece sensiblemente afectado. Con rostro desencajado y lágrimas resbalando por sus mejillas. Bajo una lápida se conservan coronas y ramos en deterioro. Aparentemente, el entierro fue reciente. En un momento dado, se acerca una persona junto al chico. Es el inspector Gayarre. De unos cuarenta y cinco años. Alto. Con media melena morena y con barba marcada.

—¿Bastian Poo? —pregunta el policía quitándose unas gafas de sol. El joven le dedica una mirada y asiente con la cabeza—. Te acompaño en el sentimiento. —El inspector le estrecha la mano mientras mira las lapidas—. No hay nada que consuele la pérdida de un ser querido. Ni siquiera el tiempo, te lo digo por propia experiencia. —Lanza una mirada a las flores y mira a su alrededor—. ¡No me gustaría pasar mucho tiempo por aquí! ¿Podemos hablar?

—¿Quién es usted?

—¡Ah! ¡Perdona! —Del bolsillo trasero de sus vaqueros saca la cartera y muestra su placa—. ¿Con esto te vale? —El chico hace un gesto afirmativo mientras se recompone y dan unos pasos para separarse de las tumbas—. He venido a comunicarte algo que seguramente te haga pensar que todo es una sinrazón, pero es mi trabajo. Según la investigación abierta por el accidente de tus padres, hemos llegado a la conclusión de que fue intencionado.

—¿Cómo? ¿Qué quiere decir? ¿Que ha sido un asesinato? ¿Quién querría ver a mis padres muertos? —Bastian realiza la batería de preguntas alterado, soltando los nervios que guarda en su interior.

—¡Tranquilo, chaval! —dice gesticulando con sus manos—. Esa pregunta me corresponde hacerla a mí. —El tono de Gayarre se vuelve autoritario al percibir violencia verbal por parte del joven—. ¿Tenían problemas con alguien? ¿Sabes si le debían dinero a algún proveedor? ¿Algún incidente con un cliente?

—¿Mis padres? —responde con otra pregunta mientras su inquietud aumenta. El inspector asiente—. ¡Para nada! ¡La ferretería funcionaba sin problemas! ¡No teníamos deudas! ¡Nos daba para vivir! ¡Éramos felices con lo que teníamos! —responde emocionado e hiperventilando.

Se hace el silencio en el cual el huérfano se echa las manos a la cabeza.

—¿Y tú? —pregunta Gayarre.

El joven le mira en principio con estupor y a continuación con enfado.

—¿Yo qué?

—Hace un par de días recibimos una misteriosa llamada. —Bastian lo mira expectante—. Quería saber si una de las víctimas era un joven de más o menos tu edad. —Se acerca cara a cara con él—. Y ahí va mi pregunta, ¿tienes problemas con las drogas? ¿Le debes dinero a algún camello con mala hostia?

—¿Me está acusando? —gesticula señalándose con las manos.

—¡Lo siento, es mi trabajo! Cuanta más información, mejor para la investigación.

—¡Pues le diré que no! Que no me drogo. Mis amigos los cuento con los dedos de esta mano —responde levantando su mano derecha—. Los veo de vez en cuando, pero nada de drogas ni alcohol, eso se lo puedo prometer. Soy un chico normal. Mis padres lo

eran todo para mí y ahora están enterrados aquí detrás, ¡no me queda nada! —Rompe a llorar emocionado.

El inspector le pone las manos en sus hombros, a modo de consuelo.

—¡Está bien, te creo! Mira, haremos todo lo posible para aclarar este caso, te lo prometo. Ahora tienes que ser fuerte. Cierra la ferretería unos días y dedícate a ti. Ve a los sitios donde solías ir con tus padres. Eso te ayudará, o eso creo. —Bastian le mira sin saber el sentido de esas palabras. El inspector aprovecha para sacar una tarjeta de un bolsillo de su pantalón—. Ten, aquí tienes mi número. Llámame si ves algo extraño en los próximos días, y necesito tener contacto contigo en cualquier momento. —Gayarre se aleja unos pasos cuando vuelve a dirigirse al joven—. ¡Ah!, no te vayas muy lejos, este tipo de casos son poco corrientes en una ciudad como esta, así que me huele que no se ha acabado. No salgas de la ciudad sin decírmelo, ¿entendido? —Vuelve sobre sus pasos colocándose de nuevo sus gafas.

—¡Me acaba de decir que vaya a los lugares que me traen buenos recuerdos! —dice alzando la voz al ver que se aleja a paso ligero.

—¡Veo que me escuchas! —exclama siguiendo su camino.

El huérfano niega con la cabeza y, pasados unos segundos, vuelve junto a la tumba de sus padres.

En el reloj del coche del joven marcan las 17:20 horas. Este se encuentra estacionado en la puerta de su casa y Bastian en su interior con la mente en otro sitio. La revelación del inspector horas antes le tiene preocupado a la vez que extrañado. El pitido de un vehículo circulando le extrae de sus pensamientos y sale del coche.

La manzana se compone de viviendas unifamiliares con bajos comerciales. La casa está sobre la ferretería de sus padres y es allí donde se dirige cuando una voz le detiene.

—¡Hola!

—¡Hola!

—¡Me llamo Sara! —informa sonriente.

De unos veinte años. Alta. Guapa. De cabello castaño, largo y liso y con una bonita sonrisa. Su vestido estampado deja entrever su escultural figura.

—¡Yo...!

—¡Bastian! —La joven se le adelanta—. Me lo dijo mi abuela Clara al verme como te miraba el otro día.

El joven no sabe qué decir. Su timidez se adueña del momento y comienza a sonrojarse.

—¿Es diminutivo de Sebastián? —pregunta Sara.

—¡Sí!, es un nombre muy común en Francia y mis padres querían tener un varón para darle mi nombre —aclara con algo de congoja.

—¿Cómo estás?, nos hemos enterado de lo sucedido y de parte de mi abuela y en el mío propio, te damos nuestras condolencias.

—¡Gracias! —responde el joven afectado—. Bueno, gracias de nuevo por preocuparos por mí. Nos vemos.

Quiere poner rumbo a su portal cuando Sara le sujeta el brazo.

—¡Si quieres hablar...! —exclama la joven.

—¡En otro momento! —concluye liberándose.

—¡Lo entiendo!

Sara se lanza sobre él besándole en la mejilla y encaminándose calle arriba. Bastian, avergonzado, le mira en su marcha. Ella se gira y le sonríe.



Está anocheciendo en Liétor. El verano da sus últimos coletazos y pocos forasteros quedan paseando por sus calles. La iglesia está cerrada desde la conclusión de la misa de las siete. Desde entonces, el silencio es sepulcral. El portón de madera se mantiene abierto. Silas asciende por las escaleras que esconde la alfombra junto al altar. Clausura el acceso y lo oculta de nuevo. A continuación, se santigua frente a la imagen y se dirige a la sacristía. No termina de llegar cuando en su teléfono suena un pitido. Lo mira, es un mensaje de llamada perdida. La falta de cobertura en el interior de la cueva hace que no pueda tener contacto con el mundo exterior. Devuelve la llamada y espera unos segundos.

—Hola, ¿cuántos has podido localizar? —pregunta con algo de expectación.

—¡Cuatro, no hay muchos en la zona!

Al otro lado del teléfono, Baldo. Un hombre de avanzada edad. Camisa blanca arrugada y unos pantalones de pana marrones desgastados. Permanece sentado junto a un viejo escritorio de madera y rodeado de estanterías con libros. Una ventana emplomada preside la mesa, sobre esta, un libro con nombres y direcciones.

Silas gesticula con decepción y resignación al recibir la noticia.

—¡Está bien! ¡Que permanezcan alerta! —exclama con severidad—. ¿Entendido?

—¡Sí!

—¡Gracias!

Baldo cuelga el teléfono y escribe en uno de los libros con una sonrisa maliciosa.

El párroco se dirige lamentándose, pero con paso firme, a la sacristía, cuando vuelve a sonar la llamada entrante que acepta con brevedad.

—¿Dante?

—¡Sí!

El cazador se encuentra sentado en el banco de un viejo bar. Oscuro y solitario. Al final del mismo donde tiene visión completa del lugar. No deja de mirar de forma periférica para comprobar que no se fijan en él. Bebe una cerveza y su rostro es de angustia.

—¿Cómo estás?

Tras unos segundos de silencio.

—¡Preocupado! —responde con brevedad—. Cada vez están más cerca —dice contrariado—. Ese Isaías me pisa los talones y no puedo hacer lo que debo, que es buscar a mi hijo, caeríamos los dos.

—¿Qué vas a hacer?

—¡Iré a ver a Sánchez! —dice convencido.

—¡Tienes que conseguir el libro! —exclama el párroco—. Dile que están demasiado cerca y seguro que irán a por él.

—¡Esta vez entrará en razón! —Medita unos instantes—. Silas, debes de prepararte para cualquier cosa. ¿Lo entiendes?

—¡Lo entiendo! —responde el párroco.

—¡Bien!

—Baldo ha conseguido a cuatro «guardianes» —apremia a decir.

—¡Son pocos! —exclama preocupado.

—¡Lo sé!

—¡Tenía en mente tirar de contactos en el ejército y es lo que voy a hacer! ¡Y mi hermano también contará!

—Con Gastón debemos de ir con cuidado. No te precipites sacándolo de allí. ¡Por algo está encerrado!

—¡Él es cosa mía! —concluye el cazador.

Dante cuelga la llamada y se guarda el móvil en un bolsillo de su chaqueta. Acaba su vaso y se dirige a la salida del local. La noche le protege, pero inicia la carrera entre peatones y coches que salen a su paso. Varios minutos después, merodea por una zona de urbanizaciones con vigilancia privada y control de acceso para coches y peatones en una gran entrada. Dos vigilantes conversan en la garita con varios monitores y el botón que controla el poste que impide el movimiento de vehículos.

Dante mira un trozo de papel confirmando la localización dónde para posteriormente guardársela en un bolsillo.

La propiedad está delimitada por una valla de unos cinco metros en todo su contorno. Mira a ambos lados de la calle y viéndose solo brinca sobre la verja escalándola con facilidad y saltando a su interior.

Una línea de grandes cipreses cubre la totalidad de la valla. Amplios terrenos con césped natural y varios ejemplares de centenarios olivos, visten una zona común con varias zonas de juegos infantiles y merenderos.

Una calle principal con grandes chalés y grandes jardines demuestran el poder adquisitivo de los que allí viven. Las luces de los hogares encendidas y otras, iluminadas por una lámpara, dan luz a la entrada principal. En una esquina, un poste informa de los números de las casas que allí se encuentran. Dante se oculta entre árboles y algún que otro coche hasta encontrar su destino.

La casa tendrá doscientos cincuenta metros cuadrados. Todos ellos sobre una única planta. Grandes ventanales y con puerta de servicio, que es donde se dirige. Agachado junto a unos setos, y disponiéndose a partir hacia la puerta, un cuchillo de grandes dimensiones le sujeta el cuello. Dante levanta las manos y permanece inmóvil.

—¡Si das un paso más, será lo último que hagas!

—¡Tranquilo! ¡Obedeceré!

Una voz masculina le tiene a su merced. Pasados unos segundos de tensión, intenta removerse, pero el hombre se echa sobre él propinándole un puñetazo que le deja aturrido.

—¿Está sordo?

Dante le mira a la cara. Un joven de unos treinta años. Fuerte físicamente y ágil por sus acciones.

—¡Joder! —exclama dolorido—. ¡Eres igual que tu padre, aunque pegas mejor!

—¡Es la primera vez que alguien habla después de marcarle con mi cuchillo!

—¿Te has ablandado? —pregunta tirado en el suelo.—¡Estoy de permiso! ¡Se consideraría asesinato! ¡No puedo manchar mi reputación, ni la de mi padre tampoco! —Enseña su mano para que Dante se ayude a levantarse—. ¡Capitán Miguel García de Salazar!

—¿Capitán? ¿De qué división?

—¡Si se lo digo sí que tendría que matarle! —Esbozan una sonrisa—. ¡Venga conmigo!

El joven dirige el paso a la puerta de servicio que da directamente a una gran cocina. Busca en el congelador una bolsa de congelado y se la lanza al cazador.

—¡Gracias! —exclama dolorido.

—¡Espere aquí!

El soldado se introduce en la casa encendiendo luces y poco después vuelve acompañado

por su padre. Un hombre alto y fondón. Pelo cano y viste un batín.

—¡Joder, Dante! —exclama su amigo.

—¡Ha sido tu hijo! —El joven sonríe—. Por cierto, ¿le has hablado de mí?

—¡Algo sabe! —responde el padre—. ¿Qué haces aquí?

—¡Me dijiste que si fuera estrictamente necesario y solo entonces!

—¿Tan grave es? —pregunta contrariado.

—¡Conocen el paradero de mi hijo! —Padre e hijo se miran—. ¡He pedido que reúnan a todos los guardianes posibles, pero no son suficientes!

—¡Miguel, por favor! —El joven asiente—. ¡Ve a ver cómo está tu madre! —Sale presto y dispuesto de la cocina, dejándoles a solas—. ¡Ni que decir tiene lo agradecido que estoy por lo que hiciste por Nines!

—¡Hice lo que tenía que hacer! ¡Iban a por mí!

—¡Lo sé! ¡Estaba en el lugar menos indicado! Pero, aun así, la salvaste. —Se sienta en una butaca situada bajo la isla de la cocina, donde también se encuentra Dante todavía con la bolsa en su cara—. ¡Me retiré este mismo año y ahora no soy el que era cuando nos conocimos! ¡Ahora no tengo ni poder ni contactos en el ejército! ¡Soy un humilde civil, aunque aparento otra cosa! —Miguel escucha junto al pasillo que desemboca en la cocina—. ¡No puedo ayudarte! ¡Iría yo mismo, pero no puedo hacerle eso a mi mujer y menos implicar a mi hijo! ¡Lo siento!

La sinceridad de las palabras del exmilitar son aceptadas por su amigo, que asiente comprensivo.

—¡Lo entiendo! —exclama incorporándose—. ¡Aprecio tus palabras! —Se funden en un fuerte abrazo.

—¡Dios quiera que todo esto acabe como tú quieras, amigo mío!

—¡Dios no sabe qué hacer, le viene grande! —concluye asintiendo y saliendo por la puerta de servicio.

Mira a su alrededor y comienza su andadura agachado para salir sin ser visto. Se dispone a cruzar la calle cuando un coche le hace unas señales con las luces. Corre hacia un árbol cercano y se esconde tras su tronco. El coche avanza hasta llegar a su altura.

—¡Señor! ¡Vamos, salga! —Dante reconoce la voz de Miguel. Este sale del coche—. ¡Quiero ayudar!

—¡Tu padre me matará si me acompaña!

—¡Lo entenderá! ¡Las deudas hay que saldarlas y yo soy el más cualificado!

—¡No lo pongo en duda! —exclama—. ¿Sabes disparar?

El joven abre el maletero del coche y muestra un estuche de grandes dimensiones. Acciona los cierres y revela un rifle de francotirador.

—¡El segundo mejor! ¿Le vale?

—¡Está bien! ¡Intentaré que no te maten buscándote un lugar donde puedas usar eso! —aclara señalando el arma.

—¡Salgamos de aquí! —Dante asiente—. ¡Súbase detrás y mantenga la cabeza agachada!

—¡Si vamos a enfrentarnos a la muerte, prefiero que me llames por mi nombre! ¿Entendido?

—¡Entendido!

Ambos sonríen y obedece a lo que propone Miguel. Se sube en la parte trasera y se esconde lo mejor que puede.

—¡Ve hacia el sur! —informa el cazador.

El joven dirige su coche a la salida y sale de la urbanización sin problemas.

CAPÍTULO V

Santa Pola, Alicante
21 de septiembre de 2015

En la persiana de la ferretería, una nota avisa que permanecerá cerrada hasta nuevo aviso. Por una de las ventanas del primer piso, la luz de la mañana ilumina la estancia. En su interior, Bastian está echado en su cama. El dormitorio, grande, pero poco amueblado. Una cama de cuerpo y medio. Un escritorio con dos estanterías sobre el mismo. Una librería y un pequeño armario empotrado culminan la habitación.

Varios pitidos del interfono obligan al joven a levantarse con desgana. Se dirige a la entrada atravesando el salón que hace de centro neurálgico del hogar, donde tiene la pantalla, y ve a Sara mirando a la cámara y sonriendo.

—¡Hola! —exclama el joven.

—¡Hola! ¿Puedo subir?

Bastian mira su reloj de pulsera. Son las nueve de la mañana.

—¡He pasado mala noche, Sara!

—¡Solo será un momento!

El joven resopla mientras acciona el botón de apertura. Poco después, la joven se presenta en la entrada.

—¡Hola, venía a ver cómo estabas!

—¡En este momento, recuperándome! —informa firme el joven.

—¡Me voy si quieres! —responde haciendo el gesto de irse.

—¡Venga, pasa!

Se hace un lado sujetando la puerta y cerrándola tras ella.

—¡Gracias! —Sara mira a su alrededor—. ¡Quería comentarte algo!

—¡Adelante! —exclama sentándose en el brazo de un sofá.

—Mira... Yo... —Hace una parada para coger aire—. Yo sé lo que se siente al perder a unos padres. —El joven se sorprende por la noticia—. ¡Yo también perdí a los míos cuando era pequeña!

—¡Lo siento mucho!

—¡No pasa nada, fue hace mucho! —exclama apenada—. Quiero que sepas que te entiendo, y que aquí me tienes para lo que sea. —Los jóvenes se miran avergonzados por el tono en el que ha sonado la frase—. Al principio me quedé con mis tíos y hace unos días decidí venir con mi abuela. Ya tiene una edad y, además, me da espacio —expone sonriente—. Muchas veces me dice que tengo que vivir la vida y que no hacía falta que viniera a cuidarla. Me siento a gusto aquí y le quito responsabilidades al resto de la familia.

—¿Y cómo está?

—¿Quién?

—¡Tu abuela!

—¡Ah, ahí va! Con dolores, pero se le quitan cuando empiezan sus telenovelas. —Ambos ríen, aunque Sara está pendiente de cada rincón de la casa—. ¿Es tu habitación? —pregunta con inocencia.

—¡Sí! —responde—. No voy a disculparme por su estado, así que, si no quieres entrar,

no lo hagas —informa convencido.

Ella hace oídos sordos y se introduce en el cuarto. La revisa de arriba abajo y una pequeña caja de madera sobre una de las estanterías le llama la atención. Bastian llega al umbral mientras ella la coge. En la parte superior, hay una frase grabada que reza: «Para que nos lleves contigo siempre».

—¿Esto qué es?

—Es un regalo de mis padres. Un colgante. Me lo regalaron hace unos años y ahí lleva desde entonces —explica el joven mientras lo abre—. No soy de llevar nada al cuello. —De repente, ve que debajo del colgante hay una nota doblada. La coge, deja la caja y el medallón sobre la cama. Comienza a leer la hoja manuscrita y vuelve a doblarla para guardársela en el bolsillo de su pantalón. La joven apenas se ha percatado de la acción al quedarse mirando el colgante.

El medallón es uno de los que se crearon para el primer cazador. Su símbolo, en ambas caras. Lo mira unos segundos y decide colgárselo. En ese mismo instante, siente un cosquilleo por todo el cuerpo que le eriza la piel, hecho del cual Sara es testigo.

—¿Estás bien?, te noto nervioso.

Bastian no sabe qué le acaba de pasar.

—¡No, nada! Los sentimientos afloran —dice sonriente esquivando la pregunta.

—¡Te entiendo!

El joven duda unos instantes en salir de la habitación. Al final hace el amén de salir y se detiene.

—¿A qué has venido Sara? —pregunta con interés.

Unos segundos de tensión amenazan la armonía de la charla por no recibir respuesta.

—¡Solo quería verte!

Se dirige avergonzada a la puerta de entrada abriéndola para girarse después. Bastian la acompaña y ella se lanza de nuevo sobre él y le propina un beso en la mejilla para concluir saliendo de la casa. Él se mantiene extrañado por el comportamiento de Sara en el momento que recuerda la nota desconocida en el interior de la caja. Cierra la puerta y busca en el bolsillo la hoja. Está manuscrita por su madre y comienza a leerla en su mente viendo cómo la escribe y relatándosela a la vez.

«Para empezar, y que no te parezca extraño, debes de leer esta nota a solas y, por otro lado, si estás leyéndola es porque tu padre y yo nos hemos ido de tu lado. Sabíamos que no sueles abrir el recipiente donde guardas el colgante y pensamos que no había lugar mejor para dejarte nuestra última aportación a tu vida. Coincidimos en que abrirías la caja recordando el momento en que te lo regalamos, cuando nos echaras de menos.

Sentimos decirte que no somos tus verdaderos padres.

Lo sentimos mucho, Bastian. Era por tu bien. Créenos. Para nosotros eras nuestro hijo y estamos orgullosos de verte crecer. Orgullosos del hombre en que te has convertido. Orgullosos de ti, hijo. Quiero que sepas que te queremos mucho y que has sido lo mejor que nos ha pasado en la vida».

El joven se seca las lágrimas y no da crédito a lo que está leyendo. Levanta la cabeza y recuerda que el inspector Gayarre le dijo que fue un accidente provocado.

«Esperamos que ahora que sabes la verdad y que nosotros no estamos contigo, sea porque fue nuestra hora y por los años que llevamos encima. Si no ha sido así, decirte que corres un grave peligro.

En la parte de atrás de esta nota te adjuntamos una dirección a la que tienes que ir

inmediatamente. Allí te darán todas las explicaciones necesarias. Solo puedo explicarte que tenías que vivir alejado de una maldición y, como guardianes de sangre, era nuestro deber mantenerte oculto. Pero ya no podemos protegerte. Ellos lo harán.

Hasta que no llegues al lugar indicado, no te fíes de nadie.

Perdónanos.

Tus padres que te quieren.

P. D.: No pierdas el colgante, es más importante de lo que te imaginas».

Bastian se echa las manos a la cabeza, conmocionado por lo que acaba de leer. Grita de rabia y dolor moviéndose de un lado a otro del dormitorio. Muchas cosas que asimilar y muchas sensaciones agolpadas en su interior. Se detiene frente a su escritorio y le pega una patada a la silla descargando la tensión del momento.

A primera hora de la tarde, conduce su coche desde Santa Pola hasta la vecina ciudad de Elche. Por su mente pasan las diversas excusas que se le ocurren para convencer de su marcha al inspector que lleva el caso de sus padres. Está decidido a llegar hasta el final y buscará respuestas allí donde le lleva la ubicación de la nota.

La distancia entre ambas poblaciones es corta, por lo que, y en breve espacio de tiempo Bastian llega a su destino. Tras pedir la asistencia del inspector, espera junto a varias personas a ser atendido sentado frente a varias puertas con sendos despachos. Gayarre aparece por una de ellas ataviado con sus clásicos vaqueros y camisa azul, con la correspondiente arma reglamentaria en su cinturón. Colgando del cuello, su placa.

—¿Estás bien? —pregunta el agente algo preocupado.

—¡Sí, estoy bien! Gracias.

—¿Pasa algo? —insiste el inspector.

—Vengo a comunicarle una cosa. Sé que podría haberlo hecho por teléfono, pero prefiero hacerlo en persona.

—¡Te lo agradezco! —exclama el inspector—. Acompáñame —ordena apartándose de los allí presentes—. ¿Qué quieres contarme?

—¡Me marcho unos días! —responde viendo la negatividad gesticular de Gayarre—. Necesito desconectar, inspector. La casa se me hace muy grande —dice con algo de nerviosismo por mentir a un policía.

Este le mira con preocupación.

—¡Me estoy ablandando! —dice entre dientes—. Será que están cerca las putas vacaciones que tanto merezco y por eso no carbuero.

—Pero ¿qué dice? —pregunta el joven.

—¡Hablaba para mí! —responde Gayarre—. Olvida lo que te dije de vivir tus recuerdos. No puedes irte, y punto —afirma con autoridad.

—¡Lo tengo decidido! —exclama severo equiparando el nivel del inspector—. Además, no estaré lejos, iré a la casa que tenemos en la sierra —informa ahora con la voz temblorosa—. Mire, es un golpe muy duro y necesito hacerlo. Usted me dijo que cerrara la ferretería y fuera a lugares donde mis recuerdos me ayudaran a tirar hacia delante. Pues eso quiero.

Gayarre niega con la cabeza.

—¡Vaya cagada, joder! —vuelve a citar entre dientes. Gesticula de un lado a otro. Saca una de sus tarjetas y se la entrega junto con un bolígrafo que lleva en la mano—. Apúntame la dirección para tenerte localizado. —Bastian la escribe y se la entrega de nuevo. El inspector la lee y se la guarda en un bolsillo—. Tienes mi teléfono y yo el tuyo. A cualquier

cosa, me llamas. Y cuando yo lo haga, cógelo o iré a buscarte. ¿Entendido?

—¡No se preocupe, inspector!

—¿Cuándo marchas?

—¡Por la mañana!

A continuación, se estrechan la mano y se despiden. En ese momento, aparece Erik, viste unos dockers y camisa clara con una chaqueta tipo tres cuartos. De su hombro cuelga una mochila.

Mira un tablón informativo de la dirección de las diversas secciones propias de una comisaría. Bastian, que se encamina a la salida, choca con un policía que lleva unos papeles y se agacha a recogerlos. El recién llegado ve lo ocurrido y decide ayudar cuando se da cuenta del símbolo que cuelga del cuello del joven torpe y recuerda que está dibujado en el cuaderno de su abuelo. Ambos se levantan y le entregan los papeles al policía. Bastian, que se ha dado cuenta de la fijeza del joven, sale de la comisaria mirándole a los ojos. Erik hace lo mismo hasta perderle de vista. Duda en echar a correr tras él o seguir con su cometido de dar parte de la desaparición de su abuelo.

—¡Hola!, perdona —dice el periodista. Bastian se gira y se encuentra de frente con el enigmático joven—. Hola, me llamo Erik, Erik Lavett, ¿y tú?

Bastian tiene muy presente el no fiarse de nadie.

—¿Nos conocemos? —pregunta con seriedad.

—¡No! ¡Es la primera vez que hablamos! —responde sonriente—. Yo vengo de fuera de España y hace varios años que no piso esta ciudad —informa con seguridad—. Necesito aclarar un tema contigo. He visto tu colgante y me ha llamado mucho la atención. ¿Me puedes decir algo sobre él?

Bastian, que mientras escucha lo que dice acaricia la medalla, le niega con la cabeza.

—¡Lo siento, no puedo decirte nada!

Hace el amén de seguir su camino.

—¿No puedes o no quieres?

—¡Lo segundo más bien! —concluye tajante emprendiendo la marcha hacia el coche.

Erik vuelve a seguirle. No quiere perder la primera pista viable del paradero de su abuelo. Poco después llega a su altura mientras se dispone a entrar en el coche.

—Si no quieres decirme nada, puedo ser yo quien te informe.

Bastian le mira pensando en las palabras del desconocido, y viéndose atrapado en algo que no comprende, decide aceptar, dado que no pierde nada. Cierra el coche y se gira por completo.

—Entiendo. Mira, ya que hemos roto el hielo, me vuelvo a presentar. —Le alarga la mano—. ¡Erik Lavett!

—¡Bastian Poo! —informa estrechando sus manos.

El joven mantiene el apellido de sus padrastros.

—¿Podemos hablar en otro sitio?, me gustaría contarte lo que sé, y quizás puedas ayudarme.

Bastian mira a ambos lados del aparcamiento y vuelve a mirar a su interlocutor.

—¡Está bien! ¡Conozco un sitio cerca de aquí!

La noche cubre la ciudad. En el interior de una cafetería, una camarera de mediana edad se dispone a servir la mesa donde se encuentran los nuevos amigos. El establecimiento está acristalado tres cuartas partes del mismo. Una pareja termina de salir y varios clientes se mantienen sentados en la barra charlando entre ellos.

—¡Gracias! —dicen ambos al ser servidos.

—¿De dónde lo has sacado? —señalando el colgante.

—¡Es un regalo! —responde acariciándolo.

—¡Un regalo muy valioso!

Erik extrae de su mochila una copia de la foto que imprimió de su abuelo para enseñarla por la zona.

—¿Sabes quién es? ¿Le habías visto antes?

Bastian niega con la cabeza.

—No le he visto nunca. ¿Quién es?

—Mi abuelo, Cristian Lavett —responde el periodista.

El joven vuelve a mirar la foto, pero sigue sin reconocerle.

—No le he visto nunca, pero sí recuerdo que mis padres hablaban sobre él.

—¿Puedo hablar con tus padres? Es importante.

Erik muestra ansiedad. Por el contrario, a su acompañante se le remueve todo de nuevo, y pegando un golpe en la mesa, se levanta y hace un amago por irse, pero le coge el brazo.

—¡Disculpame! Parece ser que mi abuelo ha desaparecido —informa alicaído—. He preguntado hasta en el hospital. Iba a poner en aviso a la policía cuando te he visto el medallón.

—¿Y qué tiene que ver el medallón con tu abuelo?

Erik saca el cuaderno, lo posa sobre la mesa y busca entre sus páginas hasta encontrar una hoja donde aparece el símbolo que lleva grabada la medalla.

—¡Mira! —ordena mientras le acerca el cuaderno a su silla.

—¿Y qué significa? —pregunta mientras vuelve a sentarse intrigado.

—Según he podido entender entre tantos garabatos y algo de latín: el símbolo se creó hace siglos, ¿el motivo?, una incógnita —expone con celeridad—. En este cuaderno están años de investigación de mi abuelo. Hay anotaciones, símbolos e incluso habla de un libro. Y ahora ha desaparecido sin dejar rastro. Me mandó su cuaderno porque sabía que le podía pasar algo. Y me encuentro contigo.

—Yo no puedo solucionar tus problemas. Todo esto es nuevo para mí, tengo la cabeza hecha un lío.

—Empieza por decirme cómo tienes el colgante.

—Fue en mi decimotercer cumpleaños —aclara recordando el momento—. Recuerdo que ya se habían ido todos los invitados y yo estaba poniéndome el pijama para acostarme. Entraron mis padres a mi habitación y me lo dieron. Venía en una caja de madera grabada. Pero, es curioso, ahora que pienso, no me lo había puesto hasta esta mañana.

—¿Por qué no antes? —pregunta Erik sorprendido.

—Porque no me gusta llevar nada al cuello, me molesta.

—Veo que no —señalando el colgante.

Bastian esboza una sonrisa.

—La verdad es que al ponérmelo... he tenido una sensación rara.

—¿Cómo de rara?

—He sentido como si una corriente me recorriera todo el cuerpo.

—¿Poder? —pregunta empezando a encajar piezas.

—¡Qué va! —responde sonriente—. Ni que fuera un superhéroe.

Pasados unos instantes de silencio, Erik vuelve a insistir.

—¿Puedo hablar con tus padres? Ellos quizás me den alguna pista del paradero de mi

abuelo.

—Me temo que no. Mis padres murieron en un accidente de tráfico hace unos días.

—¡Lo siento! —Erik, desolado, guarda el cuaderno mientras Bastian observa la frustración del periodista—. Quizás sea yo la persona a quien buscas. —Mira a ambos lados del local—. Lo que te voy a contar seguramente nos concierne a los dos, por lo que no puedes decir nada a nadie, ¿entiendes? —Erik hace un gesto afirmativo y él se toma el resto del café—. Hace unos días, hablé con el inspector Gayarre, lleva el caso de mis padres.

—¿Caso?, ¿Me dices que no fue un accidente? —Me dijo que su muerte pudo ser provocada. La policía ve indicios de sabotaje en los frenos —explica en voz baja—. Poco después, encuentro una nota manuscrita por mi madre, diciéndome que no soy hijo suyo. —Erik escucha atónito a la revelación de su nuevo amigo—. Lo complicado viene ahora. Me dicen que, si su muerte fuese premeditada, corro un gran peligro. —Erik, sobresaltado, se levanta de la silla de un bote y comienza a ponerse muy nervioso—. ¡Siéntate, por favor! —Bastian mira a ambos lados de la cafetería para ver si la camarera ha visto su reacción—. Tengo una dirección a la que debo ir para que me informen sobre toda esta situación. Dicen que me protegerán y no sé de quién. Todavía estoy digiriendo todo esto. Es difícil y complicado, pero ahora mi presente y futuro están en ese lugar.

—¿Le has contado algo a la policía?

—¿Y qué les digo?, si no lo entiendo ni yo —responde alterado—. Tengo que saber qué pasa y dudo que la policía pueda hacer algo. Además, creo que ese tal Gayarre es un incompetente, sin contar que está algo desequilibrado. —Erik anota el nombre del inspector—. Mira, no puedo fiarme de nadie, así terminaba la nota, y pienso seguir el consejo, por lo menos hasta que sepa de qué va esto.

—Ahora creo que la desaparición de mi abuelo tiene algo que ver con la muerte de esas personas y contigo también.

—Mañana voy a ver qué averiguo.

—Yo respetaré tu decisión de no decir nada a la policía, pero no puedo esperar mucho. Seguiré mirando entre los papeles de mi abuelo a ver si averiguo algo nuevo. Lo que tengo es este cuaderno, una nota de despedida sin sentido y una hoja llena de números, de la que sospecho que es un código referente a un libro. Pero no sé de cual. —Coge una servilleta y le da la dirección y el móvil. Se lo entrega y se levanta de la mesa. Para terminar, se cuelga la mochila—. Aquí me alojo y también tienes mi teléfono. Hazme una llamada perdida y te mantendré informado...

—¡Espera!

Coge el bolígrafo y una servilleta para anotar su teléfono y entregársela a su nuevo amigo.

—¡Vale! Si descubro algo, serás el primero en saberlo —dice el periodista—. ¡Tú haz lo mismo! ¡Suerte! ¡Ah! Y no te fíes de nadie.

Erik sale por la puerta principal mirando a ambos lados de la calle. Bastian se mantiene sentado. Sigue con la mirada la marcha del joven. Ni el uno ni el otro se percatan de que están siendo vigilados. La silueta de una mujer se esconde en la sombra de una farola frente a la cafetería y, tras unos segundos de espera, va tras el periodista.



En el despacho de Cristian Lavett, abuelo y nieto comparten un rato distendido entre libros y dibujos. Erik tiene siete años y sonríe continuamente a las explicaciones de Cristian

sentado en su regazo. El murmullo del salón provocado por las conversaciones de la abuela con su hija pasa desapercibido para los dos. En un momento en cuestión, el abuelo deja de hablar, hecho que extraña a su nieto, que le mira y grita al ver que el rostro se ha transformado en una calavera.

En ese momento, Erik despierta sofocado por la pesadilla. Se sienta en la cama mientras la luz del amanecer comienza a proyectar en la habitación.

Un ruido le altera de nuevo. Escucha cómo alguien entra en la casa. Se enciende la luz y oye unas palabras que no llega a entender. Comienza a vestirse, mientras los hombres mueven papeles y tiran libros.

«¡Están en el despacho!», exclama en su mente.

Con el susto en el cuerpo, coge su móvil de la mesita y decide salir de la casa. Despacio y en silencio, llega al salón cogiendo la mochila del sofá y sale corriendo. Uno de los hombres lo ve y comienzan a seguirle escaleras abajo y su compañero reacciona instante después. Se oyen los pasos a la carrera de los desconocidos, que hacen su aparición en el portal del edificio. Miran a ambos lados de la calle. Su presa ha desaparecido. Son los mismos asaltantes de Cristian. Ambos tienen los ojos negros.

Erik, que no ha dejado de correr, se esconde en un callejón y mira por dónde ha venido por si le han seguido. Jadeando, coge su móvil con la intención de llamar a Bastian, cuando se da cuenta de que se ha dejado el papel con el número en casa de su abuelo y tampoco recibió la llamada perdida del joven.

—¡Mierda!

Casi una hora después, estaciona su coche en la zona reservada para los coches policiales y se dirige presto a la comisaria con síntomas de nerviosismo.

—¡Quiero ver al inspector Gayarre! —exclama apresurado al primer agente que se encuentra.

—Cálmese, por favor, ¿quiere un poco de agua?

—¡No! Quiero ver al inspector.

Erik se sienta en una de las sillas que están situadas en el hall de la comisaria y espera a que aparezca Gayarre.

CAPÍTULO VI

Santa Pola, Alicante
22 de septiembre de 2015

Al mismo tiempo que Erik llega a la comisaría, Bastian, dispuesto a marchar y con una mochila al hombro, observa su habitación como si no fuera a volver. Lo mismo ocurre con el salón y el dormitorio de sus padres. Un escalofrío recorre su cuerpo. Tiene la sensación de que lo que le espera cambiará su vida para siempre.

Sale del edificio mirando a su alrededor y respirando profundamente. Su coche lo tiene aparcado a pocos metros de su casa. Mientras se dirige a él, observa la fachada de la ferretería y no se percata de la aparición de Sara justo detrás de él.

—¡Buenos días!

—¡Hola, Sara! ¡No te había visto! —exclama sorprendido—. ¿De dónde vienes tan temprano?

—¡Vengo de aparcar el coche de mis tíos! —responde dubitativa—. ¡Acaban de llegar de viaje y como aquí no hay dónde dejar el coche, me ofrecí a aparcárselo!

Bastian asiente ante la dificultad de aparcar si no eres propietario en la zona.

—¡Eres una buena chica, Sara!

—¡Gracias! —sonríe satisfecha—. ¿Te vas?

—¡Sí! —responde metiendo su mochila en el maletero.

—¿Puedo preguntar a dónde?

—Voy a darme unos días lejos de aquí —informa el joven escuetamente.

—¡Me parece bien!

Ambos sonríen mientras él se sienta y arranca el coche sin éxito. Lo prueba varias veces.

—Pero ¿qué demonios pasa?

Lo sigue intentando, pero sin suerte.

—¡Suena mal, parece el motor de arranque! —aclara la joven.

—¡Eso parece! —responde decepcionado.

Sara se acerca a la ventanilla sonriente.

—¡Si quieres, te dejo mi coche! —Bastian maldice entre dientes—. O puedes llamar a tu seguro para que vengan a llevárselo. Quizás sea otra cosa.

—La verdad es que tengo prisa por llegar.

—¡Tú decides! —exclama sonriente.

—Acepto el ofrecimiento —informa con resignación.

Sale del coche y cierra la puerta. Sara sale al paso provocando que el joven no pueda avanzar.

—¿Puedo ir contigo? —pregunta con timidez—. Mis tíos se quedarán unos días por lo que mi abuela estará bien cuidada.

Bastian tiene un cúmulo de sensaciones cruzando su cuerpo: contarle o no su encomienda. La premura que sufre por llegar. Y el cosquilleo en el pecho cada vez que la ve.

—Tengo que contarte una cosa —dice a regañadientes—. Descubrí que era adoptado.

—¿Cómo?

—¡Sí!, resulta que mis verdaderos padres tuvieron que darme en adopción, ¡por mi seguridad!

—¿Por tu seguridad? ¿Qué quieres decir?

—No puedo contarte mucho más. La verdad es que no entiendo nada, pero no me queda otra. Me dieron una dirección y es adonde voy —explica algo nervioso—. ¿Aún quieres venir?

—¡Claro que sí! ¿Qué nos puede pasar?
cojo unas cosas. No tardo nada.

—pregunta con ironía—. Mira,

Sara vuelve tras sus pasos a gran velocidad con una sonrisa de victoria y se pierde en el interior de la casa mientras Bastian saca la mochila de su coche, sin percatarse de una mancha de aceite que permanece bajo el motor.



El coche de Miguel recorre una gran avenida de doble sentido y dos carriles en ambas direcciones. En su interior, Dante está al volante mientras el joven ojea su móvil.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer? —pregunta Miguel.

—¡No, pero no tengo otra opción! ¡Como te dije antes, Sánchez es clave en todo esto y tiene que colaborar!

—¿Accederá?

—¡Estoy a punto de descubrirlo!

Conduce el coche por una calle estrecha escapando de la gran avenida. Detiene el vehículo y se fija en una propiedad amurallada. Dos puertas de metal de gran altura y con dos cámaras de seguridad a ambos lados de estas esperan pacientes cualquier visita o intruso.

—¡Espera aquí! —exclama parando el motor.

Sale del coche y cruza la calle con las manos en alto. Al llegar a la entrada, una de las puertas se abre mientras él no deja de andar. Varios guardias armados esperan tras el portón. Uno de ellos hace una consulta por radio. El resto le apuntan con sus armas. Visten con un uniforme de camuflaje en tonos grises. Llevan chalecos antibalas de color negro y alguno inclusive casco. Sus manos sujetan armas automáticas de última generación.

En el interior de la propiedad, una mansión preside la zona con grandes jardines. En una de las estancias, una pareja con su hija juega amigablemente. En un momento dado, llega un miembro de seguridad y le dice algo al oído del hombre. Este, sorprendido, confirma con la cabeza y, entonces, con un gesto a la mujer, le ordena que salgan. Viste de chándal y no supera la cuarentena.

Transcurridos unos minutos, Dante continúa a la espera. Uno de los miembros de seguridad recibe una noticia por radio y, a continuación, es escoltado por dos hombres, uno delante y otro detrás. Recorren el amplio hall de entrada y dirigen sus pasos a una de las cuatro grandes puertas que dan acceso a las estancias de la vivienda.

—¡Sabía que los tenías bien puestos, pero no me esperaba que te atrevieras a presentarte ante mí! —exclama Sánchez al ver al cazador aparecer.

—¡Sé que arriesgo mis pelotas, aunque espero que sigan donde están! —replica Dante—. ¡Vengo a negociar!

Sánchez y el resto de personas que hay en la habitación ríen a carcajadas.

—Vaya, encima eres gracioso, pero a mí no me hace ninguna gracia, ¿a qué has venido?

—¡Necesito el libro!

—¡Ya sabes la respuesta! —Sánchez le mira desafiante.

—¡Vamos! ¡Sabes lo que hay en juego! —El cazador da varios pasos y se coloca frente a él—. Cada vez están más cerca.

Sánchez mira a sus hombres y sus respectivas armas. Dante se percata del gesto.

—¿Crees que ellos los podrán detener? —pregunta escéptico—. Sabes que soy el único que puede acabar con la maldición que recae sobre tu familia. —Sánchez le clava una mirada de las que atraviesan el corazón—. ¿Creías que no lo sabía?, ninguno de tus antepasados llega a los cuarenta, y a ti te falta poco. ¿No es así?

—¡Maldito Odón! —grita desesperado.

El hombre recupera la compostura. Se levanta y mira por la ventana. Su mujer y descendencia juegan en un pequeño patio de juegos al margen de lo que ocurre en el interior.

—Ni tú ni yo queríamos estar en esta situación, pero hay que hacerle frente, y más ahora que nunca. —Sánchez le mira fijamente—. Parece que esta historia está a punto de acabar —informa con decisión—. ¡Saben que tengo un hijo y van a ir a por él! ¡Ayúdame, maldita sea!

El descendiente de Sancho se vuelve para quedar frente a frente.

—¡Si no haces lo que me dices, te mataré! —exclama con rabia.

—¡Si no lo consigo, es porque estaré muerto! ¡Todos estaremos muertos!

Sánchez asiente comprendiendo la situación.

—¡Que no se mueva nadie! —ordena severo—. ¡Tú, sígueme! —informa esta vez al cazador.

Salen de la estancia y, cruzando el hall, abre una puerta con unas escaleras que descienden. Tras el último escalón, un pasillo les conduce frente a una puerta con cerradura dactilar. Sánchez coloca su mano derecha y el lector identifica las huellas accionando la apertura. Un sonido metálico advierte de su cometido y abre la puerta cerrándola tras el cazador. Las luces en el techo se encienden al paso de Sánchez, que va en cabeza iluminando un corredor estrecho con un solo objeto al final del mismo. Un atril de cristal soporta el libro de Sancho. El lugar mantiene la atmósfera correcta para su conservación. En una de las paredes laterales, una abertura contiene un maletín de metal y unos guantes. Se los coloca meticulosamente mientras vuelve a los pies del atril.

—¿Qué necesitas saber? —El cazador no responde. No respira. Está con la mirada fija en el libro. Sabe que es la primera vez que lo ve un descendiente de Saturno desde el desgraciado final de Sancho. Un escalofrío recorre su cuerpo al pensar que tenía delante la solución, que, según él, podría acabar con la pesadilla que lleva viviendo tantos años—. ¡Dante! —grita el joven extrayendo al cazador de su trance—. ¡No lo volveré a repetir! ¿Qué buscas?

—¡Dónde se esconde la bruja! —responde tragando saliva.

Sánchez respira profundamente. También es la primera vez que algún descendiente del herrero mira en su interior. Los colmillos de la serpiente se mantienen clavados sin que ninguno de los dos le dé importancia. Con delicadeza, abre el libro por la cubierta. La primera hoja está en blanco. Pasa la página y la escritura parece estar en una lengua desconocida.

—¿Sabes qué quiere decir? —pregunta desconcertado.

—¡No he tenido necesidad de estudiar tanto! —responde Sánchez.

Dante le mira con lástima. El padre de Sánchez invirtió en bolsa ganando gran cantidad

de dinero y creando una empresa tecnológica que le reporta grandes ingresos anualmente.

—¡Sigue buscando! —exclama el cazador.

Página tras página, una tras otra. Ninguna pista. Nada que aporte algo de luz ni esperanza.

—¡Tengo que llevarme el libro!

—¡Imposible!

—¡Conozco a alguien que puede leer las pocas líneas que se conservan en estas hojas!

—¡Pues que venga! —dice autoritario.

—¿Quieres traer a Belcebú a las puertas de tu casa? —Sánchez maldice entre dientes—. Ahora solo puedes fiarte de mí. —Se miran unos instantes y cierra el libro.

—¡Espero que sepas lo que haces!

Se dirige hasta el maletín donde introduce con cuidado el viejo libro.

Poco después, regresan con el maletín al salón y llama la atención de uno de sus hombres. Le dice algo al oído y este sale de la estancia. Unos segundos después, aparece con una mujer, algo más joven que su jefe. Morena de media estatura, pero fuerte físicamente. No viste como los demás. Lleva una blusa clara y unos pantalones ajustados.

—¡Noah irá contigo!

Dante cruza miradas con ella unos instantes y asiente.

—¡Espero que sepa pelear!

Sánchez esboza una sonrisa que es acompañada por el resto de su personal.

—¡Yo valgo por diez, si es lo que le interesa! —aclarar Noah con aire de soberbia.

—¡Ella llevará el libro! —Se lo entrega y lo introduce en una mochila que se cuelga al hombro—. Hará lo que le pidas hasta que yo lo decida, ¿entendido?

Dante acepta con un gesto afirmativo.

—¿Cuándo empezamos? —pregunta Noah.

—¡Sígueme!

El cazador mira a Sánchez y asiente. Los guardias los acompañan a la salida mientras el heredero de la maldición observa por la ventana a su descendencia con preocupación.

En el exterior de la propiedad, Miguel espera apoyado en el coche viendo cómo se aproximan.

—¡Miguel! ¡Noah! —Dante señala a ambos que asienten.

—¡Al maletero! —informa Miguel al nuevo miembro del grupo viendo la mochila que sostiene.

—¡Tú no das las órdenes! —exclama Noah.

—¡No os peleéis! —ordena el cazador mientras se aparta del coche unos pasos cogiendo su móvil y buscando un número entre sus llamadas recientes. Espera unos segundos a la respuesta hasta que aceptan del otro lado—. ¡Hola! ¿Cómo va todo? Tengo el libro.

—¡Bueno es saberlo! —responde una voz serena y autoritaria.

Dante se aparta el móvil de la oreja y mira el número que ha marcado. Reacciona sabedor que han dado con Cristian.

—¿Quién eres? —pregunta con rabia.

—¡Sabes perfectamente quién soy! —El cazador gesticula con enfado por el futuro inminente del señor Lavett y con temor al estar hablando directamente con Belcebú—. ¡Y sabes qué final tendrá esta historia! —El silencio se adueña de los móviles. En principio es el cazador quien tiene que intervenir, pero el miedo le posee—. ¡Yo te ayudo! —

exclama su interlocutor con serenidad—. ¡El bastón de Saturno por la vida de tu amigo! ¡Piénsalo y llámame con la respuesta!

La llamada se corta y el cazador comienza a gritar desesperado.

—¡Maldita sea! —Sus acompañantes se miran extrañados y se dirigen al encuentro de Dante, que les hace una señal para que no se acerquen. Gesticula con la cabeza mientras camina varios pasos hacia delante y hacia atrás. Se detiene y vuelve a utilizar el móvil—. ¡Silas!

Este se encuentra en la sacristía con los preparativos de la próxima misa.

—¡Dante! ¿Cómo estás?

—¡Tengo el libro! —responde desconcertado.

—¿Ocurre algo?

—¡Tienen a Cristian!

—¡Dios santo! —exclama preocupado.

—¡Quieren el bastón! —informa el cazador—. ¡Hay que darse prisa! ¡Te llevo el libro para ver si puedes sacar algo que nos ayude!

—¡Entendido!

—¡Que los guardianes estén mañana! ¡Yo estaré en el punto de encuentro!

—¡Cuenta con ello!

—¡Mañana nos vemos, amigo! —concluye Dante finalizando la llamada.

Silas deja el móvil sobre la mesa de la sacristía y abre el cajón de la misma, en su interior, una daga espera paciente. El párroco la mira fijamente.

—¿Dónde vamos? —pregunta el militar.

—¡A ver a un amigo!

Se introducen en el coche y emprenden la marcha.



En una pequeña sala con ventanas que dejan pasar los rayos de luz de la mañana, permanece Erik, algo más tranquilo y con un botellín de agua. Una mesa y dos sillas visten el lugar. Tras varios tragos por parte del joven, aparece el inspector Gayarre dirigiéndose a la silla restante, sentándose frente al joven periodista.

—Para empezar, ¿por qué yo?

El joven coge aire sabedor de que tiene que contarle todo lo que sabe, incluyendo a Bastian.

—Tenemos un conocido común y creo que tiene mucho que ver en todo esto. ¿Han estado en la casa?

El inspector hace un gesto de incredulidad y continúa con la conversación.

—Me han dicho que en la casa no hay nadie. Efectivamente, está patas arriba. ¿Qué ha pasado exactamente?

Abre una carpeta y empieza a escribir en lo que parece ser un informe.

—Estaba en la cama cuando he oído cómo entraban. Me levanto, me visto rápido, y mientras oigo cómo desmontan el despacho, echo a correr —responde Erik.

—¿Oíste lo que decían? —pregunta de nuevo el inspector.

—Sí, pero no entendí nada.

—¿Quieres decir que no eran españoles?

—Yo no he dicho eso, solamente que no entendí lo que decían —responde severo—. A partir de ahora, necesito que me escuche atentamente.

Gayarre ríe por lo que acaba de escuchar.

—¿Es que me vas a hipnotizar? —pregunta con ironía—. Por lo que veo, tienes muchas cosas que largar. Necesito que seas breve, hoy cojo vacaciones, y si te digo la verdad, estoy deseando terminar.

Erik esboza una sonrisa sarcástica en la que incluye el pensamiento de que lo que el inspector quiere, no será posible. Saca de su mochila el cuaderno de su abuelo y lo posa sobre la mesa.

—¡Esto es lo que buscaban! —informa arrastrando el cuaderno hasta que queda delante del inspector.

—¿Y esto qué es?

—Como le acabo de decir, es el motivo por el cual la casa de mi abuelo está patas arriba.

—Entonces, ¿el contenido del cuaderno es lo que ha provocado todo esto? —El chico asiente con la cabeza—. ¿Por qué lo tienes tú? ¿Y tu abuelo? ¿Dónde está?

Erik, incómodo por las preguntas y recordando que había desaparecido, decide seguir con su explicación.

—Mire, de niño veía a mi abuelo siempre en su despacho enfrascado en notas y libros viejos. Cada vez que íbamos a verle, me ponía en su regazo y me contaba qué había averiguado. Yo era un niño, no entendía nada, pero ver a mi abuelo feliz me alegraba. En este cuaderno está su vida y me lo envió sabiendo que iban tras él. Creo que pensó que yo podría tenerlo a salvo, pero me implicó en algo muy peligroso. Pienso que quería que yo siguiera por dónde él lo dejó. Además, hay esto. —Extrae la nota del bolsillo de su chaqueta y se la entrega al inspector Gayarre.

Este la lee en voz alta.

—«Erik, en este cuaderno guardo años de mi vida y esta ha llegado a un punto de no retorno. Guárdalo hasta que nos volvamos a ver. Necesito que tengas la mente abierta ante lo que vas a descubrir y que recuerdes uno de los momentos más felices de mi vida y que tú mismo me brindaste. Tu abuelo que te quiere y no te olvida. Lavett».

—Le llamé varias veces, y al no tener respuesta, decidí venir a ver qué pasaba. En su casa no estaba y parecía como si fuera a volver. Pregunté a sus vecinos, incluso a los comercios cercanos, nadie sabe nada.

—¿Por qué no acudiste antes a nosotros? —pregunta el inspector.

—Lo hice, pero no pasé del hall. Conocí a ese amigo común y me fui con él.

—Sigo intrigado por el sujeto misterioso. ¿Por qué te fuiste con él? ¿Se te olvidó de repente la desaparición de tu abuelo?

—No es eso, pero era la única pista que tenía en ese momento.

—¡Ilústreme!

—Bastian Poo, ¿le suena?

—Sí, está relacionado con un caso abierto recientemente del cual no puedo decirte nada.

—Pues él es nuestro amigo común. Lo que le pasó a sus padres está relacionado con todo esto.

—¿Me dices que hay relación entre ambos casos? —pregunta intrigado.

—Sí, hablé con él cuando se despidió de usted ayer. Yo vine a denunciar la desaparición de mi abuelo y reconocí el medallón que llevaba al cuello porque está en este cuaderno —dice señalando el cuaderno y localizando el dibujo.

Gayarre lo mira atentamente.

—¿Y qué relación hay?

—En el cuaderno hay una parte que explica la existencia de una línea de sangre que se conserva desde hace siglos. El símbolo es como una marca de esa familia. Bastian forma parte de esa línea de sangre. Mi abuelo desaparece y los padres del chico mueren asesinados, bueno, padres, no sé si lo sabe, no eran sus padres biológicos.

El inspector pone cara de poco amigos, parece que no le ha gustado lo que acaba de oír.

—¿Es cierto lo que dices?

—Sí, me lo dijo él mismo. Lo que también sé es que se dirigía a una dirección que le dejaron sus «no» padres. La descubrió en la caja donde guardaba el colgante.

—¡Será cabrón! —exclama enrabiado—. ¿Sabes a dónde se dirige? —pregunta mientras coge su móvil.

—¡No lo sé!, quedamos en llamarnos si descubríamos algo, pero no me guardé el número en mi móvil. Está en una nota en mi mesita de noche. —Erik recuerda el motivo por el que estaba allí sentado—. Inspector, hoy me he llevado un susto de muerte. Alguien quiere el cuaderno de mi abuelo o a su portador. Esto me da mucho miedo.

Gayarre, consternado, sigue colgado al teléfono.

—Su móvil no da señal. —Cuelga y vuelve a hacer una llamada—. Sí, soy Gayarre, necesito que manden una patrulla a Monte Santo 21, sí, creo que está en la Sierra del Molar, sí, gracias. Necesito saber si un joven de unos veinte años llamado Bastian Poo está en dicha dirección, si no, que pregunten por la zona. Sí, ya, lo necesito saber cuanto antes. Gracias. —Cuelga el teléfono y piensa unos instantes—. ¿Tienes algo más que decirme? —pregunta con seriedad.

—¡No! Ojalá supiera más. Ojalá todo esto no esté ocurriendo. Lo que sí que sé es que está en peligro, y yo también.

—¡Está bien! A casa de tu abuelo no puedes ir, aunque tengo a un par de agentes vigilando la casa. —El inspector duda unos instantes—. ¿Tienes con quién quedarte?

Erik niega con la cabeza.

—Vivo fuera del país y mi madre no es de la ciudad.

—¡Está bien! Te llevo a un hotel. —Gayarre se levanta de su silla y sale por la puerta seguido por el joven—. Espera noticias mías y no le abras la puerta a nadie. —Entra a una sala con cuatro mesas y deja la carpeta sobre una en la que se encuentra un agente—. ¡Compañero! ¡Archívalo! —Este asiente y vuelve a salir emprendiendo la marcha a la salida—. Yo seguiré insistiendo en localizar a Bastian y te mantendré informado. —Se detiene y le mira—. En cuanto al cuaderno, quizás debas mirarlo con los ojos del niño aquel que visitaba a su abuelo.

Poco después, Erik sale de la ducha secándose la cabeza. Viste con el albornoz del hotel. Deja la toalla sobre la cama y se asoma por una ventana. Se vuelve sobre sí mismo y mete la mano en la mochila que cuelga de una silla. Extrae el cuaderno de su abuelo y empieza a mirarlo sentado sobre la cama. Se encuentra con la nota de los números sin sentido acariciándolos con los dedos, entonces recuerda las palabras del policía.

«Quizás debas mirarlo con los ojos del niño aquel que visitaba a su abuelo».

En ese momento, tiene el recuerdo con su abuelo. Es de la última llamada telefónica que mantuvieron.

«¿Sabes?, de todos estos libros, el que guardo con más cariño es el que me hicisteis por mi jubilación...».

De repente, y como un chispazo, coge su móvil y hace una llamada. En la central, el inspector está en su mesa mirando unos expedientes cuando suena su teléfono.

—¿Sí?

—Señor inspector, en la dirección que nos ha aportado, no hay nadie —informa desde el otro lado de la línea.

Gayarre se echa una mano a la cabeza y suspira.

—¿Habéis preguntado por la zona?

—Aquí no han visto a nadie desde el verano pasado.

—Gracias.

El inspector cuelga y abre el informe del accidente de los padres que tiene sobre la mesa buscando algún detalle que se le haya pasado por alto. En ese instante, recibe otra llamada.

—¿Erik?, ¿estás bien? Vale, te recojo. Tardaré una hora. No abras a nadie.

Coge su chaqueta que tiene colgada de la silla y sale corriendo.



El sol del mediodía cae con justicia ya en tierras manchegas cuando el vehículo de Sara permanece estacionado en una gasolinera. Bastian se encuentra en el interior del establecimiento haciendo cola para abonar el importe cuando echa mano de su móvil guardado en el bolsillo de su pantalón.

—¡Mierda! —El teléfono no se enciende—. Creí que estaba cargado —exclama extrañado—. Mierda, el cargador. —Se lamenta de no acordarse de cogerlo y, tras pagar, sale corriendo con la esperanza de que Sara tenga uno.

—¿Tienes cargador para este móvil? —pregunta impaciente cuando llega a la altura de la ventanilla.

—¡No tengo, lo siento!

Resignado, se dirige al asiento. El piloto arranca para continuar la marcha.

—¡Espero que allí donde vayamos tengan uno!

—¡Seguro que sí! —alienta la joven.

Poco después, la carretera se estrecha y se vuelve sinuosa con curvas cerradas y pendientes pronunciadas. El paisaje se compone de altas sierras repletas de pinos que estampan en la mirada un color verde hermoso. Un embalse les espera más adelante que bordean cruzándose con la vida salvaje de la zona. Cabras montesas, perdices y alguna liebre informan de que es un camino poco transitado e increíble a la vez.

—¡Qué bonito! Y qué romántico —exclama Sara.

Bastian cruza una sonrisa cómplice. Otra subida repleta de curvas los acerca a su meta. Llegan a una especie de mirador o extensión de carretera donde ven el lugar que les indica la ubicación. Salen del coche y contemplan un espectacular pueblo colgado de una pared altísima. Liétor.

—El GPS llega hasta este pueblo —informa el joven—. Al lugar donde tenemos que ir, lo tendremos que averiguar.

—¡Pues a preguntar! —exclama Sara. Pasados unos segundos, en los cuales la pareja disfruta del paisaje, Sara le mira—. ¡Esto también es bonito!

—¿Y romántico? —pregunta el joven.

Ambos ríen.

—¿Qué esperas encontrar?

—¡Respuestas! Aunque me temo que no me va a gustar lo que voy a oír.

Se vuelven a mirar y se introducen de nuevo en el coche. La carretera persiste cruzando la

población por su parte más alta cuando un cartel les indica «centro».

—¡Voy a probar por aquí! —informa el joven.

Dejan el asfalto por los adoquines del casco urbano aminoran la velocidad. Unos metros más adelante, se cruzan con una mujer de unos sesenta años y con un vestido estampado discreto sujetando el carro de la compra dirigiéndose en su misma dirección.

—¡Pregúntale! —exclama Sara.

Bastian baja la ventanilla y llega al lado de la mujer.

—¡Buenos días!

—¡Buenos días! —responde sonriente.

—¿Me podría indicar dónde está la calle Cal Nueva?

—¡Sí, es una de las que dan al mirador! Por aquí van bien —informa señalando en sentido de la marcha—. Sigán recto, pero con cuidado, pueden encontrarse con otro coche de frente. Pasarán por la plaza de toros, pero ustedes no dejen la calle.

—Gracias.

Recitan ambos agradecidos mientras sube la ventanilla.

—De nada, id con Dios.

La mujer vuelve a sujetar el carro y golpea el cristal del vehículo. Bastian lo baja.

—¿A quién buscan?, aquí nos conocemos todos.

—Vive en el número doce —responde el joven mirando la nota.

El rostro de la mujer cambia de dulzura y simpatía a temor y parte en la dirección opuesta a la de los chicos. Estos se miran sin entender nada.

—¿Qué ha pasado? —pregunta extrañado.

—¡No lo sé! ¡Parece asustada! —responde Sara con el mismo talante—. Sigamos en la dirección que nos ha dicho a ver qué descubrimos.

El coche transita con lentitud. Atraviesa una zona con una edificación en forma de semilunar, la cual sospechan que es la plaza de toros. Continúan por la calle y esta se estrecha. Bajan aún más la velocidad por el encuentro con varios peatones que se suben a los escalones de las viviendas facilitando el paso del vehículo. Unos metros más adelante, la calle ensancha cuando pasan por delante de la iglesia y la casa consistorial para llegar a una plaza con zonas de aparcamiento. Localizan una plaza libre y estacionan su coche. Los habitantes del pueblo van y vienen. Muchos de ellos se fijan en los jóvenes cuando salen del vehículo.

—¡Cuánta expectación! —exclama Sara.

El joven mira a su alrededor concentrado en la encomienda que allí los lleva. Un hombre viene de frente a ellos y decide probar suerte.

—¡Buenos días! —exclama Bastian.

—¡Hola, buenos días! —Sara hace lo propio.

El hombre, de unos setenta años, viste pantalón y camisa acompañado de una boina y soportado por un bastón de madera.

—¡Buenos días!

—Buscamos la calle Cal Nueva.

—Esa misma que tienen ustedes delante —señalando con el bastón—. ¿A quién buscan? Lo digo por si está en el bar, aquí no nos perdemos ninguno.

Los chicos se miran pensando en decírselo o no dado la reacción de la mujer.

—¡Es el número 12! —informa inquieto.

El hombre los mira extrañado.

—Allí vive Gloria, aunque la llaman la Bruja. —La pareja vuelve a cruzar miradas asombrados—. A mitad de la calle la encontrará usted, justo con otra que sale a la derecha —informa el hombre señalando de nuevo la calle—. No tiene muchos amigos, además, sale poco —concluye alejándose de ellos.

Los jóvenes se vuelven a mirar y deciden seguir la pista. Llegan a la casa y tocan la puerta. Tras unos segundos, aparece una mujer mayor tras el visillo que oculta el interior de la vivienda.

—¿Nos puede atender un momento?

La mujer acepta y abre la puerta por la que pasan uno a uno tras la anciana hasta llegar a una pequeña cocina. Viste con un vestido negro y un delantal de color gris. De cabello blanco y de unos setenta años. Una vez allí, la mujer se sienta en una de las sillas. Los jóvenes se miran y prefieren quedarse de pie. Bastian le enseña la nota de despedida de sus padres.

—¿Qué puede decirme sobre la nota?, hemos venido desde muy lejos...

En ese momento, la anciana termina de leer y su cuerpo comienza a temblar de miedo. Mira al joven de arriba abajo y con una actitud asustadiza.

—¡Quiero que se marchen! ¡No quiero saber nada!

—Hemos venido hasta aquí porque, según este papel, me iban a contar la verdad e incluso a proteger, ¿protegerme de qué?

—¡Estás maldito! —grita la mujer desesperada y mirándole a los ojos con rabia, se levanta de la silla—. La noche que naciste pasaron cosas terribles, desde entonces, estás maldito y yo también. No voy a contarte nada más, fuera de mi casa, olvida mi nombre y mi cara también. ¡Fuera!

—¡No podemos irnos sin saber la verdad! —exclama el joven con enfado.

—La verdad es que mejor no hubieras nacido. ¡Fuera de mi casa ya!

Apesadumbrados, salen de allí sin entender nada y con la preocupación de que todo aquel misterio iba a más. Bastian se apoya en la pared de una casa próxima desconcertado por lo que acaba de oír.

—¡No te preocupes! —exclama Sara acariciando su hombro—. Esta mujer parece no estar bien de la cabeza. Buscaremos a alguien que sí nos diga la verdad.

—¡Te dije que no me iba a gustar lo que fuera a oír! —dice con pesadumbre—. Pero no me esperaba escuchar lo que nos ha soltado. ¿Por qué dice que estoy maldito? ¿A qué ha venido eso?

—Mira, estamos cansados y yo por lo menos estoy muerta de hambre, busquemos donde comer algo y seguiremos preguntando.

Él asiente y ambos se dirigen de nuevo al centro del pueblo. Gloria permanece sentada en la silla de la cocina angustiada y preocupada. Tras unos momentos de dudas, se levanta y se dirige a una alacena cercana donde se sitúa el teléfono fijo. Junto a este, un papel con varios nombres y sus correspondientes números. Señala uno y hace una llamada. Poco después, una voz masculina responde al otro lado de la línea.

—¿Sí?

—¡Bastian está aquí, mi nieto está aquí!

Los jóvenes están junto a su coche. Él coge su mochila y la de su compañera de viaje. Ella mira a su alrededor. Hay varios locales, pero le llama la atención un edificio frente a la iglesia.

—Parece una hospedería, ¿no? —pregunta ella.

—¡Con suerte podremos descansar! —responde el joven dirigiéndose al lugar.

—¿Bastian?

Este se gira sorprendido porque a nadie informó de su nombre y menos de su presencia. Silas es quien le ha llamado. Con camisa y pantalón negro y su alzacuello, termina la carrera junto a él guardando su móvil en el bolsillo. Mira al chico y después se fija en ella con preocupación. Duda si decirle algo delante de Sara. Aunque la sensación de alegría de ver al descendiente de Ana y Dante le parece inmensa.

—¡Entiendo tu desconcierto! —exclama con ambas manos—. Mira, si me das unos minutos, puedo contarte ciertas cosas.

—¿Cómo sabe mi nombre? —pregunta al desconocido.

—Lo sé, como también sé otras cosas sobre ti y tus padres —informa con nerviosismo y celeridad—. Por favor, acompáñame, seré breve.

El joven mira a Sara esperando consejo por su parte.

—¡Has venido por respuestas!

Bastian asiente y los tres se dirigen a la iglesia. Poco después suben por las escaleras hasta la pequeña explanada frente a la puerta de acceso a la iglesia cuando Sara coge su móvil.

—¡Es mi abuela, ahora os sigo!

—¡Lo que voy a decirte no lo puede saber nadie! —informa el cura aprovechando la ocasión.

El joven hace un gesto afirmativo a la chica y va tras los pasos del cura. Cruzan la nave central y se detienen en el interior de la sacristía.

—Me ha dicho que podía aclararme ciertas dudas. —El párroco asiente—. Para empezar, ¿quién es usted? ¿Y cómo sabe mi nombre?

—Me llamo Silas, soy el párroco de este pueblo.

—Bien, ¿cómo sabe mi nombre? Y ¿cómo supo encontrarme?

—Recibí una llamada y os vi en la plaza —responde convencido—. Es un pueblo pequeño y los forasteros son rápidamente reconocibles.

—No me ha respondido a lo de mi nombre.

—Es el nombre que te pusieron tus padres.

—¿Los conocía?

—¡A los adoptivos no!

—¿Dónde están? Mis verdaderos padres, ¿están aquí? ¿En este pueblo? —pregunta enojado a la vez que emocionado—. Necesito saber por qué me abandonaron y de quién me escondieron.

—¡No lo hicieron! O al menos no querían, pero no tuvieron opción —responde con enfado por el desprecio patente que denotan las palabras—. La noche en la que naciste, fue como si las puertas del infierno se abrieran. Tuvieron que tomar decisiones difíciles —relata asustado. Se acerca al joven y le coge el brazo—. Corres peligro, y debes permanecer en el pueblo. Conmigo estarás seguro.

Este se separa del párroco y parece que sufre un bajón emocional después de tanta presión.

—Estoy cansado de todo esto, estoy cansado de tanto misterio.

Silas le mira inquieto y Bastian sale de la sacristía.

—¡Te pido por favor que te quedes! —La súplica tiene su efecto y detiene la huida—. ¡Mañana conocerás a alguien y no vendrá solo! ¡Ellos te protegerán!

—¿Protegerme de quién? —pregunta con enfado—. ¿Qué he hecho yo para que me quieran muerto?

El cura agacha la cabeza sumiso. No quiere contarle más de lo debido. Tras un segundo de quietud, se encamina directo a la salida.

—¡Pasaremos el día aquí! —informa sin detener el paso.

Silas se sienta en un banco mientras le ve marchar. Aliviado por la noticia e impaciente por recibir la llamada de Dante.

Bastian sale de la iglesia y se acerca a Sara, que se guarda el móvil con prisas.

—¿Qué has descubierto?

—Que corro un gran peligro y que debo de quedarme en el pueblo.

—¿Y le crees?

—Sus ojos no mentían —exclama convencido.

—¿Tu corazón qué dice?

—Me dice que las respuestas están aquí y que pronto las descubriré —responde con firmeza—. Además, ya teníamos pensado quedarnos, ¿no?

Bastian mira la posada y esboza una sonrisa de la que Sara se hace extensible.

—¿Qué quería tu abuela? ¿Cómo está?

—Bien, bien, quería saber cómo estábamos. —A continuación, Sara le da un beso en los labios. Él le mira sorprendido—. ¿Qué te parece si subimos ya el equipaje?

Guardan silencio unos instantes sin dejar de mirarse y se dan otro beso.

Silas se levanta y se dirige al altar. Mira la alfombra, la aparta hacia un lado mostrando el portón de madera que lleva a la cripta. Lo abre y se queda mirando a la infinita oscuridad.



La luz de la tarde entra por las ventanas de la casa del señor Lavett. La puerta de entrada se abre y entra el inspector empuñando su arma y apuntando a los diversos rincones del salón. Posteriormente, se adentra en su interior donde continúa la inspección con lentitud por toda la casa. Comprueba cada estancia buscando algún posible intruso. Al terminar y sabedor que está todo en orden, vuelve a la entrada donde le espera Erik guardándose el arma.

—¡Ya puedes pasar! —Este accede a la vivienda despojándose de la chaqueta y su mochila—. Los compañeros de la puerta no han visto nada raro. ¿Crees que el libro sigue aquí?

—¡Seguro! —responde el periodista—. Es un libro de autoayuda —informa mientras entra en el despacho, al cual se accede desde el salón—. Te cuenta qué hacer después de jubilarte y que lo interesante empieza cuando te jubilas —responde mientras busca entre el desorden de la estancia.

—¿Y dices que la serie de números que hay en el cuaderno es un código cifrado?

—¡Exacto! —responde convencido—. Creo que se refiere a un código sencillo de número de página, número de fila y número de letra —explica mientras abre los cajones de la mesa—. Nos tiene que dar la pista que necesitamos.

—Entiendo, pero si es un libro de autoayuda, no tiene por qué estar en su despacho, quizás lo leía antes de acostarse.

Erik levanta la cabeza.

—¡Puede que tengas razón! —Se dirige corriendo al dormitorio. Lo primero que hace es guardarse la nota con el teléfono de Bastian en el bolsillo. A continuación, abre un cajón de

la propia mesita, y allí estaba el libro—. ¡Bingo!

Mientras tanto, el inspector se asoma por la ventana y no ve a los policías que estaban vigilando la puerta dentro del coche, coge la radio e intenta comunicarse con ellos.

—Aquí Gayarre. ¿Hola? —Sospecha que algo ocurre y se dirige corriendo al dormitorio—. ¡Nos vamos!

Mientras desenfunda su pistola, llegan a la puerta de entrada y realiza un signo de silencio. Apoya su rostro contra la madera y oye un ruido metálico. De repente, la puerta se abre despacio y Gayarre aprovecha para dar una patada y desequilibrar a quien iba a entrar. El sonido de la caída le informa de que es el momento de abrir la puerta y descubre a dos hombres tendidos en el suelo del rellano. Son los mismos que asaltaron a Cristian. Estos sacan sus pistolas, pero el policía acaba con ellos. Erik se fija en el rostro de sus asaltantes y entra en estado de ansiedad. Por la situación y por lo que acaba de presenciar.

—¿Has visto eso? —pregunta asustado.

—¡Sí! Lo he visto y esto empieza a no gustarme nada —responde buscando su móvil y realizando una llamada—. ¡Sí! El inspector Gayarre. Manden a todo el mundo, puede haber dos agentes heridos o muertos, además de otros dos sospechosos, estos últimos confirmo que han caído.

El policía se dispone a registrar los cuerpos mientras el joven se dirige a la cocina para beber un vaso de agua. El inspector encuentra un móvil y las llaves de un coche, a continuación, se dirige a la cocina donde Erik está sumido en el miedo sentado en una silla.

—¿Estás bien?

—¡No! ¿Por qué tienen los ojos negros?

—¿Conjuntivitis? —responde con ironía mientras inspecciona el móvil.

—¡Pero qué dice! —exclama enfadado.

—¡Arriba las manos!

Dos policías de paisano les apuntan. A Erik se le cae el vaso del susto.

—No podéis haber llegado tan pronto.

—Estábamos por la zona, repito, ¡arriba las manos! —repite severo.

—¡Soy policía!

Gayarre enseña la placa y baja las manos, Erik las mantiene subidas.

—Es la casa del abuelo del chico. —Señala con una mano al joven—. Se trata de la desaparición del mismo. Hemos venido para investigar una pista —informa brevemente. Erik recuerda la figura de su abuelo mientras baja las manos—. Esos del rellano querían entrar, seguramente sean los mismos que han acabado con los compañeros de la puerta.

—¡Sí! Hay dos agentes degollados en el postigo de la vivienda —confirma el otro agente enfundado sus armas—. Pero en el ¿rellano? Allí no hay nadie.

Erik y Gayarre se miran y salen corriendo hacia la puerta. El joven cae de rodillas junto al marco de la puerta.

—¡Mierda! —exclama el inspector con extrañeza asomándose al rellano.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta el joven.

—¡Dejemos que hagan su trabajo!

De nuevo en comisaria, Erik está sentado en la mesa del inspector decodificando el código numérico del cuaderno de su abuelo, mientras Gayarre insiste en las llamadas a Bastian.

—Joder, apagado, ¿dónde estás? —pregunta en voz alta con preocupación—. ¿Sabes lo

que haces?

—Creo que sí, aunque se va complicando más esta historia. Te suena de algo ¿el bastón de Saturno?

—¡Ni idea!

—¿Y el nombre de Zenón? O el de Ava.

—Menos todavía —vuelve a responder el policía.

—Esto último parece que son coordenadas —informa mientras apunta una serie de números. Aprovecha que tiene un ordenador en la mesa para buscar la localización—. Las coordenadas son de una zona montañosa en la cordillera de Guadarrama, ¿qué hacemos ahora?

—Sé que, si voy con esta historia a mis superiores, me quitan la placa. —Comienza a dar vueltas por la sala mientras medita—. Aprovecharemos mis vacaciones. Echemos un vistazo, ¿no crees?

—Mi abuelo sigue desaparecido y presiento que es por lo que hay en ese punto. Solo espero que esté bien, y no tenemos más pistas salvo que Bastian responda.

—Saldremos al amanecer. Tengo que preparar papeleo y coger algo de ropa —informa Gayarre—. Pediré que te acerquen al hotel y le dejaré un mensaje a Bastian con la ubicación. Esperemos verle allí —concluye.



La oscuridad de la noche cubre el paisaje por el cual circula el vehículo de Miguel. Utilizan vías secundarias y no rebasan el límite de velocidad. Por un lado, buscan no levantar sospechas y, por otro, evitar que les sigan. Se detienen en las grandes rectas apagando las luces del coche cuando divisan otros a su espalda.

En su interior, Miguel al volante, Dante a su lado y Noah en el asiento trasero custodiando el maletín con el libro en su interior.

—¡Llevamos horas en la carretera y no sé a dónde nos dirigimos y mucho menos el motivo! —exclama Noah impaciente.

Miguel mira de reojo al cazador que mantiene fija la mirada en el horizonte.

—¡Yo me ofrecí a cumplir con el honor de mi familia! —interviene el militar—. Pero estoy con Noah. Necesitamos saber a qué nos enfrentamos.

El silencio por respuesta exalta a la mujer.

—¿Vas a respon...?

Dante levanta su mano izquierda interrumpiendo a Noah, provocando no acabar con la pregunta y por lo tanto su silencio.

—¡Hay una guerra entre el bien y el mal! —informa el cazador sin dejar de mirar al frente—. Desde que os subisteis al coche conmigo, formáis parte de ella. En silencio. Sin dar pistas. La batalla entre ambos bandos está frente al mundo sin que nadie se cerciore de ella. Solo unos pocos lo sabemos y luchamos en ella. Mi familia, junto a la de tu jefe, lleva varios siglos formando parte de ella. Unas veces con enfrentamientos directos y sangrientos y otras ocultos. —Noah no pierde detalle de la exposición de Dante mientras Miguel lanza miradas al cazador cuando el camino se lo permite—. En este momento, nos escondemos de una legión de demonios que va tras de mí. Tengo en mi poder un objeto muy valioso. Ellos lo quieren destruir dado que ese mismo objeto puede acabar con ellos. Pero ahora se suma que han dado con el paradero de mi hijo, al cual he mantenido lejos de mí para salvaguardar su vida —expone con preocupación—. Él tiene que seguir mis pasos,

aunque me prometí que yo mismo acabaría con esta pesadilla. Para ello necesito el libro. Necesito saber dónde se oculta la culpable de toda esta historia. La que lo inició todo.

—¿La culpable? —pregunta Miguel.

—¡Una bruja! —responde Dante.

—¡Estará convertida en polvo! —interviene Noah.

El cazador no muestra ápice alguno a las palabras de la joven. El silencio otorga.

—¿Está viva? —pregunta el militar sorprendido.

—¡Está hibernando! —responde—. ¡Lo lleva haciendo cuatrocientos años!

Miguel se remueve en su asiento mientras que Noah no pestañea.

—Y los demonios ¿de dónde salen? —pregunta ella volviendo a la realidad.

—¡Belcebú los comanda!

—¿Quién es Belcebú? —pregunta de nuevo.

—¡Es uno de los príncipes del infierno! —aclara Miguel—. Uno de los demonios más poderosos según las escrituras.

Dante le mira sorprendido por las certeras palabras del militar y extrañado por su sapiencia.

—¿Ese demonio los dirige desde el infierno? —continúa Noah con su interrogatorio.

—¡Camina entre nosotros! —responde sabedor de sus palabras—. El porqué es lo de menos, pero tiene la capacidad de transformar a humanos en bestias —dice el cazador—. Su encomienda: acabar con los míos, y cada vez está más cerca.

—¿Y a dónde nos dirigimos? —pregunta ahora Miguel.

—¡A ver a un amigo! —informa el cazador—. Espero que sepa sacar algo en claro del libro. —Busca su móvil y realiza una llamada—. ¿Silas?

—¿Dante? —pregunta el párroco.

—¡Sí!

El cura está en su dormitorio despojándose de sus hábitos.

—¡Gracias a Dios que me has llamado! ¡Bastian está en el pueblo!

—¡Mierda! —exclama con preocupación—. Le estarán siguiendo, necesito que le disuadas para que se quede a tu lado.

—¡Ya lo he hecho! ¡Pero no sé hasta cuándo podré retenerle!

—¡Bien hecho, amigo!

—¡No viene solo!

—¿Qué quieres decir?

—¡Una chica le acompaña!

Dante niega con la cabeza.

—¡Mañana descubriremos de qué lado está!

—¡Yo no me fío de ella! —Varios segundos sin que nadie hable denotan la preocupación de ambos interlocutores—. ¿Qué sientes al saber que verás a tu hijo? —pregunta el párroco.

—¡Miedo, Silas, miedo! ¡Por él y por ti! ¡Por Ana y los guardianes! —Dante se emociona—. ¡Tengo miedo de que sea nuestro final!

—¡No pienses eso! —exclama el párroco con la intención de rebajar la tensión—. Entre todos saldremos adelante. —Dante no responde. Por su cabeza pasan muchas cosas. Momentos duros y momentos muy duros vividos todos estos años—. ¿A qué hora llegareis? —La voz de Silas le vuelve a la realidad.

—¡Temprano! —concluye limpiándose las lágrimas que resbalan por sus mejillas.

CAPÍTULO VII

Liétor, Albacete
23 de septiembre de 2015

En el reloj de pulsera de Silas marcan las 09:35 horas. Lo ojea mientras espera en las escaleras de la iglesia vestido de calle. Vaqueros y camisa. Tiene como complemento una bandolera que cuelga de su hombro. Nadie diría que es cura.

Poco después, aparecen Sara y Bastian por la puerta de la posada situada frente a la iglesia hablando entre ellos. El joven gesticula con preocupación. Él viste camiseta y vaqueros de color negro y ella lleva un vestido con estampados de flores resaltando su figura.

—¡No sé lo que voy a hacer sin móvil tanto tiempo!

—¡Siento que no hayas podido conseguir el cargador!

—¡Tengo que hablar con Erik y no veo el momento!

—¡No te preocupes! ¡En algún lugar podrás cargarlo!

El párroco se les acerca en silencio.

—¡Casi no le reconozco! —exclama el joven sorprendido.

Silas asiente sonriente.

—¡Tengo noticias!

—¿Qué quiere decir? —pregunta Sara.

—¡Confiad en mí, por favor! —Hace un gesto con un brazo señalando una dirección mientras los jóvenes se miran—. ¡Vamos a dar un paseo! —informa gentilmente.

—¿A dónde vamos? —pregunta la joven.

Silas no hace caso a la pregunta lanzada por la joven, que cruza una mirada con Bastian.

—¡Os llevo de turismo! ¡Es un pueblo muy bonito! —dice sonriente.

—¡Primero dejaremos el equipaje en el coche! —ordena el joven—. Luego comeremos algo.

—¡Nos están esperando! —Silas recuerda la negatividad en el talante del chico y medita un instante—. ¡No te pediré nada más! ¡Te lo prometo!

—¡Una hora! —exclama mostrando un dedo de su mano.

Coge la mochila de Sara y se dirige solo al coche. Al volver, y comandados por Silas, emprenden la marcha por la calle Canaleja dirección a la Plaza de la Diputación. Prácticamente realizan el camino inverso al realizado a su llegada a la villa. Continúan por la calle Comendador Alfonso de Lisson, finalizando en un camino que desciende zigzagueando entre huertos con cultivos varios y olivos por doquier sin olvidar las imponentes higueras. La caminata transcurre en silencio. Solo miradas furtivas entre Silas y Bastian con sonrisas por parte del párroco y muecas con desagrado por parte del más joven.

La ruta concluye en el río Mundo, donde una pequeña presa genera una hermosa zona de baño. La presa Bermeja. Un camino de tierra continúa paralelo al río siguiendo su curso, pero ellos caminan contracorriente sobre una pasarela de madera que les conduce a un puente también de madera y piedra que une ambas orillas y da acceso a la zona de baño en la presa. Allí les esperan un grupo formado por siete personas armadas con pistolas en sus cintos y escopetas a sus espaldas, Dante entre ellos. Noah y Miguel permanecen juntos,

aunque separados del resto. Silas comienza a saludar desde la lejanía mientras que Bastian y Sara se quedan rezagados.

—¿Quiénes son? —pregunta el joven intrigado.

—¡Están aquí por ti y por Dante! —responde emocionado girándose sobre sí—. Están dispuestos, si fuera necesario, hasta a dar su vida. Les llamamos guardianes.

—¿Morir por mí? ¿Por qué?

Silas llega a los pies de unos escalones que ascienden al puente, deteniéndose para responder a la última de las preguntas del joven.

—Tus preguntas ya no las contestaré yo, sino él —concluye señalando al otro lado del puente, donde Dante comienza a cruzar.

Bastian mira en la dirección donde indica Silas y ve que de frente viene un hombre. Al llegar al centro del puente, el cazador y el párroco se funden en un efusivo abrazo. Mucho tiempo ha pasado desde que se vieron y el respeto y aprecio mutuo hacen acto de presencia. Tan largo es el momento que los jóvenes llegan junto a ellos.

—¿Quién es? —pregunta el cazador a su hijo sin quitar ojo a su compañera.

—¿Y tú? —pregunta el joven con un tono chulesco.

—¡Soy tu padre! —responde con una mirada que le atraviesa el cerebro. Su hijo permanece absorto con la respuesta recibida—. Y te lo vuelvo a preguntar. ¿De dónde sale?

—¡Es una amiga! —responde dubitativo por los nervios del momento—. Y, además, es nieta de mi vecina. Me ha ayudado todo este tiempo.

—Me llamo...

En ese momento, Dante la apunta con una pistola y los ojos de la joven se transforman a color negro. Automáticamente le dispara a la cabeza.

—¡Nos han descubierto! —grita al grupo que esperaba junto a él. A todo esto, Silas agarra a Bastian porque intenta pegar a su padre. Este le coge el brazo—. Clara no tenía familia. ¿Cuánto tiempo hace que no la ves? Además, ¿no le acabas de ver los ojos? Son ojos de demonio. —Su hijo agacha la mirada e intenta asimilar todo lo que está ocurriendo—. Lo sé todo, o lo sabía gracias a Martín y Cristina. —El joven mira a su padre con rabia—. Me informaban cada semana. Lo que no me esperaba era que dieran con vosotros y menos que acabaran con ellos —expone con nerviosismo—. Siento mucho todo lo que estás sufriendo, y no sabes lo que estoy sintiendo ahora mismo por tener que separarme de ti de nuevo, pero ahora no es momento ni lugar de darte explicaciones. ¿Lo entiendes? —Bastian continúa en shock—. Tienes que esconderte. Silas cuidará de ti, puedes confiar en él. —Dante se emociona tras sus últimas palabras. Siente miedo por lo que está por venir y siente no estar al lado de su hijo—. Id junto a ella, sabrá qué hacer. Cuando la veas, dile que la quiero —ordena al párroco. Se funden en un nuevo abrazo y vuelve junto a Bastian, que está abatido y superado por la situación—. ¡Noah! —La mujer se acerca junto a él—. Necesito confiar en ti. Sé que el libro es tu misión, pero esto va más allá. Necesito saber si estás dispuesta a todo.

—¡Sí!, confía en mí.

Dante asiente con la cabeza.

—¡Ella porta el libro de Sánchez! —informa a su amigo, que se mantiene expectante—. Cuando estéis a salvo, échale un vistazo a ver que descubres.

—¡Entendido! —Silas hace un gesto afirmativo a Noah, que es correspondido copiando el gesto.

El cazador busca a otro miembro.

—¡Abdón, ve con ellos también! —Este último es un joven de unos treinta años. Larga cabellera de color castaño recogido en una coleta. Barba prominente y de aspecto amenazante. Cruza el puente y se une al resto iniciando la marcha con él a la cola. Dante, Miguel y los guardianes restantes los ven marchar. Poco después, el cazador se agacha junto al cuerpo de Sara, cogiendo su móvil, que aún sujeta su mano. Lo mira un instante y ve que tiene el GPS conectado. Se incorpora y martillea su arma—. ¡Les atraeremos a nuestro terreno! ¡Y les estaremos esperando! —informa mientras salen por el lado opuesto a la pequeña partida de Bastian.



Erik conduce el coche de su nuevo compañero. Circulan por la A-31 a la altura de Almansa. El joven piloto no deja de mirar por el retrovisor con inquietud mientras Gayarre echa una cabezadita.

—Como policía, ¿puedes llevar armas aunque estés de vacaciones? —pregunta inocentemente.

—¡Sí! —responde removiéndose en su asiento.

—¡Pues creo que nos van a hacer falta!

Acto seguido se incorpora de un bote.

—¿Nos están siguiendo? —pregunta mirando por el espejo.

—¿Ves el coche negro?

—¡Sí!

—Lleva siguiéndonos desde que nos incorporamos a la autovía.

—¿Y lo dices ahora? —pregunta enfadado.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta asustado.

—¡Utilizar mi arma! Para ahí delante —ordena martilleándola.

El vehículo conducido por Erik sale de la vía para dirigirse a un complejo de esparcimiento con una estación de servicio, un restaurante y una zona de juegos infantiles. Detiene el coche en la fachada del restaurante y miran si el otro vehículo hace lo mismo. Este último para unos metros más delante de la gasolinera.

—Tú entra en el restaurante y no te muevas, yo daré un rodeo. No salgas para nada. ¿Entendido?

El chico asiente y los dos salen del coche. Se introduce dentro del establecimiento dirigiéndose a una gran cristalera desde donde divisa el coche sospechoso mientras que Gayarre se dirige a la parte de atrás del edificio.

En el interior del vehículo sospechoso se encuentran dos hombres mirando por el retrovisor.

—¡Siguen dentro! —exclama el que está al volante con un móvil en la oreja.

En ese momento, Gayarre, empuñando su arma, llega a hurtadillas por detrás del coche y les apunta por la ventana del conductor.

—¿Quiénes siguen dentro? ¿Con quién hablas?

Los hombres se miran entre ellos y hacen el ademán de sacar sus armas, pero el inspector no da tregua y acciona la suya. Los sospechosos reciben varios impactos de bala en el pecho. Gayarre coge el teléfono por el que se comunicaban anteriormente y se lo lleva al oído.

—Aquí Gayarre, inspector de policía —informa mientras se aleja del coche unos pasos—. ¿Con quién hablo?

Se hace el silencio. Erik, que estaba viendo todo lo que ocurría con su compañero de viaje y los sospechosos, grita desesperado saliendo del bar.

—¡Cuidado, siguen con vida!

El inspector recibe un puñetazo por parte de uno de los integrantes del coche y cae al suelo inconsciente. Erik también cae, pero de miedo. Se agarra la cabeza con sus manos y sin saber qué hacer. A Gayarre le introducen en el coche y parten por una vía de servicio paralela a la autovía. El joven reacciona, y viendo que sus perseguidores se alejan, sube al coche y comienza una persecución.

El policía recupera el conocimiento. Ve que está en la parte de atrás de un coche junto a uno de sus agresores, mientras el otro conduce. En ese momento, se percata que no está maniatado y saca su pistola escondida en el tobillo. Dispara en la cabeza al hombre más próximo y posteriormente amenaza al conductor.

—¡Para el coche! —exclama aturdido al hombre que sujeta el volante. Este le mira por el retrovisor y acelera—. ¡Que pares, coño!

En ese momento, le propina un disparo en la cabeza y el coche, sin control, choca. Pasados unos segundos, llega el coche conducido por Erik. Para a unos metros y ve cómo sale Gayarre por una de las puertas. Parece conmocionado.

—¡Mierda! —exclama saliendo del coche.

—¡A la cabeza, hay que darles en la cabeza! —exclama dolorido. Su nuevo compañero a malas penas le puede sujetar por el peso del policía e intenta meterlo en el coche—. ¡Regístralos! ¡Y el coche también! —consigue ordenar entre un quejido y otro—. ¡A ver qué encuentras!

—¡Mierda, joder! —exclama Erik atemorizado por lo que está obligado a hacer.

Introduce al inspector en el asiento trasero y se dirige despacio y desconfiado al otro vehículo. Gayarre observa los diversos movimientos de su compañero hasta que este vuelve con un móvil, aunque está roto. También lleva el arma reglamentaria del policía.

—No tenemos nada, esto ya no sirve —informa—. ¿Te llevo a un hospital? —pregunta nervioso.

—¡No! Buscaremos donde pasar la noche. Solo necesito descansar.

En ese instante se vuelve a desmayar. Erik le hace caso y emprenden la marcha.



El sol del mediodía calienta mientras el grupo camina por una zona boscosa y pedregosa. Miradas de tensión en unos y ausencia en el rostro del chico que continúa en un estado de conmoción. Silas, que es quien encabeza el grupo, levanta la mano, y el resto de los acompañantes se detiene, excepto el joven que, cabizbajo, no se ha dado cuenta de la orden y tropieza con el párroco.

—¡Perdón!

—¡Descansaremos aquí! —ordena Silas.

Noah se adelanta unos metros a la par que Abdón realiza el camino contrario.

—¿A dónde vamos? —pregunta el joven sentándose en una roca.

—¡A un lugar seguro! —responde seguro de sus palabras—. Apartado de la civilización y donde solo se puede llegar a pie. Allí hay alguien que puede informarte de cosas que yo desconozco, hablo de tu pasado. —Bastian asiente conforme—. De momento tienes que hacer caso a Dante y confiar en mí, en nosotros —dice señalando al resto de miembros del grupo.

—¿En asesinos? ¿Por qué van armados?

—¿No has visto a Sa...? —Silas denota que los sentimientos pueden aflorar al mencionar a la joven—. Hay demonios caminando sobre la tierra y os quieren muertos —expone sincero.

—¡Aún no me creo lo que ha pasado! ¡Lo que está pasando! —exclama perturbado.

—Créeme si te digo que cuando sepas toda la historia, querrás tenerlos cerca —informa señalando al guardián, que vuelve a unirse a ellos.

El atardecer asoma sobre las montañas cuando el grupo conformado por los cuatro miembros sale de la espesura de un bosque de pinos y, atravesando un olivar, se encuentra con una pequeña vivienda. Un pozo de agua, un gallinero y un trozo de tierra cultivada completan la propiedad. Noah encabeza la comitiva, tras ella, Silas y Abdón, y, por último, Bastian. Todos muestran síntomas de cansancio por la larga caminata y la dificultad de esta. Ya sea por esquivar ramas o por la irregularidad del firme.

Del edificio sale Ana con una mano en la espalda empuñando un arma escondida en su cintura. Cuando ve al párroco, se calma, aunque el cruce de miradas entre ellos se convierte en una profunda angustia cuando el joven aparece tras él, automáticamente, ella se da cuenta de que es su hijo y el cúmulo de sensaciones hace que caiga de rodillas. Bastian, sin saber qué pasa, ve cómo el cura la ayuda a levantarse.

Poco después, Noah y Abdón vigilan el exterior de la propiedad mientras Bastian permanece sentado en el porche lanzando miradas al horizonte. En el interior, Ana está sacando agua de un aljibe con la ayuda del párroco, que prepara una jarra y unos vasos. Este mira a su amiga y lee la ansiedad que transmiten sus ojos.

—¡Ve y habla con él! —Ana está como ida en sus pensamientos. Busca en su mente las palabras que jamás le llegó a decir—. Sé sincera. Lo entenderá. Ha salido a ti.

El párroco sale de la vivienda y llama a Noah, que se acerca ante la mirada de Abdón.

—¡Por favor! —exclama el párroco extendiendo una mano.

La mujer le entrega la mochila con el libro en su interior y vuelve a su posición de vigilancia. Silas le agradece la acción asintiendo y se introduce de nuevo en la casa donde Ana deja el cubo con agua y, tomando aire, se dirige hasta el porche sentándose junto al chico sin cruzar miradas.

—No sé lo que te habrán contado, pero antes de que oigas lo que voy a decir, quiero que sepas que, desde hace veinte años, cuatro meses y cinco días, no hago otra cosa que pensar en no tener este momento contigo. Eso me mantiene viva. —Bastian, sorprendido, hace ademán de levantarse y ella le sujeta el brazo obligándole a sentarse—. ¡Créeme, era lo mejor para ti! —exclama mirándole fijamente—. Confiaba en que estuvieras. Feliz. Que tuvieras una vida normal alejado de todo esto. —Su hijo le regala una mirada de reojo a la que ella también responde—. Por desgracia, te ha tocado vivir una vida sin tus padres...

—¡Se equivoca! —interviene severo—. ¡Mis padres están muertos!

La tensión es palpable por ambas partes. Bastian sigue sin asimilar lo que le rodea y Ana comienza a descargar de su mente lo difícil que fue y es para ella todo lo que está ocurriendo y, tras escuchar la puntualización de su hijo, se le cae una lágrima.

—¡Tu padre y yo! —El joven vuelve a mirarla, esta vez con cara de enfado—. Dante y yo no tuvimos opción. Lo que paso aquella noche fue terrible. El plan era que os quedarais en el pueblo para tenerte cerca, pero dieron con nosotros. No sabemos cómo lo hicieron. Nunca estuvieron tan cerca. —Él niega con la cabeza, incrédulo por lo que está escuchando. Ana hace un ligero movimiento con la cabeza señalando en dirección donde se encuentra Abdón

—. ¿Le ves? —pregunta señalando con la cabeza su posición. El chico asiente—. Es un guardián. Como lo fueron tus padres adoptivos o como los quieras llamar. A ellos les encargamos tu seguridad y dieron la vida por ti.

—¿Guardianes, o más bien mercenarios! —exclama Bastian.

—¿Mercenarios? ¡No, guardianes!, ¡guardianes de sangre!, la sangre de tu padre, y de la tuya, de vuestros antepasados —aclarar—. Esta historia lleva muchos siglos sobre nuestros hombros y, quieras o no, eres parte de ella, eres especial, como lo es Dante —dice orgullosa—. El mal nos acecha y hay que aceptarlo, hacerle frente. Como lo han hecho tus ancestros.

—Necesito tiempo para asimilar todo lo que me dice —expone aceptando su situación—. Están pasando muchas cosas que no entiendo. Tampoco sé de quién nos escondemos.

—¿Eso es aún más largo de contar! —exclama Silas saliendo del interior de la casa—. Por favor, acompañadme dentro, nadie debe de saber lo que te vamos a contar.

Madre e hijo entran en la casa y, sobre la mesa, ven el libro de Sancho abierto.

—¿Es el libro? —pregunta Ana sorprendida.

—¡Por fin pudo conseguirlo! —responde Silas—. Aunque parece maldito —informa mirándola—. Páginas en blanco, escrituras sin sentido y otras que no entiendo. Además, están estos orificios en el lomo que parecen de una mordedura de serpiente. Es muy extraño.

—Conocemos de alguien que puede leerlo —informa convencida—. Es experto en lenguas muertas.

Silas niega con la cabeza.

—Si esa persona es Cristian Lavett, no podrá ayudarnos, le han capturado —informa ahora el párroco.

Ana se sienta abatida por la noticia.

—¡Dios mío, Cristian! —exclama tapándose el rostro con sus manos—. Le conocimos hace mucho tiempo. Inclusive antes de que tú nacieras —explica dirigiéndose a su hijo—. Es uno de los motivos por los que le dijimos a Martín y Cristina dónde establecerse. Es un buen hombre y podía echarles una mano si fuera necesario.

Ambos varones cruzan sus miradas, pero el joven se fija en una de las pocas ilustraciones que continuaban intactas en el libro.

—¿Lo reconoces? —pregunta Silas señalando el símbolo del primer cazador.

—¡Sí!, además, no es la primera vez que lo veo en un libro —responde sacándose el colgante para acariciarlo ante la mirada de los allí presentes.

—¿Dónde lo has visto? —pregunta Ana.

—En un cuaderno lleno de garabatos y números. El cuaderno que Lavett entregó a su nieto. —Ana y Silas atienden con interés las palabras del joven—. Se llama Erik y se cruzó conmigo hace un par de días. Me dijo que su abuelo había desaparecido y que, días antes, le mandó el cuaderno. Quedamos en llamarnos si averiguábamos algo.

—¡Necesitamos ese cuaderno lo antes posible! —exclama el párroco.

—¡Querrá decir que necesitamos a su portador! —aclarar severo—. Viendo lo visto, corre un grave peligro y es mejor que permanezcamos juntos. —Silas asiente dando la razón al joven—. ¿Qué más podéis contarme de esta pesadilla? —pregunta.

Ana está un poco más alejada de la mesa moviéndose de un lado a otro con síntomas de nerviosismo.

—¡Por lo que sé, una bruja maldijo tu linaje! —informa el cura—. Dante es descendiente de Saturno, el cual tenía un hermano llamado Zenón. —Ana mira con atención las reacciones de Bastian—. El primero desapareció sin dejar rastro y el segundo

permanece encadenado.

—¿Permanece? —pregunta extrañado—. ¿Es que está vivo?

—Después de que Saturno y Zenón tuvieran un encuentro con la bruja, ella les lanzó una maldición. Tanto a los hermanos como a Sancho, el mismo que escribió este libro y el herrero que forjó las cadenas que mantienen preso a Zenón.

—¡Un momento! —exclama sonriente y gesticulando con sus manos detenimiento la explicación de Silas—. ¿Quiere decir que Zenón está vivo de verdad?

—¡Espera el momento de que la bruja vuelva! —interviene Ana ante la mirada desconcertada de Silas—. Pero desconocemos su paradero.

—¿Y la bruja también está viva?

—¡Está hibernando! —responde ahora el cura—. Dante creía que en este libro encontraría el lugar donde se encuentra para acabar con ella.

—¡Es lo único que se perdió en el paso de los años! —aclara Ana—. El padre de Dante conservaba el mapa que dibujó Odón, abuelo de Saturno y Zenón, pero, y sin saber cómo, se quemó en sus manos. Creo que Ava borró todo rastro que lo llevara hasta ella.

—¿Se llama Ava? —pregunta el joven.

Su madre asiente como respuesta.

—¡Sabemos que, desde el enfrentamiento con la bruja, y antes que ellos, ha habido y sigue habiendo una guerra entre el bien y el mal! —expone Silas mientras camina unos pasos y mira al exterior por la puerta de la cabaña.

—¿Son los demonios? ¿Son el mal al que se refiere? ¿Son los que van detrás de mí? —pregunta el joven.

—¡Te utilizaron para dar con Dante, esperando a que se relajara para cazarlos a ambos! —explica Silas.

—Demonios hambrientos de almas humanas y con la única meta de acabar con la humanidad —dice Ana.

—¡Hay algo más! —Bastian le mira con atención mientras su madre permanece intranquila—. Hay dos bastones. Uno de cada hermano. Son las únicas armas con las que hacer frente a Ava.

—¿Dónde están?

—¡El que pertenece a Zenón está en un lugar sagrado! El de Saturno lo tiene Dante escondido.

—Esos demonios también buscan los bastones —Ana interviene mientras mira al exterior de su casa—. Saben que si los destruyen, nada podrá detenerlos.

—¡Aunque no lo creas, tienes mucho que ver! —exclama el párroco—. Desde hace unos días, tu presente y futuro están en peligro.

Tras varios gestos de aprobación entendiendo la situación, Bastian mira a su madre.

—¿Cómo dieron con nosotros? ¿Tenéis alguna oveja negra entre vosotros?

Preguntas intencionadas las que lanza el joven, que provocan inquietud entre Silas y Ana, que cruzan miradas.

—Esas son las cuestiones que ahora nos atormentan —dice Ana abrazándose por un escalofrío repentino.

—¡Hay pocas opciones! —responde Silas.

—¡Sí, por eso es tan peligroso! —exclama Ana preocupada. Ambos se miran pensando mentalmente quién puede haberles traicionado—. Lo quieras o no, debes de seguir con nosotros. Siento lo de Cristina y Martín. Lo siento de verdad. —Bastian asiente emocionado

mientras Ana le acaricia un brazo—. Ahora estás con nosotros. Sabes la verdad y debes hacerle frente —dice su madre empática. El joven la mira cómplice—. Tenemos que coger provisiones y marchar. Aquí no podemos quedarnos —informa a Silas, que comienza a guardar el libro—. Tenemos que movernos.



En la habitación de un motel, situado a un lado de la autovía ubicado en la comunidad de Madrid, Gayarre está tendido en la cama y Erik insiste con el teléfono en su intento de hablar con Bastian.

—¡Joder! —exclama enfadado tirando el móvil sobre la cama.

En ese momento, tocan la puerta y el joven se sobresalta. No sabe quién puede ser. Con nerviosismo, coge el arma del policía y se la guarda tras la espalda.

—¿Erik? ¿Inspector? Por favor, abran, estoy de vuestra parte.

La voz de una mujer suena tras la puerta. El joven la abre lentamente y se asoma.

—¿Quién eres tú?

—¡Los refuerzos! —responde la mujer entrando en la habitación como si estuviera en su casa.

Erik no da crédito, y cierra la puerta.

—¡Eh! ¡Despierta! —exclama moviendo el cuerpo de Gayarre—. Vístete, tenemos que irnos.

Este, sobresaltado, busca su arma.

—¿Quién eres tú? ¿Y mi arma?

—¡Me llamo Virtu! —informa la joven. De unos treinta años. De media altura y de fisiología atlética. Morena de pelo largo y recogido en una coleta—. Vengo a ayudaros, pero no hay tiempo para explicaciones, sé que os están siguiendo.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Erik.

—Aquí tenéis la prueba, estaba en los bajos de vuestro coche —responde echando sobre la cama un aparato que parece ser un localizador—. Os habéis cargado a dos esta tarde, pero son muchos más. Yo os sigo desde que tú y Bastian os visteis en el bar —informa a Erik directamente—. ¿Habéis oído o leído sobre los guardianes? —Ambos niegan con la cabeza—. ¡Pues tenéis a una delante! Larguémonos de aquí, y seguimos hablando después, ¿vale?

Ambos varones se vuelven a mirar sin comprender nada.

La noche les cubre el paisaje cuando la nueva integrante del grupo está al volante, con Erik en el asiento trasero y Gayarre de copiloto.

—¿A dónde os dirigíais? —pregunta la joven.

—¿No lo sabes? —pregunta ahora el policía.

—A mí me ordenaron protegeros si fuera necesario.

—¡Pues no lo has hecho bien esta tarde! —exclama Erik con sorna.

—Estaba ocupándome del segundo coche.

—¿Qué coche? —pregunta el chico.

—¡Sí, un segundo coche! —informa la conductora—. Iba unos kilómetros más atrás.

—Gayarre no le quita ojo a la joven y Erik permanece con la boca abierta viendo la gravedad de lo que ocurre—. Prosigamos, ¿a dónde tenemos que ir?

—A la sierra de Guadarrama —responde el policía.

—Aunque, según el GPS, vamos en dirección opuesta —aclara Erik—. Es la única pista

que tenemos del cuaderno de mi abuelo.

—¿Lo sabe Dante? —pregunta Virtu.

—¿Quién es ese? —pregunta ahora Gayarre.

—La única persona que lo sabrá será Bastian cuando encienda su móvil —responde Erik a la mujer.

—¡Cuando él se entere, Dante también! —aclara la joven—. Tenéis que deshaceros de los móviles, pueden dar con nosotros —ordena con seriedad—. Tienen más recursos de lo que os podéis imaginar. Apuntaos los contactos que necesitéis y tirad vuestros teléfonos por la ventana —ordena mientras extrae un mapa de carretera de la guantera de su coche—. Apuntad antes en este mapa el lugar a dónde tenemos que ir.

—¿Tú no tienes? —pregunta Gayarre.

—¿Móvil? —pregunta Virtu.

—¡Sí! —responde el policía.

—¡No!, sé lo que tengo que hacer.

—¿Lo sabes?, te he dicho hace un rato que vamos en dirección opuesta —replica Erik.

—Lo sé, pero tenemos que coger provisiones.

Los ocupantes tiran los móviles por la ventana mientras a Virtu, con una sonrisa sarcástica, le cambian los ojos a color negro. Tras unos kilómetros recorridos por una vía comarcal y de escaso tránsito, la joven decide acceder a una vetusta gasolinera con un solo surtidor junto a la carretera.

—¡Llenadlo! ¡Yo voy a pagar! ¿Queréis algo? —pregunta mientras detiene el motor.

Los ocupantes se miran y niegan con la cabeza. Gayarre aprovecha que Virtu se aleja unos metros para comprobar el estado del depósito y se extraña al ver que está medio lleno.

—¡No te muevas de aquí, voy a comprobar una cosa!

La chica entra en el establecimiento y el inspector aprovecha para seguir sus pasos. Pasados unos segundos, Gayarre llega a una de las ventanas y ve cómo la mujer habla con el empleado.

—¿Los servicios?

—¡Al fondo! —responde señalando la parte de atrás.

El inspector accede al local sin que ella se dé cuenta y la sigue. Virtu se dirige al servicio de señoras, comprueba que no hay nadie y, a continuación, saca un móvil del interior de su chaqueta. Marca un número y espera.

—Va todo según lo previsto... No tardaré en llegar. ¡Sí! ¡No sospechan nada! ¡Sí, señor!

El policía, que está pegado a la puerta, lo oye todo y sale corriendo del establecimiento ante la mirada atónita del dependiente. Llega a la altura del coche subiendo por el lado del conductor.

—¿Qué pasa? ¿Y Virtu? —pregunta Erik desconcertado.

El inspector arranca y salen a toda velocidad.

—¡Es una de ellos! —exclama Gayarre.

—¿Cómo?

—La he pillado hablando con alguien. Le decía que no sospechábamos nada —informa alterado—. Desde el principio veía algo raro.

Erik se echa las manos a la cabeza.

—¡Joder! ¡Joder! ¿Y qué hacemos ahora?

—¡Buscar un teléfono!

El vehículo se aleja a gran velocidad. Virtu sale del establecimiento mirando la huida y, muy cabreada, llama de nuevo.

—¡Han escapado! Los he perdido, señor. Sí. ¡Lo haré en cuanto pueda! ¡Sí, señor! —Cuelga el teléfono—. ¡Joder!



En las tierras de Ana, esta sale al exterior cerrando la puerta tras de sí. Los componentes de la compañía esperan la partida en plena noche, ayudados por la luz que desprenden las linternas que sostienen todos y cada uno de ellos. Lanza una última mirada a su hogar para posteriormente encabezar la marcha adentrándose en el bosque por el cual apareció el cuarteto horas atrás.

Pasados unos minutos, ninguno de los integrantes de la marcha abre la boca. Las miradas entre Ana, Silas y Bastian lo dicen todo. Miedo, rabia, dolor e incertidumbre marcan sus rostros.

La marcha por el espeso bosque los lleva a un claro donde se encuentran de nuevo con el río Mundo. Su camino los lleva contracorriente. Ana abre el paso y lo cierra Abdón junto a Noah.

—¿Crees que Dante está cerca de terminar con todo esto? —pregunta Noah.

—¡Eso espero! —responde el joven—. ¿Tú también eres un guardián? —pregunta ahora Abdón.

—¿Yo? —Mira a su nuevo compañero y este le hace un gesto afirmativo—. Yo tengo la obligación de vigilar eso que cuelga del hombro del cura. —Abdón mira la mochila un instante y tras unos segundos de silencio, Noah reactiva la conversación—. ¿De dónde sale un guardián?

—¡Se puede decir que somos supervivientes! —responde nostálgico—. Él me salvo la vida, pero perdí a mi madre y mi hermana. Acabó con todos ellos él solo —expone el joven—. Estábamos hospedados en una casa rural cerca de Ávila. Él también se alojaba en una cabaña cercana. Esos malditos demonios entraron en la mitad de la noche. El miedo que sentí aquel día lo llevaré conmigo hasta que muera, pero Dante me dio una razón por la que vivir, la venganza, por eso estoy a su disposición.

—¿Por qué querrían mataros?

—¡Ellos buscan personas para transformarlas en demonios! —responde de nuevo—. Se cree que las personas de baja autoestima o que mentalmente pasan por momentos difíciles son más fáciles de captar por el mal demoníaco —expone el guardián—. ¡Pero nos resistimos!

En ese momento, Ana manda parar levantando su brazo. Noah mira al joven, empática, mientras él observa a la jefa de la expedición.

—¡Descansaremos un poco! —ordena autoritaria—. Abdón, adelántate para ver qué hay más allá.

Este obedece y echa a correr, momento que aprovecha Silas para llamar la atención de Bastian y juntos se acercan a la orilla del río.

—¿Cómo estás? —pregunta el párroco.

—¿Usted qué cree, padre? Todo lo que soy o fui es una mentira. Estoy viviendo una pesadilla de la que no despierto. Rodeado de extraños y con un futuro incierto.

—¡Entiendo tu pesar! —dice Silas posando su mano en el hombro del joven más cercano—. La vida te ha jugado una mala pasada, pero tienes la capacidad para hacerle frente y salir

victorioso. Lo tienes en tus genes. —Mira un instante a Ana para volver a mirar a su interlocutor—. Ellos te necesitan más que tú a ellos. Necesitan que seas fuerte. Necesitan que estés convencido del nuevo rol por el que pasas en este momento y seas capaz de afrontar con entereza lo que se nos viene encima, porque tienen miedo de morir y no poder protegerte.

Bastian mira a su madre, que no deja de vigilar el camino. Posteriormente, mira al párroco, que le sonrío cómplice. Este se incorpora de nuevo dejando al joven con sus pensamientos mirando el fluir de la corriente del río. Pasados unos segundos, llega Abdón.

—¡Todo despejado! —informa el guardián.

—¡En marcha! —ordena Ana.

Una hora después, llegan hasta una bifurcación a unos metros de las primeras casas de Liétor. La luna llena les ilumina, apoyados por las linternas que sostienen.

—¿Por qué volvemos? —pregunta el custodio.

—¡Tengo que coger algo importante! —informa Ana.

—¡Si ese es el plan, mi misión termina aquí! —informa severo—. Bastian está a salvo con vosotros. Yo tengo un deber que cumplir, sabes que debo hacerlo —expone Silas.

—¡Está bien, Abdón ira contigo! —ordena mirando al guardián, que se posiciona junto a Silas—. Nosotros iremos después y decidiremos el plan a seguir. Con suerte, esos demonios estarán centrados en Dante y tendremos un paso seguro.

—¡Si el cura se lleva el libro, yo voy con él! —informa Noah con autoridad.

Silas y Ana se miran y este le cede la mochila con el libro en su interior.

—¡Ellos te necesitan más que yo! —exclama el párroco.

Hace un gesto con la cabeza para que el guardián les siga a ambos y parten a su nuevo destino mientras el resto los ven marchar.

—¿Qué es tan importante? —pregunta Bastian incrédulo.

—¡Tiene una puerta que vigilar! —responde su madre.

A continuación, emprenden la marcha con Ana en cabeza, Noah detrás y Bastian, que permanece pensativo por la respuesta recibida, se une unos metros más tarde.

Gloria está recogiendo la mesa tras haber cenado cuando tocan a su puerta. Aparta la cortinilla que cubre la ventana y ve quiénes son ruborizándose al instante mientras se gira sobre sí misma. No sabe si abrir o no. Momentos de tensión y nerviosismo.

—¡Mamá, necesitamos entrar! —dice Ana desde el exterior.

—¿Mamá? Entonces ella es mi... —Se hace el silencio—. ¡Abuela! —dice el joven en su mente.

Gloria, resignada, abre la puerta y se dirige directamente a la cocina dejando entrar en este orden a su hija y su nieto. Noah, por su parte, accede en último lugar echando un vistazo a su espalda y cerrando la puerta después.

El joven está sentado en una silla junto a la mesa donde recibió la reprimenda el día anterior cuando descubre un cargador como el que necesita enchufado junto a la alacena. Sin permiso y con celeridad, conecta el móvil. A continuación, observa cómo Ana llega a la cocina, donde le espera su madre. Noah, por su parte, permanece de pie vigilando por el cristal de una puerta de acceso a un pequeño patio. La planta baja del hogar se compone de una pequeña habitación junto a la entrada. Posteriormente, un estrecho rellano a un lado que lleva hasta unas escaleras que ascienden al piso superior. A continuación, el pequeño comedor y una puerta que da a un coqueto patio interior. Al final de la estancia se encuentra

la cocina. Pequeña pero eficiente.

—¿Cómo estás? —pregunta Ana con cariño.

Ambas llevan años sin verse. Gloria se mantiene apoyada sobre la piedra de la encimera dando la espalda a su hija. El silencio es doloroso. Ana le posa sus manos en los hombros, acto que sirve para que su madre se gire y se abracen con fuerza. El llanto de madre e hija es contagioso y el joven junto con Noah ceden a la emoción y dejan que resbalen las lágrimas por sus mejillas.

—Sabía que te volvería a ver cuando lo vi entrar por la puerta —dice haciendo un gesto en dirección a su nieto—. Y sé qué estáis en peligro y es algo que me asusta.

—¡No te preocupes! —exclama sujetando su rostro con ambas manos—. No estamos solos, pero sí estamos preparados. —Le propina un beso en una mejilla y le coge las manos con dulzura—. Hemos venido a buscarlo —informa Ana.

—¡No he vuelto a entrar en tu habitación desde que te fuiste! —aclara secándose las lágrimas—. Si lo dejaste allí, allí lo encontrarás. La llave la tienes en ese cajón —informa señalando un cajón de la alacena.

Ana se dirige a él, lo abre y mira su interior. La llave la tiene ante sus ojos. La coge acariciándola con los dedos.

—¡Esperad aquí, vuelvo enseguida!

A continuación, se dirige a las escaleras iniciando la subida.

—¡Siento mucho lo que ocurrió ayer, llevo unos días muy duros! —interviene el joven.

Su abuela se aproxima a la mesa y se sienta frente él.

—¡No, perdóname tú! ¡Fui muy grosera! —dice cogiéndole una mano—. Pero es que llevo muchos años con un dolor en mi interior difícil de sanar. Desde que se enamoró de Dante, supe que algún día la iba a perder, y así fue —dice melancólica mirando al piso superior—. Ana se fue para protegerme, y esa pérdida me provocó ira y melancolía. Llevaba contenida todo este tiempo y la expulsé cuando me entregaste la nota. —Bastian agacha la cabeza, sabedor del dolor que está sufriendo su abuela—. Tú también eres mi sangre y quiero que me perdones —aclara con nerviosismo.

—¡Pero ella no estaba lejos de aquí!

—Lleva años allá arriba, apartada de todo y de todos. Es como si no existiera.

Bastian la mira con pena y le acaricia la mano, gesto que ella agradece sintiendo un cosquilleo en su interior.

Mientras la abuela y su nieto mantienen la conversación, Ana se encuentra en el umbral de su habitación. La observa de arriba abajo recordando tiempos pasados. La estancia es de grandes dimensiones; como suelen ser en casas antiguas hechas con gruesas y encaladas piedras. El techo de madera y argamasa. En un lado, la cama y dos mesitas en sus laterales. Una cómoda y un sofá completan la habitación. Varias ventanas y con suelo de cerámica.

Poco después, se dirige a la cómoda y abre uno de los cajones. De su interior, extrae una agenda de piel de color negro algo desgastada y la acaricia. La abre y se pueden ver nombres, direcciones y teléfonos. La cierra y se la pone en el pecho.

—¡Menos mal!

Se gira sobre sí misma y vuelve al salón. Allí continúa la conversación mientras Noah vigila ahora la entrada de la vivienda.

—¡Dante fue quien la obligó a desaparecer! —expone Gloria—. Él tenía más miedo que yo por lo que le podría ocurrir si daban con ella.

—Pero ¿la dejó sola?

—¡Sí! Por su bien. Lo hizo para protegerla al igual que ellos, con todo el dolor de sus corazones, hicieron contigo —aclara la anciana—. No me quiero ni imaginar lo que habrá sufrido Dante todos estos años. —Bastian asiente meditando mientras Noah presta atención—. Desde entonces, vivo en un continuo sufrimiento.

—Por lo que veo, todo fue por mi culpa.

—¡No pienses eso! —exclama la anciana—. Tú eres el que menos culpa tiene.

En ese momento aparece Ana, que estaba escuchando la conversación a los pies de las escaleras.

—¡Ya lo tengo! —anuncia aliviada—. ¡Tenemos que irnos!

Noah asiente con la cabeza y se prepara para salir. Bastian desconecta el móvil de la pared y le regala una mirada de complicidad a su abuela y marcha tras la mujer. Ana guarda la agenda en su mochila mientras su rostro refleja que es el momento de la despedida. Se dirige a su madre, que se levanta de la mesa y sale al encuentro de su hija.

—¡Gracias por abrirme la puerta!

—Tengo la sensación de que no la vas a volver a abrir —dice agarrándole las manos—. Esta vida que decidiste seguir no es la que yo hubiera deseado para ti, pero no tenías opción, lo sé y ya lo hablamos —expone Gloria emocionada—. Solo te pido que me perdones si en algo te he fallado.

—¡No hay nada que perdonar!, ¡no he dejado de quererte!, y sé que tú a mí tampoco. —Se funden en un abrazo eterno. Las lágrimas vuelven a aparecer—. Volveré cuando todo esto acabe —concluye su hija secándose el rostro y dirigiéndose a la salida.

Ana mira un instante a su madre y cierra la puerta tras de sí.

—¡No lo harás! —afirma Gloria entre dientes.

Esta se vuelve a sentar en una silla mientras llora desconsoladamente. Su hija, parada en el portal, mira a Bastian, que le devuelve la mirada esta vez de angustia. Se seca las últimas lágrimas y ordena la marcha con un gesto.

—¡Vayamos a la iglesia! ¡Esperemos que estén bien!



No muy lejos de la casa de Gloria, Silas y Abdón llegan a la parte trasera de la iglesia. La oscuridad de la noche y el silencio en sus pisadas han ayudado a cumplir su cometido. El párroco abre la puerta y ambos entran, no sin antes comprobar que no les sigue nadie. Una vez en el interior, recorren las estancias y corredores hasta llegar a la nave central de la misma.

—¿Qué hemos venido a hacer aquí? —pregunta el guardián desconcertado.

—¡Yo tengo que comprobar una cosa! Tú puedes esperar aquí.

El joven asiente y permanece alerta junto al altar mientras Silas desplaza la alfombra y abre el portón. Baja unos escalones y enciende un interruptor. Una serie de bombillas comienzan a iluminar su camino húmedo y sinuoso. Tras varios metros, gira una esquina y se encuentra de frente con una puerta de madera vieja, dibujando las runas de confinamiento.

—¡Gracias por mostrarme el lugar! —exclama Abdón.

Silas no se sorprende por la revelación del guardián. Introduce una mano en su bandolera y se gira sacando un recipiente con agua bendita que salpica la cara del joven, quemándolo al instante, momento que aprovecha el párroco para comenzar su huida sabiendo que le seguirá, pero se arma de valor y vuelve para enfrentarse a él. Abdón está a punto de

recuperarse cuando abre los ojos y se encuentra a Silas frente a él. Le mira a los ojos de color negro y le clava su daga en la cabeza. El demonio cae al suelo muerto ante la atenta mirada de su agresor. Unos segundos después, registra el cadáver y descubre que, en su móvil, está activo el GPS.

—¡Dios mío! —exclama dejando caer el teléfono.

A continuación, lo pisa hasta romperlo. En ese momento, empiezan a oírse unos sonidos diabólicos por todo el pueblo. Las puertas y ventanas de las casas se cierran bruscamente. Los habitantes corren buscando refugio.

—¡Ya están aquí! —exclama Gloria asustada—. ¡Dios mío, otra vez no!

Silas asciende por las escaleras que llevan de nuevo al altar, cuando se encuentra de frente con Ana, que ve el miedo que dibujan sus ojos. En ese momento, el sonido diabólico informa de la proximidad de los demonios. La resonancia de la iglesia multiplica la sensación de terror en todos los integrantes del grupo.

—¡Han descubierto la puerta! Abdón era uno de ellos —informa asustado.

—¡Un momento! —interrumpe Bastian—. ¿Qué puerta? —pregunta directamente al cura—. ¿Qué hay tras esa puerta? ¿Zenón? ¿Zenón está aquí abajo? —Silas y Ana cruzan miradas preguntándose si decírselo o no—. ¿No me dijiste que nadie sabía dónde está? —Bajo esta iglesia existe una gruta que lleva a la cueva de Zenón. Hay una puerta unos metros más allá que se dirige directamente a una sala donde permanece esposado —explica el párroco sabiendo que no hay motivo de ocultarle la verdad—. La puerta en sí es una barrera entre su mundo y el nuestro. Yo, como tantos otros antes que yo, soy el custodio de dicha puerta.

Bastian, consternado y preocupado, se sienta en un banco y se echa las manos a la cabeza.

—¡Mejor que no bajés! ¡Te necesitamos! —exclama con nerviosismo—. Tenemos que permanecer juntos y debemos de salir del pueblo, ¡ya!

—Lo siento, pero mi deber es quedarme. No hay marcha atrás. Y más sabiendo que pueden conocer el paradero de Zenón —aclara severo—. Los demonios de ahí fuera van tras Dante, pero no sabemos si vendrán aquí después. —El resto de los componentes del grupo se miran sin querer creer lo que acaban de oír—. Abdón tenía el localizador en su móvil. Habrá perdido cobertura en el túnel, pero seguro que les ha marcado este lugar —señalando con ambas manos—. Y tenemos un problema mayor. ¿Cuántos guardianes habrán sido transformados?

—¿Estás diciendo que...? —exclama Ana

—Dar con un guardián es imposible. Son invisibles ante la sociedad —aclara Silas.

—¿Entonces? ¿Cómo dan con ellos? —pregunta Noah.

—¡Baldo, el escriba! —responde de nuevo—. Recibe los datos por mediación de Dante. Él tiene todas las direcciones. Es él quien los convoca.

Todos le prestan atención sin darse cuenta de lo que conlleva que un guardián se haya convertido.

—¡Dios mío, Dante! —exclama Ana preocupada.

Ana y Silas se derrumban pensando lo peor. Noah se echa las manos a la cabeza y se mueve con nerviosismo. Bastian aprovecha el momento para encender el móvil y empezar a recibir llamadas perdidas y mensajes. Revisa estos y son de Erik y Gayarre. Necesitan hablar con él urgentemente. Lee: «Estás en peligro», «¡Llámame!».

—¡Joder!, en uno de los mensajes de Erik me manda una ubicación. Dice que es la única

pista que tiene de su abuelo, y que es lo único que han sacado en claro del cuaderno. El inspector va con él. Me dice de vernos allí —informa con celeridad.

—¿A dónde se dirigen? —pregunta el custodio.

—¡A la sierra de Guadarrama!

Ana y Silas se miran.

—¡Allí es donde está el bastón de Zenón! —informa Ana.

—¿Cómo sabes que está allí? —pregunta su hijo.

—Allí está el lugar sagrado que mencioné antes. Pero ¿por qué se dirigen allí? Está oculto a la vista del hombre —expone contrariado—. Además, es muy peligroso, no sabemos si les están siguiendo.

—¡Erik no existe para los demonios! —aclara Bastian—. Además, es listo, por eso el señor Lavett le envió el cuaderno.

—¡Puede que tengas razón! —dice su madre—. Tenemos que avisarles antes de que esos demonios den con ellos.

—¿Y Dante? —Todos los miembros del grupo se miran entre ellos—. ¡No podemos dejarle solo, es una trampa! —exclama Noah.

—¡Sabrá cuidarse! —exclama Ana masticando sus palabras llenas de angustia.

—¡Apagado o fuera de cobertura! —anuncia el joven volviendo junto a los demás.

—¡Sigue intentándolo, hijo!

—¿Dónde piensas ir? —pregunta Silas.

—¡A la cabaña de Dante! —responde Ana con nerviosismo—. ¡Esperemos verle allí! —concluye mirando a Bastian directamente.

Este asiente.

—¡Id! —exclama el guardián.

—¡Un momento! —interviene Noah alzando su brazo—. ¿Qué pasará con toda esta gente? ¡No podemos dejarlos a merced de esos demonios!

—¡No es la primera vez que ocurre, pero sí que espero que sea la última! —explica Silas—. Dante y su hermano repartieron medallones a todos los habitantes del pueblo tras lo ocurrido el día del nacimiento de Bastian. Los suficientes para proteger puertas y ventanas. Saben lo que viene tras esos cánticos y se habrán protegido. —Ana mira a su hijo y a Noah sonriente y asintiendo, confirmando las palabras del párroco—. ¡Marchad! —concluye.

Ana le propina un abrazo al igual que Bastian. Noah, por su parte, comienza a correr.



A las afueras de Liétor, sobre una colina, se alza una casa centenaria en el centro de la misma. Dicha propiedad es de la familia de Dante. Abandonada desde el nacimiento de su hijo. Varias farolas iluminan la vivienda y varios metros alrededor de la misma. En su interior, se prepara el cazador junto con los guardianes que quedan para ayudarlo. Sobre una mesa, el móvil que le sustrajo a Sara y un walkie-talkie.

—Pase lo que pase esta noche, quiero que sepáis que ha sido un honor pelear a vuestro lado. Llevamos siglos luchando contra el mal, y si sobrevivimos a esta noche, estaremos más cerca de acabar con él —alienta el cazador—. Estad preparados, pueden aparecer en cualquier momento.

En ese instante, suenan unos gritos diabólicos, los mismos que se oían en el pueblo. De repente, la radio que hay sobre la mesa genera unos pitidos metálicos.

—¿Dante? —preguntan al otro lado.

—¡Sí! ¡Te escucho! —responde accionando el pulsador.

—¡Veo movimiento por el lado sur! —informa Miguel desde la cima de una sierra próxima al edificio armado con su rifle. Dante avisa a un par de guardianes para que se aposten en sendas ventanas que dan al sur—. ¿Dante? ¡Están por todas partes! Atentos, ¡ya están aquí! —exclama el soldado. Los demonios entran por las ventanas e incluso por la puerta principal—. ¡Dios mío! ¿Por qué no disparan? —se pregunta preocupado. Automáticamente, recibe un disparo en la cabeza. Junto a él, Isaías se guarda el arma homicida mientras mira en dirección a la casa de la montaña.

En el interior, los hombres que están apostados en todas las ventanas comienzan a cambiar. Los demonios que entran se mantienen juntos. Todos rodean al cazador.

—¡Dios mío! Baldo, ¿por qué? —Las bestias del infierno no dejan de entrar. Dante, en el centro de la casa, mira a todos y cada uno de los hombres que le rodean—. ¡Malditos seáis todos! —Isaías esboza una sonrisa viendo que por fin tiene donde quería a su rival. Este, que sabe que lo tiene difícil, coge un medallón que tiene colgado al cuello como el que tiene Bastian, y de un tirón, se lo quita—. ¡Me necesitáis vivo! ¿No es así? —pregunta mientras se hace un corte en la palma de la mano con el cuchillo que sostiene—. ¡Pues esa es mi ventaja!

Se arrodilla con una pierna apoyada en el suelo con el colgante sujeto a su mano ensangrentada. Con esta, golpea firme provocando una onda de fuerza y luz, que se extiende en un círculo por toda la casa y posteriormente desciende por la colina como una ola, calcinando a todos los demonios. Isaías se cubre la cara por el brillo del haz de luz. Visiblemente enfadado, descarga el cargador de su arma con el cuerpo del militar. Da media vuelta y se marcha maldiciendo entre dientes. Coge su móvil y realiza una llamada.

—¡Señor!

Al otro lado de la línea, Gael.

—¡Dime que lo tenéis! —exclama el jefe de los demonios—. ¡Hemos perdido la opción de Virtu! —informa severo.

—¡La opción de Sara dio los frutos de localizarlo, pero me he quedado sin hombres, señor! —informa sumiso—. Tendremos que cogerle cuando se le agoten los recursos de defensa. ¿Qué quiere que haga ahora?

—¡Vuelve aquí! Acabaría contigo sin despeinarse. —Isaías se muerde la lengua rabioso—. Reúne más soldados y prepara qué decirle a tus hermanos. Ellos encabezarán la marcha de lo que sospecho es la ubicación donde se encuentra el viejo cazador —concluye.

Isaías tiene la mano libre en la cabeza. La llamada finalizó y aún soporta el móvil sobre su oído.

—¡Mis hermanos me quieren muertos! —dice enojado por el miedo que recorre sus huesos—. ¡Prefiero morir por Dante antes de que ellos tengan la oportunidad!

En la casa, las bestias se han convertido en polvo y Dante se recupera del daño sufrido.

—¡Baldo, qué has hecho! —Saca su móvil del bolsillo y lo encuentra destrozado—. ¡Maldita sea! —Mira a su alrededor sujetándose un brazo dolorido y sale de la vivienda mirando al lugar donde estaba apostado Miguel. Gesticula con sus brazos esperando una señal por parte del militar.

—¡Espero que estés bien! —exclama el cazador.

A continuación, comienza la carrera como jamás lo había hecho. En sus pensamientos, la suerte que habrán corrido su mujer, hijo y el resto de los integrantes que dejó atrás horas antes.

Poco después, y tras atravesar una pequeña arboleda, llega a un camino de tierra donde se topa de frente con un grupo de demonios. Sin parar la carrera, saca su cuchillo y secciona la cabeza de todos y cada uno de ellos. Hasta que llega al último, que parece más fuerte.

—¿A dónde os dirigíais?

El demonio comienza a reír a carcajadas.

—¡Pues te lo voy a decir! —responde sonriente—. Vamos de cacería. Vamos tras tu familia.

En ese momento, Dante se lanza sobre él seccionando su cabeza para continuar con la carrera por el camino en el sentido del grupo de la muerte.



Por el mismo camino de tierra, pero unos kilómetros más adelante, el coche de Sara circula a gran velocidad. Al volante Noah, junto a ella Ana y su hijo en la parte trasera. Todos con síntomas de ansiedad y miedo, sobre todo Noah, que de repente frena con fuerza. Frente a ellos, un grupo de demonios. En unos segundos, se ven rodeados por completo.

—¡Estamos jodidos! —exclama Noah aterrorizada.

Vuelve a acelerar atropellando a una gran cantidad de ellos, pero forzando el bloqueo de vehículo y la imposibilidad de avanzar. Bastian mira a su alrededor y ve cómo les vuelven a rodear.

—¡Ahora sí que estamos jodidos! —exclama asustado.

Ana mantiene la compostura consciente de la situación y difícil resolución.

—Bastian, ¿sabes lo que llevas al cuello? —El joven lo acaricia con nostalgia—. Ese medallón se lo dio Dante a Martín para que te lo hiciera llegar. —Se conmueve al recordar a sus padres y comienza a emocionarse—. Es el mismo que tienen los habitantes de Liétor, pero tu sangre lo hace diferente —explica Ana mientras su hijo se seca las lágrimas sin dejar de acariciarlo—. ¡Tengo un plan!

Poco después, los tres miembros salen del coche. Despacio y desarmados, se colocan delante de él iluminados por los faros. Los demonios gritan y se mueven ansiosos de sangre. De repente, una de las bestias salta sobre Ana clavándole sus garras en el pecho. Noah le dispara a la cabeza y ambos cuerpos caen al suelo. Bastian se encuentra paralizado. Los demonios comienzan a caminar en dirección a ellos.

—Haz lo que te he dicho. ¡Hazlo ya! —exclama Ana dolorida.

Su hijo saca un cuchillo de la espalda y se hace un corte en la palma mano. Se arranca el colgante con la mano ensangrentada y golpea el suelo. Como lo hizo su padre anteriormente. La onda expansiva desintegra a todos los demonios a la par que zarandea el coche. Una nube de polvo envuelve la zona.

En el momento del impacto de la mano contra el suelo, una joven se despierta como si tuviera una pesadilla. En una habitación, a oscuras, la chica de pelo largo y cobrizo jadea del susto. A continuación, en el bosque donde hiberna la bruja y en la roca donde descansa, una fisura atraviesa de arriba abajo la piedra, y una luz roja sale del interior por las líneas formadas por la abertura. La intensidad de la luz aumenta hasta el punto de explotar por completo. La silueta de una mujer emerge del interior. Ava ha despertado.

—¡Bastian! —grita Noah.

Este la mira y ella hace un gesto con la mirada al cuerpo de Ana. Noah se aparta y el chico se arrodilla junto al cuerpo de su madre cogiéndole la mano. No es consciente del dolor que sufre con el corte. Solo piensa en ella.

—¡Siento que esto acabe así! —dice Ana malherida—. ¡Teníamos mucho de lo que hablar!

—No, por favor. No hables, te llevaremos a un hospital.

—¡No, dejadme aquí! ¡Huid!

Dante llega a la altura del coche, ve a su mujer en el suelo y se lanza junto a ella.

—¡No!, no, no, no, Ana. ¿Por qué? Dios mío —grita mientras se arrodilla junto a ella colocando su cuerpo sobre sus piernas mientras Bastian se aparta.

—¡Lo siento, amor mío! —exclama Ana dolorida.

Tose expulsando sangre por la boca.

—¡No hables! —exclama mirándole la herida y derrumbándose al ver la gravedad de la misma.

—¡Dante, Bastian! —Mira a cada uno de ellos y les coge la mano—. Quiero que no os volváis a separar jamás. Os necesitáis. Tenéis que acabar con esta maldición. Acabad con todo esto.

Padre e hijo se miran. Bastian se une al llanto de su padre y la emoción le invade.

—¡Madre! Te prometo que acabaremos con esto.

Su padre, emocionado, le posa una mano en su hombro. El chico le responde con la mirada mientras Ana da su último suspiro. Los varones se dan cuenta. Su marido la abraza desconsolado y su hijo mira roto de dolor.

CAPÍTULO VIII

Liétor, Albacete
24 de septiembre de 2015

Los primeros rayos de sol anuncian un nuevo día entrando por las ventanas de la habitación de Ana en casa de Gloria. Dante se encuentra sentado en la cama donde yace el cuerpo de su esposa, acompañado por la madre de esta. Nunca ha sentido un dolor tan intenso. Ninguna pérdida le ha afectado tanto como la de su mujer. Años separados por su seguridad y ahora estaba muerta.

—¡No me lo perdonaré mientras viva! —exclama sollozando.

Gloria sujeta una mano de su hija y mantiene apoyada su cabeza en la cama emocionada al escuchar las palabras del cazador. Este se seca las lágrimas y sale de la estancia. Su hijo, Silas y Noah se encuentran juntos en el pasillo. Todos los miembros reflejan tristeza e impotencia en sus rostros.

—¡Tenemos que ser fuertes! ¡Ellos lo son! —alienta el custodio con entereza refiriéndose a los demonios—. No podemos dejar que el desánimo nos invada. Ahora debemos continuar con nuestro deber.

—¡Ana no tenía que haber muerto! ¡No me la quito de la cabeza! —exclama Dante emocionado.

—¡La culpa es mía! —interviene su hijo abatido y sin alzar la cabeza.

—¡Te equivocas! ¡Tú no tienes la culpa! —corrige el párroco.

Bastian mira a su padre y se acerca. Este le responde la mirada.

—Papá, ¡podemos hacerlo! ¡Debemos hacerlo!

Dante, que su semblante ya de por sí emocionado, abraza a su hijo con fuerza, sintiendo de verdad el calor y cariño que su hijo le presta. Silas y Noah también se emocionan viendo el abrazo.

—Lo que tenemos por delante es una guerra que hay que ganar. Y lo vamos a hacer —alienta el cazador.

—¿Qué hacemos primero? —pregunta Bastian.

—¡Tenemos mucho trabajo! —responde su padre convencido—. Lo primero, recogeremos a tu tío. Después cogeremos el bastón de su escondite e iremos tras Baldo. Pienso arrancarle la cabeza con mis manos.

—¿El escriba? —pregunta su hijo.

—¡Sí!, tiene que dar muchas explicaciones —responde el cazador.

—¡Me niego, Dante! No, no podemos contar con Gastón. ¡Está loco! ¡No le podrás controlar! ¡No está preparado! —exclama Silas exaltado al prestar atención de la conversación.

—¡Lo estará! —responde convencido de sus palabras.

—¿Y qué hay del señor Lavett? —interviene Noah señalando la mochila con el libro.

—A Cristian lo mantendrán vivo mientras no tengan lo que quieren, eso nos dará tiempo, pero tenemos que ser rápidos —explica el cazador.

—Pero no podemos confiar en ningún guardián. Estamos solos. Además, debemos proteger la puerta, saben dónde está —aclara el custodio con preocupación.

—¡Las runas protegen la puerta! Ningún demonio puede pisarlas —informa Dante—. Tú y Noah quedaos aquí. Avisad si veis algo extraño. Nosotros volveremos en cuanto podamos. Silas asiente con la cabeza a las palabras de su amigo.

—Yo le dejaré un mensaje a Erik para cuando pueda leerlo —interviene el joven—. Le diré que se reúna con Silas y les echen una mano, si fuera necesario.

A continuación, el grupo se dirige escaleras abajo cuando la madre de Ana se asoma al pasillo. Ve que no hay nadie y vuelve junto al cuerpo de su hija sujetándole una mano.

—Me dije que no volverías a cruzar mi puerta, pero lo has hecho, aunque sin vida —dice Gloria emocionada—. ¡Ella ha vuelto y necesitan de ti! ¡De mí! —exclama entre lágrimas—. Siento no habértelo dicho nunca por lo que espero que me perdones. Te quiero, hija.

Le posa una mano en la frente y la otra sobre el pecho. Cierra los ojos y comienza a recitar unas palabras en un lenguaje inteligible. Al concluir, un haz de luz oscura emerge de su boca provocando su muerte y derrumbando su cuerpo contra el suelo. A continuación, esa luz se introduce en el cuerpo de su hija convulsionando al instante. El movimiento se detiene. Gloria se consume en polvo y Ana se desvanece.

En las calles del pueblo, varios vecinos se reúnen intercambiando impresiones por lo sucedido la noche anterior. Hay quienes sufrieron pérdidas la noche del nacimiento de Bastian y, por ello, la falta de empatía que mostraban a la solitaria Gloria. Por otra parte, la obligación de guardar silencio por los hechos acaecidos pensando en lo perjudicial que sería para el turismo, pilar importante para la economía de la villa. Solo ellos saben por qué llaman a Liétor el pueblo de las brujas. Un eslogan que atrae a curiosos entre bromas y habladurías, pero con un origen terrible y temible.

Noah abre la puerta de la iglesia para colocar un cartel anunciando que no habrá misa hasta nuevo aviso. Cierra de nuevo y mientras camina en dirección al altar, realiza una llamada telefónica. Al otro lado de la línea, Sánchez.

—¿Qué tienes para mí?

—¡Señor! —Noah traga saliva—. ¡Esto es más gordo de lo que me imaginaba!

—¡Con lo que te pago, no puedes negarte a nada! —exclama severo—. ¿Y Dante? ¿Algún progreso?

Noah camina de un lado para el otro. Nerviosa. Preocupada. Sabe que Dante partirá con su hijo y ella no irá con él. Ni siquiera piensa en el libro. El encuentro con el mal le ha hecho pensar en lo importante que es apoyarse por un bien común.

—¡No sé dónde está!

—¿Qué quieres decir? ¿Te ha dado esquinazo?

—Me ordenó no quitar ojo al libro, y eso hago.

—¿Pero de qué me sirve eso si Dante no hace lo que prometió? —pregunta Sánchez sentado en su despacho—. Necesito que lo encuentres y no te separes de él.

Noah deja que su jefe hable, sin hacer caso a las palabras que escucha por el altavoz, esperando el momento para convencer a su jefe de la gravedad de la situación.

—Señor, Dante no está y por lo que sé, tardará en venir —informa alterada—. Lo que quiero que sepa es que este tema se ha complicado con creces, y necesito apoyo, señor. —El silencio se hace durante varios segundos—. ¿Señor? —La llamada se ha dado por finalizada. Noah mira el móvil maldiciendo. Poco después, vuelve a marcar un número y se coloca el móvil junto al oído.

—¡Soy yo! ¡Os necesito! —exclama Noah—. ¡A todos!

En la parte de atrás del complejo eclesiástico, el joven cazador le propina un fuerte abrazo a Silas.

—¡Te pareces a ella! —exclama cómplice—. ¡Sé fuerte y no tengas miedo!

Bastian le agradece las palabras y agacha la cabeza para mirar a su padre, que le espera en el interior del coche del malogrado Miguel. Se introduce de copiloto y se coloca el cinturón.

—¿Preparado? —pregunta Dante.

—¡Espero estarlo! —responde su hijo.

El cazador esboza una sonrisa que contagia a Bastian. Arranca el motor y se van calle abajo. Silas los ve marchar cuando la direccionalidad de la mirada le hace percatarse de un movimiento inusual en un lugar inapropiado. El hecho en sí le pone sobre aviso y disimuladamente se adentra en el patio sin cerrar la puerta. Tras unos segundos, asoma la cabeza para mirar al lugar del que antes sospechaba y, de repente, un susto le estremece hasta caer al suelo. Ana aparece ante él. Igual que se fue.

—¡Hola, Silas!

Su cuerpo cae a plomo. Quizás por sentirse protegida entre esas paredes o por el shock de verse con vida, su mente se rinde y pierde el conocimiento.



En La Cierva, pequeña y bonita población de Cuenca, Erik está en una de las pocas cabinas telefónicas que se conservan. Estas suelen permanecer en el centro de pequeños pueblos o en las entradas de los mismos y por todo el territorio. Introduce varias monedas y comienza a marcar fijándose en las anotaciones del mapa.

—¡Vamos, cógelo!

—¿Sí? ¿Quién es?

—¡Soy Erik!

—¿Erik? ¡Gracia a Dios! —exclama sintiéndose aliviado de volver a escuchar su voz—. ¿Cómo estáis?

—¡Bien gracias! —responde sonriente—. El poli está un poco gruñón, pero nos vamos conociendo. ¿Tú estás bien?

—¡Sí! No te preocupes —responde cruzando la mirada con su padre—. Siento no haberte llamado antes, pero me quedé sin batería en el móvil y cuando pude cargarlo solo me dio tiempo a leer algunos de tus mensajes.

—¡No te preocupes! Nosotros también estábamos sin posibilidad de comunicarnos contigo.

Bastian sospecha que no fue receptor del mensaje avisándoles de que fueran en búsqueda de Silas.

—¿Dónde estáis?

—¡Estamos en La Cierva, cerca de Cuenca! —responde desilusionado.

—¿Qué hacéis en Cuenca? —pregunta el joven cazador viendo la preocupación en el tono del periodista—. ¿Habéis descubierto algo?

—¡Es una larga historia! —anuncia—. Pero resumiendo: descifré el código de la nota y trataba de una historia entre brujas y cazadores, pero lo interesante es una ubicación en la sierra de Guadarrama. Allí íbamos cuando unos malhechores nos seguían, pero el inspector hizo su trabajo y nos libró de ellos, aunque saliera mal parado.

—¿Está herido? —pregunta mirando a su padre.

—¡Sobrevivirá! ¡O eso espero! —exclama entre dientes—. Lo que me perturba es que una banda organizada de gran poder va tras nosotros. No sé qué quieren. Reventaron la casa de mi abuelo buscando algo que suponemos sea el cuaderno que me envió. Pero lo más extraño es que no mueren cuando les disparas salvo que sea en la cabeza. —Los cazadores cruzan miradas y el mayor de ellos asiente confirmando las palabras de Erik—. Por un lado, parece una peli de zombis, pero con los ojos de color negro. No sé qué tipo de sustancias ingieren, pero dinero sí deben de tener. Después conocimos a una mujer que se hacía llamar Virtu. Dijo que era una de los guardianes y que un tal Dante le encargó que nos vigilara y ayudara si fuera necesario. Descubrimos que era una de ellos y escapamos, pero antes nos había convencido para deshacernos de los móviles dado que podían localizarnos y entre que nos hemos cruzado con poca gente y la cobertura es inexistente por estos lares, aquí me tienes, utilizando una cabina.

Bastian mira a su padre una vez han escuchado la historia de Erik.

—¡Con respecto a vuestros asaltantes y perseguidores, confirmarte que pertenecen a una banda organizada! —expone el joven cazador.

—¡Lo sabía! —exclama el joven Lavett.

—¡Son demonios Erik! —informa Bastian.

Erik, paralizado, busca a Gayarre con la mirada. Este se mantiene apoyado sobre el capó del coche con una mano en el costado. Posteriormente vuelve a la realidad tras escuchar su nombre a través de la línea.

—¡Erik! ¿Estás bien?

—¡Sí, sí! Estoy aquí —responde sin parpadear—. Ahora encaja todo, pero un escalofrío me recorre el cuerpo al recordar que hemos estado junto a unos de ellos.

—Esa tal Virtu, ¿es morena y con un lunar en el cuello? —pregunta el cazador.

—¡Sí!

Padre e hijo se miran de nuevo y su preocupación va en aumento. Erik se extraña de escuchar un tono de voz distinto al de su amigo.

—¿Quién es usted?

—¡Es Dante! ¡Mi padre! Mi verdadero padre —informa con este sonriendo, agradeciendo las palabras de su hijo, reconociendo su estatus.

—¡Me alegro de que consiguieras respuestas! —exclama el joven Lavett—. Tenemos mucho de lo que hablar, pero no creo que tenga suficientes monedas. Queremos poner rumbo a Guadarrama, aunque tengamos que parar a descansar, sobre todo el inspector, que no aguanta mucho tiempo sentado.

Bastian vuelve a mirar a su padre y este niega con la cabeza.

—¡No! ¡Es peligroso! —alerta el joven—. Vosotros id a Liétor. Está en la provincia de Albacete —informa con autoridad—. Buscad al párroco, se llama Silas. Él os mantendrá a salvo y os pondrá al día de la situación.

—¡No! —exclama Erik con enfado—. Mi abuelo está en peligro, ya no me cabe ninguna duda, y ese lugar es la única pista que tengo.

En ese momento, Dante coge el móvil de su hijo.

—¡Cristian no está allí! Estoy seguro de que le tienen retenido en otro lugar —informa con premura—. Te juro que iremos a por él, pero, por favor, hacedle caso a Bastian, sabe lo que hace.

El joven recibe el móvil de su padre y continua.

—¡Mira, tu abuelo ayudaba a mi padre y creemos que está vivo! —aclara convencido—.

Tú hazme caso y ve junto a Silas. Nosotros nos reuniremos con vosotros.

Erik golpea su frente con el teléfono a modo de soltar su impotencia.

—¡Está bien! —exclama sumiso—. ¿Tenéis el teléfono de Silas? —Desde el otro lado le responden afirmativamente—. Pues mantenedme informado de cualquier novedad que tengáis sobre mi abuelo. ¿Entendido?

Dante arranca el motor e inician la marcha. A continuación, Erik cuelga el teléfono y cogiendo aire se dirige al encuentro con el inspector.

—¿Has dado con él?

—¡Sí! Dice de dirigirnos a Liétor —informa decepcionado por ceder a las pretensiones de Bastian—. Hay que buscar al cura. Nos dará asilo —responde apoyándose en el coche decepcionado.

—¿Le has contado nuestra aventura con Virtu?

—¡Sí! —Pasados unos instantes, dice—: Y también me han contado que es un demonio —informa mirando a su alrededor.

Gayarre comienza sonriendo y continúa con unas carcajadas que no contagian a su compañero.

—¿Estás de broma?

—¡No! —responde seguro—. Y los que nos siguieron también lo son. De ahí sus ojos y que soporten impactos de bala. —El rictus del inspector se vuelve serio y contrariado—. Mira, yo no sé cómo va a terminar esto, pero creo que deberías pedir refuerzos.

Gayarre esboza una sonrisa socarrona.

—¡Necesito pruebas!

—¿Qué más quieres?

—¡Quiero saber quién hay detrás de todo esto! —Dirigiéndose a la puerta del conductor—. Averigüemos a qué distancia estamos y vayamos a ver al cura.



En lo alto de un acantilado sobre el mar mediterráneo, un palacete con el nombre de Hacienda de Palafox se levanta al borde del abismo. La propiedad se compone de un edificio principal con varias alturas y de dos laterales de una sola planta, para conformar un complejo en U y habilitando una plaza que sirve de aparcamiento para los vehículos. Dos grandes puertas dan salida y entrada al lugar. La parte trasera está levantada sobre el mismo corte del acantilado formando una unión casi perfecta. Unas pequeñas aberturas en la pared de roca a varios metros por debajo del edificio pertenecen a sendas celdas. El acceso a estas desde el complejo es a través de unas escaleras de caracol que descienden al sótano, embocando en un corredor húmedo y frío. Todas ellas abiertas, excepto una que, a su vez, se mantiene custodiada por un guardia. Varias bombillas iluminan la prisión a la cual accede Isaías junto con un hombre de elegante estampa. Gael. El nombre humano adquirido por Belcebú. En el mismo cuerpo que asedió el Monasterio Blanco tiempo atrás. Un hombre de unos cuarenta años y de rostro serio. Moreno de cabello y piel.

—¡Abre! —ordena Isaías.

En el interior, una pequeña ventana con barrotes muestra la luz de la mañana. Una bombilla parpadeante ilumina al señor Lavett. Está atado a una silla con signos de tortura, permaneciendo inconsciente. Isaías ordena con un gesto al centinela que despierte al prisionero. Tras agitar su cuerpo, comienza a despertar.

—Querido amigo, voy a exponerle el estado de los acontecimientos. —Gael mira por la

ventana mientras inicia su exposición—. Su nieto y ese policía de mierda se dirigen a un lugar en la sierra de Guadarrama, el cual conozco bien y seguramente sea allí donde se encuentre el bastón de Zenón y sospecho que le envié allí porque es el lugar más seguro de la tierra. —Cristian mantiene la cabeza agachada—. Decirle que espero que nos diga dónde encontrar el otro bastón, el de Saturno. Además, le informo que su nieto puede que no pase de esta noche... ¡vivo!

En ese momento, el señor Lavett reacciona violentamente. Intenta desatarse y se mueve con brusquedad intentando liberarse de sus ataduras.

—¡Malditos seáis! —grita enfadado.

—¡Veo que le quedan fuerzas! —exclama sonriente—. Como le decía, Erik vivirá siempre y cuando usted me ayude con la localización exacta del bastón, si no es así, se quedará sin descendencia. —Gael, que en todo momento se mueve en círculos alrededor de su preso, se inclina por detrás de su preso y le habla al oído—. ¡Otra cosa! —Cristian gira su cabeza mirando al demonio—. ¡Le hemos encontrado! —Le da varias palmadas en un hombro y se incorpora para continuar—. ¡Sí!, sabemos dónde tienen a Zenón. No tardaremos en destruirle.

—¡Dante y los suyos os lo impedirán! —dice Cristian enrabiado—. ¡Acabarán con todos vosotros!

El resto de las personas que se encuentran en la celda ríen jocosamente.

—¡Para su información! Le ofrecí su vida por el bastón, pero me temo que aprecia más el báculo que su amistad —informa Belcebú.

—¡Y hace bien! —exclama convencido—. ¡El bastón es mucho más importante que yo!

—Qué poca visión de futuro tiene, señor Lavett. Dante y su hijo, ese Bastian, no pasarán de mañana. Los guardianes ya no existen. Esa es otra novedad que seguro usted no sabía. —Cristian Lavett se desmorona por completo—. Todos estos datos me llevan al inicio de nuestra charla. ¿Dónde está el bastón de Saturno?

El abuelo comienza a reír, viendo una gota de futuro en toda esta historia. Mientras, los demás se miran entre ellos. Gael, enfadado, hace un movimiento con la cabeza y el guardia le propina un puñetazo.

—¡No saldrá de aquí sin que nos cuente lo que sabe!

Cristian escupe sangre. Isaías sonríe y sale tras los pasos de su jefe abandonando la celda.

Minutos después, ambos aparecen en una sala de grandes dimensiones con las paredes pintadas con frescos demoníacos y grandes ventanales. Varios hombres apostados en las diferentes puertas de acceso a la estancia más el que está junto a Virtu, que espera cabizbaja en el centro del salón. Gael llega a su altura mientras Isaías permanece unos pasos por detrás. A continuación, le hacen entrega del dispositivo rastreador con una señal activa.

—¿Es Dante? —pregunta con autoridad. La respuesta es afirmativa con un gesto con la cabeza. Gael también asiente y se acerca a la mujer—. No te mato porque no quiero mancharme el traje con tu sangre. Solo espero que no vuelvas a fallarme. De lo contrario, haré que te partan en dos —dice sin dejar de mirarle a los ojos—. ¡Isaías! —La mirada de este atraviesa el cerebro de Virtu. Ella se aleja unos pasos sin levantar la cabeza.

—¿Señor? —pregunta el lacayo.

—¡Esta señal lleva hasta el cazador! —Le muestra la pantalla un instante y se la entrega—. ¡Prepara un grupo y consígueme el bastón! Que se la lleven también. —Con un gesto señala a la chica.

Isaías asiente a uno de los guardias y este sujeta del brazo a Virtu, dirigiéndose a la

salida.

—¡Tú, prepárate para recibir a tus hermanos! —informa Gael.

—¡Señor! —exclama con la cabeza gacha—. No he dejado de pensar en ello desde que me trasladó la idea. Hace mucho tiempo que no...

Gael le interrumpe.

—Id a la última señal que tenemos de Abdón y mantenme informado.

Isaías duda unos segundos, recapacitando.

—¡Señor, me quieren muerto!

—¡Son los primeros en pisar este mundo! —dice su jefe—. ¡Su sed de sangre los hace imparables! ¡Y no se detendrán ante nada ni nadie! —sentencia Gael.

Isaías hace un gesto afirmativo e inicia la marcha.

No muy lejos de la hacienda, un barco termina de atracar en un pequeño muelle de madera de una isla situada en un pantano. Un hombre de unos treinta años, visiblemente nervioso y ataviado con un chubasquero de color verde, baja del barco y se dirige por una estrecha senda de tierra que le conduce a una zona poblada de unas pocas casas de piedra grisácea y de una sola planta.

Camina directo a la única que desprende rayos de luz por sus ventanas. Varias mesas están ocupadas por personas con cara de odio y maldad. El lugar parece una antigua taberna. Varias mesas con sillas rodean una barra en forma de U.

—¡Busco a Nathaniel! —se atreve a decir.

Todas las personas allí presentes se miran entre sí. La escena parece sacada de una taberna de piratas por sus ropajes de otra época. Al final de la estancia, se abre una puerta de la que sale un hombre fornido, alto y con melena.

—¡Yo soy a quien buscas!

El mensajero se acerca inquieto y le entrega una carta. Nathaniel la abre tirando el sobre y la lee mentalmente. Al acabar, mira al resto de miembros de la sala sonriendo.

—¡Alguien quiere vernos! —anuncia sorprendido y en voz alta—. Sabrás sacarnos de aquí, ¿verdad? —pregunta mirando después al mensajero.

Este ha incrementado su nivel de nerviosismo.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Acompañenme! Hay un barco esperando —responde tartamudeando.

Todos los integrantes del lugar se levantan y parten tras Nathaniel y el mensajero que salen por la puerta hasta llegar a la orilla de la isla. El joven asustadizo se adelanta unos pasos y extrae un libro del interior del chubasquero, buscando una página marcada mientras el líder manda parar levantando la mano varios pasos atrás. Expectantes, ven cómo el chico lee unas palabras en latín cuando una línea blanca dibujada sobre el contorno de la costa se alza elevando una cortina invisible anteriormente. Al desaparecer, todos los allí presentes gritan de alegría y júbilo.

—¡Libres! Y todo gracias a ti, jovenzuelo. —Le propina un empujón a modo de felicitación y posteriormente le parte el cuello con un movimiento rápido—. ¡Es la hora de cobrar nuestra deuda!

El grupo vitorea mientras él mira al horizonte respirando profundamente al sentir que ha escapado de su prisión.

Una hora más tarde, en la plaza central de la hacienda, dos furgonetas negras llegan una detrás de la otra. Cuando paran motores, descienden todos los miembros de la comitiva con Nathaniel a la cabeza. Isaías aparece por la puerta con rostro serio y saludando con un gesto

con la cabeza.

—¡Hermanos! Sé que os prometí sacaros de aquel agujero hace más de cien años, pero las reprimendas, después de hacer el trabajo —informa con algo de nerviosismo—. Preparados para ser los responsables del inicio de la oscuridad en la tierra. Vosotros sois los elegidos. Vosotros y un servidor, juntos, reinaremos por siempre jamás.

Los recién llegados ríen a carcajadas mirándose unos a otros. Isaías no sabe dónde meterse, se ve inferior a todos ellos y sabe que él tiene la culpa de su encarcelamiento en vida.

—¡Querido hermanito! —exclama sonriente Nathaniel mientras abraza a Isaías—. ¡Tan lejos y tan cerca! ¿Verdad? —Aprieta con fuerza el cuerpo de hermano—. ¡Si no has muerto cuando acabe todo esto, te mataré yo o cualquiera de ellos! —informa señalando al grupo.

Nadie dice nada, ni siquiera gesticulan. Solo quieren que llegue el momento. Pasan por delante de él introduciéndose en el edificio con la mirada clavada en Isaías, que, con la cabeza gacha, intentando tragar saliva por el mal momento por el que está pasando y sabedor del cumplimiento de la palabra de su hermano.

CAPÍTULO IX

Liétor, Albacete
25 de septiembre de 2015

El reloj de pulsera de Silas marca las 04:23 de la mañana. Hace una noche fresca, pero a él le viene bien para permanecer despierto. Asomado a una de las ventanas de su dormitorio, espera a que Ana despierte. Varias son las miradas que le lanza pensando cómo es posible que haya resucitado. Unos minutos más de espera y la mujer comienza a retorcerse sobre el colchón. Abre los ojos y lo primero que ve es a Silas sentado junto a ella.

—¿Has dormido bien?

—¡Creo que sí! —responde cogiéndole una mano—. ¿Es tu cuarto? —pregunta mirando a su alrededor.

—¿Se nota?

Ambos sonríen.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—¡Son las cuatro y media de la madrugada! —informa mirando su reloj—. Serán unas veinte horas. —Le sonríe brevemente. Tiene que preguntárselo porque la ansiedad comienza a apoderarse de él—. ¿Qué ha pasado? ¿Cómo es posible?

—Créeme si te digo que me acuerdo de todo. —Ana comienza a dar explicaciones mientras se sienta en la cama—. Es inhumano. Un dolor indescriptible. Recuerdo cómo me clavó sus garras hasta el momento que me desperté esta mañana —expone consternada—. Era en un lugar del cual no recuerdo haber estado jamás, pero ahora tengo sensaciones de haber caminado por aquellas tierras. Está en la vega, cerca del pantano. Era un claro rodeado de piedras, como las ruinas de una aldea. Se hacía llamar Munda. O eso dicen mis pensamientos ¿Te suena de algo? —pregunta sin obtener respuesta. Tras unos segundos de silencio, traga saliva—. ¡Mi madre era una bruja! ¿Sabes?

Silas asiente confirmando una de las pocas opciones que entendía como válida para ver a su amiga de nuevo respirando.

—Desde antes de venir a este lugar, sabía de la existencia de brujas. Sabemos de la existencia de Ava, pero no de que quedase ninguna más —aclara el custodio.

—¡Jamás me dijo nada! —dice melancólica recordando a su madre—. Ahora me siento como si no fuera mi cuerpo.

Silas le vuelve a coger la mano.

—¡Tu madre se sacrificó por ti y creo que te dio algo más que su vida! —dice el párroco convencido.

Ana se levanta inquieta y comienza a andar de un lado a otro de la estancia.

—Eso no es lo que me preocupa, es como si lo supiera desde siempre. —Ana extiende su mano y de la palma emerge una llama de fuego—. Lo que realmente me asusta es mi familia.

Ambos bajan su mirada cuando unos golpes les alertan.

—¿Esperas a alguien? —pregunta Ana con preocupación.

—¡El nieto de Cristian y el policía que le acompaña! —informa el párroco—. ¡Espera aquí, ahora vuelvo!

Silas sale de la habitación cerrando tras de sí y dirigiéndose con paso firme al patio trasero donde esperan lo nuevos inquilinos. Una vez allí, continúan los golpes a la puerta. El guardián abre, y, tras ella, les esperan Erik y Gayarre.

—¿Silas? —pregunta el más joven.

—¡Pasad! —responde el párroco apartándose de la entrada. Una vez dentro, dedica una mirada al exterior. A continuación, cierra la puerta y saluda con un gesto con la cabeza, el cual es correspondido. Gayarre continúa convaleciente por las contusiones sufridas por el accidente con los demonios y su rostro denota dolor—. ¿Estás bien?

—¿A usted qué le parece? —responde quejándose de un costado.

—Sufrió un accidente de tráfico cuando unos demonios intentaron raptarle —informa Erik—. Llevamos muchas horas en carretera y se ha resentido.

—¡Acompañadme! Podréis asearos y luego comer algo.

—¡Necesito respuestas, padre! ¿Qué sabe de mi abuelo?

—De momento, poneos cómodos y comed algo, él tiene que descansar —dice señalando a Gayarre—. Veré de darte algo para el dolor. Por aquí, por favor. —El anfitrión señala el camino a seguir.

En el dormitorio de Silas, Ana está sentada en la cama con los ojos cerrados. Concentrada. Un aura de luz azul le envuelve por completo. Abre los ojos y se asusta al ver su cuerpo iluminado. De repente, el suelo tiembla y posteriormente el edificio. Los recién llegados, junto con su anfitrión, notan el temblor. Los tres se encuentran en un pasillo del piso interior donde se disponen dos habitaciones.

—¡Vamos, no me jodas! —exclama Gayarre agarrándose el costado mientras se apoya en una pared.

Silas mira hacia arriba pensando en Ana mientras se genera polvo cayendo del techo.

—¿Son muy frecuentes los terremotos en esta zona? —pregunta Erik preocupado.

—¡No, no es normal! —El temblor cesa y Silas termina de acompañarlos—. Aquí os podéis alojar. Hay un baño con una ducha al final del pasillo. Yo veré a ver si ha habido daños.

El cura se aleja mirando hacia arriba mientras los viajeros entran en sus habitaciones. Poco después, el párroco llega a su dormitorio y ve a Ana de pie frente a la ventana llorando. La luz azul no la envuelve.

—¿Has sido tú? —pregunta con nerviosismo—. ¿Qué ha pasado?

—¡No lo puedo controlar! He intentado conocer mi poder y por poco nos hundimos.

—¡No te preocupes, Ana! ¡Todo a su debido tiempo! —Se acerca a ella y le da un abrazo—. ¡No salgas de la habitación! Yo te traeré algo de comer.

—¡No puedo permanecer aquí por siempre! —exclama disgustada.

—¡Lo sé! Y te entiendo, pero sabes en qué situación estamos y debemos esperar a Dante y a los demás —explica el varón.

En ese momento, Ana se aparta de él y vuelve a llorar sentada en la cama.

—¡Déjame sola! —Silas hace la intentona de acercarse y ella le levanta una mano—. ¡Por favor, necesito pensar!

El custodio acepta la propuesta y se marcha dejándola en su soledad.



Es media mañana cuando el vehículo conducido por Dante se detiene tras un largo viaje y

sin apenas descanso salvo para avituallarse. Su conductor desciende del mismo mientras que su hijo le mira cómo avanza unos metros frente a él. Un muro de algo más de un metro de alzada sirve para que el cazador detenga su paseo y se siente divisando el horizonte. Bastian baja del coche y se dirige junto a su padre.

—¿Qué hacemos aquí?

—¡Esta es una de tantas panorámicas de la ciudad! —responde sonriente—. ¡Hace mucho que no vengo por aquí!

—¡No tenemos tiempo que perder!

—¡Tu tío no irá a ninguna parte! ¡Tan siquiera sabe que vamos en su búsqueda! —dice Dante respirando profundamente.

—¿Dónde está?

—¡Ya lo verás! —responde—. ¡Aquí hay una orden cristiana con la que colaboramos desde el principio de nuestra maldición! —expone—. ¡Ellos cuidan de Gastón!

—¿Desde cuándo no le ves?

—¡Desde que naciste! —responde—. Desde que naciste... —suspira con melancolía. Bastian no sabe qué decir. No puede soportar el peso de pensar que ha sido él el motivo por el cual no se han visto desde hace más de veinte años. Padre e hijo cruzan miradas. Dante ve la desolación en los ojos de su hijo y se incorpora posando una mano en su hombro. Gesto que agradece el joven—. ¡No te preocupes! ¡Vamos!

Ambos se introducen de nuevo en el coche y emprenden la marcha dejando atrás el mirador del valle de Toledo. Unos kilómetros más adelante llegan a su destino. Un monasterio. El complejo se compone de varias plantas. De forma rectangular y amplios jardines en su parte delantera y trasera. El joven mira la fachada mientras sale del vehículo.

—¿Qué es este lugar?

—¡Para mi hermano, su retiro!

Entran en el edificio y se detienen en la recepción. Tras una pequeña ventana, un joven monje está buscando algo en el interior de un armario empotrado en la pared.

—¿Puede ayudarnos? —pregunta Dante alzando la voz.

El chico levanta la cabeza y se dirige a la ventana.

—¡Buenos días! —exclama cortés.

—¡Buenos días! —responde Dante. Bastian, con nerviosismo, asiente la cabeza—. Venimos en búsqueda de Gastón.

El fraile se sienta al escuchar el nombre. Comienza a respirar agitadamente.

—¡Un momento! —Descuelga un teléfono ante la mirada de padre e hijo—. ¡Vienen a ver al cazador! —Segundos después, cuelga de nuevo—. Un hermano los acompañará.

Dante asiente y se separa del mostrador. El joven monje se santigua y comienza a rezar en voz baja.

—¡No tengas miedo, lo huele! —informa el padre a su hijo—. ¡Es tu tío, tu sangre, no te hará nada!

Breves instantes después, aparece un chico con sus hábitos.

—¡Por aquí! —informa señalando el camino.

Los tres abandonan el hall y se adentran en las instalaciones. Tras unos metros de duda, y esquivando a varias personas, el guía rompe el hielo.

—¡No sale de la habitación! Puede irse cuando quiera, pero se niega a hacerlo —explica con algo de nerviosismo—. Respetamos su decisión puesto que lleva aquí más tiempo que muchos de nosotros —expone mientras bajan unas escaleras—. Hay quien dice que le han

visto con los ojos en sangre.

Bastian mira a su padre, que esboza una sonrisa.

—¿Hay algo que no me has contado?

—Gastón perdió a su mujer el mismo día que naciste tú. Se llamaba Inés. —La cara del joven se descompone—. Juntos ayudaron a Martín y Cristina a salir del pueblo y ella murió. Inés estaba embarazada.

—¡No querrá verme! —exclama deteniendo la marcha.

—¡No te hará nada! Lo prometo. Vamos —aclara volviéndose hacia a su hijo—. Mira, Gastón se volvió loco. Esa esquizofrenia le hizo más fuerte y más peligroso —expone el cazador—. Desde entonces está aquí. Por voluntad propia —informa con tristeza—. No necesita armas, tiene sus manos. —Dante muestra sus propias manos—. Y espero que las utilice.

Bastian no sabe qué decir ante la exposición de su padre. El guía, que se había adelantado unos metros, abre la puerta y se aparta con rapidez. Gastón, algo menor que su hermano, pero mucho más alto y corpulento. De pelo largo y rizado al igual que su barba. Parece que lleva años descuidando su aspecto. El cazador espera con la cabeza apoyada en la pared, cuando por la puerta aparece Dante y su hijo. En ese momento, abre los ojos y comienza a sonreír. La habitación tiene una ventana, pero bloqueada por un tablero de madera, una cama pequeña y una bombilla colgando del techo.

—¡Es la hora, hermano!

Este se gira y mira fijamente a su sobrino.

—¡Qué grande está! ¡Se parece a ella!

Su sobrino se descompone a recordar a su verdadera madre y Dante traga saliva.

—¡Ana murió anoche!

—¡Joder, Dante! ¿Cómo has dejado que muriera? —pregunta como si fuera el rugido de un oso enfurecido.

—¡La culpa es mía! —exclama apenado—. Y no me lo perdonaré mientras viva —dice dando por finalizado el tema de su mujer—. ¡Todo se precipita, hermano! Esta historia está a punto de terminar y te necesitamos.

Gastón mira a Bastian y después a su hermano. Camina por la habitación masticando la noticia. Coge una mochila y echa alguna prenda.

—¡Me tiene miedo! ¿Está preparado? —pregunta señalando con la cabeza al joven mientras recoge sus pertenencias. Algo de ropa y una foto de su pareja.

—¡No hay tiempo que perder, aprenderá sobre la marcha!

En ese momento, se encara con su hermano.

—¡Llegado el momento, no me pararé para protegerle! ¡No miraré atrás! ¡No hasta arrancarles la cabeza a todos y cada uno de esos malditos demonios o hasta que yo muera! ¿Entendido?

A continuación, sale de la habitación. El joven muestra síntomas evidentes de preocupación.

—¡Le necesitamos, no te preocupes! ¡Estás conmigo! —exclama Dante.

Gastón está esperando en la puerta exterior y respirando profundamente. A su lado llegan su hermano y sobrino.

—¿Por dónde empezamos? —pregunta el nuevo integrante de la marcha.

—¡Vamos por el bastón de Saturno! —informa Dante.

—¿Tienes la agenda?

—¡Sí!

Gastón asiente y sigue los pasos de su hermano dirigiéndose al vehículo.



El reloj del ayuntamiento de Liétor anuncia las dos de la tarde cuando Ana, vestida con ropa de hombre y cargada con una mochila, se dispone a abandonar la casa por donde entró días atrás. La hora de la comida es un buen momento para pasar desapercibida mientras escapa del pueblo. Silas sale a su encuentro vestido de calle antes de abandonar el edificio.

—¿No puedo convencerte?

—¡Lo siento! ¡Tengo que hacerlo! —informa Ana—. Volveré al lugar donde desperté. Creo que es donde debo estar. Necesito conocerme y aprender de ello. Espero que respetes mi decisión de no decirles nada. Cuando esté preparada, volveré.

—¡Puede que nos vengan bien tus...!

—Sé lo que quieres decir, pero puede ser peligroso para todos. No sé hasta dónde alcanzan y ni siquiera si los puedo controlar —aclara Ana interrumpiéndole.

Le propina un beso en la mejilla y se aleja unos pasos tras la puerta.

—¡Me alegro de verte viva! —exclama sonriente.

Ana le dedica una sonrisa y se marcha tapada con la capucha de la sudadera que lleva puesta. Silas le sigue con la mirada calle arriba cuando una voz le llama.

—¡Padre!

El cura se da la vuelta y entra en el patio, cierra la puerta y sonríe a Gayarre, que viene en su búsqueda.

—¿Quién era?

—¡Una vecina que me pedía consejo!

—Le pagarán bien, ¿no?

Silas esboza una sonrisa.

—¿Cómo te encuentras?

—¡Me duele si me muevo!, así que no tardaré mucho en volver a la cama, solo he bajado a comer algo. —Medita unos instantes—. Le agradezco lo que está haciendo por mí. Por nosotros.

—Créame si le digo que es por el bien de todos —aclara sujetando un brazo del inspector—. Os necesito en forma para lo que está por venir.

—¿Qué quiere decir, padre?

—Dígale a Erik que baje —ordena este—. Prepararé algo de comer.

El inspector se preocupa por lo que acaba de escuchar. Su experiencia le dice que no es nada bueno.

La cocina está situada en la planta baja del edificio. En una pared, un mueble de ladrillo y azulejos configura la zona de cocinado y almacenaje. Una vieja nevera y una mesa con un juego de sillas junto a la ventana que da al patio. Lo culminan dos puertas de entrada y salida a diferentes puntos del complejo. El inspector bebe un vaso de vino sentado en la mesa mientras Silas comienza a colocar platos sobre la misma. Ambos hacen tiempo hasta que Erik aparece cuando Noah entra en la estancia. Gayarre se incorpora apuntándole con su arma y ella hace lo mismo.

—¡Tranquilos! ¡Estamos en el mismo bando! —exclama el párroco apaciguando los ánimos. En ese momento accede a la cocina Erik, que mira extrañado a la mujer—. ¡Estos

son Erik y Gayarre! —señalándolos por su nombre—. ¡Ella es Noah! —Todos se saludan con un gesto con la cabeza—. ¿Has podido descansar? —pregunta al más joven del grupo.

—¡Sí! —responde sentándose junto al inspector.

Noah coge un trozo de pan que hay sobre la mesa y vuelve por donde ha venido.

—¡Seguiré con la guardia! —exclama antes de salir de la estancia.

—¿Está de guardia? —pregunta Gayarre extrañado.

Silas asiente y el policía le mira atentamente sorbiendo de su vaso.

—¿Qué sabéis de Zenón? —pregunta con autoridad—. En la nota que he encontrado en el interior del cuaderno le mencionáis juntos con otros nombres, pero quiero saber si tenéis alguna información de él en concreto. —El joven Lavett mira a Gayarre sin entender el motivo de la pregunta ni el tono—. ¿Esa demonio os ha hablado de él? ¿Os ha preguntado algo sobre Zenón? ¿Ha mencionado su nombre?

—¿Todos los curas tienen tu mala hostia? —pregunta Gayarre levantándose de su asiento y encarándose con él.

—¡Le respondo que no a todas sus preguntas! —exclama Erik con nerviosismo.

Silas cierra los ojos y gesticula con la cabeza.

—¡Os pido disculpas! —exclama juntando sus manos—. Soporto mucha presión estos días y la he dejado salir. Perdonadme.

Los invitados se miran asintiendo y Gayarre se vuelve a sentar.

—¿Tiene algo que contarnos? —pregunta Erik sabedor de que Silas guarda mucho en su interior.

El custodio coge aire, se sienta y bebe un poco de vino de su vaso.

—Para empezar por el final, y siendo sincero, el cuaderno de Lavett no arroja nada que no sepa —expone desilusionado—. He leído la nota donde transcribiste el código numérico y es donde me quiero centrar.

—¡En ningún momento mi abuelo habla de los demonios! —dice extrañado—. Creo que sí sabía de su existencia, pero no lo reflejó en su cuaderno.

—A eso no tengo respuesta, pero sí te digo que los comanda uno de los príncipes del infierno y que este último camina entre nosotros. —Erik y Gayarre se miran preocupados—. Por lo que sabemos, los demonios quieren acabar con Zenón. Estos caminan por la tierra desde hace más de cuatrocientos años. Sin descanso, destruyen vidas y los sueños y futuro de estas. Dante y su linaje les han hecho frente mientras han podido a la par que ocultaban su identidad. —Silas pausa su intervención mientras se incorpora de su asiento—. Desde hace unos años, busca una ubicación donde se cree que está la mujer que inició todo esto. Existe un libro del cual no podemos averiguar nada porque no podemos leerlo, solo tu abuelo puede, aunque creo que está conjurado. —Erik recuerda que está desaparecido y se viene abajo—. He de ser sincero con vosotros porque tenemos que estar unidos. ¡Os voy a confesar algo! —Silas termina de servirse y sentándose en una silla—. ¡Esta iglesia es la prisión de Zenón!

—¿Me está diciendo que sigue vivo? —pregunta el joven sorprendido.

—¡Sí! Y yo, como mis antecesores, soy el custodio —informa el guardián—. Bajo vuestros pies, hay una cueva donde permanece esposado a unos grilletes, llamémoslos mágicos, que lo mantienen con vida.

—¡Me huele que hay algo más! —apresura a decir Gayarre.

—¡Saben dónde está! —exclama Silas mirando su vaso.

Erik y Gayarre vuelven a cruzar miradas.

—¿Qué quiere decir? ¿Que esos demonios saben que Zenón está aquí? —insiste Erik con el interrogatorio.

—¡Sí!, y seguro que vendrán.

—¿Por qué no llama a la policía o al ejército? —pregunta el inspector.

—¡No nos creerían! —responde—. ¡Esta es nuestra lucha y debemos hacerle frente! —concluye el custodio.

—¡Yo le creo! —responde el oficial.

—¡Inténtelo! Pero tenemos que estar preparados.

En ese momento, Silas abandona la cocina, Erik mira a Gayarre y este le devuelve la mirada. Los nervios comienzan a aflorar.



En el gran salón de la Hacienda de Palafox, Gael está sentado en un sillón. Con una copa de vino en la mano, contempla un cuadro de su propia figura pisando el torso del arcángel Miguel derrotado en batalla. Un guardia aparece por una de las puertas de acceso a la sala llegando a la altura de su jefe.

—¡Señor! Su invitado está esperando —informa al oído.

—¡Que pase! —ordena este.

El guardia asiente y vuelve tras sus pasos sin cerrar la puerta por donde hizo su aparición. Unos segundos después, aparece de nuevo con Baldo tras él. El anciano escriba tiene el semblante serio y algo dubitativo. Su guía le hace un gesto dirigiendo su paso hasta otro sillón situado frente al cuadro donde Gael espera.

—¡Hemos perdido el bastón! —expone tranquilo sin saludar a su invitado y sin siquiera mirarle—. Y creo que no podemos recuperarlo si los matamos a todos —explica convencido—. Estoy seguro de que el siguiente paso eres tú —concluye su exposición mirándole fijamente.

A Baldo le recorre un escalofrío por todo el cuerpo.

—¿Y qué propone? —pregunta inquieto.

—¡Quiero comprobar hasta qué punto estás conmigo!

—¿Qué quiere que haga? —pregunta con un nerviosismo patente.

—¡Quiero que los esperes en tu casa! ¡Quiero que les digas todo lo que quieran saber! ¡Y quiero que los traigas ante mí! —responde Gael autoritario.

—¿Y si acaban antes conmigo?

Gael se levanta del sillón, con la copa de vino en la mano rodeando a Baldo para hablarle al oído.

—¡Si te matan, mis hombres actuarán! —Se incorpora y se acerca al cuadro para seguir observándolo—. Haz lo que debas, pero tienes que traérmelos. —Gael vuelve a beber se su copa, y pasados unos instantes, le vuelve a mirar—. ¡Hemos terminado! —Baldo se levanta de su asiento y se aleja unos pasos—. ¡Ah! —exclama obligando al escriba a detenerse y mirarle pendiente—. ¡Si te vuelvo a ver y no tengo delante a los descendientes, te quemo vivo! —concluye Gael sin dejar de mirar la imagen pintada.

Baldo abandona la estancia escoltado por el guardia y manteniendo su cabeza gacha sumiso y sumido en el infierno al cual ha sido arrastrado por Gael.



El coche conducido por Dante circula a gran velocidad por una autovía que les conduce al sur. Sin parar para comer ni descansar y tras muchos kilómetros de carretera, llegan a su destino. La noche está presente y varias farolas iluminan un aparcamiento amplio y solitario a excepción de un vehículo perteneciente a una empresa de seguridad privada. Del coche sale un hombre que se dirige al encuentro del trio familiar. Frente a ellos, un edificio acristalado y de una sola planta ocupando el ancho de la zona de aparcamiento.

—¿Lo escondiste aquí? —pregunta Gastón incrédulo.

—¡No hay mejor lugar! —responde su hermano—. ¡Ginés me debía una y el propietario dos!

La conversación entre hermanos provoca que Bastian despierte. Su tío aprovecha el momento.

—¿A cuántos te has cargado ya? —pregunta mirándose las manos. El joven se acomoda en el asiento mirando por la ventana cómo el hombre se acerca—. ¿Te repito la pregunta?

El chico presupone recelo hacia su persona por lo que le ocurrió al nacer.

—¡No me dio tiempo a contarlos, pero unos quince! —contesta serio.

—¿Cómo lo hiciste? —vuelve a preguntar su tío.

—¡Con el colgante!

—¿Se lo enseñaste tú? —pregunta Gastón a su hermano.

—¡No, fue mi madre! —exclama el joven adelantándose a la repuesta de su padre—. Antes de morir, me dijo cómo usarlo.

Gastón mira a Dante, que le devuelve la mirada. Unos instantes después, se le cae una lágrima de dolor. El mayor de los hermanos decide salir del coche para encontrarse con el guardia de seguridad del edificio en cuestión seguido por Gastón. De baja estatura, rechoncho y con alopecia patente en su cabeza. Porta un cinturón con una linterna y una porra. Bastian espera unos instantes para secarse las lágrimas de emoción derramadas y salir al exterior.

—¡Hola, Ginés! —exclama Dante abrazándose—. No hace falta que haga las presentaciones, tenemos prisa.

En ese preciso instante, varios coches y otras tantas furgonetas entran a la zona de aparcamiento.

—¡Nos han encontrado! —exclama el cazador.

—¡Por fin! —dice su hermano sonriente.

Dante abre el maletero mientras cientos de demonios les rodean.

—¡Coged lo necesario! —aclara—. ¡Esta parte no te concierne, Ginés! Y no puedo dejar que te pase nada. Entra en el coche y espera el momento.

El guarda asiente con nerviosismo y se introduce en la parte trasera del vehículo. Mientras tanto, Bastian coge un cuchillo de grandes dimensiones. Su padre coge medallones y sus cuchillos, y Gastón hace ejercicios con sus manos y dedos descargando tensiones. Los tres esperan la llegada de la horda. Entre la multitud, Virtu se hace hueco para colocarse en primera línea.

—¡Hola, Dante! ¡Veo que haces bien tu trabajo! —Mirando al chico con lujuria—. ¡Lo digo por el joven!

—¡Zorra maldita! —exclama Gastón enfadado.

Dante, viendo el inicio de la inminente pelea, se dirige a su hijo.

—¡Quédate detrás de nosotros! Si llega el momento, tendrás que matar. ¿Entendido?

—¡Entendido! —responde con seguridad.

—¡A por ellos! —ordena Virtu.

Dante lanza varios medallones impactando con otros tantos demonios. Otros se abalanzan sobre Gastón, que lanza puñetazos desmembrando a sus víctimas. El joven espera con nerviosismo su momento mirando alternativamente a ambos cazadores. Gastón acaba con los que se encuentra con un simple puñetazo. Dante decide utilizar los cuchillos y lo hace con habilidad y sin oposición por parte de las bestias. Virtu se ve obligada a retroceder desapareciendo de la vista de sus presas. La lucha es sangrienta. Unos últimos encuentros y los cazadores hiperventilan en el centro del con sus cuerpos en tensión y ensangrentados. No queda nadie, excepto Virtu, que aparece saltando sobre el coche y posteriormente sobre Bastian haciéndole caer. Los hermanos corren hacia el joven mientras que Virtu saca a rastras a Ginés.

—¡Entregadme el bastón o acabo con él! —exclama el demonio con una mano como garra sujetando el cuello de su víctima.

Los cazadores se detienen a pocos metros del coche mientras Bastian se incorpora sujetando con fuerza su cuchillo. Respira agitadamente y su ritmo cardíaco se acelera. Su padre le mira preocupado y su tío sonríe.

—¡Ahí viene! —exclama este en voz baja.

De repente, Bastian desaparece y aparece tras Virtu posando su rostro junto al de la mujer que no da crédito a lo que está sucediendo. Ni siquiera nota el cuchillo clavado en su cuerpo.

—¡Esto por mi madre! —exclama con rabia.

Extrae el cuchillo y Virtu cae. Ginés se aparta al verse sin la oposición de ella y mira a su salvador. El rostro de Bastian es de cazador.

—¡Eso es lo que quería ver! —exclama Gastón.

—¡Es de los nuestros! —exclama orgulloso su padre—. ¡Bien hecho, hijo, bien hecho! —le felicita golpeándole en un hombro.

El joven sonríe a su padre cuando cae desmayado.

—¡Hijo! —Dante se arrodilla junto a él.

—¿Cómo lo ha hecho? —pregunta el guardia.

—¡Como se te ocurra contar lo sucedido te arranco...!

—¡Vale, vale! —Ginés gesticula a Gastón asustadizo.

—¡Ha descubierto su poder! —aclara su padre.

—¡La verdad es que no me imaginaba que fuera capaz de tal cosa! —expone su tío.

—¡Te dije que aprendería sobre la marcha! —Ambos ríen a carcajadas. Risas de emoción y orgullo cuando Bastian comienza a despertar—. ¡Tranquilo, hijo! ¡Respira! ¡Respira! Eso es. No pasa nada. Estamos aquí contigo.

En ese momento, todos los cuerpos caídos se consumen en un fuego de combustión instantánea convirtiéndose en cenizas y posteriormente en polvo que desaparece. Solo el nuevo cazador y Ginés miran asombrados lo sucedido.

—¡Lo has hecho bien, sobrino! ¡Pero que muy bien! —interviene Gastón.

—¡No sé cómo lo he hecho!

—¡Yo sí! —informa su padre—. ¡Pero te lo diré luego! Acabemos lo que hemos venido a hacer.

—¡Yo daré una vuelta para ver si hay algún regazado!

—¡Nosotros iremos por el bastón! —anuncia su hermano.

—¡Seguidme! —ordena Ginés dirigiéndose a las puertas de entrada.

Dante obedece mientras su hijo sigue con la mirada a su tío, que se pierde tras el edificio. Ginés abre una puerta tras otra con su tarjeta electrónica. Del hall se dirigen a la primera zona visitable. Restos arqueológicos de la era íbera.

—¡Un momento! —dice Bastian mirando a su alrededor—. ¡Estamos en l'Alcudia!

—¿No te habías dado cuenta? —pregunta Ginés.

—Estaba medio dormido al llegar y con lo de fuera no me había percatado —informa—. ¡Estamos cerca de casa! ¿Por qué lo guardas aquí? Tan cerca de mí.

—¡Por eso mismo, hijo! —responde Dante—. Aquí está vigilado y en su momento y si fuera necesario, yo te lo entregaría a ti porque tú eres su verdadero dueño. —El cazador le informa mientras llega a su altura—. Mi hermano y yo estamos vinculados a él, pero no lo hemos utilizado nunca. No queremos que el poder que otorga nos invada. Queríamos vivir nuestras vidas. Pero tú estás predestinado a él. Por algo que aún no sabes y de lo que también te contaré después, pero si hubiera hecho falta antes, no hay mejor lugar que este para ocultarlo. Créeme.

—¿Seguimos? —interviene Ginés con prisas.

Dante parte tras el guardia y su hijo a continuación. Salen para cruzar por una senda entre los restos descubierto de baños y termas romanas para acceder a un edificio más grande con la palabra «MUSEVM» en un lateral.

En el interior, la sala está dedicada a la era romana que estuvo asentada en la zona. Para ellos, l'Alcudia, o como la llamaban entonces: Colonia Iulia Ilici Augusta, era su lugar de retiro. Generales y altos del consejo romano veían aquellas tierras idóneas para sus últimos años de vida.

Colgado sobre una pared como si de un cuadro se tratase, un mosaico. Ginés introduce ligeramente su mano tras el marco de la estructura y se oye un golpe metálico separando levemente la pieza de la pared. Con fuerza, pero con más cuidado, separa el armazón como si de una puerta se tratara. Al otro lado, unas grandes y fuertes bisagras facilitan su abertura. Todo ello esconde un hueco de tres metros de alto por uno de ancho. Allí, envuelto en tela de lino blanco, el bastón de Saturno. Dante sonríe feliz mientras su hijo ni pestañea. Otro escalofrío recorre su cuerpo.

—¿Lo cojo o vas tú? —pregunta Ginés a su amigo.

—¡Yo lo haré! —interviene con decisión el más joven del grupo.

Su padre se sorprende por el ofrecimiento, pero piensa que es lo más justo.

—¡Adelante!

Bastian se acerca dando pasos cortos y sin dejar de mirar la figura formada frente a él. Estira un poco los brazos y alcanza el báculo. Lo sujeta con fuerza al percibir lo pesado del mismo.

—¡No toques la madera! —advierde Dante—. No sabemos lo que puede ocurrir.

Ginés vuelve a cerrar el lugar donde escondían el preciado artículo.

—¡Tengo que volver a mis obligaciones! —informa el guardia—. ¡Salgamos de aquí!

—¿Y el tío?

Dante levanta el dedo índice a Ginés para que le den un momento y a continuación cierra los ojos. Parece que quiere concentrarse. Su hijo da por hecho que es otra habilidad de la familia y el guardia mira su reloj inquieto.

—¿Diez? —pregunta el cazador sonriente y con los ojos aún cerrados—. ¡Te habrás divertido!

—Varios segundos de silencio acompañados por gesticulaciones que incrementan la ansiedad del guardia.

—¡En serio, tenéis que marcharos ya!

—¡Nos vemos fuera! —concluye Dante—. Vamos, hijo, Gastón, vuelve al coche.

—¿Qué acaba de pasar? —pregunta el joven.

—¡Vamos a dejar que Ginés haga su trabajo y te lo cuento fuera! —responde su padre sonriente—. ¡Hoy estás aprendiendo muchas cosas!

De vuelta a la salida, el joven no quita ojo al bastón. Está deseando sujetarlo y sentir la textura de la corteza entre sus dedos.

—¡No lo hagas! —Las palabras de su padre las oye en su mente. Él camina unos pasos por delante—. ¡Soy yo, tu padre! —Su hijo se detiene en seco—. Ya te dije que te lo contaría fuera, pero veo que quieres coger el bastón y no puedes. Por eso me he atrevido a avisarte. De esta manera me he comunicado antes con tu tío.

Bastian corre hasta llegar al ritmo de sus compañeros y los tres salen del edificio. Dante se despide de Ginés con un abrazo y su hijo no quita ojo de las reacciones de su padre. Ambos se acercan al coche para dejar la vara en el asiento de atrás.

—¿Telepatía? —pregunta el joven.

—¿Ves?, aprendes rápido. Los descendientes de Saturno tenemos la capacidad de comunicarnos sin necesidad de hablar, si se está preparado, claro —expone colocándose cara a cara con su hijo—. ¡Piensa en mí! Vamos, puedes hacerlo. —Bastian cierra los ojos—. No es necesario que cierres los ojos, aunque yo lo haya hecho antes. Solo siente como fluye tu sangre por las venas y una vez que lo hagas, piensa en mí. Cuando lo hagas, háblame.

—¡Padre!

—¡Hijo!

Dante esboza una sonrisa orgulloso de su hijo. Se miran un instante y se funden en el abrazo más sincero y querido que jamás han tenido. Las lágrimas emergen resbalando por sus rostros. Se golpean las espaldas soltando la rabia por perder a Ana y la emoción de estar unidos. Gastón llega a su altura y, respetando el momento, se introduce en el coche. El ruido al cerrar la puerta los devuelve a la realidad. Se separan y se limpian las lágrimas.

—¿Y ahora qué? —pregunta Gastón.

—¡Informaré de las novedades y después iremos a la cabaña!

—¿A Yeste? —pregunta asqueado.

—¡Sí! —responde convencido.

—¡Pues para antes para comer! ¡Es una orden! —exclama Gastón golpeándose una mano con el puño de la otra.

Bastian sonrío ante la advertencia de su tío.

En el edificio eclesiástico, Silas sale de su habitación cerrando la puerta tras él cuando recibe una llamada al móvil.

—¡Gracias a Dios! ¿Estáis bien?

—¡Sí! —responde Dante antes de subir al coche.

—¿Lo tenéis? —pregunta el cura.

—¡Sí! —responde sonriente—. Vamos a esconderlo y descansar un poco. Esperamos llegar por la mañana.

—¡Dile a tu hijo que Erik y el policía están aquí! —informa el párroco—. Ahora descansad, amigos míos, estamos en contacto.

—¡Se lo diré! —exclama—. ¡Escúchame atentamente!

—¡Dime!

—No sé cuándo aparecerán, pero no quiero que arriesguéis la vida. Os necesito vivos. Te necesito con vida —dice Dante.

Silas comprende la preocupación que muestra su amigo porque es la misma que siente él.

—¡Haré lo que pueda, amigo mío! ¡Estamos en contacto!

Ambos dan por concluida la llamada. El custodio medita unos instantes masticando las palabras del cazador cuando reacciona y sale de sus dependencias.

El vehículo de Miguel, con el trío familiar en su interior, transita ahora por una ruta forestal entre Yeste y el Parque Natural de Los Calares del Mundo y de la Sima; ubicados ambos a unos cincuenta kilómetros de Liétor. La marcha es lenta por la fisionomía de la calzada. Llegan a un claro donde el camino concluye y se detienen encarando el coche hacia la izquierda.

—¡Espera aquí! —ordena el cazador a su hijo.

Dante y su hermano bajan del coche y, tras dar varios pasos, comienzan a retirar las ramas que ocultan un nuevo y estrecho camino. Al terminar, vuelven al vehículo.

Un par de kilómetros más adelante, llegan a una vieja cabaña de madera, con un porche y dos ventanas que dan a la fachada principal. Bajan del vehículo y se quedan mirando la casa.

—¡Veo que no ha cambiado nada! —exclama Gastón.

—¡No tengo tiempo de reformarla! —responde su hermano.

Ambas frases con ironía. Sacan sus pertenencias del coche, junto con el bastón de Saturno, el cual sostiene el menor de los hermanos encaminándose después a la entrada.

—¡Es aquí donde nos dirigíamos cuando mamá murió! —informa Bastian nostálgico.

Dante busca la llave en el marco superior de la puerta con nerviosismo al lamentar la pérdida de su mujer. Las palabras de su hijo también afectan a Gastón, que maldice entre dientes, aunque mantiene la compostura. Tras varios intentos, encuentra la llave y consigue abrir. Juntos, entran en la casa. Es un lugar lleno de objetos antiguos, con útiles para la guerra como dagas, espadas y una lanza como la que disponen los ángeles en El Jardín, todas ellas colgando de una pared.

—¡Ahí está el baño, y en esa habitación encontrarás algo de ropa! —informa señalando el lugar y avisando a su hermano—. Va por ti también. —Posteriormente, vuelve a salir de la casa soltando la emoción que se guardaba antes de entrar.

Bastian se dirige al lugar indicado. Allí ve un armario y, colgada, la ropa de su padre. La observa con detenimiento y la acaricia. En lo que parece el salón y la entrada de la cabaña, Dante coloca la agenda sobre la mesa y abre un baúl situado bajo una de las ventanas. El mismo que preparó Odón a sus nietos. De este, extrae una bolsa con medallones y coge un puñado para guardarlos en su mochila. Gastón, que ha visto colocar la agenda mientras apoyaba el bastón en una pared, se acerca y la abre para mirar en su interior. Lo hace despacio y mirando a su hermano que está de espaldas mientras pasa varias páginas hasta detenerse en una en concreto. Sonríe nostálgico al encontrar lo que buscaba. Una foto grupal de los dos hermanos y sus dos parejas. La acaricia y se le cae una lágrima.

Una hora después de su llegada, Dante está en el porche de su cabaña. La noche es cerrada, pero la luz de una lámpara de pared le alumbra en sus pensamientos. Gastón sale del interior y copia la acción de su hermano contemplando las estrellas.

—¿Se lo has contado ya?

—¡No le he dicho nada si es lo que quieres saber! —responde Dante.

Gastón hace un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿No crees que debería de saberlo? —pregunta mirándole—. ¡Está metido hasta cuello! Ya no tienes por qué ocultarle nada.

—¡A su debido tiempo!

Gastón vuelve a asentir repetidamente sin aceptar la conclusión por parte de su hermano. Este es ahora quien le mira.

—¿Por qué tanto tiempo en ese lugar? Me dijiste que sería por una temporada.

—¡No había nada por lo que salir! —responde con convencimiento.

—¡Me tenías a mí! La causa es...

—¡No me hables de nuestro destino! —exclama severo—. Sigo sin haberlo superado. He salido de allí porque quizás no vea el mañana. Esa sí que es una buena causa.

—Me tienes a mí, a Bastian. Cuando todo esto acabe, podemos empezar de cero juntos.

Gastón niega con la cabeza.

—¡Hermano! ¿No ves que solo somos tres? ¿Crees que todo esto acabará sin que haya alguna baja? —Dante mira al horizonte entendiendo y afirmando las palabras de Gastón. Este le propina unas palmadas en el hombro—. ¡Creo que deberías contárselo todo! —concluye dirigiéndose al interior de la cabaña dejando a su hermano compungido al imaginarse tal pérdida.

Bastian sale en busca de su padre que, al verle aparecer, se seca una lágrima.

—¿Qué vas a hacer con el bastón? —pregunta al llegar a su lado.

—¡Lo guardaré aquí! —responde convencido—. ¡Liétor está a menos de una hora en coche y siempre podemos venir a por él! —El joven asiente—. El plan es estar todos juntos en el pueblo y ver qué pasos dar, después de pedir explicaciones a Baldo.

—¿Y qué me puedes decir de los bastones?

—Lo que sabemos viene de lejos, de siglos más bien. Ha pasado de padres a hijos desde entonces, aunque hay lagunas en la historia. —Dante se gira mirando a su hijo y se apoya en un poste del porche—. Los bastones son gemelos y, unidos, forman Validus. Hubo un primer cazador que iba tras la bruja que inició toda esta historia. Este cazador le entregó el bastón a Odón en su lecho de muerte. Su nombre, Sebastián, pero le llamaban Bastian.

—El joven mira a su padre, que le sonríe—. ¡Sí! Te pusimos su nombre porque pensamos en el vínculo entre cazador y bastón —explica convencido—. Por otra parte, Odón era el abuelo de Saturno y de Zenón. —Su hijo atiende las explicaciones de su padre apoyado en otro de los postes de madera—. Odón fue quien sufrió la desgracia de que la bruja poseyese a su mujer para posteriormente buscar sin descanso a la hija de ambos. Blanca se llamaba. Ella es la madre de Saturno y Zenón. El primero desapareció al vincular nuestro bastón a sus hijos mientras que Zenón sigue vivo esperando la llegada de la bruja.

—Pero son dos los bastones, ¿no? ¿De dónde salieron? —pregunta de nuevo.

—¡Del Jardín del Edén! —responde Dante.

—¿Qué quieres decir? ¿Existe de verdad? —Su padre asiente como respuesta—. ¡La verdad es que ya no me sorprende nada! —dice el joven.

—Para tu información, Odón mandó separar a Validus para que cada uno tuviera el suyo. Nosotros venimos de la ascendencia directa de Saturno. El bastón es nuestro, aunque yo ansiaba que jamás supieras de nada de esto —expone Dante sin que Bastian pierda detalle—. Llegado el momento, serás tú su dueño. En el museo te dije que te contaría como o por qué hiciste lo que hiciste con Virtu y la verdad es que las generaciones nos han otorgado un

poder que está en nuestra sangre. Cada uno tiene una habilidad y otras en común. La tuya, la teletransportación. Mi padre nos contaba que el dueño del bastón puede viajar en un instante a lugares que ya había visitado, pero tu poder va más allá. Le has dado otra función y ahora tienes que desarrollarla.

—¿Quizás la rabia fue la causante de hacer lo que hice! —expone el joven.

—¿Quizás no, hijo! ¡Lo es! —dice Dante—. Ahora tienes que controlarlo. Sabes que lo tienes, entiéndelo, aprende a dominarlo.

—¿Saturno tenía poderes? —pregunta el joven.

—¡Sí! —responde convencido—. Saturno volvió de la muerte gracias a Ava. Él intentó quitarse la vida y ella lo resucitó. Al hacerlo le dio parte de su poder, y este ha ido evolucionando con cada generación.

—¿Qué le llevaría a suicidarse?

Dante le mira sin darle respuesta alguna.

—¡La batalla final está cerca, de eso sí estoy seguro! —Vuelven a mirar al horizonte—. Hay muchas cosas que no sabes, pero deberías empezar a saber. Lo primero a utilizar tu poder, lo segundo, la fuerza que te otorga tu sangre. Obviando el bastón, la sangre que corre por tus venas es la fuente de tu poder, con ella puedes hacer muchas cosas.

—El cazador entra en la casa y al momento sale con una daga. Esta, tiene grabado el símbolo del primer cazador en la empuñadura—. Tienes que entender que aquello que creíste ser o pensabas que ibas a ser no será posible. Eres uno de los nuestros. El Bastian de esta noche es el Bastian real. Eres un cazador de demonios.

El joven hace un gesto afirmativo con la cabeza.

—¡Lo supe en el momento de ver morir a mi madre!

—Siento lo que ocurrió. Ana no tenía por qué haber muerto, pero es una carga que llevaremos encima el resto de nuestros días. Y por ella tenemos que estar juntos. —Las lágrimas son patentes en los dos hombres. Unos instantes de tragar rabia e impotencia provocan que Dante le coja una mano a su hijo y realice un corte. Le entrega la daga y el grabado se ilumina—. ¡Ahora puedes cortar cabezas sin esfuerzo!

Bastian nota que no le pesa.

—¡Es ligera! —exclama realizando movimientos con ella.

—¡Ahora lo son! —Pasados unos segundos, su padre continúa con la lección—. Sabes utilizar un medallón, pero lo que no sabes es que jamás debes hacerlo con tus dos manos, podría matarte.

—¡No lo entiendo! —exclama extrañado.

—Hay dos formas de utilizar los medallones: la primera y más fácil es lanzándolas directamente contra los demonios; la segunda, golpeando contra una superficie, como hiciste el otro día, pero nunca, nunca, dando una palmada con ambas manos. La onda expansiva te afectará igual que a los demonios. Su fuerza se multiplicaría por diez, ¿lo entiendes ahora?

Bastian asiente cuando aparece Gastón intranquilo y desesperado.

—Me dijiste que aprendería sobre la marcha y no hace falta que sepa mucho más después de lo ocurrido en el museo, así que vayámonos —ordena Gastón.

—¡Aún no! ¡Saldremos al amanecer! ¡Hay que descansar! El escondite de Baldo está lejos y tenemos que estar descansados, no sabemos lo que nos espera.

—¡El señor Lavett está en peligro! —interviene el menor del grupo—. Se lo prometimos a Erik.

—Utilizaremos a Baldo como moneda de cambio —informa Dante.

—¿Accederán? —pregunta su hijo—. ¡Es como meterse en la guarida del lobo!

—¡Será como bajar a los infiernos! —corrige Gastón.

—¡Si es así, será una carnicería! —dice su hermano.

En ese momento, Dante entra de nuevo en la vivienda y Gastón mira a su sobrino para posteriormente seguir a su hermano cuando se detiene en el umbral de la puerta.

—¡Necesitaremos al Bastian de esta noche! —exclama mirándole de reojo.

A continuación, se introduce en la cabaña cerrando la puerta dejando a su sobrino observando el horizonte y pensando en lo aterrador de cuando intenten el cambio.



La noche cubre un prado de hierba fresca y varias plantas como el romero o el tomillo. Ava se posa en el suelo tras aparecer levitando. Su aspecto es impecable. Con la figura de Blanca y los mismos ropajes de cuando fue capturada. Sonriente, comienza a caminar despacio, como si disfrutara de respirar de nuevo. Eleva sus manos a media altura paralelamente a su costado.

—¡Despertad! —exclama en voz alta—. ¡Alzaos como antaño y luchad por mí! —La bruja prosigue su paseo sonriente.

Tras sus pasos, la tierra comienza a moverse. Montículos diminutos en la tierra laten como si de golpes desde el subsuelo se tratara. Grietas abiertas predominan. Manos esqueléticas comienzan a asomar. Unas empuñando espadas y otras mazas. Cascos de cristianos y turbantes de moros a continuación. Soldados de otras épocas caídos en batalla. Cientos de ellos caminan tras los pasos de su ama. Cuerpos sin alma. Sin vida. De nuevo, el ejército de la muerte camina sobre la tierra de los vivos.

CAPÍTULO X

Liétor, Albacete
26 de septiembre de 2015

El reloj del coche de Miguel marca las 10:20. Los viajeros permanecen ocultos entre la maleza y una pequeña arboleda de pinos de la Sierra de Enguera, entre los términos de las provincias de Albacete y Alicante. Frente a ellos, una planicie cultivada con cereal y, en el centro neurálgico, se alza un torreón del siglo XII. De planta cuadrada y muros de sillar con cuatro almenas en sus esquinas.

—¡Da un poco de miedo! —exclama el joven.

—Antes era un lugar donde los guardianes y nuestros antepasados podían estar ocultos a los ojos de los demás. Ahora, ahora no sé lo que es —aclara su padre mientras se acercan a la entrada.

—¡Vamos a comprobarlo! —exclama Gastón.

Este se separa dirigiéndose a la parte trasera. Dante y su hijo acceden por la puerta principal.

En el interior, una gran sala les recibe. Desangelada y sin apenas mobiliario. Varias puertas hacen de distribución del torreón, toda ellas cerradas, excepto una. Despacio, y vigilando por si hubiera alguien más, Dante se dirige directo donde puede estar Baldo. Unas escaleras con barandillas ornamentadas descienden por ella acabando en una sala llena de estanterías con libros viejos y mucho polvo. Una luz les indica el camino a seguir. Armados con sus cuchillos, continúan despacio en dirección al lugar. Baldo se encuentra junto a un escritorio al final del pasillo formado por las estanterías dando la espalda a estas. El cazador le pone el cuchillo en el cuello.

—¡Habéis tardado! —exclama el escriba sereno.

—Nunca es tarde si la finalidad es acabar con una serpiente como tú —dice Dante con rabia.

Baldo ríe ligeramente dejando la pluma sobre el libro y se incorpora mirando a su espalda.

—Puedes acabar conmigo aquí y ahora, pero puede que no vuelvas a ver a tu amigo Lavett.

—Seguro que, si te mato, acabarán con él, ¿me equivoco?

—¡Se puede decir que sí! —responde sonriente.

—¿Dónde está? —pregunta sujetándole la ropa del pecho.

—¡Tengo órdenes de él para llevaros a sus dominios!

—¿Belcebú? —pregunta Bastian con respuesta afirmativa.

Dante le deja caer al suelo cuando su hermano entra limpiándose las manos llenas de sangre.

—¡Todo despejado! —exclama orgulloso Gastón.

A continuación, mira a Baldo, que ya no está amenazado por Dante, le coge del cuello y lo levanta del suelo. El anciano agarra las manos de su agresor y este es frenado por su hermano.

—¡No, hermano!, lo necesitamos vivo.

La parte final del comentario, mirando a los ojos de Baldo y atravesándole de arriba abajo. Gastón le suelta.

—¿Por qué nos has traicionado? —pregunta enfadado el menor de los hermanos—. ¿Por qué lo has hecho? ¡Maldito seas!

—¿Acaso no veis las noticias? ¿No veis que el mundo se va a la mierda? —Baldo se enfurece encarándose con Gastón—. Estoy harto de escuchar las guerras que hay por todas partes y las hambrunas que generan —expone con rabia—. Políticos que solo se mueven si tienen beneficio propio. Y los ciudadanos somos borregos ante sus decisiones o más bien sus actos. La propia naturaleza se revela avisando de que tenemos que cambiar y yo he cambiado. Deseo que mis actos sean el motivo del cambio.

—¡Tus actos provocarán la extinción de la humanidad! —dice Gastón.

—¡Que así sea! —concluye el anciano.

Dante se lo lleva a rastras. Su hijo y su hermano permanecen junto el escritorio masticando la revelación del escriba. Cruzan miradas y el joven se fija en el libro abierto sobre la mesa.

—¡Parecen nombre y direcciones! —informa Bastian mirando las últimas anotaciones del escriba.

—En el interior de todos y cada uno de estos libros se hayan los nombres, direcciones e incluso los años de todos los guardianes —informa su tío—. Aquí se guarda el registro de todo. Los escribas iban pasando, pero la información se guardaba aquí. Hasta hoy. Mañana no sé lo que pasará —concluye el cazador.

—¡Estas iniciales..., tachado parece que está muerto, y esta C convertido! —dice su sobrino.

—¡Puedes tener razón! —exclama—. De los guardianes del país, ya no nos podemos fiar. Quizás quede alguno que aún podamos reclutar. Pero para ello habría que pasar horas aquí —dice mirando a su alrededor.

—¡Será mejor que no hagamos esperar a mi padre! —expone el joven.

Gastón asiente y ambos salen de la torre.



El sol comienza a calentar anunciando el mediodía en la vega de Liétor. En la zona denominada Munda, Ana practica con el poder que le otorgó su madre con el único objetivo de dominarlo. Por su mente aparecen visiones efectuando o mostrando sus poderes. Ella está dispuesta a conseguir realizarlos.

Permanece erguida, con los ojos cerrados y brazos relajados. Está concentrada. Escucha su respiración y siente sus latidos. Por su cabeza pasa la imagen de su madre en diversos momentos compartidos culminando con el de su última despedida. Eso le hace perder la concentración. Abre los ojos y se mueve de un lado a otro.

—¡Puedes hacerlo, Ana! ¡Vamos!

Mueve sus brazos soltando tensiones y vuelve a cerrar los ojos. Esta vez piensa en una roca de grandes dimensiones situada frente a ella. La visualiza tal cual la ve cuando tiene los ojos abiertos, pero en su mente se alza lentamente. Unos segundos después, la roca se eleva y, levantando una mano, la piedra se quiebra partiéndose en dos partes. Una sigue elevándose y alzando la otra mano, y apuntando a la parte más cercana a la tierra, esta explota en mil pedazos. Por su parte, el brazo que domina la otra mitad lo mueve con violencia hacia un costado y la roca sale disparada como si de un misil se tratara. Ana abre

los ojos y comprueba sonriente que lo que quiere se hace realidad. Ahora posiciona sus manos frente a ella y genera sendas bolas de fuego que levitan a pocos centímetros de sus palmas. Mueve sus manos y las esferas mantienen su posición. A continuación, comienza a lanzar una tras otra al aire generando otras según se separan de las manos. Diez, veinte, treinta. Una ráfaga de fuego sin cesar. Ana sonríe, aunque le da miedo el poder que está descubriendo. No llega a comprender que su madre fuera tan fuerte.

—¿Quién eras, mamá? —pregunta mirando al cielo.

Ana se acerca a la orilla del río para lavarse las manos. Bebe un poco y se limpia la boca. Agita las manos para secarse y, a la par, provoca unos agujeros en el suelo sorprendiéndola.

—¡Dios mío!

Su mirada denota preocupación. Sin pensarlo y sin esfuerzo, su poder se muestra.

—¡Intentemos otra cosa!

Con sus brazos paralelos al cuerpo y sin cerrar los ojos, Ana hace un gesto circular con uno de ellos. El movimiento es lento y lo hace frente a ella. Aparentemente no ocurre nada, pero instantes después, un aura de energía de color rojo cubre su cuerpo. Estira una mano apuntando a una piedra y provoca que esta salga disparada hacia ella desintegrándose al tocar la protección.

—¡Funciona! —exclama orgullosa—. ¡Ahora a ver si puedo!

De nuevo cierra los ojos. Respira tranquilamente. Ana está serena. Calmada. Abre los ojos y su cuerpo se eleva unos centímetros del suelo cuando pierde la concentración y vuelve a posarse.

—Pero ¿qué?

La sensación de levitar le sorprende. Es una sensación extraña y, cómo no, nunca vivida anteriormente. Resopla y vuelve a intentarlo. Sus ojos permanecen abiertos. La tierra comienza a temblar a sus pies y las pequeñas piedras envueltas con el polvo se entremezclan hasta sus rodillas. Un golpe de aire seco oprime su cuerpo contra el suelo provocando su despegue inmediato. Ana puede volar.



Unos minutos más tarde, decenas y decenas de coches y furgonetas se detienen en un claro tras la sierra que custodia Liétor. De uno de los vehículos baja Isaías que, con el localizador en mano, asciende hasta la cima.

—¿Hemos llegado? —pregunta Nathaniel poniéndose a su altura.

—¡Sí! —responde el jefe de la comitiva—. ¡El otro día estuve cerca de aquí! De haberlo sabido, no hubiera sacrificado tantos soldados —informa con rabia—. ¡Preparaos!

—¡Llevamos ciento ocho años preparados, hermanito! —aclara el demonio golpeando el hombro de su jefe marchándose por donde ha venido.

Isaías permanece con la mirada en la población. Frente a él, divisa todas edificaciones que dan al río y su vega. Entre ellas, se encuentra la iglesia. En su interior, Erik está asomado en la balconada contemplando el patio que da acceso a la calle por la puerta trasera cuando aparece Gayarre con rostro serio.

—¡Ni caso! Me pregunta si he bebido. ¡Esto es la hostia!

—exclama con enfado.

—¿Qué esperabas? —pregunta el joven sabedor del resultado—. Te dije que no se creerían nada. Pensar que todas las desapariciones que se suceden en el año tienen que ver con demonios y el infierno.

—¡Es una conjetura, pero factible! —responde el inspector—. Y, cómo no, no tendremos apoyo. Me han dicho que, en volver, vaya directo al hospital para una revisión psicológica. ¿Te lo puedes creer?

Erik esboza una sonrisa mientras vuelve a mirar por la ventana. En ese momento, ve cruzar por el patio a Silas que corre a paso ligero. El cántico demoníaco comienza a sonar en las afueras del pueblo. Los habitantes corren buscando refugio. Unos en sus casas y otros en la de sus vecinos o en los propios establecimientos colocando las runas de destrucción para evitar la entrada de las bestias. Los demonios se adentran caminando sonrientes acabando con los rezagados. Isaías camina unos pasos más atrás del frente asesino mirando el GPS. El sonido de los gritos angustiosos de las víctimas se mezcla con los rugidos de la muerte.

—¿Qué es eso que se oye? —pregunta el inspector.

Erik se encoge de hombros cuando el guardián llega a la balconada con la respiración agitada.

—¡Seguidme! —ordena con vehemencia.

El joven mira a Gayarre y corren tras el párroco que se dirige veloz hasta la nave central de la iglesia.

—¡Silas! —Noah aparece por la puerta de la sacristía uniéndose a los demás con síntomas de nerviosismo—. ¡Ya están aquí!

El párroco es ahora quien entra en la sacristía y, al salir, lo hace con el libro de Sánchez en el interior de una bandolera.

—¿Qué hacemos? —pregunta Erik atemorizado.

Todos miran a Silas expectantes. Gayarre prepara su arma y Noah hace lo mismo. La tensión se corta en el ambiente.

Los demonios, ensangrentados muchos de ellos y encabezados ahora por Isaías, se presentan en la puerta de la iglesia. Se guarda el GPS y hace un gesto a uno de ellos y este comienza a golpearla. Se oyen ruidos de derribo de puertas y rotura de cristales que ponen en guardia al grupo. Silas, mirando a su alrededor, ve el miedo que muestran los rostros de sus acompañantes. Mira al suelo pensativo.

—¡Están dentro y aquí no podemos hacer nada! —informa con patente tensión—. Bajemos y defendamos la puerta. Allí hay menos espacio y los podremos contener.

Noah se adelanta, aparta la alfombra y levanta el portón. Erik mira boquiabierto y Gayarre observa cómo, poco a poco, la puerta de entrada a la iglesia se hace añicos.

—¡Vamos! —ordena ella iniciando la bajada.

Uno tras otro bajan por las estrechas escaleras. Silas cierra el portón tras de sí y el grupo le espera para ser guiados. Echa un cerrojo y encabeza la marcha por el túnel húmedo. Tras recorrer varios metros por el corredor, aparece ante ellos la puerta custodiada por runas de confinamiento.

—¿Qué lugar es este? —pregunta Erik atónito.

—¡Es la puerta que protege a Zenón! —responde con inquietud—. ¡Y nosotros sus guardianes!

Sus compañeros se miran entre sí con preocupación. El custodio, por su parte, se coloca de frente al corredor de acceso esperando el asalto final. Noah, por su parte, le entrega una pistola al asustadizo chico.

—¡A la cabeza! ¡No dispaes si no estás seguro de acertar! —aclara Gayarre mientras Erik coge aire.

La horda demoníaca encabezada por Isaías se encuentra frente al altar. Breves instantes después, aparecen por varios accesos al patio de butacas los demonios que han entrado por diversas partes.

—¡No hemos visto a nadie!

—¡Nosotros tampoco! —informan a su llegada junto a su jefe.

Con la mirada espera respuesta de otro grupo que sale por el museo situado junto los bancos, encabezados por Nathaniel y este niega con la cabeza.

—Parece que han salido corriendo, y creo que sé por dónde —informa Isaías.

El portón está a la vista y, sonriente, se agacha intentando abrirlo. El bloqueo en su apertura advierte que está cerrada por el otro lado. Se incorpora y su mano se transforma en afiladas garras. Se agacha de nuevo y golpea sobre la zona del cerrojo destruyéndola al instante. Abre y mira el interior. Pasados unos segundos y con una sonrisa maliciosa, comienza a descender con su ejército detrás de él.

En su interior, los guardianes se sobresaltan con el ruido generado por la rotura del portón. Se miran entre ellos con el miedo en el cuerpo. Todos se asombran al ver la cantidad de demonios que aparecen tras la esquina.

—¡Malditos seáis! —exclama Silas con rabia.

Isaías ríe al escuchar las palabras del párroco. Están frente a frente. Una decena de metros les separan. El demonio jefe hace un gesto con la cabeza y un primer grupo se abalanza sobre el cuarteto. Estos comienzan a disparar. Noah y Gayarre aciertan el tiro mientras Erik dispara sin sentido. El guardián lanza varios medallones extraídos de su bandolera a la carrera del enemigo desintegrándoles. Al terminar la primera oleada, lanza varias medallas dibujando runas en el suelo bloqueando el paso salvo que quieran morir. A continuación, aprovecha para lanzar a la puerta un medallón en concreto que, al impacto con la misma, todas las runas se deshacen al instante. Con celeridad, abre la puerta.

—¡Vamos!, todos dentro —ordena.

Obedecen raudos y posa un medallón a los pies de la puerta dibujando una runa de destrucción.

—¡Jodidos cobardes! —exclama Isaías—. ¡Tú y tú! —dice señalando a dos lacayos—. ¡Os toca!

Estos, sin pensarlo, se dirigen a las runas en el camino provocando su muerte y liberando el paso. El resto de los demonios se dirigen hacia la puerta cuando pisan la última runa colocada por Silas desintegrándose al instante, pero esta vez no desaparece.

—¡Mierda! Lo tiene todo pensado —exclama ahora con enfado—. Nosotros también. ¡Traedle! —ordena Isaías.

Desde la parte trasera, y a empujones, aparece un hombre encapuchado y maniatado. Lo tiran al suelo y le quitan la bolsa de tela que llevaba en la cabeza.

—¡Necesito saber cómo cruzar! —informa Isaías.

—¿Dónde estoy? —pregunta desorientado.

Isaías se agacha a su lado.

—¡Estás ante la única oportunidad de seguir vivo!

Tras la puerta, encienden unas antorchas situadas en un saliente de la pared de roca. Están allí desde el primer día del confinamiento de Zenón. Encabezados por el custodio, caminan por otro corredor culminando en la gran cavidad y llegando a su destino, que no es otro que la roca plana donde descansa el cazador. Este permanece encogido sobre el lecho de roca. La luz que desprenden las antorchas ilumina la sala. Se mueven sin sentido, excepto la que

porta Silas, que se dirige directamente a Zenón. Noah se asusta al divisar la silueta del preso a la par que Erik, que avisa a Gayarre al no percatarse de nada por estar mirando a otro lugar. Asombrados por lo que acaban de descubrir, se miran unos a otros. En ese momento, Zenón les sorprende con un bufido, una inhalación que les asusta. Sin moverse, se le oye murmurar. Su melena enmarañada. Ropajes rasgados y malolientes mostrando un cuerpo esquelético.

Cristian se encuentra frente a la puerta. La mira de arriba abajo asombrado porque sabía de su existencia, pero no la había visto nunca.

—¡No tenemos todo el día!

—¡No sé cómo hacerlo! ¡Necesito tiempo para pensar!

—¡Si no lo sabes, no me sirves!

—¡Le he dicho que necesito tiempo!

Cristian le mira desesperado. Se gira mirando la puerta y acariciando el dibujo formado por el medallón.

—Parece una runa nórdica, aunque no estoy del todo seguro. Necesitaría mis notas.

Isaías se ríe.

—¡No hay tiempo! ¡O me lo dices o despídete!

Cristian le mira sabiendo que va a inhalar por última vez. El disparo va directo al corazón que le hace caer a plomo.

—¿Y ahora qué? —pregunta Nathaniel—. No podemos pasar.

—¡Habrà que buscar otra manera de entrar! —anuncia marchándose a la salida.

La horda habilita un pasillo para la salida de su jefe cuando la runa comienza a brillar de forma inusual. Todos miran lo que está sucediendo. La mancha de sangre que brota del cuerpo de Lavett cubre la runa y esta comienza a desaparecer. Isaías y sus lacayos ríen a carcajadas.

—¡Al final sí sabía cómo hacerlo! —exclama Nathaniel sonriente.

Todos los demonios atraviesan la puerta, el último en hacerlo, Isaías.

El sonido del disparo alertó a Silas y los demás.

—¡Solo con un sacrificio humano la runa desaparece! —explica el párroco—. Y ese disparo me preocupa. Si es así, se nos acabó el tiempo. —Piensa unos instantes con la mirada perdida—. ¡Sujeta! —ordena al joven del grupo. Le hace entrega de su antorcha para quitarse la camisa mostrando su torso repleto de runas. Con elegancia, gesticula con sus brazos mientras pronuncia unas palabras. Los símbolos se alzan y los plasma alrededor de Zenón. Los compañeros miran asombrados—. ¡Estas runas no las podrán romper y Zenón estará a salvo! —informa vistiéndose de nuevo—. ¡Seguidme!

Comandados por el cura, se adentran por el lado opuesto al que han entrado. Con la mente puesta en que no tienen nada que hacer, huyen sabedores de que no saldrán victoriosos y seguramente perderán la vida. Pasados unos segundos, llega el grupo de demonios con antorchas en sus manos. Sus portadores se dividen por la gran cámara hasta dar con Zenón.

—¡Vosotros, registrad la cueva! —ordena a una sección—. ¡Encontradlos! ¡Necesito al cura! Con el resto, haced lo que queráis.

Un grupo de diez demonios salen tras la búsqueda del cuarteto.

Con Silas a la cabeza, el grupo sale al exterior de la montaña sin saber que aquel orificio lo generó el bastón de Zenón cuando se desvinculó de este el día de su confinamiento. El

custodio se esconde entre la maleza generada en un huerto y el resto se agrupa en torno a él.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta Gayarre.

—¡No podemos hacer nada, solo huir! —exclama Noah nerviosa.

—¡Tenemos que esperar! No sabemos si nos siguen —aclara el párroco—. Si es así, será un grupo pequeño. No se separarán de Zenón.

—¡Tengo la impresión de que el fin del mundo está más cerca! —exclama Erik

—¿Y por qué no pone sellos de esos en la salida de la cueva? —pregunta el inspector de nuevo.

—Hace tiempo que no practico, gastaría todas mis fuerzas —responde el custodio.

En ese preciso momento, salen sus perseguidores. Erik, en un arrebato de valor, empieza a disparar y los demás hacen lo mismo, salvo Silas que se abalanza sobre uno de ellos con una daga. Un demonio salta sobre el joven y Gayarre se lo quita de encima y le dispara en la cabeza. Cuando Erik le da las gracias con la mirada, el policía recibe un zarpazo por la espalda. El joven se queda paralizado por la acción. Gayarre consigue darse la vuelta y disparar a su agresor antes de que otro demonio le rasgue el rostro provocando su muerte.

En el interior de la cueva, los demonios se dan cuenta de que no se pueden acercar, esta vez, uno, al pisar las runas, se convierte en polvo sin que esta desaparezca.

—¡No pasaréis! —murmura Zenón mientras se gira para llegar a sentarse sobre la piedra. El ruido metálico de los grilletos y su misteriosa voz asustan a los demonios más próximos. El cuerpo momificado se pone en pie—. ¡No ganaréis! —grita tan fuerte que deja ver su rostro, retumbando en toda la cueva haciendo caer de miedo a la propia horda del infierno.

—¡Traedme al cura ya! —ordena Isaías con severidad después de recuperarse.

En el exterior, Erik llora junto al cuerpo de Gayarre al igual que Noah lo hace por impotencia. La lucha terminó con victoria, aunque la pérdida del inspector es inesperada y muy dolorosa. Silas acaricia la melena del fallecido para santiguarse después. El dolor por su pérdida es más profundo del que pensaban. El inspector caló en los corazones, sobre todo en el de Erik, quien ha sufrido y disfrutado de su compañía.

—¡Me salvó la vida para perder la suya! —exclama emocionado—. ¡No lo olvidaré! ¡No te olvidaré! —concluye mirando el cadáver.

—¡Volvamos a casa de Gloria! —ordena emocionado el custodio lanzando una mirada a Gayarre y partiendo a su nuevo destino.

Noah ayuda al joven a levantarse. Ambos afectados por lo ocurrido. Miran a su amigo y siguen al custodio.

La vuelta es dura. El miedo por encontrarse con el enemigo se mezcla con la rabia e impotencia, por la reciente pérdida. A los tres les resbalan lágrimas por su rostro, pero el más perjudicado es Erik, que de vez en cuando detiene su paso para llorar sin consuelo. En uno de esos momentos, el custodio recibe una llamada.

—¡Dante! —Las lágrimas aparecen en su rostro.

—¿Estás bien? —pregunta el cazador deteniendo el vehículo que conduce.

—¡Era vivir o morir! —exclama entre sollozos.

El cazador se coloca el móvil en la frente imaginándose lo ocurrido.

—¡No te preocupes! Te dije que no arriesgarías la vida. ¿Qué ha pasado?

El custodio traga saliva sin dejar de mirar a los supervivientes.

—¡Eran muchos! ¡Han atravesado las runas!

Dante mira a sus compañeros de viaje y con el rostro de incredulidad.
—¿Qué ha pasado? —pregunta Gastón.
—¿Están todos bien? —pregunta el joven.
—¿Alguna baja? —pregunta su padre al custodio.
—¡Gayarre! —responde emocionado.
—¡El policía! —informa el cazador.
Bastian se remueve en su asiento decepcionado y dolido.
—¡Era un buen hombre! ¿Y Erik? —Su padre le dice que se calle con un gesto.
—¡No hemos hecho otra cosa que retroceder! —expone entre llantos—. Lo que no entiendo es cómo sabían eliminar el conjuro de las runas. —Noah se acerca para abrazarle al ver el hundimiento moral—. ¡Tenía miedo! ¡Lo siento! —Erik continúa abatido y Noah busca su teléfono para mandar un mensaje de texto—. ¿Qué quieres que hagamos? —pregunta buscando aclarar su mente—. Vamos de camino a casa de Gloria. A la iglesia no podemos volver.
Dante vuelve a mirar a los suyos.
—¡Bien pensado, Silas! —exclama el cazador—. ¡Mi hijo y mi hermano van para allá!
A continuación, y sin esperar respuesta de Silas, corta la llamada cuando Noah acepta una llamada en su móvil.
—¡Gracias a Dios! —exclama aliviada—. Te mando nuestra ubicación. Sí. Disparad a la cabeza.
Cuelga la llamada y se guarda el móvil. Sus compañeros la miran expectantes.
—¿Quién era? —pregunta el chico.
—¡La caballería! —responde sonriente por traer un poco luz a la situación.



En la costa levantina, y a unos pocos kilómetros de la guarida de Gael, el sol calienta con justicia. En el interior del vehículo donde permanecen los cazadores se mantiene un enfrentamiento verbal.
—¡No, hermano! O entramos los tres o vamos a Liétor —informa Gastón enérgico.
—¡Yo no voy a dejarte solo! —interviene Bastian—. Esto no lo puedes hacer sin nuestra ayuda. Mamá no lo aprobaría.
Dante se emociona al escuchar las palabras de su hijo y se enorgullece por el carácter que muestra. Le sonríe y sale del coche, acción que copian su hermano e hijo. Se dirige a la parte de atrás del coche y a tirones saca a Baldo, que se encuentra en el maletero.
—¡Está decidido! —exclama convencido—. ¡Escuchad! ¡Están solos! ¡Han llegado hasta Zenón! —Gastón y su sobrino cruzan miradas de preocupación—. El pueblo estará lleno de demonios y necesito que os tengan cerca. No me permitiré perder a nadir más.
—Te van a matar. ¡Joder! —exclama Gastón enfadado.
—¡Tengo la baza del bastón! Solo yo sé dónde está. —Baldo le mira de reojo—. No me pasará nada. El señor Lavett también es importante para mí e intentaré traerlo de vuelta. No hay más que hablar. —Apoya su mano en el hombro de su hermano—. ¡Confía en mí, Gastón!
Después dirige la mirada a su hijo, que le propina un abrazo, con la intensidad de saber que no van a volver a verse.
—¡Papá, no lo hagas! ¡Volvamos juntos!
—¡No, hijo! Hay cosas que debo hacer solo, y esta es una de ellas —dice el cazador—.

Tu tío cuidará de ti. Y Silas te necesita. Al igual que Erik. Os necesita a los dos. —Mirando a su hermano—. ¡Ahora marchad!

Su hijo y hermano se miran entre sí, contrariados, entran en el vehículo y dan media vuelta poniendo rumbo a Liétor. Dante mira el coche hasta perderse en la lejanía. A continuación, se dirigen caminando en primera estancia por un camino comarcal y embocando en un cruce algo más estrecho que los lleva hasta la entrada principal de la hacienda, dos portones de madera tallada de tres metros de alto por uno y medio de ancho. No terminan de llegar a la entrada cuando esta se abre y pasan a su interior. Tras las puertas, la plaza central del complejo les espera despejada hasta que varios demonios aparecen del interior del edificio moviéndose de un lado a otro. Dante y su acompañante se detienen en el mismo centro de la plaza. Pasados unos instantes, hace su aparición Gael por una terraza situada en la primera planta del edificio que domina la hacienda y justo por delante del cazador.

—Dichosos los ojos que contemplan tu presencia —dice sonriente el señor de la guerra—. Sabía que antes o después íbamos a disfrutar de este momento. —Tras unos segundos de silencio—. Antes de hablar de nuestros asuntos, quiero que sepas que Baldo me es prescindible. Si no lo matas tú, lo harán los míos. Tú decides.

Dante le dedica una mirada al escriba y decide dejarle marchar.

—Seguramente ellos te maten de mejor forma. ¡Largo de aquí! —Baldo se aleja unos pasos y dos demonios le agarran por ambos brazos y lo introducen en el edificio—. ¡Vengo a por Cristian Lavett!

Gael ríe maliciosamente.

—Me parece que no va a ser posible. Según tengo entendido, ya no está entre nosotros.

Dante gesticula denotando impotencia y rabia.

—¡Malditos! ¡Malditos seáis!

—Como bien sabes, tu vida acabará hoy. Sé que jugabas con la carta del bastón de Saturno, pero sé que no solo tú sabes dónde lo escondes.

—Te equivocas, solo yo lo sé —dice sereno intentando que Belcebú caiga en la trampa.

Gael ríe de nuevo.

—¡Si no tu hijo, será Gastón! Uno u otro, hablarán. —Apoyado en el balcón del mirador, Gael cambia su actitud a severo y maligno—. Prefiero perder la localización del bastón y aprovechar que estás indefenso ante lo que va a ocurrir.

El cazador se pone en guardia. Los demonios se esconden dentro del edificio y le pone más nervioso al sospechar lo que viene a continuación. Gael pronuncia unas palabras irreconocibles elevando las manos a media altura, en ese momento, una serie de círculos se forman en el suelo alrededor de la plaza. El firme de su interior cae al vacío formando túneles directos al infierno. Unos segundos de tensión invaden a Dante cuando escucha unos gruñidos jamás oídos. En guardia, ve cómo un torrente de bestias emerge sin parar de la oscuridad. Demonios con forma animal, en origen y con sed de sangre. Dante sabe lo que va a pasar y comienza a calmarse. Coge una pequeña cuerda que tiene en su cuello, rompiéndola y quedándose con el medallón que sujetaba. Por su mente recuerda a su mujer, hermano e hijo. También instantes vividos con Silas e Inés. Sabe perfectamente que va a morir.

Varios kilómetros más adelante, Bastian y Gastón discuten en el coche.

—¡El honor es lo que te mantiene firme, sobre todo a tu padre! —exclama Gastón—. Sabrá salir de esta. Es listo.

—¿El honor? Pero si lo van a matar. Para el coche.

El joven se abalanza sobre el volante y Gastón pierde el control de él un segundo. Rectifica el sentido de la marcha y para el vehículo.

—¡No lo vuelvas hacer! ¿Entendido?

En la plaza de la hacienda, Dante coge un cuchillo y se hace un corte en la palma que tiene libre. Mientras tanto, se concentra un instante.

—¡Gastón! —Este percibe que su hermano lo reclama y baja del coche mirando a su espalda en dirección al lugar donde se encuentra la hacienda.

—¡Estoy aquí!

—¡Ha abierto los portales! —informa mientras continúa preparándose.

—¡Lo siento, hermano! —responde con resignación y emoción —¡Sé lo que pretendes hacer y te envidio por ello!

—¡Estoy orgulloso de todos vosotros! —dice con dificultad por el llanto surgido—. Cuida de mi hijo y cuéntaselo todo. Es lo último que te pido.

Gastón asiente orgulloso.

—¡Cuenta con ello! —responde convencido—. Pero prométeme tú que reventaras ese lugar y con él a esos malditos demonios —exclama enrabietado.

Dante sonríe por las palabras de su hermano y continúa preparándose. Coge todas las medallas que puede en la mano que le queda libre tras tirar su cuchillo y mochila al suelo. Ahora, se concentra en su descendiente.

—¡Hijo, este es mi fin, pero no el tuyo! —Bastian también sale del coche y mira hacia el lugar donde se encuentra su padre—. Tienes que ser fuerte y continuar con nuestra lucha —dice con orgullo—. Tienes el corazón de tu madre, la fuerza de tu tío y hasta mi inteligencia. —Las lágrimas caen por el rostro del joven—. Lo tienes todo para llegar hasta el final. Fíate solo de los tuyos. Silas y Gastón son lo único que te queda. Escúchalos. Respétalos.

—¡Papá! ¿Qué vas a hacer? —pregunta paralizado por el miedo—. ¡Sea lo que sea, no lo hagas! Podemos ayudarte.

Dante está dispuesto. No han dejado de salir demonios que le mantienen completamente rodeado. Cada vez hay menos espacio entre ellos y él. La plaza ahora parece pequeña.

—¡Dile a Erik que su abuelo dio su vida por nosotros y que le estaremos eternamente agradecidos! —El joven se echa las manos a la cabeza—. ¡Bastian, hay otra cosa que debes saber! —informa mientras extiende sus manos frente a él—. ¡Tienes una hermana! —Las pupilas del joven se dilatan atónito ante las últimas palabras de su padre—. Por su bien y el tuyo tienes que encontrarla —dice cerrando los ojos—. ¡Hijo, te quiero!

Dante da una palmada. El reflejo de la onda expansiva deslumbra a los testigos. El joven cae al suelo gritando de rabia mientras Gastón golpea el techo del coche abollando gran parte del mismo.

La onda de luz arrasa con todo a su paso. Las puertas dimensionales desaparecen entre el fuego y los demonios, carbonizados al instante. Gael se oculta tras una columna con la cara medio quemada.

—¡Ya pasó, hijo, ya pasó!

Gastón abraza a su sobrino que llora desconsolado mientras a él le resbalan las lágrimas por su rostro. Poco a poco se recomponen y volviendo la mirada al lugar del incidente divisando el humo negro generado por la quema de cuerpos demoníacos, suben al coche.

El polvo envuelve la plaza. Cuerpos calcinados y desmembrados cubren parte de ella. El cráter producido por la explosión es enorme. Gael, dolorido, reacciona segundos después buscando el cadáver de su rival. Un aura protege el cuerpo de Dante, el cual está sujeto por Ana. Sus manos, brazos y rostro están afectados por quemaduras, pero sigue con vida. Su mujer mira con rabia la figura de Belcebú que, al ver que el cazador no ha muerto, se transforma a su estado de origen. Despliega sus alas y su mazo aparece en su mano. La pareja huye volando de la hacienda perseguidos por el demonio. La nueva bruja se percató de ello y desciende posando el cuerpo malherido del cazador junto a un árbol y espera la llegada de Belcebú protegida con su aura resplandeciente. El demonio localiza sus presas y desciende a gran velocidad lanzando su maza y rompiéndose en mil pedazos al impactar con la fuerza protectora.

—¡No es posible! —exclama estupefacto.

—¿Qué más tienes? —pregunta Ana con severidad.

—¿Qué eres? —pregunta levitando a unos metros

—¡Soy tu fin! —exclama dirigiéndose a su encuentro.

Belcebú se sorprende por la respuesta de Ana.

—¡Una bruja! —dice recordando las palabras de su ama—. ¡No puedes tocar a ninguna bruja!

En ese instante, Ana comienza a golpearle violentamente y a gran velocidad. Belcebú solo puede recibir los golpes sin omisión. En ningún momento puede defenderse. Un ala cae al suelo, después la otra. Ana se ceba con él y quiere hacerle sufrir. Ahora una pierna y a continuación la otra. El demonio cierra los ojos esperando su final cuando su cabeza cae al suelo y su torso tras él.

La bruja grita con rabia con su rostro e hiperventilando.

A varios kilómetros de allí, los cazadores guardan silencio. Han cruzado miradas, pero ninguno se atreve a abrir la boca. Bastian está conmocionado por la última revelación de su padre, siendo estas las últimas palabras que escuchará de él. Por su parte, Gastón guarda el duelo por la pérdida de su hermano imaginándose cómo tuvo que ser su muerte.

—¡Nació antes que tú! —exclama recordando las palabras de Dante pidiéndole que se lo contará todo—. ¡Quiero decir que sois mellizos!

—¿Por qué no me dijo nada antes? ¿Y mi madre? —pregunta enfadado—. ¡Podían habérmelo dicho!

—No tuvieron tiempo o no querían que lo supieras —responde enérgico—. Al igual que de ti, tuvieron que separarse de ella —informa reviviendo el momento—. Para evitar riesgos, Ana no visitó a ningún médico. No sabíamos que vinieran mellizos. Era algo inaudito. No hay escritos que verifiquen otros nacimientos de varios hermanos —dice mirando a su sobrino—. ¡Hay algo más! —Gastón también coge aire y comienza a emocionarse recordando a Inés, su mujer—. Jamás, y te digo la verdad, jamás había nacido una mujer en nuestra familia. Hemos sido todos varones, pero la bruja dijo que volvería cuando una niña naciera con la descendencia de Saturno —expone deteniendo la marcha—. Y ese momento llegó.

—¿Qué quieres decir? —pregunta alertado—. ¿Qué Ava ha despertado?

Gastón le mira sin dar respuesta.

—En los últimos veinte años he permanecido alejado de todo —dice emocionado—. Si caminara entre nosotros, Dante lo sabría y nos hubiera informado.

—Suponiendo que haya vuelto, ¡no sabe dónde está! —exclama el joven.

—¡Tengo que contarte algo más! —Bastian le mira expectante—. ¡Tu padre y yo teníamos una teoría y parece que no íbamos mal encaminados! —Mira al horizonte para volver la mirada a su sobrino que espera que termine de hablar—. ¡Naciste para acabar con tu hermana llegado el momento! —Bastian no da crédito a las palabras de su tío—. ¡Si diera con ella, y poseyera su cuerpo, solo tú podrías con ella! —aclara Gastón.

Un sudor frío recorre el cuerpo de su sobrino.

—¡No puedo creerlo!

—¡Tú y Validus! —aclara Gastón—. ¡Por ello también te pusimos el nombre del primer cazador! Pensábamos que podría ser un plus de fuerza por si te enfrentabas a ella.

El silencio se adueña del interior del coche.

—¿Cómo se llama mi hermana?

—¡Julieta!

Otro momento de silencio con los varones inmersos en sus pensamientos.

—¡Tenemos que encontrarla! —exclama Bastian—. ¡La agenda! —Su tío asiente orgulloso de su inteligencia—. ¡Allí estará la dirección de mi hermana!

—¡La dirección de los guardianes que la protegen! —aclara Gastón.

ANALEPSIS

A las afueras de Liétor, Albacete
18 de mayo de 1995

Es medianoche y en el interior de un caserío, en lo alto de la sierra que vigila el pantano del Talave, ubicado en el término municipal de Liétor, y situado a muy pocos kilómetros del pueblo, Ana está de parto. Por aquel entonces tendría unos treinta años y viste un camisón arrugado de los movimientos por el dolor de las contracciones. Junto a ella, su madre Gloria, además de Inés, novia de Gastón y de unos veinticinco años. Hermosa joven de pelo negro, liso y largo. A los pies de la cama, expectantes, Dante y su hermano Gastón. Ambos conversan en voz baja con rostros de preocupación.

—¡Ya viene! —grita Ana dolorida.

—¡Traedlo todo! —ordena Dante acercándose a la cama dispuesto a extraer el recién nacido.

Gloria le seca el sudor con un paño húmedo mientras Dante le posiciona las piernas para recibir al retoño con la ayuda de Inés. Gastón camina de un lado para el otro en la estancia por la tensión del momento. Pasados unos segundos, Martín entra corriendo en la habitación con una tinaja de agua y Cristina con toallas. Ambos de unos treinta años. Él calvo y con barba arreglada. Ella, de cabello corto y rubio. Ana resopla y grita de dolor. En un empujón, el bebé asoma la cabeza.

—¡Ya lo veo, tiene la cabeza fuera! —anuncia el cazador—. ¡Vas bien, amor mío!

—¡Lo estás haciendo muy bien, Ana! —exclama su madre.

—¡Coge aire y empuja! —exclama ahora Cristina.

En el siguiente golpe de aire, el bebé sale por completo. Dante quiere cubrirlo con una toalla cuando la sangre que corre por sus venas se hiela, dejándolo inmóvil.

—¡Dios mío! —Todas las personas de la habitación le miran—. ¡Es una niña!

—¿Cómo? —pregunta Gastón atónito—. ¡Es imposible!

Dante le entrega la niña a su madre.

—¡Hija mía!

La besa en la frente y la abraza aún con dolor patente. Dante se acerca a su hermano.

—¡No es normal!

—¿Normal? Es la primera niña —aclara Gastón—. Recuerda lo que nos dijeron de niños.

Dante mira a los ojos de su hermano.

—¡Mierda! La bruja despertará tarde o temprano y la buscará hasta el fin de los días —exclama Dante preocupado.

Todos los allí presentes se miran entre sí. Dante se dirige al lado de Ana.

—¡Ana, tenemos que cambiar el plan!

Esta continúa besando a la niña y mirando a su esposo.

—¡Julieta, se llama Julieta! —anuncia sonriente.

—¡Bonito nombre! —exclama Gloria.

Dante también besa a la niña y hace un gesto con la cabeza a Gastón, que se dirige a la puerta. Ana vuelve a tener dolores que alarman la presencia de otro niño.

—¿Otro? —pregunta su esposo.

Mira a su hermano sin creerse lo que está sucediendo.

—¡Esto no pinta bien!

—¡Esperemos que no sea otra niña! —exclama Dante preocupado—. ¡Que pasen!

Gastón abre la puerta de la habitación.

—¡Pasad! —ordena asomándose al pasillo.

Una pareja de guardianes entra en la habitación para llevarse a la niña.

—¡Inés, trae agua limpia! —ordena de nuevo su pareja.

Dante coge a la niña que, tras recibir un último beso de su madre, se lo entrega a la nueva pareja.

—¡Sabéis lo que tenéis que hacer! ¡Cumplid con vuestra promesa!

Ambos hacen un gesto afirmativo y salen de la habitación cuando Ana vuelve a retorcerse de dolor.

—¡Viene su hermano! —grita Ana dolorida.

Gloria sigue sin soltarle la mano cuando llega Inés con toallas al hombro y agua en un barreño. Dante se prepara para recibir a su nuevo hijo.

—¡Empuja, cariño, empuja! —alienta su marido.

Ana grita por la fuerza que está generando.

—¡Ya sale! ¡Le veo la cabeza! —exclama emocionado— ¡Vamos, cariño! ¡El último empujón! —Ana coge aire y empuja con fuerza hasta que se oye el llanto del recién nacido—. ¡Es un niño! —exclama él, orgulloso.

Dante envuelve al recién nacido en una toalla y se lo muestra a Ana, que sonríe de felicidad, aunque esté agotada.

—Se llama...

—¡Bastian! —anuncia Dante, interrumpiendo a su mujer y mirándolo a los ojos—. ¡Se llama Bastian! —A continuación, mira a su hermano, que asiente.

Con la felicidad en su rostro, cede el niño a su madre y besa a ambos. Automáticamente, como si esperaran el primer llanto del retoño, un cántico demoníaco comienza a resonar por el pantano. El grupo de personas que en ese momento se estaban felicitando por el nuevo nacimiento es silenciado por los primeros sonidos. Todos se miran entre sí y Ana se viene abajo.

—¡No, por favor, no! ¡A mi hijo no! —suplica Ana a su esposo.

Dante, inquieto y nervioso, reacciona y habla con su hermano en voz baja. Breves momentos después, se dirige a la cama y Gastón abraza a su pareja.

—¡Quiero que se quede con nosotros! —exclama Ana mientras sujeta la mano de su madre con la tensión por la posible pérdida de su recién nacido.

—¡Es imposible, Ana! —Dante interrumpe a su mujer—. ¡Hay que actuar rápido!

Ana, cariacontecida, besa y abraza a su hijo. Dante hace lo mismo mientras Gastón se dirige a Martín y Cristina.

—¡Lo que se os pide va más allá de vuestro compromiso con nosotros! Sois guardianes, para esto es para lo que habéis nacido. Cuidaréis de él hasta vuestra muerte. ¿Entendido? —Martín hace un gesto afirmativo con la cabeza, pero a Gastón no le basta y pregunta, esta vez más enérgico, a Cristina—. ¿Entendido?

—¡Sí! —responde la mujer con tono tembloroso.

—¡Bien! No llaméis la atención. ¡Estáis solos! —Gastón busca en el primer cajón de la cómoda y encuentra una libreta y un rotulador. Escribe unas palabras y arranca el papel—. Cuando tenga edad para ir a la escuela, os estableceréis en este lugar. Allí vive

Cristian, es amigo de la familia y os echará una mano. Su teléfono lo tenéis aquí. —Agita la mano con la nota.

Martín coge el papel y Cristina al niño de los brazos de su madre. Los cánticos suenan con más fuerza.

—¡Ayudadles a salir con vida! —ordena Dante—. Yo me quedaré cuidando de ellas.

Gastón choca la mano de su hermano y este le da un beso a Inés. Ana, secándose las lágrimas, coge un cuchillo del cajón de su mesita. Su madre se esconde bajo la cama y su esposo se coloca a los pies de esta. Con su cuchillo en mano, ve marchar a su hijo recién nacido.

El grupo baja unas escaleras que inician su descenso junto a la habitación y culminan en un rellano frente a la puerta de entrada. El exterior de la propiedad es una explanada de tierra con varios coches estacionados. Justo cuando Martín abre su coche, se abalanzan sobre ellos varias personas con los ojos negros y garras en sus manos. Cristina consigue entrar y cerrar la puerta, mientras el hombre consigue zafarse de uno de ellos y entrar al vehículo. Inés, una mujer con cualidades para la lucha, acaba con facilidad con varios contrincantes separándoles la cabeza del cuerpo gracias a dos falcatas íberas. Gastón, por su parte, utiliza un gladio para acabar con los suyos. El coche consigue arrancar y, mientras lo ven marchar, a Inés le atraviesan el corazón por la espalda.

—¡No! —Gastón sujeta el cuerpo de su amada para que no caiga a plomo y le corta la cabeza al agresor de esta—. ¡Inés! ¡No, Inés! ¡Tú no! —consigue decir entre sollozos.

Ella le acaricia el rostro y le dedica su último aliento.

—Te quiero...

Gastón grita de dolor y sus lágrimas caen por su rostro. Un grupo de demonios se acerca y él se incorpora lentamente mientras su respiración se agita con brusquedad. Sus ojos se han vuelto de color rojo resplandecientes. La muerte llega y Gastón se enfrenta a ella como un león sobre su presa. No utiliza su arma, sus propias manos ya lo son. Arranca cabezas y desmiembra a cada demonio que lo acechaba. Uno tras otro, acaba con todos ellos. Su cuerpo está bañado en sangre del enemigo. Su instinto sigue golpeando al aire hasta que se da cuenta que está solo. El silencio se adueña del recinto. A continuación, cae de rodillas extenuado. Pasados unos instantes, saca fuerzas y se acerca al cuerpo de Inés. Gastón llora desconsolado.

Varios minutos después, vuelve a entrar en la habitación pasando por encima de varios cuerpos. Dante, ensangrentado, descansa sentado en la cama. Ana, también salpicada por la sangre de las víctimas, sujeta la mano de su madre, que llora del miedo sufrido. El cazador, al ver el rostro desencajado de su hermano, se levanta y sale a su encuentro. Gastón le susurra al oído lo ocurrido.

El vehículo conducido por Martín se aleja carretera arriba. El gesto de preocupación de los adultos es más que evidente mientras Bastian llora.

CAPÍTULO XI

Liétor, Albacete
26 de septiembre de 2015

La tarde cae sobre el risco que sostiene la Villa de Liétor. Parece un pueblo fantasma. Las viviendas clausuradas y sus calles vacías, salvo las que transitan los demonios buscando a su nueva víctima. Las bestias tienen la orden de no arriesgar sus vidas porque todos son necesarios para el encuentro con los cazadores, que saben qué llegará tarde o temprano. Algunas bajas han sufrido por culpa de los más osados entrando en varias casas.

Un grupo de hombres y mujeres armados con armas automáticas se adentra en el pueblo. Por sus uniformes de camuflaje de diversos colores y sus movimientos organizados, dan a entrever que son mercenarios. Acaban con destreza con los demonios que encuentran en su camino acertando en las cabezas de los mismo, pero perdiendo efectivos a cada paso que dan sorprendidos por ciertos demonios que saltan de los tejados. Poco después, llegan a la ubicación que les aportó Noah tocando la puerta. El cabecilla del comando es Tristán, de treinta y cinco años. Alto, fuerte y de carácter resolutivo. Rubio de pelo corto y barba de un par de días que no esconde las heridas de encuentros pasados. Noah les recibe y se dan un efusivo beso.

—¿Cómo ha ido? —pregunta ella.

—¡No quedamos muchos! —aclara Tristán—. Pero ellos han salido perdiendo. ¿Y ahora qué?

—¡Esperaremos a los cazadores! —ordena el guardián.

—¡Él es Silas! —Noah inicia las presentaciones—. ¡Él! —señala ahora al joven que baja por las escaleras—. ¡Erik!

Todos asienten cuando el periodista aparta al custodio para hablar a solas.

—Silas, ¿has visto a Gloria? —pregunta extrañado—. ¡No está en la casa!

—¡No está aquí si es lo que quieres saber! —responde con seguridad.

—¿Estará bien? —pregunta de nuevo.

—¡Te lo aseguro! —responde el custodio tragándose el lamento por su pérdida.

Horas más tarde, se vuelven a escuchar unos golpes, Tristán y Noah se preparan apuntando a la puerta. El resto de los mercenarios hacen lo propio, salvo los que están vigilando el patio.

—¡Será Bastian! —exclama Erik.

Silas se acerca a la puerta y, apartando la cortinilla que cubre la ventana mira al exterior, automáticamente, quita el cerrojo y la abre dejando entrar a los cazadores manchados con la sangre de los demonios que se habrán encontrado hasta llegar a la casa. El párroco mira a ambos lados de la calle y cierra la puerta. Noah se abraza al joven y este a Erik. Gastón saluda a los ocupantes de la vivienda con un leve movimiento con la cabeza.

—¿Y Dante? —pregunta el custodio.

Gastón mira a su sobrino esperando que sea él quien responda, pero guarda silencio.

—¡No va a venir! —aclara el cazador—. ¡No le volveremos a ver! —Bastian, abatido, se sienta en una silla y a punto de romper a llorar—. ¡No tuvo opción!

Todos los que le conocían guardan un silencio sepulcral. Los soldados se miran entre ellos y Tristán abraza a su amada al ver lo afectada que se la ve. El joven se levanta de la silla y se seca las lágrimas.

—¡Tenemos que hablar! —anuncia al párroco.

Mira a su tío, que le sigue con la mirada y los tres se introducen en el cuarto situado a la entrada de la vivienda. El resto de las personas respetan la decisión y esperan pacientes. La habitación es pequeña, estrecha y con una ventana que da a la calle. Silas es el último en entrar cerrando la puerta.

—¿Cómo fue? —pregunta este aturdido.

—¡Cuando hablé contigo se fue con Baldo para intentar traer de vuelta al señor Lavett! —inicia el joven su exposición—. ¡Pero no pudo ser! ¡Lo que pasó! No...

La emoción le impide acabar.

—¡Lo que paso fue que se inmoló! —aclara su tío—. Me dijo que Gael abrió los portales al infierno —Gastón concluye conciso.

Silas se sienta en una silla y se tapa la cara con sus manos.

—¡Lo hizo para cerrarlas! —explica el cura.

—¡Sí! —dice el joven cazador. Pasados unos instantes de silencio—. ¡A mí me dijo que tenía una hermana!

El custodio se levanta de la silla sorprendido y mirando a Gastón.

—¿Es eso cierto? —Gastón hace un gesto afirmativo con la cabeza—. ¡Yo no lo sabía! —exclama estupefacto.

—¡Quizás sea lo único que no sabes de nosotros! —responde el cazador—. ¡Las historias de nuestros ancestros cuentan que cuando llegue una niña a la familia, la bruja vendrá a por ella!

—¿Los demonios saben de su existencia? —pregunta Silas.

—¡Eso no lo sabemos! —responde Gastón—. Lo que sí sabemos es que Ava les dio una orden y están más cerca de cumplirla.

—¡Tengo que ir a buscarla! —exclama Bastian

—¡La agenda! ¡Allí estará la dirección! —celebra el custodio.

—¡Sí! —responde Gastón.

—¿Dónde está? —pregunta ahora el más joven.

—¡En su cuarto!

—¿Y ella? —pregunta de nuevo—. ¿La enterraste donde te dijo mi padre?

—¡Sí, sí! —responde con nerviosismo—. Está en el Collao. —Tío y sobrino se miran extrañados—. ¿Sabéis algo de Lavett? —pregunta cambiando de tema.

En ese momento entra Erik por la puerta. Parece que estaba escuchando la conversación y al oír que mencionaban a su abuelo, se apresuró en entrar.

—¿Y mi abuelo? ¿Le habéis visto?

Silas mira al joven y este a su tío que decide salir de la habitación seguido del custodio que se dirige a las escaleras.

—¿Qué pasa? —pregunta asustado.

Bastian le mira y no duda en contarle la verdad.

—¡Tu abuelo ha muerto! —responde serio.

—¿Cómo? Pero si...

—¡Mi padre me lo dijo antes de morir! —informa viendo caer las lágrimas de su amigo—. Quiso rescatarle, pero tuvo que sacrificarse por un bien mayor.

Erik se sienta en la silla donde anteriormente se sentó Silas con la angustia adueñándose de su cuerpo.

—¡Todo esto es una pesadilla! —exclama emocionado—. ¡No es justo! ¡No es justo!

—Nunca quisimos participar en esta historia, pero somos parte de ella. Tienes que estar orgulloso de tu abuelo, amigo mío. —Se agacha para estar a la altura de los ojos de Erik—. Tienes que ser fuerte y ayudarme a acabar con esto.

Se incorpora y le propina dos palmadas en el hombro y sale de la habitación dejando a Erik llorando desconsoladamente.

En el salón, Noah y Tristán junto con el resto de su grupo están a la espera. Los semblantes son de preocupación y miedo. Aparece Silas con la mochila que esconde el libro de Sánchez junto con la agenda. Se la entrega al cazador como si supiera lo que hará con él.

—¡Aquí tienes!

Gastón asiente.

—¡Tendremos que separarnos! —exclama este con firmeza.

—¡Sí! —responde Bastian con igual entereza.

—¡Yo llevaré la agenda conmigo mientras voy a por el bastón! Prefiero tenerlo en mi poder —informa autoritario—. Tú deberías de quedarte aquí con los demás. —Coge con sus manos los hombros de su sobrino—. Eres el hombre que ellos quisieron que fueras. Yo estoy orgulloso de ti. —Se funden en un abrazo eterno y, al concluir Gastón, saluda a Silas y a los demás con gestos de complicidad—. ¡Volveré lo antes posible! —Mira a su sobrino una última vez y sale por la puerta mirando a un lado y a otro.

El joven cazador se toma unos segundos, a lo que aparece Erik para unirse al grupo.

—¡Tú dirás! —exclama Bastian a Silas, que duda unos instantes. Se encuentra sentado en una silla con el alma por los suelos—. ¡Te necesitamos!

El custodio coge aire y se hace fuerte. Se levanta y mirando a su alrededor intenta articular palabra.

—¡Creo...! —Tose un par de veces—. Nuestro mayor problema es que están con Zenón y no son pocos. —Dedica un cruce de miradas a los miembros del grupo: Noah, Tristán, Erik y Bastian—. Por lo que sabemos, esos demonios están por todo el pueblo. Propongo hacer una batida e intentar acabar con cuantos podamos. Tenemos que nivelar la balanza. Sabiendo que están en la cueva, por suerte no quedarán muchos. También podemos vigilar la salida de la cueva. Acabar con los que salgan, y una vez preparados, entrar por ambos lados. Así ocuparemos las únicas dos salidas. La finalidad: llegar hasta Zenón por ambas partes.

—¿Tenéis walkies? —pregunta el cazador dirigiéndose a Tristán.

—¡Sí, tenemos un par más! —responde entregándole uno.

—¡Noah! —dice dirigiéndose a ella—. Tú y tus amigos id a la salida de la cueva.

—¿Recordarás el camino? —pregunta Silas.

—¡Sí!, cuando estemos en posición, os informamos.

Bastian hace un gesto afirmativo y mira al guardián.

—¡Tú y Erik os venís conmigo!

La reunión se da por concluida y los mercenarios se preparan para salir. El joven Lavett detiene el paso de su amigo mientras el custodio busca su bandolera.

—¡No sé lo que va a pasar, pero confío en ti! —dice Erik mirándole a los ojos.

—Lo que va a pasar es que vamos a matar a esos cabrones. Por los tuyos y por los míos. No pienso parar hasta que no quede ninguno.

—¡Por Dante! —exclama Silas uniéndose a la conversación.

Los tres sonríen al unísono.

—¡Por el bien de la humanidad! —concluye el cazador.

El trío se mueve con cautela por la calle Zarzalejo, la cual está situada en la parte trasera de la casa y la misma que los llevará a un lateral de la iglesia. Bastian va en cabeza ocupándose de los demonios que se encuentran con destreza. Bajo la iglesia, los demonios han ocupado la totalidad de la cueva con Isaías y Nathaniel junto a Zenón. La enorme explanada se ha reducido enormemente por la cantidad ingente de bestias.

—¡Elige un par de hombres y que vean qué ocurre con el cura y los suyos! ¡Le quiero aquí ya! —ordena el cabecilla—. ¡Me temo que algo no va bien! —Nathaniel da unos pasos y oye un silbido producido por Isaías. El segundo al mando vuelve junto con su jefe—. ¡Traedme al primer humano que veáis! ¡Que se sacrifiquen si es necesario! —ordena severo—. ¡Yo saldré para hacer una llamada! —concluye dirigiéndose hacia el túnel.

La noche comienza a asomar cuando los demonios entran a la carrera pasando por los lados de Isaías mientras este se encuentra en la explanada de la puerta principal con el móvil en la mano. Los últimos rezagados entran dejando solo a su jefe.

—¿Dónde se habrá metido? —exclama cortando la llamada—. ¿Y vosotros dónde vais?

—He ordenado reagruparnos junto con el viejo cazador —informa Nathaniel llegando a la altura de su hermano.

—¿Por qué contradices mis ordenes? —pregunta Isaías enfadado.

—¡No quiero perder a nadie más! —responde a pocos centímetros de su rostro.

Le da dos golpes en el hombro y vuelve a introducirse dejando al demonio al mando tragándose su rabia. A unos metros del demonio, y a cubierto por el muro de la escalera, llega el grupo de Bastian.

—¿Quién es ese? —pregunta este—. ¡Parece ser el jefe!

—¡Isaías! —dice el custodio—. ¡Lleva detrás de tu padre muchos años! ¡Es la mano derecha de Gael!

—¡Es mío! —exclama mirando a sus compañeros.

Silas ve la mirada llena de odio del joven y sonríe. Para él, es un golpe de autoestima.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Erik—. Parece que los ha llamado para proteger su posición.

—¡Eso parece! —anuncia el guardián—. Creo que debemos esperar a que Noah y los demás estén en posición. No sabemos cuántos habrá allí abajo

Bastian acciona el interlocutor.

—¿Noah? ¿Me escuchas, Noah? —pregunta en voz baja. El grupo comandado por Noah y Tristán están a punto de llegar al lugar indicado cuando el walkie provoca sonidos metálicos—. ¿Noah?

Esta detiene el paso y responde al mensaje.

—¡Sí! ¿Ocurre algo?

—No, solo informar de que estamos en posición. ¿Cuánto os falta?

—¡Estamos a unos metros!

El cazador mira a sus compañeros y, sin pensarlo dos veces, se incorpora.

—¡Aún no! —exclama Silas sujetándole del brazo—. No sabemos lo que nos vamos a encontrar hasta llegar a Zenón.

—¡Tiene razón! —interviene Erik.

Ambos perciben la ansiedad que revelan los ojos del cazador.

—¡No sabemos si estos trastos funcionan allí abajo! —exclama Bastian—. ¿Cómo sabrán cuándo actuar?

Silas piensa unos instantes y le coge la radio.

—¡Noah, escúchame! —exclama el párroco.

—¡Dime!

—Entrad en la cueva y quedaos lo más lejos posible de la gran sala, ¿entendido? Sabréis cuando será la hora de atacar.

—¡Entendido! En cinco minutos estamos dentro.

—¡Vamos! —ordena subiendo los escalones que ascienden hasta la entrada.

Tristán, que ha escuchado toda la conversación, se encamina hacia la parte de atrás del grupo informando de las noticias recibidas. Noah, por su parte, continúa despacio la marcha y, tras ella, el resto de la comitiva. Pasados unos metros, manda parar. Un pequeño grupo de demonios custodia la entrada. Se agachan y Tristán ordena rodear al grupo con gestos manuales. Espera a que estén situados y comienzan a lanzar cuchillos. Conforme van cayendo, el grupo de mercenarios se acerca para acabar con el resto no sin antes sufrir alguna baja.

—¡Que se queden dos hombres, el resto conmigo! —ordena Noah.

—¡Ya le habéis oído! ¡Tú y tú, quedaos aquí!

Señala a un par de compañeros y los demás van tras la mujer. Tristán cierra el grupo.

Bastian encabeza la marcha. Tras él, Silas y Erik más regazado. Miran en todas direcciones. El silencio se apodera de la nave central. Sin dejar de buscar alguna presencia, llegan a los pies del portón junto el altar.

—¿Es aquí? —pregunta el cazador.

—¡Sí! —responde el custodio.

Erik reparte un par de linternas que llevaba en su mochila. Bastian empieza a descender con la linterna en una mano y su cuchillo en la otra. En el pomo contiene una aguja que la utiliza para cortarse. La sangre le fluye por los dedos y el cuchillo se ilumina. Tras él, Silas con su daga y Erik armado con una pistola. Recorridos unos metros, llegan a la sala de la puerta que se mantiene abierta. El cuerpo de Cristian Lavett yace en el suelo.

—¡Un sacrificio! ¡Pobre hombre! —exclama el guardián.

Erik se fija en el cadáver mientras se acerca a la entrada cuando descubre que es su abuelo. Corre hasta él mientras que sus compañeros se miran sin comprender el motivo. Su nieto se arrodilla junto al cuerpo y se lo coloca sobre sus piernas abrazándole.

—¡Abuelo! ¿Por qué? ¿Por qué?

—Lo traerían para que les ayudara abrir la puerta y, como no lo sabía, acabaron con él —expone el custodio—. Por eso pudieron pasar, su sangre hizo desaparecer las runas.

Bastian se agacha junto a su amigo y le acaricia el cabello.

—¡Lo siento!

—¡Esto es una pesadilla! Abuelo... —Le acaricia el pelo y lo vuelve abrazar—. ¡Lo siento mucho! No he podido hacer más. No he podido salvarte —el joven dice entre llantos y lamentos ante la mirada impotente de sus compañeros—. ¡Te prometo que acabaré con todo esto! ¡Te lo prometo! —Se separa del cadáver y se incorpora secándose las lágrimas—. ¡Vamos a matar demonios! —Silas le propina un breve abrazo y Bastian hace lo propio—. ¡Vamos! —ordena Erik excitado.

Juntos atraviesan la puerta. A unos pocos metros de allí, Isaías está desesperado y nervioso dando pasos para un lado y para el otro. Nathaniel, que está con un grupo aparte,

ve con entusiasmo el estado de su hermano.

—¿Qué te pasa, hermanito? —le pregunta acercándose a la posición de este—. ¿No va todo como esperabas?

Isaías le mira con odio.

—¡Lo tengo todo bajo control! —responde severo.

—¿Cuál es tu plan? ¿Cuándo acabará todo esto?

—Acabará cuando tenga que acabar. Solo tenemos que defender la posición hasta que...

En ese momento, Nathaniel le corta alzando una mano.

—¡Hasta que no quedemos ninguno!

Ambos se miran perdonándose la vida.

—¡Solo espera a mis órdenes! —concluye Isaías.

—¡Eh! ¡Cabrones! —grita el cazador anunciando su presencia.

Bastian está de pie en la parte final del túnel que da a la gran sala. Tras los gritos, los demonios se agitan y salen tras él, que vuelve sobre sus pasos.

—¡No! ¡Quietos! —ordena Isaías.

La horda sale en persecución del cazador. Por culpa del ruido generado por el rugido de cientos de ellos, no oyen la voz de mando y, pasados unos metros, se queman convirtiéndose en polvo por pisar runas que previamente había colocado Silas a lo largo del corredor. El custodio, desde su posición, lanza una última runa al techo mientras Bastian y Erik hacen frente cuerpo a cuerpo. Los demonios que retroceden caen calcinados por el efecto cortina que provoca la runa lanzada por el guardián. El custodio cae de rodillas con síntomas de cansancio. Erik le ayuda a incorporarse y sonríe cuando cruza la mirada con Bastian que continúa con sed de sangre.

Junto a Isaías, quedan sus hermanos y un pequeño grupo de demonios, todos se encuentran alrededor de Zenón. Unos disparos resuenan en la cueva y los demonios comienzan a caer. Nerviosos, se ponen en guardia desconociendo la procedencia de los disparos que provienen de la posición de los mercenarios.

—¡Malditos! —exclama Nathaniel enfadado.

Isaías, nervioso y con el miedo apoderado de él, se esconde entre dos rocas próximas al viejo cazador. Bastian aparece en primer lugar, tras él Silas sujetado por Erik. Los disparos cesan y la batalla cuerpo a cuerpo da comienzo. El joven cazador busca incesantemente a Isaías sin éxito. Su rostro muestra rabia y odio. Noah y su grupo llegan para ayudar en la pelea. Nathaniel los recibe lanzando zarpazos con sus grandes garras acabando en primer lugar con Tristán y varios de sus compañeros. Noah está inmersa en la batalla y no es consciente de la pérdida de su amado. Los hermanos de Isaías son fuertes y rápidos. La balanza empieza a caer a favor del mal.

—¡Bastian, utiliza el medallón!

El grito del párroco llega a los oídos del joven y de Zenón, que alza la cabeza.

—¡Bastian! —exclama sorprendido el viejo cazador—. ¡Se llama Bastian!

—¡Maldita sea! ¿Dónde estás? —pregunta para sí el joven cazador.

Mira a su alrededor y ve la muerte de varios compañeros a manos de los demonios. Deja a un lado su ceguera por dar muerte a Isaías y, cogiendo un medallón que lleva en el bolsillo, se propina un corte en la mano. Se arrodilla y golpea el suelo. La onda expansiva arrasa con todos los demonios que quedan en pie. Nathaniel el último en caer gritando de dolor. Una semiesfera cubre a Zenón. Los humanos se cubren la cara por el destello de luz. Pasados unos segundos, todo vuelve a la normalidad. Pocos quedan en pie y Noah corre

junto al cadáver yacente de Tristán. Erik se abraza a Silas y este agradece la acción de Bastian.

—¡Lo hemos conseguido! —exclama el custodio.

—¡A un alto precio, como todos estos días! —exclama Erik apenado.

—Así que ¿él es Zenón? —pregunta el cazador llegando junto al preso.

Un sonido gutural sale de la boca del cazador. Los supervivientes se miran confundidos.

—¡Bastian! —parece decir mirándole.

Isaías sale de su escondite. Silenciosamente, acaba con tres de los cinco mercenarios supervivientes contando con los guardias que se quedaron vigilando la salida. El resto del grupo no tiene tiempo de reaccionar cuando se coloca tras Noah a la que le pone una mano en el cuello con una garra acariciando la yugular.

—¡No! —grita Erik.

Este es el primero en percatarse. La mujer está impactada e inmóvil. Silas no puede moverse por el pánico, pensando en lo que le puede pasar. La sangre comienza a emanar del cuello de Noah. La mirada de satisfacción del demonio es dolorosa a la vista de Erik y Silas. Bastian corre hacia él con su cuchillo iluminado e Isaías hace lo mismo una vez que el cuerpo de Noah cae al suelo. El encuentro es inmediato. El cazador se arrodilla justo en el momento que Isaías lanza un golpe de brazo hacia él, en ese momento, el joven realiza un movimiento semicircular alcanzando la cintura de su rival. Sin mirarle, el joven sabe que ha vencido. Por detrás, el cuerpo de Isaías se separa en dos. Al caer, Bastian se viene abajo. Su fortaleza desaparece y rompe a llorar sabiendo que ha vengado a su padre y recordando todo lo vivido en los últimos días. El custodio va a consolarlo mientras Erik se encuentra junto el cuerpo de Noah.

—¡Esto es una locura! —exclama el joven abrazando el cuerpo de la fallecida—. ¡Mi abuelo, Gayarre y ahora tú! ¿Cuándo acabará esto? —Su amigo le mira impotente al igual que Silas, que agacha la cabeza intentando contener las lágrimas—. ¿Y ahora qué? —grita Erik mirando hacia arriba—. ¿Qué más nos queda por sufrir?

El silencio se adueña del lugar. Solo la congoja del periodista rompe el momento de respeto por los amigos caídos. Zenón por su parte, parece sonreír. Una ligera mueca de felicidad se percibe en su rostro huesudo.

—¡Bastian! —repite en su mente.



Es noche cerrada cuando Gastón, habiendo dejado el coche atrás, camina cargado con la mochila en dirección a la cabaña de su hermano. Desde la distancia, descubre que hay luz en su interior y movimiento por las ventanas. Da una vuelta a la casa para ver si hay alguien en el exterior y, sin detenerse y con decisión, entra en ella.

—¡Seas quien seas, sal ahora mismo! —ordena con severidad.

Pasados unos segundos, Ana aparece en el salón.

—¡Hola, Gastón!

Este, sorprendido por ver a su cuñada, recula unos pasos.

—¿Eres un fantasma? —pregunta asustadizo.

—¡No, Gastón, no soy un fantasma! ¡Estoy viva!

Emocionado, se acerca a ella lentamente y se funden en un afectuoso abrazo.

—¡Te he echado de menos, sobre todo cuando me dijeron que estabas muerta!

—¡La verdad es que sí lo estuve! —Ana se aleja de nuevo y se dirige a la puerta de donde

había salido—. Antes de que te lo cuente todo, debo de enseñarte algo —aclara conciliadora—. ¡Sígueme! —Gastón no entiende a dónde quiere llegar—. ¡Vamos, acompáñame!

Esta entra en la habitación, seguida segundos después por el cazador, que, dubitativo, se acerca lentamente asomando la cabeza, en el mismo instante que ve a Dante sobre la cama. Desorientado por las emociones, permanece inmóvil en el umbral de la puerta.

—¡Hola, hermano! —exclama el mayor de los dos.

—¿Eres tú? —pregunta tras caer de rodillas.

—¡No tan guapo como antes, pero sí!

Dante tiene unas gasas cubriendo su rostro y ambas manos.

—¡Tú nunca has sido guapo! —exclama Gastón sonriente.

Ana, que está sentada junto a su marido, sonríe. Gastón se echa sobre su hermano dándole un abrazo el cual es correspondido con dificultad. Tras unos instantes, mira a la mujer.

—¡Me tenéis que contar muchas cosas!

Ana se levanta de la cama y se dirige con parsimonia a la ventana de la estancia para mirar al exterior.

—¡Pues hay poco que contar! —dice esta— Desperté a las pocas horas de morir. Me reuní con Silas, pero no podía quedarme allí. Cogí unas cosas y marché para pensar en lo ocurrido y descubrir qué pasaría después —expone sonriente.

—¡Nos dijo que te enterró en tus tierras! —dice desconcertado.

—¡Le pedí que no os dijera nada! —aclara Ana.

—¡Bastian debe de saberlo! —exclama Gastón.

Su hermano le hace un gesto con la mano para que guarde silencio y escuche todo lo que tiene que decir.

—¡Soy una bruja, Gastón!

—¿Eres una bruja? —pregunta extrañado.

Ana asiente con la cabeza.

—¡Al parecer, mi madre lo era! —Gastón esboza una sonrisa—. ¡Sí, una bruja! Yo no tenía ni idea, ¿sabes? Nunca me dijo nada. Me pasó su poder para que yo resucitara. Ahora sé lo que ella sabía, y puedo hacer lo que ella podía.

—¿Y dónde está ahora?

—La noche de mi muerte desaparecimos de la habitación. Yo aparecí en un lugar en la vega de Liétor y ella, sin más, desapareció.

Ana comienza a llorar desconsolada. Gastón se sienta en una silla que hay junto la cama. Ambos hermanos se miran doloridos compartiendo el sufrimiento de Ana.

—¿Tú estabas en la hacienda? —pregunta su cuñado intentando extraerla de su pesar.

—Volví donde desperté para conocer mi cuerpo y mi potencial hasta que noté el aura de Dante. Cuando llegué, pude cubrirle y llevarlo fuera de allí. Belcebú nos siguió y yo acabé con él. Y fin de la historia.

—¿Has podido con el demonio? —pregunta con incredulidad.

Ana asiente recordando el momento.

—¡Le hice pagar muchas cosas! —dice emocionada—. ¡En mi cabeza estaba la última mirada que crucé con mi madre!

—¡Siento tu pérdida! —exclama su cuñado con complicidad.

—¡Gracias a ella, tú estás aquí y yo también! —interviene Dante cogiéndole la mano para consolarla—. ¡La historia no acaba ahí! —Mirando a su mujer—. Dile lo que me

has dicho antes.

La pareja se vuelve a mirar y Ana asiente. Se seca las lágrimas surgidas por el dolor y mira a Gastón.

—Tengo una sensación de la cual no encuentro sentido —expone Ana—. Es como si notara una presencia afín a mí. Y esa sensación es más fuerte a cada momento.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Gastón.

Ana se levanta de la cama y se dirige de nuevo a la ventana.

—¡Dios mío!

—¿Qué pasa, Ana? —pregunta Dante inquieto.

Su mujer está paralizada frente al cristal y Gastón se acerca a su lado.

—¿Qué son?

—¡Muertos! —responde Ana.

Cientos de muertos vivientes rodean la casa. El ejército de la muerte se encuentra a pocos metros de distancia. Más atrás, sobre una roca, el perfil de una mujer. Ana se aparta de la ventana y merodea la habitación pensativa.

—¡La presencia es...! —Ana se queda sin respiración—. ¡Es Ava! —grita Ana—. ¡Tenemos que salir de aquí ya!

—¿La bruja? —pregunta Gastón, a lo que es respondido con un gesto afirmativo por parte de Ana—. Hermano, ¿puedes andar?

—¡Lo intentaré! —Gastón se acerca para que Dante lo utilice de apoyo. Este le rodea el cuello con su brazo y le pide con un gesto que se acerque a la ventana. Ana entra en la habitación con la mochila de su marido y el bastón de Zenón—. ¡Rápido, por la trampilla! —ordena dolorido.

Gastón se pone en marcha ayudando a su hermano. Ana va por delante. Salen de la habitación sin darse cuenta de que los muertos están cerca. Estos han ido reduciendo el espacio entre ellos y la casa y comienzan a golpear puertas y ventanas. Los cristales comienzan a ceder. Tras una pared falsa junto la puerta del baño se encuentra una trampilla en el suelo. Ana la levanta e introduce la mochila y el bastón. Posteriormente ayuda a Dante a descender por la misma agarrándose a una escalera de listones. Gastón cierra tras de sí la puerta que oculta la entrada al pasadizo. Breves segundos después, la casa es invadida. A varios metros de la cabaña, y entre la maleza, se mueve a golpes una puerta de madera vieja. Gastón sale el primero mirando a su alrededor.

—¡Podéis salir! —informa con seguridad.

La pareja obedece y ella le cede el bastón a Gastón y ayuda a salir a su hermano.

—El que la bruja haya despertado solo quiere decir que sabe de la existencia de la niña —expone Ana.

—Pero ¿cómo es posible? —pregunta Dante.

—¡No lo sé! —responde su mujer—. Puede..., puede que la niña tenga una conexión con su hermano y Ava la haya captado.

—¿Cómo sabes que es así? —pregunta el cazador de nuevo.

—¡No lo puedo explicar! —responde dubitativa—. Es como que sé que ella está aquí —expone ahora segura—. Las brujas se perciben unas a otras. Y Ava es muy poderosa. Ella también sabe que estoy aquí. Por eso nos ha encontrado y estamos obligados a movernos con rapidez.

Dante golpea el suelo con sus puños. Enfadado. Resentido.

—¿Qué te pasa, hermano?

—Me prometí a mí mismo acabar con todo esto. Solo me faltaba saber dónde se escondía esa maldita bruja y ahora es ella la que nos ha encontrado. He fracasado —explica rabioso.

—¡No te martirices! —interviene Ana apoyando una mano sobre su hombro—. Has hecho lo que has podido.

—¡Si es el final, que así sea, pero no pienses que nos has fallado, porque te equivocarías! ¡Tú eres el sostén de todos y cada uno de nosotros y te estamos eternamente agradecidos! —Palabras sinceras de Gastón que provocan un llanto de emoción en su hermano y un posterior abrazo.

—Averigüemos lo que dice el libro —expone Ana—. Quizás yo pueda leerlo.

—¿Estás segura? —pregunta su marido.

—¡Creo que sí!

Gastón lo muestra un poco sacándolo de su mochila.

—Vine con la intención de que el bastón y el libro estuvieran juntos, además de no perder de vista la agenda. No pensaba en todo lo que me iba a encontrar.

Dante sonríe al igual que Ana.

—¡Bien pensado, hermano!

—Aquí no podemos quedarnos. Tenemos que movernos —ordena Ana.

—A cien metros en esa dirección hay un río. Si seguimos su curso, llegamos a una aldea —indica Dante con un gesto—. Allí conozco a alguien que puede escondernos.

—¡Decidido! —ordena Ana.

Los tres comienzan a andar lo más rápido que el maltrecho cuerpo de Dante les deja.

En el interior de la cabaña, todo está destrozado. Muebles, puertas, paredes. Ava entra despacio mirando a su alrededor.

—¡Sé quién eres, amiga mía! —exclama sonriente—. Lástima que tenga que acabar con una de mis hermanas, pero tú lo has querido.

Ya en la aldea, los componentes de la huida están en el interior de una vieja casa situada en el centro de la misma. Un hombre de unos sesenta años entra en el salón poniéndose una chaqueta.

—¡Gracias, Jorge! —exclama Dante.

—¡No te preocupes! —dice sonriente—. ¡Yo te debo mucho más! ¡Iré a preparar el coche!

Todos realizan un gesto afirmativo con la cabeza y Jorge sale de su hogar. Ana posa el libro de Sánchez sobre la mesa del salón. El resto de la estancia se completa con un mueble soportando la televisión. Un sofá acompañado de un sillón ambos antiguos. Para terminar, un juego de sillas junto a la mesa donde una luz ilumina el manuscrito.

Acaricia el lomo y nota como un cosquilleo al rozar su mano los dos pequeños orificios que se mantienen sobre la tapadera. Una descarga le hace apartar la mano.

—¡Lo sabía! —exclama la mujer.

Dante y su hermano se miran sin entender lo que está sucediendo. Las manos de Ana vuelven al libro. Cierra los ojos y pasados unos instantes, un líquido negro emana de entre sus dedos. De repente, ese líquido viscoso se transforma en una serpiente del mismo color, Ana la coge al vuelo y la quema de un chispazo convirtiéndola en polvo.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Dante.

—¡Parece que estaba embrujado! —exclama Gastón mirando a su hermano.

De repente, el libro se convierte en polvo.

—¡Dios mío! —exclama Ana.

—Pero ¿qué...? —Gastón mira con perplejidad.

El trío no da crédito a lo sucedido. En ese momento aparece Jorge por la puerta rompiendo el trance.

—¡Todo listo! Las llaves están puestas.

—¡Está bien, nos vamos! —ordena Dante—. Hablaremos de lo sucedido cuando estemos en la carretera.

Recogen sus pocas pertenencias y salen de la casa. En la puerta les espera un viejo Land-Rover de color verde. Ana se sube detrás mientras que Gastón coge el volante. Dante y Jorge se dan un abrazo.

—¡Gracias por todo!

—¡No es nada comparado con lo que te debo! —responde Jorge satisfecho de poder ayudar—. ¡Suerte y acaba el trabajo!

El cazador asiente y se sube al coche con dificultad. Al arrancarlo, un grupo de muertos se abalanza sobre Jorge. Dante hace el ademán de salir del vehículo cuando su hermano le coge el brazo impidiéndole la salida.

—¡Ya no podemos hacer nada por él! —exclama Gastón.

—¡Está aquí! —grita Ana mirando por la ventanilla trasera.

Gastón pisa el acelerador haciendo que el coche derrape llenando de polvo el lugar. Mientras tanto, los muertos invaden la aldea hasta que, en un momento dado, se quedan quietos y con la mirada al suelo a modo de sumisión. Un pasillo se crea al mismo tiempo que Ava camina llegando a detenerse donde estaba el coche.

—¡Corred, seguid huyendo, pero al final, me llevareis hasta ella!

Un par de kilómetros más adelante, Gastón detiene el coche.

—¡No deja de morir gente buena! —exclama Dante enfadado.

El silencio otorga y todos los componentes del vehículo recuerdan a sus seres queridos. Los tres tienen a quien recordar.

—¡Definitivamente, no podemos sacar información del libro! —expone la mujer del grupo—. ¡Lo que sí sabemos es que tengo que encontrar a Julieta antes que ella! —dice Ana

—¡Ya lo dije cuando nació la niña, algo no iba bien! —exclama Gastón dirigiéndose a su hermano.

—¡Y te respondí entonces que lo afrontaríamos!

Ana apoya una mano en el hombro de su marido, que está maldiciendo entre dientes.

—¿Cómo lo vas a hacer? —pregunta Gastón.

—¡No sabes cómo es ahora! —exclama Dante.

—¡Pero tengo la agenda! —La muestra un instante— ¡Ya me las apañaré!

Sale del coche y los hermanos hacen lo mismo. Gastón permanece junto a su puerta y Dante se acerca a su mujer dándole un beso y un posterior abrazo.

—¡Ten cuidado! —exclama este.

—¡Lo mismo digo! —Ana se aparta unos pasos del coche escondiendo la agenda bajo su camisa—. ¡Decidle a mi hijo que le quiero!

Un aura brillante envuelve el cuerpo de Ana. Ava y una gran horda de muertos están observando todo lo ocurrido.

—¡Va a por ella! —dice la bruja esbozando una sonrisa maliciosa mientras acaricia su colgante—. ¡Vosotros sabéis lo que tenéis que hacer!

Los muertos gesticulan mientras Ana inicia el vuelo. Dante y su hermano la ven alejarse

y, tras una silenciosa mirada entre ellos, se introducen en el coche. A continuación, Ava sigue la estela de su rival.



En el interior de la cueva, Silas aparece por el corredor de acceso a la misma, cargado con una mochila a su espalda. La posa encima de una roca y la abre. A continuación, extrae bocado y botellines de agua para los allí presentes. Erik coge dos bocadillos y se acerca a Bastian, que se encuentra frente a Zenón ofreciéndole uno.

—¡Gracias, pero no tengo hambre! —aclara el cazador.

—¡Debes recuperar fuerzas! —exclama Erik buscando un lugar donde sentarse.

—¡Tienes que comer, te necesitamos en forma! —interviene Silas—. ¡Ya te dije que no lo puedo liberar! —Bebe un trago de agua de un botellín—. ¡A mí solo me preocupa Gastón! ¡No sabemos si está en apuros!

—¡Mi tío es fuerte! Se las apañará.

En ese momento, oye la voz de Gastón en su cabeza. Zenón también percibe el susurro sin que el joven se haya percatado.

—¡Sobrino!

El joven se aparta unos metros del resto de los supervivientes.

—¿Tío? —responde mentalmente

—¡Sí! Soy yo. ¡Estoy bien, estamos bien!

—¿Quién hay contigo? —pregunta extrañado.

Gastón mira a su hermano antes de responder. Ambos están en el interior de un restaurante de carretera.

—Es una larga historia, pero necesitas saber que tus padres siguen vivos.

Bastian, petrificado, cae de rodillas al suelo.

—¡Es imposible! ¡Vi morir a mi madre! ¡Y a mi padre ya viste lo qué ocurrió!

—¡Créeme lo que te digo! —exclama convencido—. Yo también sigo en shock. Pero no hay tiempo de explicaciones.

El rostro del joven se emociona por la noticia.

—¿Están bien? —pasados unos instantes sin respuesta, vuelve a formular otra pregunta—. ¿Por qué no me ha dicho nada mi padre?

—No tiene las suficientes fuerzas, pero se recuperará —responde sonriente.

—Dile que hemos acabado con todos los demonios, Isaías incluido.

—¡Bien hecho, hijo! —dice orgulloso—. Sabía que podía confiar en ti. Nosotros tenemos más problemas. La bruja nos acecha —informa el cazador.

—¡Ava! —grita Zenón.

El estruendo en la cueva es tan grande que los que allí presentes se asustan. Algunos caen al suelo y Bastian mira al viejo cazador sorprendido por su capacidad de escuchar las palabras de Gastón.

—¿Ha nacido una niña descendiente de Saturno? —pregunta directamente al cazador que asiente temeroso— ¡Es la hora! Necesito el bastón de mi hermano. Necesito el bastón de Saturno.

Bastian se queda sin palabras tras escuchar las de Zenón. Gastón también permanece boquiabierto al oír en su mente las palabras del preso.

—¿Qué ocurre? —pregunta Dante.

—¡Tenemos que llevar el bastón a Zenón ya! —responde su hermano.

Los supervivientes del interior de la cueva se miran entre sí, incapaces de articular palabra por la asombrosa declaración de Zenón. Solo Bastian tiene la suficiente energía como para intentar desencadenar al viejo cazador a base de golpes con una piedra.

—¡No pierdas el tiempo! —dice Zenón—. Sin el bastón, es un imposible.

—Saturno lo hizo bien, ¿eh? —dice dejando de golpear el metal.

—¡Hizo lo único que podía hacer! —Pasados unos instantes, Zenón levanta la mirada—. ¡Necesito descansar!

Bastian hace un gesto afirmativo con síntomas de nerviosismo. El resto del grupo ha estado observando toda la conversación y Erik se acerca a su amigo.

—¡Tenemos que salir de aquí, no es seguro!

—Te equivocas, no hay otro lugar.

—Mira, sé que confías en los tuyos, pero...

—Pero ¿qué?

—No sabemos lo que van a tardar además de saber si podrán conseguirlo. ¿Y si aparece la bruja?

—¡Ellos vendrán y juntos arreglaremos esto! —El joven, meditando sus pensamientos, continúa su exposición—. Hemos pasado por mucho, Erik. Y aún no ha acabado. No sabemos lo que pasará en unas horas, pero estaremos bien si estamos unidos. —Señalando a Zenón con un gesto—. Él es nuestra única oportunidad. Debemos protegerle hasta el final. Y con tu ayuda, lo conseguiremos.

Erik, que le puede el desánimo, niega con la cabeza.

—¡Con esto no contábamos ninguno al principio de la semana! —exclama molesto.

Con esas palabras se aleja de Bastian y este le ve marchar y aceptando su comentario con gestos afirmativos.

—¡Te doy la razón! —replica en voz baja.



Ana lleva varios kilómetros sobrevolando el país realizando una ruta sin rumbo, y en ocasiones, en círculos. Sabe bien que la bruja va tras ella desde el momento exacto de iniciar el vuelo.

En las alturas, la perfección del espacio y situación le resulta complicado. No sabe ubicarse y la oscuridad de la noche la perjudica. Busca una forma de deshacerse de Ava y no sabe cómo.

La bruja, por su parte, mantiene la distancia suficiente para sentir la fuerza que emana su rival que le indica la ruta a seguir. Sabe que no puede hacerle frente hasta que la lleve ante la joven Julieta. Su nuevo y último recipiente.

Ana, desesperada, mira hacia el suelo y divisa la forma de un río. Presta a probar lo que fuere, se zambulle en sus aguas. Sumergida, se deja llevar por la corriente hasta que comienza a bucear como cualquier pez. Su huida le lleva por el río Júcar a su paso por Valdeganga, en la provincia de Albacete.

—¡Maldita bruja! —exclama Ava con enfado al perder el rastro a orillas del río. Cierra los ojos para concentrarse en captar de nuevo la estela de Ana, pero nota cómo su reloj se desgasta. Lo mira un instante y vuelve a maldecir entre dientes. Ya gastó parte de su poder al extraer de la tierra al ejército de la muerte—. ¡Nooo! —grita enfadada. Pasados unos instantes de rabia e impotencia, vuelve por donde vino.

Ana continúa su rumbo por el río pasando por el cañón de Jorquera y volviendo a la

superficie saltando sobre el puente romano de Alcalá del Júcar ante la mirada de sorpresa y estupefacción de varias parejas que contemplan la belleza del lugar a esas horas.

Se concentra y cerciora que no percibe el aura maligna que desprende la bruja. Sabe que es libre de ir en búsqueda de su hija y sonríe satisfecha. Extrae la agenda mojada del interior de su camisa y con un chasquido, tanto ella como el libro se secan por completo. A continuación, y mientras comienza a caminar sobre el puente, busca entre las páginas la dirección de los guardianes que cuidan de Julieta.



Pasadas varias horas desde que Bastian hablara con su tío, en el interior de la cueva, Silas está conversando con los hombres de Tristán mientras Erik está sentado junto el cadáver de Lavett. Está con el de Noah y Gayarre y los demás mercenarios caídos. Todos ellos cubiertos por sábanas.

—¡Es desesperante! —exclama Erik con rabia—. Además, no dejo de darle vueltas a lo que le ha pasado a mi abuelo.

—¡Su muerte no será en vano! —responde el cazador, que continúa pegado a Zenón—. Te prometo que todo esto acabará pronto. Y tu abuelo tendrá un lugar donde se merece.

Erik asiente agradecido cuándo un murmullo llega a sus oídos.

—¡Está despierto! —anuncia el joven cazador—. ¿Puede hablar?

Zenón hace un gesto afirmativo con la cabeza. Bastian mira a Erik y este se aleja.

—¡No, quédate! Tú formas parte de esto —dice su amigo—. ¡Quién sabe, quizás seas el nuevo escriba!

—¡Está bien! ¡Gracias, amigo! —exclama sonriente.

—¡Llama al guardián, custodio, quiero agradecerle lo que ha hecho por mí! —ordena el preso al cazador.

—¡Silas! —exclama en voz alta. Este le mira—. ¡Ven un momento!

El custodio se acerca cruzando miradas con los jóvenes y el viejo cazador.

—¡Quisiera darte las gracias por todos estos años! Y por lo que hicieron tus predecesores. —El guardián asiente—. Y también por lo que hiciste con esas runas de protección.

—¡Solo hice lo que me enseñaron y ordenaron! —responde sumiso—. ¡Y como bien sabe, yo puedo quitarle estos grilletes, pero se convertiría en polvo!

—¡Lo sé, amigo mío! ¡Lo sé! Tú eres... —Tose duramente—. El último y por ello más valioso de los custodios.

—¿Qué puede contarnos de Ava? —pregunta Erik.

Tras unos segundos de silencio, en los cuales Zenón respira con dificultad, este mira a su interlocutor.

—Ella es la primera bruja y por ello la más poderosa y también es el motivo por el cual sigo encadenado. —Después de otro silencio sepulcral—. Hasta que ella volviera.

Tose de nuevo amargamente.

—¡No hable más, descanse! —exclama Bastian.

—¡Necesito descansar! —informa al grupo—. Y necesito el bastón.

—¡Está de camino, no se preocupe! —replica el joven Lavett.

En ese momento aparece Dante junto con Gastón portando el báculo de Saturno.

—¡Hijo!

El joven mira hacia el túnel y sale corriendo al ver a su familia. En ese momento, una mano atraviesa el pecho de Gastón, su sobrino se para en seco. Dante mira a su hermano

agonizando y se fija en la mano esquelética que acaba con la vida de este, que cae al suelo al retirar su asesino la extremidad de su cuerpo.

—¡Hermano! —grita el cazador.

—¡Dios mío, no! —grita su hijo ahora.

Dante se aleja del cuerpo yacente de Gastón hasta llegar a la altura de Bastian, que le obliga a retroceder al ver la entrada de cientos de muertos. El resto de los hombres se reagrupa junto con Zenón. La cantidad de muertos es ingente.

—¡Entrégame el bastón! —ordena el viejo cazador—. ¡Mientras me recupero, intentad aguantar!

Dante obedece largando el báculo e iluminándose este de un color azul al primer contacto con Zenón. Automáticamente los mercenarios comienzan a disparar. Erik permanece junto agachado mientras padre e hijo luchan contra los muertos. Silas se remanga los brazos y lanza runas contra el suelo acabando con los muertos que las pisan. El cazador, con destreza, y sin notar el dolor que sufre por las quemaduras, acaba con varios de ellos en segundos. Bastian se corta una mano y golpea el sello contra el suelo sin el éxito esperado.

—¿Por qué no mueren? —pregunta extrañado.

Reacciona y utiliza su cuchillo. Los mercenarios caen al verse sin munición. Mientras tanto, Zenón consigue regenerarse poco a poco. Sus manos esqueléticas se transforman en dedos carnosos. Las partes visibles de su cuerpo vuelven a la normalidad. Su figura es la misma imagen del siglo XVI. Los grilletes se deshacen en polvo y suspira recuperando el aliento. En ese momento, varios muertos se abalanzan sobre Silas degollándolo. Zenón golpea el bastón contra el suelo lanzando una ola de energía barriendo la cueva en sus 360° y acabando con todos los muertos. Dante y su hijo permanecen ensangrentados e hiperventilando por la tensión acumulada. Se miran después de verse por fin victoriosos. Bastian se da cuenta del cuerpo yacente del cura y va junto a él mientras su padre se dirige junto el cadáver de su hermano. Erik ya está junto el cuerpo de Silas. Emocionado y con lágrimas en los ojos ante la atenta mirada de Zenón, que también sufre el pesar por la pérdida del custodio. Bastian llega junto al custodio y abraza el cuerpo de su amigo.

—¡No tenías que haber muerto! ¡Tú no! —exclama sollozando.

Con unos metros de distancia, Dante permanece abrazado al cuerpo de Gastón.

—¡Hermano, has luchado hasta el final! —Hace un parón para tragar saliva—. ¡Si hemos llegado hasta aquí, es gracias a ti! —El abrazo es cada vez más intenso—. ¡Al final tenías toda la razón! ¡Y has sido tú! Allí donde vayas, debes de sentirte orgulloso de tus actos. Nosotros no te olvidaremos.

Bastian llega para abrazar a su padre y dar un beso en el rostro de su tío.

—¿Y la bruja? ¿Por qué no está aquí? —pregunta Zenón sorprendido.

Esas palabras ponen en alerta a Dante.

—¡Dios mío, Ana! ¡Nos estaban siguiendo y nos separamos! ¡Seguro que va tras ella!

—¿Dónde está mamá?

—¡Fue en busca de tu hermana!

—¡Si diera con ella, se haría realidad su deseo y culminaría su maldita encomienda! — Los supervivientes escuchan con atención las palabras del cazador—. Lleva toda la vida esperando este momento. Quiere poseer su cuerpo al igual que hizo con mi madre y antes con mi abuela —dice mirando a sus acompañantes— ¡Si fuere así, esa joven será la causa del fin del mundo conocido!

Fin

EPÍLOGO

Sarlat-la-Canéda, Francia
28 de septiembre de 2015

Sarlat-la-Canéda, capital del Périgord Negro, situada en el corazón de la Dordoña, en la campiña francesa, es el lugar de nacimiento de Ivet y Christoph, los guardianes que tuvieron el deber de cuidar a Julieta. La ciudad, de algo más de diez mil habitantes, fue la escogida para criar y ocultar a la hermana de Bastian. De origen medieval y con un patrimonio rico en historia y arquitectura, como son los palacetes levantados en el siglo XVI y los cuales hoy conservan su esplendor. De calles empedradas y custodiada por los ríos Alzou y Beune, Sarlat-la-Canéda es un lugar propicio para pasar desapercibido.

Una multitud de casas campestres salpican las afueras de la ciudad donde el valle de la Dordoña dibuja un paisaje de ensueño. Una de estas propiedades se diferencia del resto por un muro que delimita su terreno. De dos metros y medio de alto por cincuenta de ancho. De piedra y enlucido con un color tierra. Una puerta de color verde y doble hoja abre paso a un jardín con césped natural y varias flores silvestres. Una zona cubierta por una enredadera que habilita la sombra a un juego de mesa y sillas para el disfrute al aire libre. La vivienda con tejado a dos aguas y varias ventanas con maceteros a los pies con flores. Para terminar, la puerta de entrada es de madera de abedul y por ella aparece Julieta.

La mañana fresca y nublada obliga a la joven a taparse con una manta que le proporciona Ivet, volviendo esta al interior del hogar. Julieta, de piel fina y con algunas pecas en sus mejillas. De pelo largo y cobrizo recogido de forma ocasional por una goma. Viste con un pijama de color amarillo pastel. Es la viva imagen de Blanca. Julieta tiene el rostro desencajado. Transmite preocupación y nerviosismo. Respira profundamente intentando calmar su estado.

—¿Qué me está pasando? —lanza la pregunta gesticulando y moviéndose de un lado al otro.

Ivet, su madre guardiana, de cincuenta años, alta y delgada. Con el pelo cano y rizado ensalzando su belleza vuelve a salir del hogar.

—¡Hija! —exclama reclamando atención—. ¡No puedo ayudarte, pero sí compartir tu dolor!

—¡No sé si son visiones o premoniciones! —informa Julieta mirando a Ivet—. ¡Pero me dan miedo!

—¿Sigues viendo personas morir?

—¡Sí, mamá! ¡Y soy yo quien los mata! —responde con angustia.

Ivet abraza a Julieta, que comienza a llorar desconsolada. Por su parte, su guardiana sufre en silencio. Presiente que las visiones se deben al origen de su encomienda y sospecha que pronto tendrá una resolución. Sin embargo, el silencio que está obligada a guardar hace más y más daño a la joven y ese dolor es insoportable.

—¡Verás cómo todo sale bien! —dice besando su frente y volviendo al interior de la casa.

La jornada ha transcurrido sin más incidentes y Julieta descansa en su cuarto recuperando horas de sueño. La habitación es amplia, de colores claros y cálidos. Un escritorio bajo una

gran ventana, una cama grande con dos mesitas gemelas y un armario empotrado con puertas en abanico.

La tarde se hace noche y un ruido despierta a Julieta. El sobresalto agita su corazón y a la par su respiración. Sin levantarse de la cama, busca el origen del sonido y descubre que las puertas del armario están abiertas de par en par. Busca el interruptor de una lámpara situada en una mesita y al iluminarse la estancia, Ava aparece a los pies de la cama. En ese momento, Julieta grita.

—¡No tengas miedo! —exclama la bruja en voz baja.

De apariencia desgastada, tal y como se presentó a Luzia tiempo atrás. Con el pelo blanco, ropa rasgada y colgante gastado.

—¿Quién eres? —pregunta angustiada.

—¡Eso no importa! —responde sonriente—. ¡Por fin te encuentro!

—¿Qué quieres de mí?

Ava sonríe orgullosa.

—¡Tu cuerpo!

La bruja, con rostro maléfico, se abalanza sobre Julieta, momento que se despierta sudorosa.

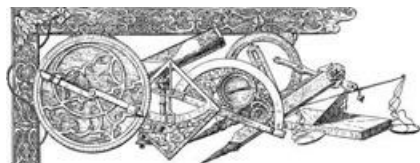
—¡Mamá! —grita asustada.

Como si estuviera esperando, por la puerta aparece Ana acompañada de Ivet y Christoph con semblantes de preocupación.

—¿Quién es usted? —pregunta Julieta levantándose de la cama.

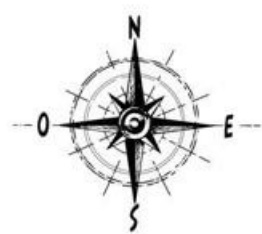
—¡Soy tu madre! —La respuesta deja sin réplica a la joven, que dedica sendas miradas a sus guardianes. Estos efectúan un gesto afirmativo provocando el llanto en Ivet, que vuelve por donde ha venido—. ¡Tenemos que salir de aquí ya!

PROXIMAMENTE
BASTIAN POO



Alcalá del Júcar
Torqueras
Río Júcar
Valdeganga

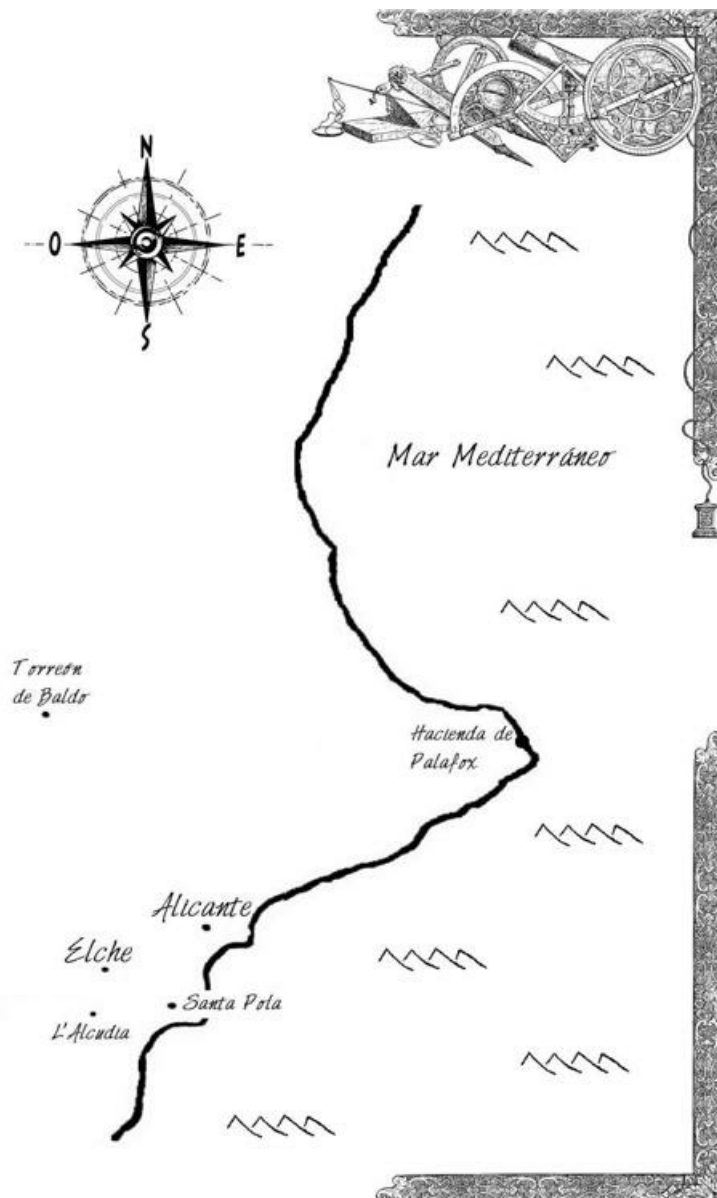
Albacete



Létor
Embalse del Talar

Yeste





Agradecimientos

Ayuntamiento de Liétor

Cátedra Pedro Ibarra

Rafael Muñoz Sánchez

José Antonio Cortés

Ana Sáez

Maite Jiménez

Asociación Cultural Grupo Museo Liétor

Aeromundo

José Restaurador Arts Liétor

Casa Rural El Velador Liétor

Gracias por vuestra aportación en menor o mayor medida.